This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

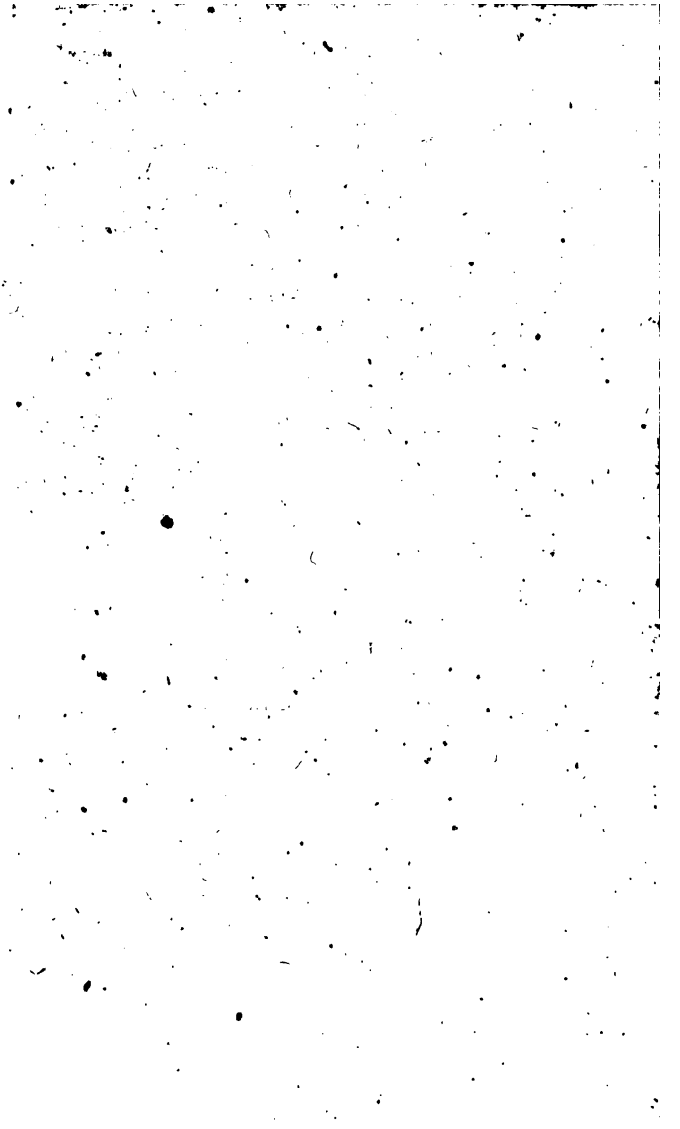
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

M
1895

270 c. 10.
~~273.g.7.~~

W M Master



VIDA Y HECHOS
DEL INGENIOSO HIDALGO,
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.
TOMO TERCERO.

PROPERTY OF
THE LIBRARY
OF THE

VIDA Y HECHOS
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

COMPUESTA POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Con muy bellas Eſtampas, gravadas ſobre los Dibujos de Coypel, primer Pintor de el Rey de Françia.

EN QUATRO TOMOS.

TOMO TERCERO.

EN AMSTERDAM Y EN LIPSIA,
Por ARKSTE'E y MERKUS.
MDCCLV.

TABLA
DE LOS
CAPITULOS.

CAP. XLVII.

DEL estraño modo con que fuè encantado Don Quixote de la Mancha, con otros famosos succesos. Fol. 1

CAP. XLVIII.

Donde prosigue el Canonigo la materia de los libros de Cavallerías, y otras cosas dignas de su ingenio. 16

CAP. XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Pança tùvo con su señor Don Quixote. 27

CAP. L.

De las discretas altercaciones, que Don Quixote y el Canonigo turvièron, con otros succesos. 37

CAP. LI.

Que trata de lo que contò el Cabrero à todos los que llevàvan à Don Quixote. 47

LII.

De la pendencia que Don Quixote tùvo con el Cabrero, con la rara aventura de los Disciplinantes, à quien diò felize fin à costa de su sudor. 55

LIBRO QUINTO.

CAP. I.

De lo que el Cura, y el Barbero pasàron con Don Quixote cerca de su enfermedad. 72

CAP. II.

Que trata de la notable pendencia que Sancho Pança tùvo con la sobrina, y ama de Don Quixote, con otros sujetos graciosos. 88

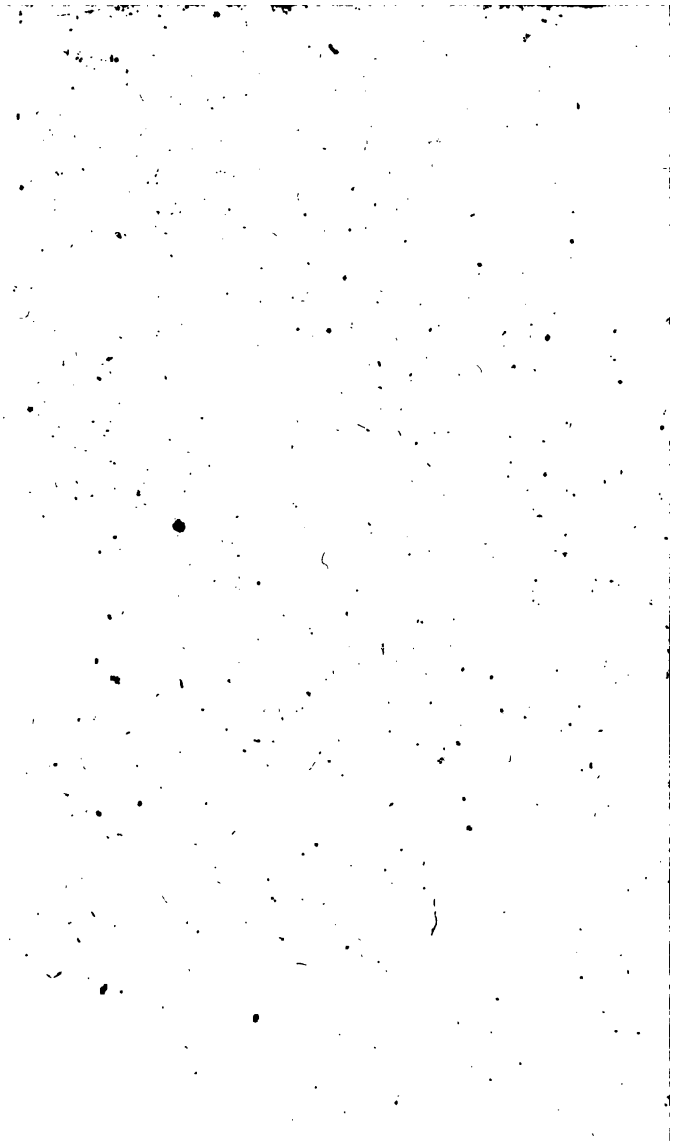
CAP. III.

Del ridìculo razonamiènto que passò entre Don Quixote, Sancho Pança, y el Bachillèr Sanson

M
1895

270 c. 10.
~~273.g.7.~~

W M Martin



VIDA Y HECHOS
DEL INGENIOSO HIDALGO,
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.
TOMO TERCERO.

VIDA Y HECHOS
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

COMPUESTA POR

MIGUEL DE CERVANTES
SAAVEDRA.

Con muy bellas Eſtampas, gravadas ſobre los Dibujos de Coypel, primer Pintor de el Rey de Françia.

EN QUATRO TOMOS.

TOMO TERCERO.

EN AMSTERDAM Y EN LIPSIA,
Por ARKSTE'E y MERKUS.
MDCCLV.

TABLA
DE LOS
CAPITULOS.

CAP. XLVII.

DEL *estraño modo con que fuè encantado Don Quixote de la Mancha, con otros famosos sucessos.* Fol. 1

CAP. XLVIII.

Donde prosigue el Canonigo la materia de los libros de Cavallerías, y otras cosas dignas de su ingenio. 16

CAP. XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Pança tùvo con su señor Don Quixote. 27

CAP. L.

De las discretas altercaciones, que Don Quixote y el Canonigo tuvièron, con otros sucessos. 37

CAP. LI.

Que trata de lo que contò el Cabrero à todos los que llevàvan à Don Quixote. 47

LII.

De la pendencia que Don Quixote tùvo con el Cabrero, con la rara aventura de los Disciplinantes, à quien diò felize fin à costa de su sudor. 55

LIBRO QUINTO.

CAP. I.

De lo que el Cura, y el Barbero pasàron con Don Quixote cerca de su enfermedàd. 72

CAP. II.

Que trata de la notable pendencia que Sancho Pança tùvo con la sobrina, y ama de Don Quixote, con otros sujetos graciosos. 88

CAP. III.

Del ridiculo razonamiènto que pasiò entre Don Quixote, Sancho Pança, y el Bachillèr Sanson

Carrasco. 95

CAP. IV.

Donde Sancho Pança satisfáze al Bachillèr Sanson Carrasco de sus dudas, y preguntas, con otros sucessos dignos de saberse, y de contàrse. 106

CAP. V.

De la discreta y graciòsa platica que passò entre Sancho Pança y su muger Teresa Pança, y otros sucèssos dignos de felice recordacion. 113

CAP. VI.

De lo que le passò à Don Quixote con su sobrina, y con su ama; y es uno de los importantes capitulos de toda la bistòria. 122

CAP. VII.

De lo que passò Don Quixote con su escudèro, con otros sucessos famosissimos. 130

CAP. VIII.

Donde se cuenta lo que le sucediò à Don Quixote yèndo à vèr à su Señora Dulcinèa del Toboso. 140

CAP. IX.

Donde se cuenta, lo que en èl se verà. 150

CAP. X.

Donde se cuenta la industria que Sancho tùvo para encantàr à la Señora Dulcinèa, y de otros sucessos tan ridiculos, como verdadèros. 156

CAP. XI.

De la estraña aventùra que le sucediò al valeròso Don Quixote con el carro, ò carreta de las Cortes dè la Muerte. 168

CAP. XII.

De la estraña aventùra que le sucediò al valeròso Don Quixote con el brào Cavallèro de los espèjos. 177

CAP. XIII.

Donde se prosigue la aventùra del Cavallèro del bòs-

bòsque, con el diſcrèto, nuèvo, y ſuàve coloquio que paſsò entre los dos eſcudèros. 187

CAP. XIV.

Donde ſe proſigue la aventùra del Cavallèro del Boſque. 195

CAP. XV.

Donde ſe cuenta, y dà noticia de quièn era el Cavallèro de los eſpejos, y ſu eſcudèro. 211

CAP. XVI.

De lo què ſucediò à Don Quixote con un diſcreto Cavallèro de la Mancha. 214

CAP. XVII.

De donde ſe declarò el ultimo punto, y eſtremo adonde llegò, y pùdo llegàr el inaudito animo de Don Quixote, con la felizmènte acabada aventùra de los Leònes. 228

LIBRO SEXTO.

CAP. XVIII.

De lo que ſucediò à Don Quixote en el Caſtillo, ò caſa del Cavallèro del verde gavàn, con otras coſas extravagàntes. 243

CAP. XIX.

Donde ſe cuenta la aventùra del Paſtòr enamoràdo, con otros en verdàd graciòſos ſuceſſos. 256

CAP. XX.

Donde ſe cuentan las bodas de Camacho el rico, con el ſuceſſo de Baſilio el pobre. 266

CAP. XXI.

Donde ſe proſiguen las bodas de Camacho, con otros guſtoſos ſuceſſos. 279

CAP. XXII.

Donde ſe cuenta la grande aventùra de la cuèva de Monteſinos, que eſtà en el coraçòn de la Mancha, à quièn diò felize cimo el valeròſo Don Quixote de la Mancha. 289

TABLA.

CAP. XXIII.

De las admirables cosas que el estremàdo Don Quixote contò, que avìa visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposſibilidàd, y grandeza haze que ſe tenga eſta aventùra por apòcrifa. 300

CAP. XXIV.

Donde ſe cuentan mil zarandajas tan impertinèntes como neceſsàrias al verdadèro entendimiènto deſta grande hiſtòria. 315

CAP. XXV.

Donde ſe apunta la aventùra del Rebùzno, y la graciòſa del Titerèro, con las memòrables adivinanças del Mono adivino. 324

CAP. XXVI.

Donde ſe proſigue la graciòſa aventùra del Titerèro, con otras cosas en verdàd harto buenas. 338

CAP. XXVII.

Donde ſe dà cuenta, quiènes eran maeſſe Pedro, y ſu Mono, con el mal ſuceſſo que Don Quixote tùvo en la aventùra del Rebùzno, que no la acabò, como el quiſièra, y como lo tenìa pensàdo. 350

CAP. XXVIII.

De cosas que dize Benengeli, que las ſabrà quien le leyère, ſi las lèe con atencion. 360

CAP. XXIX.

De la famoſa aventùra del Barco encantàdo. 367

CAP. XXX.

De lo que le avino à Don Quixote con una bella Caçadòra. 376

CAP. XXXI.

Que trata de muchas, y grandes cosas. 383

CAP. XXXII.

De la reſpueſta que diò Don Quixote à ſu reprehenſor, con otros graves, y graciòſos ſuceſſos. 395

VIDA

VIDA Y HECHOS
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.
PARTE TERCERA.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO XLVII.

Del eſtraño modo con que fuè encantado Don Quixote de la Mancha, con otros famoſos ſuceſſos.

QUANDO Don Quixote ſe viò de aquella manera enjaulado, y encima del carro, dixo: Muchas, y muy graves hiſtorias he yo leydo de cavallèros andantes, pero jamàs he leydo, ni viſto, ni oydo, que à los cavallèros encantados los lleven deſta manera, y con el eſpacio que prometen eſtos pereçoſos, y tardios animales, porque ſiempre los ſuèlen llevar por los ayres con eſtraña ligereza encerrados en alguna parda, y

eſcura nube, ò en algun carro de fuego, ò yà ſobre algun Hipogrifo, ò otra beſtia ſemejante: Pero que me lleven à mi agora ſobre un carro de bueyes, vive Dios, que me pone en confuſion. Pero quizà la cavallería y los encantos deſtos nueſtros tiempos deven de ſeguir otro camino del que ſiguièron los antiguos: Y tambien podrìa ſer, que como yo ſoy nuevo cavallèro en el mundo, y el primero que ha reſucitado el yà olvidado exercicio de la cavallería aventurèra, tambien nuevamente ſe ayan inventado otros generos de encantamientos, y otros modos de llevar à los encantados. Que te parèce deſto, Sancho hijo? No sè yo lo que me parèce, reſpondiò Sancho, por no ſer tan leydo como vueſtra mercèd en las eſcrituras andantes: Pero con todo eſſo oſarìa afirmàr, y juràr, que eſtas viſiones que por aqui andan, que no ſon del todo catòlicas. Catòlicas, mi padre, reſpondiò Don Quixote, como han de ſer catòlicas, ſi ſon todos demonios, que han tomado cuerpos fantaſticos, para venir à hazer eſto, y à ponerme en eſte eſtado. Y ſi quieres vèr eſta verdad, tòcalos, y pàlpalos, y veràs como no tienen cuerpo ſino de ayre, y como no conſiſte en mas de en la apariencia. Par Dios, Señor, replicò Sancho, yà yo los he tocado; y eſte diablo, que aqui anda tan ſolìcito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de là que yo he oydo dezir que tienen los demonios; porque ſegun ſe dize, todos huelen à piedra azùfre, y à otros malos olores; pero eſte huele à ambar de media legua. Dezìa eſto San-

Sancho por Don Fernando, que como tan ſeñor, devia de olèr à lo que Sancho dezìa. No te maravilles deſſo, Sancho amigo, reſpondiò Don Quixote, porque te hago ſaber, que los diablos ſaben mucho, y puesto que traygan olores conſigo, ellos no huelen nada, porque ſon eſpiritus, y ſi huelen, no pueden olèr à coſas buenas, ſino malas, y hediondas: Y la razòn es, que como ellos, donde quièra que eſtàn, tràen el infierno conſigo, y no pueden recibir genero de alivio alguno en ſus tormentos, y el buen olòr ſea coſa, que deleyta y contenta, no es poſſible que ellos huelan à coſa buena. Y ſi à ti te parèce, que eſſe Demonio, que dizes, huele à ambar, ò tu te engañas, ò èl quiere engañarte con hazer que no le tengas por Demonio. Todos eſtos coloquios paſsàron entre amo y criado; y temiendo Don Fernando y Cardenio, que Sancho no vinièſſe à caèr del todo en la cuenta de ſu invencion, à quien andava yà muy en los alcances, determinàron de abreviar con la partida; y llamando à parte al ventero, le ordenàron, que enſillàſſe à Rozinante, y enalbardàſſe el Jumento de Sancho el qual lo hizo con mucha preſteza.

Yà en eſto el cura ſe avia concertado con los quadrillèros, que lo acompañàſſen haſta ſu lugar, dàndoles un tanto cada dia. Colgò Cardenio del arçòn de la ſilla de Rozinante, del un cabo la adarga, y del otro la bazìa, y por Señas mandò à Sancho, que ſubièſſe en ſu aſno, y tomàſſe de las riendas à Rozinante, y puſo à los dos lados del carro à los quadrillè-

ros con ſus eſcopetas. Pero antes que ſe moviêſſe el carro, ſaliò la ventera, ſu hija y Maritornes à deſpedirſe de Don Quixote, fingiêndo que lloràvan de dolòr de ſu deſgracia, à quien Don Quixote dixo: No lloreys, mis buenas Señoras, que todas eſtas deſdichas ſon anexas à los que profeſſan lo que yo profeſſo; y ſi eſtas calamidades no me acontecièran, no me tuvièra yo por famoſo cavallèro andante, porque à los cavallèros de poco nombre y fama nunca les ſuceden ſemejantes caſos, porque no ay en el mundo quien ſe acuerde dellos. A los valeroſos ſi, que tienen envidioſos de ſu virtud y valentía à muchos Principes, y à muchos otros cavallèros, que procuran por malas vias deſtruỳr a los buenos. Pero con todo eſſo la virtud es tan poderoſa, que por ſi ſola, à peſar de toda la Nigromancia que ſupo ſu primer ínventòr Zoroaſtes, ſaldrà vencedora de todo trance, y darà de ſi luz en el mundo, como la dà el Sol en el Cielo. Perdonadme, fermoſas damas, ſi algun deſaguiſado por deſcuydo mio os he fecho; que de voluntad y à ſabiendas jamàs le dì à nadie: Y rogad à Dios me ſaque deſtas priſiones, donde algun mal intencionado encantadòr me ha pueſto; que ſi dellas me veo libre, no ſe me caerà de la memoria las mercedes que en éſte caſtillo me avèdes fecho, para gratificarlas, ſervillas, y recompenſallas, como ellas merècen.

En tanto que las damas del caſtillo eſto paſsàvan con Don Quixote, el Cura y el Barbero ſe deſpidièron de Don Fernando y ſus camaradas, y del capitan y de ſu hermano el Oydòr,

dòr, y de todas aquellas contentas ſeñoras; eſpecialmente de Dorotèa, y Lucinda. Todos ſe abraçàron, y quedàron, de dàrſe noticia de ſus ſuceſſos, diziendo Don Fernando al Cura donde avia de eſcrivìrle, para avisàrle en lo que paràva Don Quixote, aſſeguràndole, que no avrìa coſa, que mas guſto le dièſſe, que ſabèrlo: Y que èl aſſi meſmo le aviſarìa de todo aquello que èl vièſſe, que podrìa darle guſto, aſſi de ſu caſamiento, como del bautiſmo de Zorayda, y Sucèſſo de Don Luys, y buelta de Lucinda à ſu caſa. El Cura ofreciò de hazer quanto ſe le mandàva con toda puntualidad. Tornàron à abraçàrſe otra vez, y otra vez tornàron à nuevos ofrecimientos. El ventero ſe llegò al cura, y le diò unos papeles, dizièndole, que los avia hallado en un aforro de la malèta, donde ſe hallò la novela del curioſo impertinente; y que, pues ſu dueño no avia buelto mas por alli, que ſe los llevàſſe todos, que pues el no ſabia leèr, no los querìa. El Cura ſe lo agradeciò; y abrièndolos luego, viò que al principio de lo eſcrito dezìa: Novela de Rinconete, y Cortadillo; por donde entendiò ſer alguna novela; y coligiò, que pues la del curioſo impertinente avìa ſido buena, que tambien lo ſerìa aquella, pues podrìa ſer, fuèſſen todas de un miſmo autor; y aſſi la guardò con preſupueſto de leèrla, quando tuvièſſe comodidad. Subiò à cavallo, y tambien ſu amigo el Barbero con ſus antifazes, porque no fuèſſen luego conocidos de Don Quixote; y puſièronſe à caminar tràs el carro; y la orden que llevàvan era eſta.

IVA primero el carro; guiàndole ſu dueño: A los dos lados ivan los quadrilléros, como ſe ha dicho, con ſus eſcopetas: Seguía luego Sancho Pança ſobre ſu aſno, llevàndo de la rienda à Rozinante: detràs de todo eſto ivan el Cura y el Barbero ſobre ſus poderoſas mulas, cubiertos los roſtros, como ſe ha dicho, con grave y repoſado continente, no caminando mas de lo que permitía el paſſo tardo de los bueyes. Don Quixote iva ſentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los piès, y arrimado à las verjas con tanto ſilencio, y tanta paciencia como ſi no fuèra hombre de carne, ſino eſtatua de piedra. Y aſſi con aquel eſpacio, y ſilencio caminàron haſta dos Leguas, y llegàron à un valle, donde le pareciò al boyero ſer lugar acomodado para repoſar, y dàr paſto à los bueyes: Y comunicàndolo con el Cura, fuè de parecèr el Barbero, que caminàſſen un poco mas; porque èl ſabìa detràs de un recueſto, que cerca de alli eſtàva, avia un valle de mas yerva, y mucho mejor que aquel donde parar querìan. Tomòſe el parecèr del barbero, y aſſi tornàron à proſeguir ſu camino.

EN eſto bolviò el Cura el roſtro y viò, que à ſus eſpaldas venían haſta ſeys, ò ſiete hombres de à cavallo, bien pueſtos y adereçados, de los quales fuèron preſto alcançados, porque caminàvan no con flema y repoſo de los bueyes, ſino como quien iva ſobre mulas de canònigos, y con deſsèo de llegar preſto à feſteàr à la venta, que menos de una legua de alli ſe parecía. Llegàron los diligentes à

los

los perezoſos, y ſaludàronſe corteſmente, y uno de los que venían (que en reſolucion era canònigo de Tolèdo, y Señor de los demas que le acompañavan) viendo la concertada proceſſion del carro, quadrillèros, Sancho, Rozinante, Cura y Barbero, y mas à Don Quixote enjaulado, y apriſionado, no pùdo dexàr de preguntàr, que ſignificàva llevàr aquel hombre de aquella manera? Aunque yà ſe avia dado à entender, viendo las inſignias de los quadrillèros, que devia de ſer algun facinoroſo ſalteadòr, ò otro delinquente, cuyo caſtigo tocàſſe à la ſanta hermandad. Uno de los quadrillèros, à quien fuè hecha la pregunta, reſpondiò aſſi: Señor, lo que ſignifica ir eſte cavallèro deſta manera, dìgalo èl, porque noſotros no lo ſabèmos. Oyò Don Quixote la platica, y dixo: Por dicha vueſtras mercèdes, Señores cavallèros, ſon verſados y peritos en eſto de la cavalleria andante? Porque ſi lo ſon, comunicarè con ellos mis deſgracias, y ſino, no ay para que me canſe en dezillas. Yà à eſte tiempo avian llegado el Cura y el Barbero, viendo que los caminantes eſtàvan en plàticas con Don Quixote de la Mancha, para reſponder de modo, que no fuèſſe deſcubierto ſu artificio. El Canònigo, à lo que Don Quixote dixo, reſpondiò: En verdad, hermano, que sè mas de libros de cavallerías, que de las ſumulas de Villalpando: Aſſi que ſino eſtà en mas que en eſto, ſeguramente podèys comunicar conmigo, lo que quiſièredes. A la mano de Dios, replicò Don Quixote: Pues aſſi es, quiero, Señor Cavallèro, que ſepàys,

que yo voy encantado en eſta jaula por envidia y fraude de malos encantadores; que la virtud, mas es perſeguida de los malos, que amada de los buenos. Cavallèro andante ſoy, y no de aquellos de cuyos nombres jamàs la fama ſe acordò para eternizarlos en ſu memoria, ſino de aquellos que à deſpecho, y peſar de la miſma envidia, y de quantos magos criò Perſia, bracmanes, la India, y Ginoſofiſtas la Etiopia, ha de poner ſu nombre en el templo de la inmortalidad para que ſirva de exemplo, y dechado en los venideros ſiglos, donde los Cavallèros andantes vèan los paſſos, que han de ſeguir, ſi quiſièren llegar à la cumbre, y alteza honroſa de las armas. Dize verdad el *Señor* Don Quixote de la Mancha, dixo à eſta ſazòn el Cura, que èl và encantado en eſta carreta, no por ſus culpas y pecados, ſino por la mala intencion de aquellos à quien la virtud enfada, y la valentía enoja. Eſte es, Señor, *El Cavallèro de la triſte figura*, ſi yà le oyſtes nombrar en algun tiempo, cuyas valeroſas hazañas, y grandes hechos, ſeràn eſcritos en bronces duros, y en eternos màrmoles, por mas que ſe canſe la envidia en eſcurecèrlos y la malicia en ocultarlos. Quando el canònigo oyò hablar al preſo, y al libre en ſemejante eſtilo, eſtùvo por hazerſe la Cruz de admirado, y no podìa ſaber lo que le avìa acontecido; y en la meſma admiracion cayèron todòs los que con èl venìan.

En eſto Sancho Pança, que ſe avia acercado à oyr la plàtica, para adobarlo todo, dixo; Aora, Señores quièranme bien, ò quièranme

ramme mal por lo que dixère, el caſo dello es, que aſſi và encantado mi Señor Don Quixote, como mi madre: èl tiene ſu entero juyzio, èl come, y bebe, y haze ſus neceſſidades como los demas hombres, y como las hazìa ayer antes que le enjaulàſſen. Siendo eſto aſſi, como quièren hazerme à mi entendèr, que và encantado? Pues yo he oydo dezir à muchas perſonas, que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan; y mi amo, ſino le vàn à la mano, hablarà mas que treynta procuradores. Y bolvièndoſe à mirar al Cura, proſiguiò, diziendo: A Señor Cura, Señor Cura! pensàva vueſtra mercèd, que no le conozco? Y penſarà, que yo no calo, y adivino adonde ſe encaminan eſtos nuevos encantamientos? Pues ſepa que le conozco, por mas que ſe encùbra el roſtro; y ſepa que le entiendo, por mas que diſimule ſus embuſtes. En fin donde reyna la envidia, no puede vivir la virtud, ni à donde ay eſcaſeza, la liberalidad. Mal aya el diablo, que ſi por ſu reverencia no fuèra, eſta fuèra yà la hora, que mi Señor eſtuvièra caſadò con la Infanta Micomicòna, y yo fuèra conde por lo menos, pues no ſe podìa eſperar otra coſa aſſi de la bondad de mi ſeñor *El de la triſte Figura*, còmo de la grandeza de mis ſervicios. Pero yà vèo, que es verdad lo que ſe dize por ay: Que la rueda de la fortuna anda mas liſta, que una rueda de molino; y que los que ayer eſtàvan en pinganitos, oy eſtàn por el ſuelo. De mis hijos y de mi muger me peſa, pues quando podìan y devìan eſperar vèr entrar à ſu padre por ſus puertas hecho governadòr, ò

viſorrey de alguna inſula ò Reyno, le veràn entrar hecho moço de cavallos. Todo eſto que he dicho, Señor Cura, no es mas de por encarecèr à ſu paternidad, haga conciencia del mal tratamiento, que à mi ſeñor le haze; y mire bien, no le pida Dios en la otra vida eſta priſion de mi amo, y ſe le haga cargo de todos aquellos ſocorros, y bienes, que mi Señor Don Quixote dexa de hazer en eſte tiempo que eſtà preſo. Adòbame eſſos candiles, dixo à eſte punto el Barbero: Tambien vos, Sancho, ſoys de la cofradia de vueſtro amo? Vive el ſeñor, que voy viendo, que le avèys de tener compañía en la jaula, y que avèys de quedàr tan encantado como èl, por lo que os toca de ſu humor, y de ſu cavallería. En mal punto os empreñaſtes de ſus promeſſas, y en mal hora ſe os entrò en los caſcos la inſula que tanto deſsèays. Yo no eſtòy preñado de nadie, reſpondiò Sancho, ni ſoy hombre que me dexarìa empreñar del Rey que fuèſſe; y aunque pobre, ſoy Chriſtiano viejo, y no devo nada à nadie; y ſi inſulas deſsèo, otros deſsèan otras coſas peores; y cada uno es hijo de ſus obras; y debaxo de ſer hombre, puedo venir à ſer papa, quanto mas governadòr de una inſula; y mas pudiendo ganar tantas mi Señor, que le falte à quien dàrlas Vueſtra mercèd mire como habla, Señor Barbero, que no es todo hazer barbas, y algo và de Pedro à Pedro. Dìgolo, porque todos nos conocèmos, y à mi no ſe me ha de echar dado falſo: Y en eſto del encanto de mi amo, Dios ſabe la verdad, y quèdeſe aqui, porque es peor me-

ne-

nèarlo. No quiſo reſponder el Barbero à Sancho, porque no deſcubrièſſe con ſus ſimplicidades lo que èl y el cura tanto procuràvan encubrir: Y por eſte meſmo temòr avia el Cura dicho al canònigo, que caminàſſe un poco delante, que èl le diria el miſterio del enjaulado, con otras coſas, que le dièſſen guſto. Hizolo aſſi el canònigo, y adelantòſe con ſus criados, y con èl, eſtùvo atento à todo aquello que el cura dezirle quiſo de la condicion, vida, locura, y coſtumbres de Don Quixote, contàndole brevemente el principio y cauſa de ſu deſvarìo, y todo el progreſo de ſus ſuceſſos haſta averlo pueſto en aquella Jaula; y el deſignio que llevàvan de llevàrle à ſu tierra, para vèr ſi por algun medio hallavan remedio à ſu locura.

ADMIRARONSE de nuevo los criados y el canònigo de oỳr la peregrina hiſtoria de Don Quixote, y en acabàndola de oỳr, dixo: Verdaderamente, Señor Cura, yo hallo por mi cuenta, que ſon perjudiciales en la republica eſtos, que llaman libros de cavallerías: Y aunque he leydo, llevado de un ocioſo y falſo guſto, caſi el principio de todos los mas que ay impreſſos, jamàs me he podido acomodar à leèr ninguno del principio al cabo; porque me parèce, que qual mas, qual menos, todos ellos ſon una meſma coſa, y no tiene mas eſte, que aquel, ni eſtotro, que el otro. Y ſegun à mi me parèce, eſte genero de eſcritura y compoſicion càe debaxo de aquel de las fàbulas, que llaman Mileſias, que ſon cuentos diſparatados, que atienden ſolamente à deleytar,

y

y no à enſeñar: Al contrario de lo que hazen las fabulas apòlogas, que deleytan, y enſeñan juntamente. Y pueſto que el principal intento de ſemejantes libros sèa el deleytar, no sè yo como puedan conſeguirle, yendo llenos de tantos y tan deſaforados diſparates; porque el deleyte que en el alma ſe concibe, ha de ſer de la hermoſura, y concordancia que vèe, ò contempla en las coſas, que la viſta, ò la imaginacion le ponen delante: Y toda coſa que tiene en ſi fealdad, y deſcompoſtura, no nos puede cauſar contento alguno. Pues que hermoſura puede aver, ò que proporcion de las partes con el todo, y del todo con las partes en un libro, ò fabula donde un moço de diez y ſeys años dà una cuchillada à un Gigante como una torre, y le divide en dos mitades como ſi fuèra de alfeñique? Y que, quando nos quièren pintar una batalla, deſpues de aver dicho, que ay de la parte de los enemigos un millon de combatientes, como sèa contra ellos el Señor del libro, forçoſamente, mal que nos peſe, avèmos de entendèr, que el tal cavallèro alcançò la victoria por ſolo el valor de ſu fuerte braçò? Pues que dirèmos de la facilidad con que una Reyna, ò Emperatriz heredera ſe conduze en los braços de un andante, y no conocido cavallèro? Que ingenio fino es del todo barbaro, è inculto podrà contentarſe leyendo, que una gran torre llena de cavallèros và por la mar adelante, como nave con proſpero viento, y oy anochece en Lombardia, y mañana amanece en tierras del Preſte Juan de las Indias, ò en otras, que ni las

deſ-

descubrió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y si à esto se me respondièsse, que los que tales libros componen, los escriven como cosas de mentira, y que assi no estàn obligados à mirar en delicadezas, ni verdades. Responderìales yo, que tanto la mentira es mejor, quanto mas parèce verdadèra, y tanto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoso, y possible. Hanse de casar las fabulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyèren, escrivièndose de suerte, que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los animos, admiren, suspendan, alboroçen, y entretengan de modo, que anden à un mismo passo la admiracion y la alegria juntas; y todas estas cosas no podrà hazer el que huyère de la verisimilitud, y de la imitacion, en quien consiste la perfeccion de lo que se escrive. No he visto ningun libro de Cavallerías que haga un cuerpo de fabula entèro con todos sus miembros de manera, que el medio, corresponda al principio, y el fin, al principio y al medio; sino que los componen con tantos miembros, que mas parèce que llevan intencion à formar una quimera, ò un monstruo, que à hazer una figura proporcionada. Fuera desto, son en el estilo, duros, en las hazañas, increybles, en los amores, lascivos, en las cortesìas, mal-mirados, largos, en las batallas, necios, en las razones, disparatados, en los viages, y finalmente agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la republica Christiana, como à gente inutil.

EL Cura le eſtùvo eſcuchando con grande atencion, y pareciòle hombre de buen entendimiento, y que tenía razon en quanto dezía, y aſſi le dixo, que por ſer el de ſu meſma opinion, y tener ojeriza à los libros de cavallerías, avia quemado todos los de Don Quixote, que eran muchos. Y contòle el eſcrutinio que dellos avia hecho, y los que avia condenado al fuego, y dexado con vida, de que no poco ſe riò el canònigo, y dixo, que con todo quanto mal avia dicho de tales libros, hallava en ellos una coſa buena, que era el ſujeto que ofrecian, para que un buen entendimiento pudièſſe moſtrarſe en ellos; porque davan largo y eſpacioſo campo, por donde ſin empacho alguno pudièſſe correr la pluma, deſcribiendo naufragios, tormentas, rencuentros, y batallas; pintando un capitan valeroſo con todas las partes, que para ſer tàl ſe requièren, moſtràndoſe prudente previniendo las aſtùcias de ſus enemigos; y eloquente orador, perſuadiendo, ò diſuadiendo à ſus ſoldados: maduro en el conſejo, preſto en lo determinado, tan valiente en el eſperar, como en el acometèr. Pintando aora un lamentable y tràgico Suceſſo, aora un alegre, y no penſado Acontecimiento: Alli una hermoſiſſima dama; honeſta, diereta, y recatada: aqui un cavallèro Chriſtiano, valiente y comedido: Acullà un deſaforado barbaro fanfarròn: acà un Principe cortès, valeroſo, y bien mirado. Repreſentando bondad, y lealtad de vaſallos, grandezas y mercedes de ſeñores: Yà puede moſtrarſe Aſtròlogo, yà Coſmògrafo excelente, yà Mùſico,

fico, yà inteligente en las materias de eſtado; y tal vez le vendrà ocaſion de moſtrarſe Nigromante ſi quiſière. Puede moſtrar las aſtucias de Uliſes, La piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las deſgracias de Ector, las trayciones de Sinon, la amiſtad de Eurialo, la liberalidad de Alexandro, el valor de Ceſar, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Caton, y finalmente todas aquellas acciones que pueden hazer perfeto à un varon iluſtre, ora ponièndolas en uno ſolo, ora dividièndolas en muchos; y ſiendo eſto hecho con apazibilidad de eſtilo, y con ingenioſa invencion, que tire lo mas que fuère poſſible à la verdad, ſin duda compondrà una tela de varios y hermoſos lazos texida, que deſpues de acabada, tal perfeccion y hermoſura muèſtre, que configa el fin mejor que ſe pretende en los eſcritos; que es, enſeñar y deleytar juntamente, como ya tengo dicho: Porque la eſcritura deſatada deſtos libros dà lugar à que el autor pueda moſtrarſe Epico, Liriço, Tragico, Comico, con todas aquellas partes, que encièrran en ſi las dulciſſimas, y agradables ciencias de la Poëſia, y de la oratoria: que la Epica tambien puede eſcrivirſe en Proſa, como en verſo.

CAPITULO XLVIII.

Donde prosigue el canònigo la materia de los libros de cavallerías y otras cosas dignas de su ingenio.

ASSI es como vuestra mercèd dize, Señor Canònigo, dixo el Cura, y por esta causa son mas dignos de reprehension los que hasta aqui han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia à ningun buen discurso, ni al arte, y reglas por donde pudièran guiàrse, y hazèrse famosos en Prosa, como lo son en Verso los dos principes de la Poësia Griega, y Latina. Yo, à lo menos, replicò el canònigo, he tenido cierta tentacion de hazer un libro de cavallerías, guardando en èl todos los puntos que he significado; y si he de confessar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hazer la experiencia de si correspondian à mi estimacion, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, doctos y discretos, y con otros ignorantes, que solo atienden al gusto de oìr disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion; pero con todo esto no he proseguido adelante, assi por parecèrme, que hago cosa agena de mi profession, como por vèr, que es mas el numero de los simples, que de los prudentes; y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero su-

ſugetàrme al confuſo Juyzio del deſvanecido vulgo, à quien por la mayor parte toca leèr ſemejantes libros; pero lo que mas me le quitò de las manos, y aun del penſamiento de acabarle, fuè un argumento que hize conmigo meſmo, ſacado de las comedias, que agora ſe represèntan, diziendo: Si eſtas que aora ſe ùſan, aſſi las imaginadas, como las de hiſtoria, todas, ò las mas ſon conocidos diſparates, y coſas que no llevan piès, ni cabeça, y con todo eſſo el vulgo las oye con guſto, y las tiene y las aprueva por buenas, eſtando tan lexos de ſerlo; y los autores que las componen, y los actores que las represèntan, dizen, que aſſi han de ſer, porque aſſi las quière el vulgo, y no de otra manera; y que las que llevan traça, y ſiguen la fabula como el arte pide, no sìrven ſino para quatro diſcretos que las entiènden, y todos los demàs ſe quedan ayunos de entender ſu artificio, y que à ellos les eſtà mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos: Deſte modo vendrìa à ſer mi libro al cabo de averme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendrìa yo à ſer el ſaſtre del cantillo. Y aun algunas vezes he procurado perſuadir à los actores, que ſe engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraeràn, y mas fama cobraràn, repreſentando comedias, que hagan el arte, que no con las diſparatadas; y eſtàn tan aſidos è incorporados en ſu parecèr, que no ay razòn, ni evidencia que dèl los ſaque. Acuèrdome, que un dia dixe à uno deſtos pertinazes: Dezidme; no os

acordàys, que ha pocos años, que repreſentàron en Eſpaña tres tragedias, que compuſo un famoſo Poëta deſte Reyno, las quales fuèron tales, que admiràron; alegràron, y ſuſpendièron à todos quantos las oyèron, aſſi ſimples, como prudentes, aſſi del vulgo, como de los eſcogidos; y dièron mas dineros à los repreſentàntes ellas tres ſolas, que treynta de las mejores, que deſpues acà ſe han hecho? Sin duda, reſpondiò el actor (que digo) que deve de dezir vueſtra mercèd, por la Iſabela, la Filis, y la Alexandra? Por eſſas digo, le repliquè yo; y mirad, ſi guardàvan bien los preceptos del arte, y ſi por guardarlos, dexàron de parecèr lo que eran, y de agradar à todo el mundo. Aſſi que no eſtà la falta en el vulgo, que pide diſparates, ſino en aquellos que no ſaben repreſentar otra coſa. Si, que no fuè diſparate la ingratitud vengada; ni le tùvo la numancia; ni ſe le hallò en la del mercader amante; ni menos en la enemiga favorable, ni en otras algunas que de algunos entendidos Poëtas han ſido compueſtas para fama; y renombre ſuyo, y para ganancia de los que las han repreſentàdo. Y otras coſas añadì à eſtas, con que, à mi parecèr, le dexè algo confuſo, pero no ſatisfecho, ni convencido, para ſacarle de ſu errado penſamiento.

En materia ha tocado vueſtra mercèd, Señor Canonigo, dixo à eſta ſazòn el Cura, que ha deſpertado en mi un antiguo rencor que tengo con las comedias, que aora ſe ùſan, tal que iguala al que tengo con los libros de ca-

val-

vallerías, porque aviendo de ſer la comedia, ſegun le parèce à Tulio, eſpejo de la vida humana, exemplo de las Coſtumbres, è imagen de la verdad; las que aora ſe repreſèntan, ſon eſpejos de diſparates, exemplos de necedades, è imagenes de laſcivia. Porque, que mayor diſparate puede ſer en el ſujeto que tratamos, que ſalir un niño en mantillas en la primera ſcena del primer acto, y en la ſegunda ſalir yà hecho hombre barbado? Y que mayor, que pintarnos un viejo valiente, y un moço cobarde, un lacayo retorico, un page conſejero, un Rey ganapàn, y una Princeſa fregona? Que dirè, pues, de la obſervancia que guardan en los tiempos, en que pueden, ò podían ſuceder las acciones, que repreſèntan? Sino que he viſto comedia, que la primera Jornada començò en Europa, la ſegùnda en Aſia, la tercera ſe acabò en Africa; y aun ſi fuèra de quatro Jornadas, la quarta açabàra en Amèrica. Y aſſi ſe huvièra hecho en todas las quatro partes del mundo. Y ſi es que la imitacion es lo principal, que ha de tener la comedia, como es poſſible que ſatisfaga a ningun mediano entendimiento, que fingiendo una accion, que paſsò en tiempo del Rey Pepino, y Carlo Magno, al miſmo que en ella haze la perſona principal, le atribùyan que fuè el Emperador Eraclio, que entrò con la Cruz en Jeruſalen; y el que ganò la caſa Santa, como Godofre de Bullon, aviendo infinitos años de lo uno à lo otro? Y fundàndoſe la comedia ſobre coſa fingida, atribùyrle verdades de hiſtoria, y mezclarle pedazos de otras ſucedidas

à diferentes perſonas, y tiempos, y eſto nō con traças veriſimiles, ſino con patentes errores de todo punto inexcuſables. Y es lo malo que ày ignorantes que dizen, que eſto es lo perfecto, y que lo demàs es buſcar gullurías. Pues què ſi venìmos à las comedias divinas? Que de milagros falſos fingen en èllas? Que de coſas apocrifas y mal entendidas, atribuyendo à un ſanto los milagros de otro? Y aun en las humanas ſe atreven à hazer milagros ſin mas reſpeto ni conſideracion, que parecèrles que alli eſtarà bien el tal milagro, y apariencia; como ellos llaman, para que la gente ignorante ſe admire, y venga à la comedia: Que todo eſto es en perjuyzio de la verdad, y en menoſcabo de las hiſtorias, y aun en oprobrio de los ingenios Eſpañoles; porque los eſtrangeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por barbaros, è ignorantes, viendo los abſurdos y diſparates de las que hazèmos. Y no ſerìa baſtante diſculpa deſto dezir, que el principal intento, que las republicas bien ordenadas tienen, permitiendo que ſe hagan publicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honeſta recrèacion, y divertirla à vezes de los malos humores, que ſuèle engendrar la ocioſidad; y que pues eſte ſe conſigue con qualquier comedia buena, ò mala, no ày para que poner leyes, ni eſtrechar à los que las componen, y repreſentan, à que las hagan, como devian hazerſe; pues como he dicho, con qualquiera ſe conſigue lo que con ellas ſe pretende. A lo qual reſpondèria yo, que

que eſte fin ſe conſeguirìa mucho mejor ſin comparacion alguna, con las comedias buenas, que con las no tales; porque de aver oỳdo la comedia artificioſa, y bien ordenada, ſaldrìa el oyente, alegre con las burlas, enſeñado con las veras, admirado de los ſuceſſos, diſcreto con las razones, advertido con los embuſtes, ſagàz con los exemplos, ayrado contra el vicio, y enamorado de la virtud: Que todos eſtos afectos ha de deſpertar la buena comedia en el animo del que la eſcuchàre por ruſtico y torpe que sèa. Y de toda impoſſibilidad es impoſſible dexar de alegrar, y entretener, ſatisfazer, y contentar la comedia, que todas eſtas partes tuvière, mucho mas que aquella que carecière dellas, como por la mayor parte carècen eſtas, que de ordinàrio agora ſe represèntan: Y no tienen la culpa deſto los poëtas que las componen; porque algunos ay dellos, que conocen muy bien en lo que yèrran, y ſaben eſtremadamènte lo que deven hazer: Pero como las comedias ſe han hecho mercaduría vendible, dizen, y dizen verdad, que los repreſentantes no ſe las compràran, ſino fuèſſen de aquel Jaèz; y aſſi el Poëta procùra acomodarſe con lo que el repreſentante, que le ha de pagar ſu obra, le pide. Y que eſto sèa verdad, vèaſe por muchas, è infinitas comedias que ha compueſto un feliciſſimo ingenio deſtos Reynos con tanta gala, con tanto donayre, con tan elegante verſo, con tan buenas razones, con tan graves ſentencias, y finalmente tan llenas de elocucion, y alteza de eſtilo, que tienen lleno el mundo de ſu fama:

Y por querer acomodarſe al guſto de los repreſentantes, no han llegado todas, como han llegado algunas al punto de la perfeccion que requièren. Otros las componen tan ſin mirar lo que hazen, que deſpues de repreſentadas tienen neceſſidad los recitantes de huyrſe, y auſentàrſe, temeroſos de ſer caſtigados, como lo han ſido muchas vezes, por aver repreſentado coſas en perjuyzio de algunos Reyes, y en deſhonra de algunos linages: Y todos eſtos inconvenientes ceſſarìan, y aun otros muchos mas que no digo, con que huvièſſe en la corte una perſona inteligente, y diſcreta, que examinàſſe todas las comedias antes que ſe repreſentàſſen; no ſolò aquellas que ſe hizièſſen en la corte, ſino todas las que ſe quiſſièſſen repreſentar en Eſpaña, ſin la qual aprobacion, ſello y firma, ninguna Juſticia en ſu lugar dexàſſe repreſentar comedia alguna; y deſta manera los comediantes tendrìan cuydado de embiàr las comedias à la corte, y con ſeguridad podrìan repreſentàrlas; y aquellos que las componen, mirarìan con mas cuydado y eſtudio lo que hazían, temeroſos de aver de paſſar ſus obras por el riguroſo examen de quien lo entiende; y deſta manera ſe harìan buenas comedias, y ſe conſeguirìa feliciſſimamènte lo que en ellas ſe pretende, aſſi el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de Eſpaña, el interès, y ſeguridad de los recitantes, y el ahorro del cuydado de caſtigarlos. Y ſi ſe dièſſe cargo à otro, ò à eſte miſmo, que examinàſſe los libros de cavallerías que de nuèvo ſe compu-

ſièſ-

ſièſſen, ſin duda podrìan ſalir algunos con la perfeccion que vueſtra mercèd ha dicho, enriqueziendo nueſtra lengua del agradable, y precioſo teſoro de la eloquencia, dando ocaſion, que los libros viejos ſe eſcurecièſſen à la luz de los nuevos que ſalièſſen para honeſto paſſatiempo no ſolamente de los ocioſos, ſino de los mas ocupados: Pues no es poſſible, que eſtè continuo el arco armado, ni la condicion, y flaqueza humana ſe pueda ſuſtentàr ſin alguna licita recrèacion.

A eſte punto de ſu coloquio llegàvan el Canonigo, y el Cura, quando adelantàndoſe el Barbero, llegò à ellos, y dixo al Cura: Aqui, Señor licenciado!, es el lugar que yo dixe que era bueno, para que ſeſteàndo noſotros tuvièſſen los bueyes freſco y abundoſo paſto. Aſſi me lo parèce à mi, reſpondiò el Cura; y dizièndole al Canonigo lo que pensàva hazer, El tambien quiſo quedarſe con ellos; combidado del ſitio de un hermoſo valle que à la viſta ſe les ofrecìa: Y aſſi por gozar dèl, como de la converſacion del cura, de quien yà ſe iva aficionando; y por ſaber mas por menudo las hazañas de Don Quixote, mandò à uno de ſus criados, que ſe fuèſſe à la venta que no lexos de alli eſtàva, y truxèſſe della lo que huvièſſe de comer para todos; porque èl determinava de ſeſteàr en aquel lugar aquella tarde: A lo qual uno de ſus criados reſpondiò, que el azemila del repueſto, que yà devìa de eſtar en la venta, trayа recado baſtante para no obligar à tomar de la venta mas que cevada. Pues aſſi es, dixo el canonigo, llèvenſe

allà todas las cavalgaduras, y hazed bolver la azemila.

EN tanto que eſto paſsàva, viendo Sancho, que podìa hablar à ſu amo ſin la continua aſſiſtencia del Cura y el Barbero, que tenía por ſoſpechoſos, ſe llegò à la Jaula donde iva ſu amo, y le dixo: Señor, para deſcargo de mi conciencia le quièro dezir lo que paſſa acerca de ſu encantamiento; y es, que aqueſtos dos, que vienen aqui encubiertos los roſtros, ſon el Cura de nueſtro lugar, y el Barbero; y imagino, han dado eſta traça de llevarle deſta manera, de pura envidia que tienen, como vueſtra mercèd ſe les adelanta en hazer famoſos hechos. Preſupueſta, pues, eſta verdad, sìguèſſe, que no và encantado, ſino embaydo, y tonto. Para prueva de lo qual le quièro preguntar una coſa, y ſi me reſpònde, como crèo que me ha de reſpònder, tocarà con la mano eſte engaño, y verà como no và encantado, ſino traſtornado el juyzio. Pregunta lo que quiſières, hijo Sancho, reſpondiò Don Quixote, que yo te ſatisfarè, y reſponderè à toda tu voluntad. Y en lo que dizes, que aquellos, que alli vàn, y vièn con noſotros, ſon el Cura, y el Barbero nueſtros compatriotas y conocidos, bien podrà ſer, que parezca que ſon ellos meſmos; pero que lo sèan realmente, y en efecto, eſſo no lo crèas en ninguna manera. Lo que has de crèer y entender es, que ſi ellos ſe les parècen, como dizes, deve de ſer, que los que me han encantado, avràn tomado eſſa apariencia y ſemejança; porque es facil à los encantado-

res

res tomar la figura, que ſe les antoja, y avràn tomado las deſtos nueſtros amigos, para dàrte à ti ocaſion de que pienſes lo que pienſas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes à ſalir dèl, aunque tuvièſſes la ſoga de Teſeo; y tambien lo avràn hecho, para que yo vacile en mi entendimiento, y no ſepa atinar de donde me viene eſte daño; porque ſi por una parte tu me dizes, que me acompañan el Cura y el Barbero de nueſtro pueblo, y por otra yo me vèo enjaulado, y sè de mi, que fuerças humanas, como no fuèran Sobrenaturales, no fuèran baſtantes para enjaularme; que quières que diga, ò pienſe, ſino que la manera de mi encantamiento excede à quantas yo he leydo en todas las hiſtorias que tratan de cavallèros andantes, que han ſido encantados. Aſſi que bien puedes dàrte paz y ſoſſiego en eſto de creèr que ſon los que dizes, porque aſſi ſon ellos como yo ſoy Turco. Y en lo que toca à querer preguntarme algo, dì, que yo te reſponderè aunque me preguntes de aqui à mañana. Vàlame nueſtra ſeñora, reſpondiò Sancho, dando una grande voz; y es poſſible que sèa vueſtra mercèd tan duro de celebro, y tan falto de meollo, que no eche de vèr que es pura verdad la que le digo, y que en eſta ſu priſion y deſgracia tiene mas parte la malicia, que el encanto? Pero pues aſſi es, yo le quiero provar evidentemente como no và encantado. Sino, digame, aſſi Dios le ſaque deſta tormenta, y aſſi ſe vèa en los braços de mi Señora Dulcinèa, quando menos ſe pienſe. Acaba de conjuràr-

me, dixo Don Quixote, y pregunta lo que quisières, que yà te he dicho, que te respondere con toda puntualidad. Esso pido, replicò Sancho, y lo que quiero saber es, que me diga sin añadir, ni quitar Cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espèra que la han de dezir, y la dizen todos aquellos que professan las armas, como vuestra mercèd las professa debaxo del titulo de Cavalléros. Digo que no mentirè en cosa alguna, respondiò Don Quixote: Acaba yà de preguntar, que en verdad, que me cansas con tantas salvas, plegarias, y prevenciònes, Sancho. Digo, que yo estòy seguro de la bondad, y verdad de mi amo; y assi porque haze al caso de nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento: Si à caso despues que vuestra mercèd và enjaulado, y à su parecèr encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hazer aguas mayores, ò menores, como suèle dezirse? No entiendo esso de hazer aguas. Sancho; declàrate mas, si quières que te respònda derechamente. Es possible que no entiende vuestra mercèd de hazer aguas mayores, ò menores! Pues en la escuela destetan à los muchachos con ello. Pues sepa, que quièro dezir, si le ha venido gana de hazer lo que no se escusa? Yà, yà te entiendo, Sancho; y muchas vezes, y aun agora la tengo: Sàcame deste peligro, que no ando todo limpio.

CA-

CAPITULO XLIX.

Donde ſe trata del diſcreto coloquio que Sancho Pança tùvo con ſu ſeñor Don Quixote.

HA, dixo Sancho, cogìdo le tengo: Eſto es lo que yo deſsèava ſaber como al alma y como à la vida. Venga acà, Señor; podrìa negar lo que comunmente ſuèle dezirſe por ay, quando una perſona eſtà de mala voluntad: No sè, que tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni reſpònde à propoſito à lo que le preguntan; que no parèce ſino que eſtà encantado. De donde ſe viene à ſacar, que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hazen las obras naturales que yo digo, eſtos tales eſtàn encantados, pero no aquellos que tienen la gana que vueſtra mercèd tiene, y que bebe, quando ſe lo dàn, y come quando lo tiene, y reſpònde à todo aquello que le pregùntan. Verdad dizes, Sancho, reſpondiò Don Quixote; pero yà te he dicho, que ay muchas maneras de encantamientos, y podrìa ſer, que con el tiempo ſe huvièſſen mudado de unos en otros; y que agora ſe ùſe, que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hazìan: De manera que contra el uſo de los tiempos no ay que arguỳr, ni de que hazer conſequencias. Yo sè, y tengo para mi, que voy encantado;

y

y eſto me baſta para la ſeguridad de mi conciencia; que la formaria muy grande, ſi yo penſàſſe, que no eſtàva encantado, y me dexàſſe eſtàr en eſta Jaula pereçoſo, y cobarde, defraudàndo el ſocorro, que podria dàr à muchos meneſteroſos, y neceſſitados, qne de mi ayuda, y amparo deven tener à la hora de aora preciſa y eſtrema neceſſidad. Pues con todo eſſo, replicò Sancho, digo que para mayor abundancia, y ſatisfaccion, ſeria bien que vueſtra mercèd provàſſe à ſalir deſta carcel, que yo me obligo con todo mi poder à facilitàrlo, y aun ſacàrle della; y provàſſe de nuevo à ſubir ſobre ſu buen Rozinante, que tambien parèce que và encantado, ſegun và melancolico, y triſte: Y hecho eſto provàſſemos otras vez la ſuerte de buſcar mas aventùras; y ſino nos ſucedièſſe bien, tiempo nos queda para bolvèrnos à la Jaula, en la qual prometo à ley de buen y leàl eſcudèro de encerrarme juntamente con vueſtra mercèd, ſi à caſo fuère vueſtra mercèd tan deſdichado, ò yo tan ſimple, que no acierte à ſalir con lo que digo. Yo ſoy contento de hazer lo que dizes, Sancho hermano, replicò Don Quixote, y quando tu vèas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedecerè en todo y por todo; pero tu, Sancho, veràs como te engañas en el conocimiento de mi deſgracia.

En eſtas platicas ſe entretuvièron el Cavallèro andante, y el mal andante eſcudèro haſta que llegàron donde, yà apeàdos, los eſperàvan el Cura, el Canonigo, y el Barbero. Deſhunciò luego los bueyes de la carreta el boyero,

yero, y dexòlos andar à ſus anchuras por aquel verde y apazible ſitio, cuya freſcùra combidàva à quererla gozar, no à las perſonas tan encantadas como Don Quixote, ſino à los tan advertidos, y diſcretos como ſu eſcudèro; el qual rogò al Cura, que permitièſſe que ſu ſeñor ſalièſſe por un rato de la Jaula; porque ſino le dexàvan ſalìr, no irìa tan limpia aquella priſion, como requerìa la decencia de un tàl cavallèro como ſu amo. Entendiòle el Cura y dixo, que de muy buena gana harìa lo que le pedìa, ſino temièra, que en vièndoſe ſu ſeñor en libertad, avia de hazer de las ſuyas, y irſe donde jamàs gentes le vièſſen. Yo le fio de la fuga, reſpondiò Sancho. Y yo tambien, dixo el Canonigo, y mas ſi èl me dà la palabra como Cavallèro, de no apartàrſe de noſotros haſta que sèa nueſtra voluntad. *Si* dòy, reſpondiò Don Quixote (que todo lo eſtàva eſcuchando;) quanto mas, que el que eſtà encantado como yo, no tiene libertad para hazer de ſu perſona lo que quiſière; porque el que le encantò, le puede hazer que no ſe muèva de un lugar en tres ſiglos; y ſi huvière huydo, le harà bolver en volandas; y que pues eſto era aſſi, bien podìan ſoltàrle, y mas ſiendo tan en provecho de todos; y de no ſoltàrle, les proteſtàva, que no podìa dexar de fatigarles el olfato, ſi de alli no ſe deſviàvan. Tomòle la mano el Canonigo, aunque las tenía atadas, y debaxo de ſu buena fè, y palabra le deſenjaulàron, de que èl ſe alegrò infinito y en grande manera de vèrſe fuèra de la Jaula: Y lo primero que hizo fuè, eſtiràrſe

todo

todo el cuerpo, y luego ſe fuè, donde eſtàva Rozinante, y dàndole dos palmadas en las ancas, dixo: Aun eſpero en Dios, y en ſu bendita madre, flor y eſpejo de los cavallos, que preſto nos hèmos de vèr los dos qual deſsèamos; tu con tu Señor à cueſtas, y Yo encima de ti exercitando el oficio para que Dios me echò al mundo. Y diziendo eſto Don Quixote, ſe apartò con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliviado, y con mas deſsèos de poner en obra lo que ſu eſcudèro ordenàſſe. Miràvalo el Canonigo, y admiràvaſe de vèr la eſtrañeza de ſu grande locura, y de que en quanto hablàva, y reſpondia, moſtràva tener boniſſimo entendimiento: Solamente venía à perder los eſtribos, como otras vezes ſe ha dicho, en tratàndole de Cavallería. Y aſſi movido de compaſſion, deſpues de averſe ſentado todos en la verde yerva para eſperar el repueſto del Canonigo, le dixo.

Es poſſible, Señor hidalgo, que aya podido tanto con vueſtra mercèd la amarga, y ocioſa letura de los libros de cavallerías, que le ayan bueſto el juyzio de modo, que venga à creèr, que và encantado, con otras coſas deſte jaèz, tan lexos de ſer verdadèras, como lo eſtà la meſma mentira de la verdad? Y como es poſſible que aya entendimiento humano, que ſe dè à entendèr, que ha avido en el mundo aquella infinidad de Amadiſes, y aquella turbamulta de tanto famoſo Cavallèro, tanto Emperador de Trapiſonda, tanto Felixmarte de Ircania, tanto palafren, tanta donzella

zella andante, tantas fierpes, tantos endriagos, tantos Gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto genero de encantamientos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarria de trages, tantas Princesas enamoradas, tantos escuderos çondes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mugeres valientes; y finalmente tantos, y tan disparatados casos como los libros de cavellerias contiènen? De mi sè dezir, que quando los lèo, en tanto que nõ ponga la imaginacion en pensar, que son todos mentira y liviandad, me dàn algun contento; pero quando caygo en la cuenta de lo que son, doy, con el mejor dellos en la parèd; y aun dièra con èl en el fuego, si cerca, ò presente le tuviera, bien como à merecedores de tal pena por ser falsos, y embustèros, y fuera del trato, que pide la comun naturaleza, y como à inventores de nuevas sectas, y de nuevo modo de vida, y como à quien dà ocasion, que el vulgo ignorante venga à creèr, y tener por verdaderas tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven à turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de vèr por lo que con vuestra mercèd han hecho, pues le han traydo à terminos, que sea forçoso encerrarle en una jaula, y traèrle sobre un carro de bueyes, como quien trae, ò lleva algun leon, ò algun tigre de lugar en lugar, para ganar con el dexando que le vean. Ea Señor Don Quixote, duèlase de si mismo, reduzgase al gremio de la discrecion, y sepa

usar

uſar de la mucha que el cielo fuè ſervido de dàrle, empleando el feliziſſimo talento de ſu ingenio en otra letura, que redunde en aprovechamièntо de ſu conciencia, y en aumento de ſu honra: Y ſi toda via llevado de ſu natural inclinacion quiſière leèr libros de hazañas, y de Cavallerías, lèa en la Sacra Eſcritura el de los Juezes, que alli hallarà verdades grandioſas, y hechos tan verdaderos, como valièntes. Un Viriato tùvo Luſitania, un Ceſar Roma, un Anibal Cartago, un Alexandro Grecia, un Conde Fernan Gonzalez Caſtilla, un Cid Valencia, un Gonzalo Fernandez Andaluzía, un Diego Garcia de Paredes Eſtremadura, un Garci Perez de Vargas Xerèz, un Garcilaſo Tolèdo, un Don Manuel de Leòn Sevilla, cuya lecion de ſus valeroſos hechos puede entretenèr, enſeñar, deleytàr, y admiràr à los mas altos ingenios que los leyèren. Eſta ſi ſerà letura digna del buen entendimiento de vueſtra mercèd, Señor Don Quixote mio, de la qual ſaldrà erudito en la hiſtoria, enamorado de la virtud, enſeñado en la bondad, mejorado en las coſtumbres, valiente ſin temeridad, oſado ſin covardía, y todo eſto para honra de Dios, provecho ſuyo, fama de la mancha, dò, ſegun he ſabido, tràe vueſtra mercèd ſu principio, y origen.

ATENTISSIMAMENTE eſtùvo Don Quixote eſcuchando las razones del Canonigo, y quando viò, que yà avia pueſto fin à ellas, deſpues de averle eſtado un buen eſpacio mirando, le dixo: Parecème, Señor hidalgo, que la platica de vueſtra mercèd la hà en-

encaminado à querer dàrme à entender, que no ha avido Cavallèros andantes en el mundo, y que todos los libros de cavallerias ſon falſos, mentiroſos, dañadores, è inùtiles para la republica; y que yo he hecho mal en leèrlos, y peòr en creèrlos, y mas mal en imitàrlos, aviéndome pueſto à ſeguir la duriſſima profeſſion de la cavallería andante que ellos enſeñan; negàndome, que no ha avido en el mundo Amadiſes, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros cavallèros, de què las eſcrituras eſtàn llenas. Todo es al piè de la letra como vueſtra mercèd lo và relatando, dixo à eſta ſazon el Canonigo. A lo qual reſpondiò Don Quixote: Añadiò tambien vueſtra mercèd, que me avian hecho mucho daño tales libros, pues me avian buelto el Juyzio, y puèſtome en una Jaula; y que me ſerìa mejor hazer la enmienda, y mudar de letura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleytan y enſeñan. Aſſi es, dixo el Canonigo. Pues yo, replicò Don Quixote, hallo por mi cuenta, que el ſin Juyzio y el encantado es vueſtra mercèd, pues ſe ha pueſto à dezir tantas blasfemias contra una coſa tan recibida en el mundo, y tenida por tan verdadera; que el que la negàſſe, como vueſtra mercèd la niega, merecia la meſma pena que vueſtra mercèd dize, que dà à los libros, quando los lèe, y le enfadan: Porque querer dàr à entender à nadie, que Amadis no fuè en el mundo, ni todos los otros cavallèros aventureros, de que eſtàn colmadas las hiſtorias, ſerà querer perſuàdir, que el Sol no alumbra, ni el yelo enfria, ni la

tierra ſuſtenta. Porque, que ingenio puede aver en el mundo, que pueda perſuàdir à otro, que no fuè verdad lo de la infanta Floripes, y Guy de Borgoña, y lo de Fierabras con la puente de Mantible, que ſucediò en el tiempo de Carlo Magno, que (voto à tàl) es tanta verdad como aora es de dia? Y ſi es mentira, tambien lo deve de ſer; que no hùvo Hector, ni Aquiles, ni la Guerra de Troya, ni los doze pares de Francia, ni el Rey Artus de Inglaterra, que anda haſta aora convertido en cuervo, y le eſpèran en ſu reyno por momentos. Y tambien ſe atreveràn à dezir, que es mentiroſa la hiſtoria de Guarino Mezquino, y la de la Demanda del ſanto Grial, y que ſon apocrifos los amores de Don Triſtàn, y la Reyna Iſeo, como los de Ginebra, y Lançarote, aviendo perſonas, que caſi ſe acuerdan de aver viſto à la Dueña Quintañona, que fuè la mejor eſcanciadora de vino, que tùvo la gran Bretaña: Y es eſto tan aſſi, que me acuerdo yo, que me dezía una mi aguela de mi padre, quando veìa alguna dueña con tocas reverendas: Aquella, nieto, ſe parèce à la dueña Quintañona: De donde arguyo yo, que la deviò de conocer ella, ò por lo menos, deviò de alcançar à vèr algun retrato ſuyo. Pues quien podrà negar, no ſer verdadera la hiſtoria de Pierres, y la linda Magalona, pues aun haſta òy dia ſe vèe en la armeria de los Reyes la clavija con que bolvía el cavallo de madera, ſobre quien iva el valiente Pierres por los ayres, que es un poco mayor que un timòn de Carreta, y junto à la cla-

clavija eſtà la filla de Babieca. Y en Roncesvalles eſtà el cuerno de Roldan, tamaño como una grande viga, de donde ſe infiere, que hùvo doze Pares, que hùvo Pierres, que hùvo Cides, y otros Cavallèros ſemejantes, deſtos que dizen las gentes, que à ſus aventùras vàn. Sino dìgame tambien, que no es verdad, que fuè cavallèro andante el valiente Luſitano Juan de Merlo, que fuè à Borgoña, y ſe combatiò en la Ciudad de Ras con el famoſo Señor de Charni, llamado Moſen Pierres; y deſpues en la ciudad de Baſilea con Moſen Enrique de Remeſtan, ſaliendo de entrambas empreſas vencedòr, y lleno de honroſa fama: Y las aventuras y deſafios que tambien acabàron en Borgoña los valientes Eſpañoles Pedro Barba, y Gutierre Quixada (de cuya Alcurnia yo deſciendo por linea recta de varon) venciendo à los hijos del conde de San Polo. Nièguеme aſſimeſmo, que no fuè a buſcar las aventuras à Alemania Don Fernando de Guevara, donde ſe combatiò con Micer Jorge, Cavallèro de la caſa del Duque de Auſtria. Digan, que fuèron burla las Juſtas de Suero de Quiñones, del paſſo: Las empreſas de Moſen Luys de Falſes contra Don Gonçalo de Guzman, Cavallèro Caſtellano; con otras muchas hazañas hechas por cavallèros Chriſtianos, deſtos, y de los Reynos eſtrangeros, tan autenticas y verdaderas, que torno à dezir, que el que las negàſſe, careceria de toda razòn, y buen diſcurſo.

ADMIRADO quedò el Canonigo de oyr la mezcla que Don Quixote hazía de verdades

y mentiras, y de vèr la noticia que tenía de todas aquellas cóſas tocantes, y concernientes à los hechos de ſu andante cavallería; y aſſi le reſpondiò: No puedo yo negar, Señor Don Quixote, que no sèa verdad algo de lo que vueſtra mercèd ha dicho, eſpecialmènte en lo que toca à los cavallèros andantes Eſpañoles; y aſſi meſmo quiero concedèr, que hùvo doze Pares de Francia; pero no quiero creèr, que hizièron todas aquellas coſas, que el Arçobiſpo Turpin dellos eſcrive; porque la verdad dello es, que fuèron cavallèros eſcogidos por los Reyes de Francia, à quien llamàron Pares, por ſer todos iguales en valor, en calidad y en valentía: Alomenos ſino lo eran, era razòn que lo fuèſſen; y era como una religion de las que aora ſe uſan de Santiago, ò de Calatrava, que ſe preſupòne, que los que las profeſſan, han de ſer, ò deven ſer cavallèros valeròſos, valientes, y bien nacidos; y como aora dizen cavallèro de ſan Juan, ò de Alcantara, dezían en aquel tiempo, cavallèro de los doze Pares, porque fuèron doze iguales los que para eſta religion militar ſe eſcogièron. En lo de que hùvo Cid, no ay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hizièron las hazañas, que dizen, crèo que la ay muy grande. En lo otro de la clavija, que vueſtra mercèd dize del conde Pierres, y que eſtà junto à la ſilla de Babieca en la Armería de los Reyes, confièſſo mi pecado, que ſoy tan ignorante, ò tan corto de viſta, que aunque he viſto la ſilla, no he echado de vèr la clavija, y mas ſiendo tan gran-

grande como vueſtra mercèd ha dicho. Pues alli eſtà ſin duda alguna, replicò Don Quixote, y por mas ſeñas dizen, que eſtà metida en una funda de vaqueta, porque no ſe tome de mòho. Todo puede ſer, reſpondiò el Canonigo; pero por las ordenes que recibì, que no me acuerdo averla viſto: Mas pueſto que conceda que eſtà alli, no por eſſo me obligo à creèr las hiſtorias de tantos Amadiſes, ni las de tanta turbamulta de cavallèros, como por ay nos cuentan; ni es razòn, que un hombre como vueſtra mercèd, tan honrado, y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dè à entender que ſon verdaderas tantas y tan eſtrañas locuras, como las que eſtàn eſcritas en los diſparatados libros de cavallerías.

CAPITULO L.

De las diſcretas altercaciones, que Don Quixote y el Canonigo tuvièron, con otros ſuceſſos.

BUENO eſtà eſſo, reſpondiò Don Quixote: Los libros que eſtàn impreſſos con licencia de los Reyes, y con aprobacion de aquellos, à quien ſe remitièron, y que con guſto general ſon leydos, y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres, y de los ricos, de los letrados, è ignorantes, de los

plebeyos, y cavallèros, finalmente de todo genero de perſonas de qualquier eſtado, y condicion que sèan, avían de ſer mentira? Y llevando tanta apariencia de verdad; pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar, y las hazañas punto por punto, y dia, por dia, que el tal cavallèro hizo, ò cavallèros hizieron. Calle vueſtra mercèd, no diga tal blasfemia, y crèame, que le aconſejo en eſto, lo que deve de hazer como diſcreto; ſino lèalos, y verà el guſto que recibe de ſu leyènda. Sino dìgame: Ay mayor contento que vèr, como ſi dixèſſemos, aqui aora ſe mueſtra delante de noſotros un gran lago de pez hirvièndo à borvollones, y que andan nadando, y cruzando por èl muchas ſerpientes, culebras, y lagartos, y otros muchos generos de animales ferozes, y eſpantables; y que del medio del lago ſale una voz triſtiſſima, que dize: Tu Cavallèro, quien quiera que sèas, que el temoroſo lago eſtàs mirando, ſi quières alcançar el bien, que debaxo deſtas negras aguas ſe encubre, mueſtra el valor de tu fuerte pecho, y arròjate en mitad de ſu negro y encendido licòr, porque ſi aſſi no lo hazes, no ſeràs digno de vèr las altas maravillas que en ſi encièrran y contièn los ſiete caſtillos de las ſiete Fadas, que debaxo deſta negregura yazen; y que à penas el Cavallèro no ha acabado aun de oyr la voz temeroſa, quando, ſin entrar mas en cuentas conſigo, ſin ponerſe à conſideràr el peligro, à que ſe pone; y aun ſin deſpojàrſe de la peſadumbre de ſus fuertes armas (encomendàndoſe

doſe à Dios, y à ſu Señora) ſe arroja en mitad del bullente lago; y quando no ſe cata, ni ſabe donde ha de parar, ſe halla entre unos floridos campos, con qûien los Eliſeos no tienen que vèr en ninguna coſa. Alli le parèce, que el Cielo es mas tranſparente, y que el Sol luze con claridad mas nueva. Acullà ofrèceſele à los ojos una apacible floreſta de tan verdes y frondoſos arboles compueſta, que alegra à la viſta ſu verdura, y entretiene los oydos el dulce, y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados paxarillos, que por los intrincados ramos vàn cruzando. Aqui deſcubre un arroyuelo, cuyas freſcas aguas, que liquidos criſtales parècen, corren ſobre menudas arenas, y blancas piedrezuelas, que oro cernido, y puras perlas ſemejan. Acullà vè una artificioſa fuente de Jaſpe variado, y de liſo marmol compueſta: Acà vèe otra à lo bruteſco ordenada, à donde las menudas conchas de las almejas con las torcidas caſas blancas, y amarillas del Caracol, pueſtas con orden deſordenada, mezclados entre ellas pedazos de criſtal luziente, y de contrahechas eſmeraldas, hazen una variada labor, de manera, que el arte imitando à la naturaleza, parèce que alli la vence. Acullà de improviſo ſe le deſcùbre un fuerte caſtillo, ò viſtoſo alcaçar, cuyas murallas ſon de mazizo oro, las almenas de Diamantes, las puertas de Jacintos; finalmente èl es de tan admirable compoſtura, que con ſer la materia de que eſtà formado, no menos que de Diamantes, de carbunclos, de rubies, de perlas, de oro, y de eſmeral-

das, es de mas eſtimacion ſu hechura. Y ay mas que vèr, deſpues de aver viſto eſto, que vèr ſalir por la puerta del caſtillo un buen numero de donzellas (cuyos galanos y viſtoſos trages ſi yo me puſièſſe aora à dezirlos, como las hiſtorias nos los cuentan, ſeria nunca acabar) y tomar luego la que parecia principal de todas, por la mano al atrevido cavallèro, que ſe arrojò en el ferviente lago, y llevàrle, ſin hablarle palabra, dentro del rico alcaçar ò caſtillo, y hazerle deſnudar como ſu madre le pariò, y bañarle con templadas aguas; y luego untarle todo con oloroſos unguentos, y veſtirle una camiſa de cendal delgadiſſimo, toda oloroſa y perfumada; y acudir otra donzella, y echarle un manton ſobre los ombros, que por lo menos menos, dizen que ſuele valèr una ciudad, y aun mas? Que es vèr, pues, quando nos cuentan, que tras todo eſto, le llevan à otra ſala, donde hàlla pueſtas las meſas con tanto concièrto, que queda ſuſpenſo y admirado? Que, el vèrle echàr agua à manos, toda de ambar, y de oloroſas flores diſtilada? Que, el hazèrle ſentàr ſobre una ſilla de marfil? Que, vèrle ſervir todas las donzellas, guardando un maravilloſo ſilencio? Que, el traèrle tanta diferencia de manjàres, tan ſabroſamente guiſados, que no ſabe el apetito à qual deva de alargàr la mano? Que ſerà oyr la muſica, que en tanto que come, ſuèna? Sin ſabèrſe quien la canta, ni a donde ſuèna? Y deſpues de la comida acabada, y las meſas alçadas, quedàrſe el cavallèro recoſtado ſobre la ſilla, y quiçà mondàndoſe los dien-

dientes (como es coſtumbre) entràr à deſhora por la puerta de la ſala otra mucho mas hermoſa donzella, que ninguna de las primeras, y ſentàrſe al lado del cavallèro, y començàr à dàrle cuenta, de que caſtillo es aquel, y de como ella eſtà encantada en èl, con otras coſas, que ſuſpènden al cavallero y admìran à los leyèntes, que vàn leyèndo ſu hiſtoria? No quiero alargàrme mas en eſto, pues dello ſe puede colegìr, que qualquièra parte, que ſe lèa de qualquièr hiſtoria de cavallería andante, ha de causàr guſto y maravilla à qualquièra que la leyère. Y vueſtra mercèd crèame, y como otra vez le he dicho, lèa eſtos libros, y verà como le deſtièrran la melancolia que tuvière, y le mejòran la condicion, ſi à caſo la tuvière mala. De mi sè dezir, que deſpues que ſoy cavallèro andante, ſoy valiente, comedido, liberal, bien-criado, generoſo, cortès, atrevido, blando, paciente, ſufridòr de trabajos, de priſiones, de encantos; y aunque ha tan poco que me vì encerrado en una jaula como loco, pienſo por el valor de mi braço (favorecièndome el cielo, y no me fiendo contraria la fortuna) en pocos dias vèrme Rey de algun Reyno, à donde pueda moſtràr el agradecimiento, y liberalidad, que mi pecho encierra: Que, mia fè, Señor, el pobre eſtà inhabilitado de podèr moſtràr la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en ſumo grado la poſſea: Y el agradecimiento, que ſolo conſiſte en el deſèo, es coſa muerta, como es muerta la fè ſin obras. Por eſto querrìa, que la fortuna me ofrecièſſe preſto

alguna ocaſion, donde me hizièſſe Empera-dòr, por moſtràr mi pecho, haziendo bien à mis amigos, eſpecialmente à eſte pobre de Sancho Pança mi eſcudèro, que es el mejor hombre del mundo, y querrìa dàrle un condado, que le tengo muchos dias hà prometido; ſino que temo, que no ha de tener habilidad para governàr ſu eſtado.

CASI eſtas ultimas palabras oyò Sancho à ſu amo, à quien dixo: Trabaje vueſtra mercèd, Señor Don Quixote, en dàrme eſſe condado, tan prometido de vueſtra mercèd, como de mi eſperado; que yo le promèto, que no me falte à mi habilidad para governàrle; y quando me faltàre, yo he oydo dezir, que ay hombres en el mundo, que toman en arrendamièntо los eſtados de los ſeñores, y les dàn un tanto cada año, y ellos ſe tienen cuydado del govièrno; y el ſeñor ſe eſtà à pierna tendida gozando la renta que le dàn, ſin curàrſe de otra coſa: Y aſſi harè yo, y no repararè en tanto mas quanto, ſino que luego me deſiſtirè de todo, y me gozarè mi renta, como un Duque, y allà ſe lo ayan. Eſſo hermano Sancho, dixo el Canonigo, entièndeſe en quanto al gozar la renta; empero al adminiſtràr Juſticia ha de entendèr el Señor del eſtado, y aqui entra la habilidad, y buen Juyzio, y principalmente la buena intencion de acertar; que ſi eſta falta en los principios, ſiempre iràn errados los medios, y los fines: Y aſſi ſuèle Dios ayudàr al buen deſsèo del ſimple, como desfavorecèr al malo del diſcreto. No sè eſſas filoſofias, reſpondiò Sancho, mas ſolo

ſolo sè, que tan preſto tuvièſſe yo el Condado, como ſabrìa regìrle, que tanta alma tengo yo, como otro, y tanto cuerpo, como el que mas, y tan Rey ſerìa yo de mi eſtado, como cada uno del ſuyo; y ſièndolo, harìa lo que quiſièſſe; y haziendo lo que quiſièſſe, haria mi guſto; y haziendo mi guſto, eſtaria contento; y en eſtando uno contento, no tiene mas que deſsèar; y no teniendo mas que deſsèar acabòſe; y el eſtado venga, y à Dios, y veàmonos, como dixo un ciego à otro. No ſon malas Filoſofìas eſſas, como tu dizes, Sancho, dixo el Canonigo; pero con todo eſſo ày mucho que dezir ſobre eſta materia de condados. A lo qual replicò Don Quixote: Yo no sè que aya mas que dezir; ſolo me guìo por el exemplo, que me dà el grande Amadis de Gaula, que hizo à ſu eſcudèro Conde la Inſula firme; y aſſi puedo yo ſin eſcrupulo de conciencia hazèr Conde à Sancho Pança, que es uno de los mejores eſcudèros, que cavallèro andante ha tenido.

ADMIRADO quedò el Canonigo de los concertados diſparates, que Don Quixote avia dicho; del modo con que avia pintado la aventura del cavallèro del lago; de la impreſſion que en èl avian hecho las penſadas mentiras de los libros que avia leydo; y finalmente le admiràva la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deſsèava alcançàr el Condado que ſu amo le avia prometido.

YA en eſto bolvìan los criados del Canonigo, que à la venta avian ido por la azemila del repueſto; y haziendo meſa de un Alfombra,

bra, y de la verde yerva del prado, à la ſombra de unos arboles ſe ſentàron, y comièron alli, porque el boyèro no perdièſſe la comodidad de aquel ſitio, como queda dicho. Y eſtàndo comièndo, à deſhora oyèron un rezio eſtruendo, y un ſon de eſquila; que por entre unas Zarças, y eſpeſſas matas, que alli junto eſtàvan, ſonàva; y al miſmo inſtante vièron ſalìr de entre aquellas malèzas una hermoſa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco, y pardo. Tras ella venía un cabrero dàndole vozes, y dizièndole palabras à ſu uſo, para que ſe detuvièſſe, ò al rebaño bolvièſſe. La fugitiva cabra temeroſa, y deſpavorìda ſe vìno à la gente, como à favorecèrſe della, y alli ſe detuvo. Llegò el cabrero, y aſſièndola de los cuernos, como ſi fuèra capàz de diſcurſo, y entendimiento, le dixo: Ha cerrèra, cerrèra manchada, manchada, y como andàys vos eſtos dias de piè coxo! Que lobos os eſpàntan, hija? No me dirèys, que es eſto, hermoſa? Mas que puede ſer, ſino que ſoys hembra, y no podèys eſtàr ſoſſegàda: Que mal aya vueſtra condicion, y la de todas aquellas à quien imitàys. Bolved, amiga; bolved, que ſino tan contenta, alomenos eſtarèys mas ſegura en vueſtro apriſco con vueſtras compañeras; que ſi vos, que las avèys de guardàr, y encaminàr, andàys tan ſin guia, y tan deſcaminada, en que podràn parar ellas? Contento dièron las palabras del cabrero à los que las oyèron, eſpecialmente al Canonigo, que le dixo: Por vida vueſtra, hermano, que os ſoſſegueys un poco, y no os acucièys en bol-

vèr

vèr tan preſto eſſa cabra à ſu rebaño; que pues ella es hembra, como vos dezis, ha de ſeguir ſu natural diſtinto, por mas que vos os pongàys à eſtorvàrlo. Tomad eſte bocado, y bebed una vez, con que templarèys la còlera, y en tanto deſcanſarà la cabra. Y el dezir eſto, y el dàrle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fuè uno. Tomòlo, y agradeciòlo el cabrero: Bebiò, y ſoſſegòſe, y luego dixo: No querría, que por aver yo hablado con eſta alimaña tan en ſeſo, me tuvièſſen vueſtras mercèdes por hombre ſimple, que en verdad, que no carècen de miſterio las palabras que le dixe. Rùſtico ſoy, pero no tanto, que no entienda, como ſe ha de tratàr con los hombres y con las beſtias. Eſſo crèo yo muy bien, dixo el cura, que ya yo sè de experiencia, que los montes crian letrados, y las cabañas de los paſtores encièrran Filoſofos. Alomenos, Señor, replicò el cabrero, acògen hombres eſcarmentàdos; y para que creàys eſta verdad, y la toquèys con la mano, aunque parèzca, que ſin ſer rogado, me combido; ſino os enfadàys dello, y querèys, Señores, un breve eſpacio preſtàrme oydo atento, os contarè una verdad, que acredite lo que eſſe Señor (ſeñalando al Cura) ha dicho y la mia. A eſto reſpondiò Don Quixote: Por vèr que tiene eſte caſo un no sè que de aventura de cavallería, yo por mi parte os oyrè, hermano, de muy buena gana, y aſſi lo haràn todos eſtos Señores por lo mucho que tienen de diſcretos, y de ſer amigos de curioſas novedades, que ſuſpendàn, alegren,

y entretengan los ſentidos, como ſin duda pienſo, que lo ha de hazer vueſtro cuento. Començad, pues, amigo, que todos eſcucharèmos. Sàco la mia, dixo Sancho, que yo à aquel arroyo me vòy con eſta empanada, donde pienſo hartàrme por tres dias, porque hè oydo dezir à mi Señor Don Quixote, que el eſcudèro de Cavallèro andante ha de comèr, quando ſe le ofrecière, haſta no podèr mas, à cauſa que ſe les fuèle ofrecèr entràr à caſo por una ſelva tan intricada, que no aciertan à ſalir della en ſeys dias; y ſi el hombre no và harto, ò bien proveydas las alforjas, alli ſe podrà quedàr, como muchas vezes ſe queda, hecho carne mòmia. Tu eſtàs en lo cierto, Sancho, dixo Don Quixote: Vete à donde quiſières, y come lo que pudières, que yo yà eſtòy ſatisfecho, y ſolo me falta dàr al alma ſu refaccion, como ſe la darè, eſcuchando el cuento deſte buen hombre. Aſſi la darèmos todos à las nueſtras, dixo el Canonigo; y luego rogò al cabrero, que dièſſe principio à lo que prometìdo avìa. El cabrero diò dos palmadas ſobre el lomo à la cabra, que por los cuernos tenía, dizièndole: Recuèſtate junto à mi, manchada, que tiempo nos queda para bolver à nueſtro apèro. Parèce que lo entendiò la cabra, porque en ſentàndoſe ſu dueño, ſe tendiò ella junto à èl con mucho ſoſſiego; y miràndole al roſtro, dàva à entender, que eſtàva atenta à lo que el cabrero ìva diziendo; el qual començò ſu hiſtoria deſta manera.

CAPITULO LI.

Que trata de lo que contò el cabrero à todos los que llevàvan à Don Quixote.

TRES leguas deſte valle eſtà una aldèa, que aunque pequeña, es de las mas ricas, que ày en todos eſtos contornos, en la qual avia un labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ſer rico el ſer honrado, mas lo era èl por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcançàva. Mas lo que le hazia mas dichoſo (ſegun èl dezía) era tenèr una hija de tan eſtremada hermoſura, rara diſcrecion, donayre, y virtud, que el que la conocìa, y la miràva, ſe admiràva de vèr las eſtremadas partes con que el Cielo, y la naturaleza la avian enriquezido. Siendo niña fuè hermoſa, y ſiempre fuè creciendo en belleza, y en la edad de diez y ſeys años fuè hermoſiſſima. La fama de ſu belleza ſe començò à eſtendèr por todas las circunvezinas aldèas; que digo yo, por las circunvezinas no mas, ſi ſe eſtendiò à las apartadas ciudades, y aun ſe entrò por las ſalas de los Reyes, y por los oydos de todo genero de gente, que como à coſa rara, ò como à imagen de milagros, de todas partes à vèrla venìan. Guardàvala ſu Padre, y guardavaſe ella, que no ày candados, guardas, ni cerraduras, que mejor guardan-

dan à una donzella, que las del recato propio. La riqueza del padre, y la belleza de la hija movièron à muchos, aſſi del pueblo, como foraſteros, à que por muger ſe la pidièſſen: Mas èl, como à quien tocàva diſponer de tan rica Joya, andàva confùſo, ſin ſaber determinàrſe à quien la entregarìa de los infinitos que le importunàvan; y entre los muchos que tan buen deſsèo tenían, fuỳ yo uno, à quien dièron muchas, y grandes eſperanças de buen ſuceſſo, conocèr, que el padre conocìa quien yo era, el ſer natural del miſmo pueblo, limpio en ſangre, en la edad floreciènte, en la hazienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado. Con todas eſtas miſmas partes la pidiò tambien otro del miſmo pueblo, que fuè cauſa de ſuſpendèr, y ponèr en balança la voluntad del padre, à quien parecìa, que con qualquièra de noſotros eſtàva ſu hija bien emplèada: Y por ſalir deſta confuſion, determinò dezirſelo à Leandra (que aſſi ſe llama la rica, que en miſeria me tiene pueſto) advirtiendo, que pues los dos èramos iguales, era bien dexàr à la voluntad de ſu querida hija el eſcogèr à ſu guſto (coſa digna de ſer imitada de todos los padres que a ſus hijos quièren dàr eſtado) No digo yo, que los dexen eſcogèr en coſas ruynes y malas, ſino que ſe las pròpongan buenas, y de las buenas, que eſcòjan à ſu guſto. Nò sè yo el que tùvo Leandra; ſolo sè, que el padre nos entretùvo à entrambos con la poca edad de ſu hija, y con palabras generales, que ni le obligàvan, ni nos deſobligàvan tampoco. Llàmaſe mi competi-

dòr

dòr Anſelmo, y yo Eugenio, porque vàys con noticia de los nombres de las perſonas, que en eſta tragedia ſe contienen, cuyo fin aun eſtà pendiente; pero bien ſe dexa entendèr, que ha de ſer deſaſtrado. En eſta ſazòn vino à nueſtro pueblo un Vicente de la Roſa, hijo de un pobre labrador del miſmo lugar; el qual Vicente venía de las Italias, y de otras diverſas partes de ſer ſoldado. Llevòle de nueſtro lugar, ſiendo muchacho de haſta doze años, un capitan que con ſu compañía por alli acertò à paſſar, y bolviò èl yà moço de alli à otros doze, veſtido à la ſoldadeſca, pintado con mil colores, lleno de mil dixes de criſtal, y ſutiles cadenas de azèro. Oy ſe ponía una gala, y mañana otra; pero todas ſutiles, pintadas, de poco peſo, y menos tomo. La gente labradora (que de ſuyo es malicioſa, y dàndole el ocio lugàr, es la miſma malicia) lo notò, y contò punto por punto ſus galas, y preseas; y hallò, que los veſtidos eran tres de diferentes colores con ſus ligas y medias: Pero èl hazìa tantos guiſados, è invenciones dellas, que ſi no ſe los contàran, huviera quièn juràra, que avía hecho mueſtra de mas de diez pares de veſtidos, y de mas de veynte plumages. Y no parèzca impertinencia, y demasia eſto que de los veſtidos vòy contando, porque ellos hazen una buena parte en eſta hiſtoria. Sentàvaſe en un Poyo, que debaxo de un gran alamo eſtà en nueſtra plaça, y alli nos tenía a todos la boca abièrta, pendientes de las hazañas, que nos iva contando. No avia tierra en todo el orbe, que no huvi-

èſſe viſto, ni batalla donde no ſe huvièſſe hallado. Avia muerto mas Moros que tiene Marruecos, y Tunez, y entràdo en mas ſingulares deſafios (ſegun èl dezía) que Gante, y Luna, Diego Garcia de Paredes, y otros mil que nombràva, y de todos avìa ſalido con vitòria, ſin que le huvièſſen derramado una ſola gota de ſangre. Por otra parte moſtràva ſeñales de heridas, que aunque no ſe divisàvan, nos hazía entendèr, que eran arcabuzazos dados en diferentes encuentros y funciones. Finalmente con una no viſta arrogancia llamàva de Vos à ſus iguales, y à los miſmos que le conocían; y dezía, que ſu padre era ſu braço, ſu linage ſus obras, y que debaxo de ſer ſoldado al miſmo Rey no devía nada. Añadiòſele à eſtas arrogancias ſer un poco mùſico, y tocar una guitarra à lo raſgado de manera, que dezían algunos, que la hazía hablar. Pero no paràron aquí ſus gracias, que tambien la tenía de Poëta; y aſſi de cada niñería que paſsàva en el pueblo componía un Romance de legua y media de eſcritura. Eſte ſoldado, pues, que aqui he pintado, eſte Vicente de la Roſa, eſte bravo, eſte galàn, eſte muſico, y eſte Poëta fuè viſto, y admiràdo muchas vezes de Leandra deſde una ventana de ſu caſa, que tenía la viſta à la plaça. Enamoròla el oropel de ſus viſtoſos trages: Encantàronla ſus Romances, que de cada uno que componía, dàva veynte traſlados: Llegàron à ſus oydos las hazañas, que èl de ſi miſmo avia referido; y finalmente (que aſſi el diablo lo devia de tenèr ordenado) ella ſe

vino

vino à enamoràr dèl, antes que en èl nacièſſe preſuncion de ſolicitàrla; y como en los caſos de amor, no ày ninguno, que con mas facilidad ſe cumpla, que aquel que tiene de ſu parte el deſsèo de la dama; con facilidad ſe concertàron Leandra y Vicente; y primero que alguno de ſus muchos pretendientes cayèſſe en la cuenta de ſu deſsèo, yà ella le tenia cumplido, aviendo dexado la caſa de ſu querido, y amado padre (que madre no la tiene) y auſentàdoſe de la aldèa con el ſoldado, que ſaliò con mas Triunfo deſta empreſa, que de todas las muchas que èl ſe aplicàva. Admirò el ſuceſſo à toda la aldèa, y aun à todos los que del noticia tuvièron. Yo quedè ſuſpenſo, Anſelmo atònito, el padre triſte, ſus parientes afrentados, ſollicita la Juſticia, los quadrillèros liſtos. Tomàronſe los caminos; eſcudriñàronſe los boſques, y quanto avia; y al cabo de tres dias hallàron à la antojadiza Leandra en una cuèva de un monte, deſnuda en camiſa, ſin muchos dineros, y precioſiſſimas Joyas, que de ſu caſa avia ſacado. Bolvièronla à la preſencia del laſtimàdo padre; Preguntàronle ſu deſgracia; confeſsò ſin apremio, que Vicente de la Roſa la avia engañado, y debaxo de palabra de ſer ſu eſpoſo, la perſuadiò que dexàſſe la caſa de ſu padre; que èl la llevaria à la mas rica, y mas viciòſa ciudad, que avia en todo el univerſo mundo, que era Napoles; y que ella mal advertida, y peor engañada, le avia creydo; y robàndo à ſu padre, ſe le entregò la miſma noche, que avia faltado; y que èl la llevò à un aſpero monte,

y la encerrò en aquella cueva donde la avian hallado. Contò tambien como el ſoldado, ſin quitàrle ſu honor, la robò quanto tenia, y la dexò en aquella cueva, y ſe fuè: Sucèſſo que de nuevo puſo en admiracion à todos. Duro ſe nos hizo de creèr la continencia del moço, pero ella lo afirmò con tantas veras, que fuèron parte para que el deſconſolado padre ſe conſolàſſe, no haziendo cuenta de las riquezas que le llevàva, pues le avia dexàdo à ſu hija con la Joya, que ſi una vez ſe pierde, no dexa eſperança de que jamàs ſe còbre. El meſmo dia que pareciò Leandra, la deſpareciò ſu padre de nueſtros ojos, y la llevò à encerràr en un Monaſterio de una villa, que eſtà aquì cerca, eſperàndo, que el tiempo gaſte alguna parte de la mala opinion en que ſu hija ſe puſo. Los pocos años de Leandra ſirvièron de diſculpa de ſu culpa, alomènos con aquellos que no les iva algun interès en que ella fuèſſe mala, ò buena; pero los que conoclan ſu diſcrecion, y ſu mucho entendimiènto, no atribuyèron à ignorancia ſu pecado, ſino à ſu deſemboltura, y à la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte ſuèle ſer deſatinada, y mal compueſta. Encerrada Leandra, quedàron los ojos de Anſelmo ciegos, alomènos ſin tenèr coſa que miràr, que contento le dièſſe: Los mios en tinieblas, ſin luz que à ninguna coſa de guſto les encaminàſſe. Con la auſencia de Leandra, crecía nueſtra triſteza, apocàvaſe nueſtra paciencia, maldecìamos las galas del ſoldado, y abominàvamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente Anſelmo y

yo

yo nos concertàmos de dexàr el aldèa, y venìrnos à eſte valle, donde èl, apacentàndo una gran cantidad de ovejas ſuyas propias, y yo un numeroſo rebaño de cabras tambien mias, paſsàmos la vida entre los arboles, dàndo vado à nueſtras paſſiònes, ò cantando juntos alabanças, ò vituperios de la hermoſa Leandra, ò ſuſpiràndo ſolos, y à ſolas comunicàndo con el Cielo nueſtras querellas. A imitacion nueſtra otros muchos de los pretendientes de Leandra ſe han venido à eſtos aſperos montes, ùſando el miſmo exercicio nueſtro; y sòn tantos, que parèce que eſte ſitio ſe ha convertido en la paſtoral Arcadia, ſegun eſtà colmado de paſtores y de apriſcos: Y no ày parte en èl, donde no ſe oyga el nombre de la hermoſa Leandra. Eſte la maldize, y la llama antojadìza, vària, y deſhonèſta: Aquel la condena por facil, y ligera: Tal la abſuèlve y perdona; y tal la adjuſticia, y vitupèra. Uno celèbra ſu hermoſura, otro renièga de ſu condicion; y en fin todos la deſhonran, y todos la adoran, y de todos ſe eſtiende à tanto la locura, que ày quien ſe quexe de deſden ſin avèrla jamas hablado; y aun quien ſe lamente, y ſienta la rabioſa enfermedad de los zelos, que ella jamàs diò à nadie: Porque, como yà tengo dicho, antes ſe sùpo ſu pecado, que ſu deſsèo. No ày hueco de peña, ni margen de arroyo, ni ſombra de arbol, que no eſtè ocupada de algun paſtor, que ſus deſventuras à los ayres cuente. El eco repite el nombre de Leandra donde quièra que puede formàrſe. Leandra reſuènan los montes:

Leandra murmùran los arroyos; y Leandra nos tiene à todos ſuſpenſos, y encantados, eſperàndo ſin eſperança, y temiendo ſin ſaber de que temèmos. Entre eſtos diſparatados, el que mueſtra que menos, y mas Juyzio tiene; es mi competidor Anſelmo, el qual teniendo tantas otras coſas de que quexàrſe, ſolo ſe quexà de auſencia; y al ſon de un Rabèl, que admirablemènte toca, con verſos donde mueſtra ſu buen entendimiento, cantando ſe quexa. Yo ſigo otro camino mas facil, y à mi parecèr el mas acertado, que es, dezir mal de la ligereza de las mugeres, de ſu inconſtancia, de ſu doble trato, de ſus promeſſas muertas, de ſu fè rompida; y finalmente del poco diſcurſo que tienen en ſaber colocàr los penſamientos, è intenciones que tienen. Y eſta fuè la ocaſion, Señores, de las palabras, y razones que dixe à eſta cabra, quando aqui llegué; que por ſer hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apèro. Eſta es la hiſtoria, que prometì contàros. Si he ſido en el contarla prolijo, no ſerè en ſerviros corto: Cerca de aqui tengo mi majada, y en ella tengo freſca leche, y muy ſabroſiſſimó queſo, con otras varias, y ſazonadas frutas, no menos à la viſta, que al guſto agradables.

CAPITULO LII.

De la pendencia que Don Quixote tùvo con el cabrero, con la rara aventùra de los diſciplinantes, à quien diò felize fin à coſta de ſu ſudor.

GENERAL guſto causò el cuento del cabrero à todos los que eſcuchàdo le avìan, eſpecialmènte le recibiò el Canonigo, que con eſtraña curioſidad notò la manera con que le avìa contado, tan lexos de parecèr ruſtico cabrero, quan cerca de moſtràrſe diſcreto corteſano: Y aſſi dixo, que avìa dicho muy bien el Cura en dezir, que los montes criàvan letrados. Todos ſe ofrecièron à Eugenio, pero el que mas ſe moſtrò liberal en eſto fuè Don Quixote, que le dixo: Por cierto, hermano cabrero, que ſi yo me hallàra poſſibilitàdo de podèr començàr alguna aventùra, que luego luego me puſièra en camino, porque vos la tuvieràdes buena, y yo ſacàra del monaſterio (donde ſin duda alguna devede eſtàr contra ſu voluntad) à Leandra à peſar de la Abadeſa, y de quantos quiſièran eſtorvàrlo, y os la puſièra en vueſtras manos, para que hizièrades della à toda vueſtra voluntad, y talante: Guardando empero las leyes de Cavalleria, que mandan, que à ninguna donzella ſe le sèa fecho deſaguiſado alguno: Aunque eſpèro en Dios nueſtro Señor, que no ha de

poder tanto la fuerça de un encantador malicioſo, que no puèda mas la de otro encantadòr mejor intencionàdo; y para entonces os promèto mi favor y ayuda, como me obliga mi profeſſion, que no es otra, ſino de favorecèr à los deſvalidos, y meneſterosos. Miròle el cabrero, y como viò à Don Quixote de tàn mal pelage, y catadura, admiròſe; y preguntò al Barbero, que cerca de ſi tenia: Señor, quien es eſte hombre, que tal talle tiene, y de tal manera hàbla? Quien ha de ſer, reſpondiò el Barbero, ſino el famoſo Don Quixote de la Mancha, deſfazedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las donzellas, el aſombro de los Gigantes, y el vencedor de las batallas. Eſſo me ſemeja reſpondiò el cabrero, à lo que ſe lèe en los libros de Cavallèros andantes, que hazìan todo eſſo, que de eſte hombre vueſtra mercèd dize: Pueſto que para mi tengo, ò que vueſtra mercèd ſe burla, ò que eſte Gentilhombre deve de tener vazios los apoſentos de la cabeça. Soys un grandiſſimo vellaco, dixo à eſta ſazòn Don Quixote, y vos ſoys el vazio, y el menguàdo, que yo eſtòy mas lleno que jamàs lo eſtùvo la muy hideputa, puta, que os pariò; y diziendo, y hablando, arrebatò de un pan que junto à sì tenìa, y diò con èl al cabrero en todo el roſtro con tanta fùria, que le remachò las narizes: Mas el cabrero que no ſabìa de burlas, viendo con quantas veras lo maltratàvan, ſin tenèr reſpeto à là alfombra, ni à los manteles, ni à todos aquellos que comiendo eſtàvan, ſaltò ſobre Don Quixote,

rote, y aſiéndole del cuèllo con entrambas manos, no dudàra de ahogàrle, ſi Sancho Pança no llegàra en aquel punto, y le aſièra por las eſpaldas, y dièra con èl encima de la meſa, quebrando platos, rompiéndo taças, y derramàndo, y eſparciéndo quanto en ella eſtàva. Don Quixote, que ſe viò libre, acudiò à ſubìrſe ſobre el cabrero, el qual, lleno de ſangre el roſtro, molido à cozes de Sancho, andàva buſcàndo à gatas algun cuchillo de la meſa para hazer alguna ſanguinolenta vengança; pero eſtorvàronſelo el Canonigo, y el Cura; mas el Barbero hizo de ſuèrte, que el cabrero cogiò debaxo de ſi à Don Quixote, ſobre el qual lloviò tanto numero de moxicones, que del roſtro del pobre Cavallèro llovìa tanta ſangre, como del ſuyo. Rebentàvan de riſa el Canonigo, y el Cura: Saltàvan los quadrillèros de gozo: Zuçavan los unos y los otros, como hazen a los perros, quando en pendencia eſtàn travados: Solo Sancho Pança ſe deſeſperàva, porque no ſe podìa deſasìr de un criado del Canonigo, que le eſtorvàva, que à ſu amo ayudàſſe. En reſolucion eſtando todos en regozijo, y fieſta, ſino los dos aporreantes que ſe carpian, oyèron el ſon de una trompeta, tan triſte, que los hizo bolvèr los roſtros hàzia donde les pareciò que ſonàva: Pero el que mas ſe alborotò de oyrla, fuè Don Quixote, el qual, aunque eſtàva debaxo del cabrero harto contra ſu voluntad, y mas que medianamènte molido, le dixo: Hermano demonio (que no es poſſible que dexes de ſerlo, pues has tenido valor,

y fuerças para ſugetàr las mias) ruègote que hagàmos treguas, no mas de por una hora; porque el doloroſo ſon de aquella trompeta, que à nueſtros oydos llega, me parèce, que à alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que yà eſtàva canſado de molèr, y ſer molido, le dexò luego; y Don Quixote ſe pùſo en piè, bolvièndo aſſi miſmo el roſtro adonde el ſon ſe oỳa, y viò a deſhora, que por un recueſto baxàvan muchos hombres veſtidos de blanco à modo de diſciplinantes.

ERA el caſo, que aquel año avìan las nubes negado ſu rozìo à la tierra y por todos los lugares de aquella comarca ſe hazian proceſſiones, rogativas, y diſciplinas, pidièndo à Dios, abrièſſe las manos de ſu miſericordia, y les llovièſſe: Y para eſte efecto la gente de una aldèa, que alli junto eſtàva, venìa en proceſſion a una devota ermita, que en un recueſto de aquel valle avìa. Don Quixote, que viò los eſtraños trages de los diſciplinantes, ſin paſsàrle por la memoria las muchas vezes, que los devìa de avèr viſto, ſe imaginò, que era coſa de aventùra, y que à èl ſolo tocàva como à Cavallèro andante el acometèrla: Y confirmòle mas eſta imaginacion, penſar que una imagen que traỳan cubièrta de luto, fuèſſe alguna principal Señora, que llevàvan por fuerça aquellos follònes, y deſcomedidos malandrines; y como eſto le cayò en las mientes, con gran ligereza arremetiò à Rozinante, que paciendo andava; y quitàndole del arçòn el freno, y el adarga, en un punto le enfrenò; y pidiendo à Sancho ſu eſpada, ſubiò ſobre Ro-

Rozinante, y embraçò su adarga, y dixo en alta voz à todos los que presentes estàvan: Agora, valerosa compañía, verèdes quanto importa, que àya en el mundo Cavallèros, que profèssen la orden de la andante Cavallería. Agora, digo, que verèdes en la libertad de aquella buena Señora, que alli và cautiva, si se han de estimàr los Cavallèros andantes: Y en dizièndo esto, apretò los muslos à Rozinante (porque espuelas no las tenía) y à todo galope (porque carera tirada no se lèe en toda esta historia verdadera, que jamàs la dièsse Rozinante) se fuè à encontràr con los disciplinantes: Bien que fuèron el Cura, el Canonigo, y Barbero à detenerle, mas no les fuè possible, ni menos le detuvièron las vozes, que Sancho le dava, diziendo: A donde và, Señor Don Quixote? Que demonios lleva en el pecho, que le incitan à ir contra nuestra sè Catòlica? Advièrta, mal àya yo, que aquella es procession de disciplinantes, y que aquella Señora, que llevan sobre la peana, es la imagen benditissima de la Virgen sin manzilla? Mire, Señor, lo que haze, que por esta vez si puede dezir, que no es lo que sabe. Fatigòse en vano Sancho, porque su amo iva tan puesto en llegàr à los ensabanàdos, y en libràr à la Señora enlutada, que no oyò palabra, y aunque la oyèra, no bolvèria, si el Rey se lo mandàra. Llegò, pues, à la procession, y parò à Rozinante, que yà llevava deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dixo: Vosotros, que quiça por no ser buenos, os encubrìs los rostros, atended,

y

y eſcuchad lo que deziros quiero. Los primeros que ſe detuvièron, fuèron los que la imagen llevàvan, y uno de los quatro Clerigos, que cantàvan las letanías, viendo la eſtraña catadura de Don Quixote, la flaqueza de Rozinante, y otras circunſtancias de riſa que notò, y deſcubriò en Don Quixote, le reſpondiò, diziendo: Señor hermano, ſi nos quiere dezir algo, dìgalo preſto, porque ſe vàn eſtos hermanos abriendo las carnes, y no podèmos, ni es razòn que nos detengàmos à oir coſa alguna, ſi yà no es tan breve, que en dos palabras ſe diga. En una lo dirè, replicò Don Quixote, y es eſta; que luego al punto dexèys libre à eſſa hermoſa Señora, cuyas làgrimas, y triſte ſemblante dàn claras mueſtras, que la llevàys contra ſu voluntad, y que algun notorio deſaguiſado le avèdes fecho: y yo, que nacì en el mundo para desfazer ſemejantes agravios, no conſentirè, que un ſolo paſſo adelante paſſe, ſin dàrle la deſſeada libertad, que merèce. En eſtas razones cayèron todos los que las oyèron, que Don Quixote devía de ſer algun hombre loco, y tomàronſe à reyr muy de gana, cuya riſa fuè poner pòlvora à la còlera de Don Quixote, para que ſin dezir mas palabra, ſacando la eſpada, arremetiò à las andas: Uno de aquellos, que las llevàvan, dexando la Carga à ſus Compañèros ſaliò al encuentro de Don Quixote, enarbolando una horquilla, ò baſton con que ſuſtentàva las andas en tanto que deſcansàva, y recibièndo en ella una gran cuchillada, que le tirò Don Quixote, con que ſe la hizo dos partes, con el ultimo ter-

cio

cio que le quedò en la mano, diò tal golpe à Don Quixote encima de un ombro por el miſmo lado de la eſpada (que no pùdo cubrir el adarga contra villana fuerça) que el pobre Don Quixote viño al ſuèlo muy mal-parado. Sancho Pança, que hijadeando le iva a los alcances, viendole caydo, diò vozes à ſu moledor, que no le dièſſe otro palo, porque era un pobre Cavallèro encantado, que no avìa hecho mal à nadie en todos los dias de ſu vida: mas lo que detùvo al villano, no fuèron las vozes de Sancho, ſino el vèr que Don Quixote no bullía piè, ni mano: y aſſi creyèndo, que le avia muerto, con prièſſa ſe alçò la tùnica, à la cinta y diò à huir por la campaña, como un gamo. Ya en eſto llegàron todos los de la compañía de Don Quixote à donde èl eſtàva; y mas los de la proceſſion, que los vièron venir corriendo, y con ellos los quadrillèros con ſus balleſtas, temièron algun mal ſuceſſo, y hizièronſe todos un remolino al rededor de la imagen; y alçados los capìrotes, empuñando las diſciplinas, y los clerigos los ciriales, eſperàvan el aſſalto, con determinacion de defendèrſe, y aun ofendèr, ſi pudièſſen, à los acometedores: Pero la fortuna lo hizo mejor que ſe pensàva; porque Sancho no hizo otra coſa, que arrojàrſe ſobre el cuerpo de ſu Señor, haziendo ſobre èl el mas doloroſo, y riſueño llanto del mundo, creyèndo, que eſtàva muerto. El Cura fuè conocido de otro Cura, que en la proceſſion venía, cuyo conocimiento pùſo en Soſſiego el concebido temòr de los dos eſquadrones. El primer

mer Cura diò al ſegundo en dos razones cuenta de quien era Don Quixote; y aſſi èl, como toda la turba de los diſciplinantes, fuèron à vèr, ſi eſtàva muerto el pobre Cavallèro; y oyèron que Sancho Pança con lagrimas en los ojos dezía: O flor de la Cavalleria, que con ſolo un garrotazo acabaſte la carrera de tus tan bien gaſtados añes! O honra de tu linage, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el qual, faltando tu en èl, quedarà lleno de malhechores, ſin temor de ſer caſtigados de ſus malas fechorías? O liberal ſobre todos los Alexandros, pues por ſolos ocho meſes de ſervicios, me tenías dàda la mejor inſula, que el mar ciñe, y rodèa! O humilde con los ſobervios, y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, ſufridor de afrentas, enamorado ſin cauſa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruynes; En fin Cavallèro andante, que es todo lo que dezirſe puede! Con las vozes y gemidos de Sancho reviviò Don Quixote, y la primera palabra que dixo, fuè: El que de vos vive auſente, dulciſſima Dulcinèa, à mayores miſerias que eſtas eſtà ſugeto: Ayudame, Sancho amigo, à ponerme ſobre el carro encantado, que no eſtòy para oprimir la ſilla de Rozinante, porque tengo todo eſte ombro hecho pedaços. Eſſo harè yo de muy buena gana, Señor mio, reſpondiò Sancho, y bolvàmos à mi aldèa en compañía deſtos Señores, que ſu bien deſèan; y alli darèmos orden de hazer otra ſalida, que nos sèa de mas provecho, y fama. Bien dizes, Sancho, reſ-

reſpondiò Don Quixote, y ſerà gran prudencia dexar paſſar el mal influxo de las eſtrellas, que agora corre. El Canonigo, el Cura y Barbero le dixèron, que harìa muy bien en hazer lo que dezía: Y aſſi, aviendo recibido grande guſto de las ſimplicidades de Sancho Pança, puſièron à Don Quixote en el carro, como antes venía. La Proceſſion bolviò à ordenàrſe, y proſeguir ſu camino. El cabrero ſe deſpidiò de todos; Los quadrillèros no quiſièron paſſar adelante, y el Cura les pagò lo que les devìa. El Canonigo pidiò al Cura, le avisàſſe el ſuceſſo de Don Quixote, ſi ſanàva de ſu locura, ò ſi proſeguìa en ella: Y con eſto tomò Licencia para ſeguir ſu viage. En fin todos ſe dividièron, y apartàron, quedando ſolos el Cura, el Barbero, Don Quixote, y Sancho Pança, y el bueno de Rozinante, que à todo lo que avia viſto, eſtàva con tanta paciencia como ſu amo. El boyèro unciò ſus bueyes, y acomodò à Don Quixote ſobre un haz de heno, y con ſu acoſtumbrada flema ſiguiò el camino que el Cura quiſo; y à cabo de ſeys dias llegàron à la aldèa de Don Quixote, adonde entràron en la mitad del dia, que acertò à ſer domingo, y la gente eſtàva toda en la pláça, por mitad de la qual atravesò el carro de Don Quixote. Acudièron todos à vèr lo que en el carro venía; y quando conocièron à ſu compatrioto, quedaron maravillados; y un muchacho acudiò corriendo à dar las nuevas à ſu ama, y à ſu ſobrina, de que ſu tio, y ſu Señor venìa flaco, y amarillo, y tendido ſobre un montòn

tòn de heno, y ſobre un carro de bueyes. Coſa de laſtima fuè oỳr los gritos que las dos buenas Señoras alçàron, las bofetadas que ſe dièron, las maldiciones que de nuèvo echàron à los malditos libros de Cavallerias, todo lo qual ſe renovò, quando vièron entrar à Don Quixote por ſus puertas.

A las nuevas deſta venida de Don Quixote acudiò la muger de Sancho Pança, que yà avia ſabido, que avia ido con el ſirvièndole de eſcudero; y aſſi como viò à Sancho, lo primero que le preguntò, fuè, que ſi venía bueno el aſno? Sancho reſpondiò, que venía mejor que el amo. Gracias sèan dadas à Dios, replieò ella, que tanto bien me ha hecho. Pero contadme agora, amigo, que bien avèys ſacado de vueſtras eſcuderias? Que ſaboyana me traèys à mi? Que Zapaticos à vueſtros hijos? No tràygo nada deſſo, dixo Sancho, muger mia, aunque tràygo otras coſas de mas momento, y conſideracion. Deſſo recibo yo mucho guſto, reſpondiò la muger: Moſtradme eſſas coſas de mas conſideracion, y mas momento, amigo mio, que las quiero vèr, para que ſe me alegre eſte coraçòn, que tan triſte, y deſcontento ha eſtado en todos los ſiglos de vueſtra auſencia. En caſa os las moſtrarè, muger, dixo Pança; y por agora eſtad contenta, que, ſiendo Dios ſervido de que otra vez ſalgàmos en viage à buſcar aventuras, vos me verèys preſto conde ò Governadòr de una inſula, y no de las de por ay, ſino la mejor que pueda hallàrſe. Quièralo aſſi el Cielo, marido mio, dixo la muger,

que

que bien lo avèmos menester. Mas dezidme, que es esso de insulas, que no lo entiendo? No es la miel para la boca del asno, respondiò Sancho; à su tiempo lo veràs, muger, y aun te admiraràs de oyrte llamar Señoría de todos tus vasallos. Que es lo què dezis, Sancho; de Señorías, insulas, y vasallos; replicò Teresa Pança? (que assi se llamàva la muger de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos.) No te acucies, Teresa, respondiò Sancho Pança, por saber todo esto tan apriessa: Basta que te digo verdad, y cose la boca. Solo te sabrè dezir assi de passo, que no ày cosa mas gustosa en el mundo, que ser un hombre hònrado, escudèro de un Cavallèro andante, buscador de aventuras: Bien es verdad, que las mas que se hallan, no salen tan à gusto, como el hombre querrìa; porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suèlen salir avièsas, y torcìdas. Sèlo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado, y de otras molido. Pero con todo esso es linda cosa esperar los sucesos atravesàndo montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas à toda discrecion sin pagar ofrecido sèa al diablo, el maravedi.

TODAS estas platicas passàron entre Sancho Pança, y Teresa Pança su muger, en tanto que el ama, y sobrina de Don Quixote le recibièron, y le desnudàron, y le tendièron en su antiguo lecho. Miràvalas èl con los ojos atravessàdos, y no acabàva de entender, en

que parte eſtàva. El cura encargò à la ſobrina, tuvièſſe gran cuenta con regalar à ſu tio, y que eſtuvièſſen alerta de que otra vez no ſe les eſcapàſſe, contando lo que avia ſido menester para traelle à ſu caſa. Aqui alçàron las dos de nuevo los gritos al Cielo; alli ſe renovàron las maldiciones de los libros de cavallerías; alli pidièron al Cielo, que confundièſſe en el centro del abiſmo à los àutores de tantas mentiras, y diſparates. Finalmente ellas quedàron confùſas, y temeroſas de que ſe avian de vèr ſin ſu amo, y tio en el meſmo punto, que tuvièſſe alguna mejoría; y aſſi fuè como ellas ſe lo imaginàron. Pero el autor deſta hiſtoria (pueſto que con curioſidad, y diligencia ha buſcado los hechos que Don Quixote hizo en ſu tercera ſalida) no ha podido hallar noticia dellos, à lo menos por eſcrituras autènticas: Solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha; que Don Quixote, la tercera vez que ſaliò de ſu caſa, fuè à Zaragoça, donde ſe hallò en unas famoſas Juſtas, que en aquella ciudad hizièron, y alli le paſsàron coſas dignas de ſu valor, y buen entendimiento. Ni de ſu fin y acaecimiènto pudo alcançàr coſa alguna; ni la alcançàra, ni ſupièra, ſi la buena ſuerte no le deparàra un antiguo medico, que tenía en ſu poder una Caxa de plomo, que ſegun èl dixo, ſe avia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita, que ſe renovàva: En la qual Caxa ſe avian hallado unos pergaminos eſcritos con letras Goticas, pero en verſos Caſtellanos, que contenían muchas de ſus hazañas,

y

y davan noticia de la hermoſura de Dulciñèa del Toboſo; de la figura de Rozinante; de la fidelidad de Sancho Pança; y de la ſepultura del meſmo Don Quixote, con diferentes Epitafios, y Elògios de ſu Vida, y coſtumbres. Y los que ſe pudièron leèr, y ſaçar en limpio, fuèron los que aqui pone el fidedigno autor deſta nuèva, y jamàs viſta hiſtoria: El qual autor no pide à los que la leyèren (en premio del immenſo trabajo que le coſtò el inquirìr, y buſcàr todos los archivos Manchegos por ſacarla à luz) ſino que le dèn el meſmo credito, que ſuèlen dàr los diſcretos à los libros de cavallerías, que tan validos andan en el mundo; que con eſto ſe tendrà por bien pagado, y ſatisfecho, y ſe animarà à ſacàr y buſcàr otras, ſino tan verdadèras, à lo menos de tanta invencion, y paſſatiempo. Las palabras primeras que eſtàvan eſcritas en el pergamino que ſe hallò en la caxa de plomo, èran eſtas.

Los Acadèmicos de la Argamaſilla, lugar de la Mancha, en vida y muerte del valeroſo Don Quixote de la Mancha, hoc ſcripſerunt.

El Monicongo Academico de la Argamaſilla, à la ſepultura de Don Quixote.

EPITAFIO.

El calvatrueno, que adornò à la Mancha
De mas deſpojos, que Jaſon de Creta,

El Juyzio que tùvo la velèta
Aguda, donde fuèra mejor ancha,
El braço, que ſu fuerça tanto enſancha,
Que llegò del catày haſta Gaèta,
La Muſa mas horrenda, y mas diſcreta,
Que gravò verſos en broncinea plancha,
El que à cola dexò los Amadiſes,
Y en muy poquito à Galaores tùvo,
Eſtribando en ſu amor y bizarría:
El que hizo callar los Belianiſes,
Aquel que en Rozinante errando andùvo,
Yaze debaxo deſta Loſa fria.

Del Paniaguado Academico de la Argamaſilla, in Laudem Dulcineæ del Toboſo.

SONETO.

Eſta que vèys de Roſtro amondongàdo,
Alta de pechos, y Ademan brioſo,
Es Dulcinèa, Reyna del Toboſo,
De quien fuè el gran Quixote enamorado.
Pisò por ella el uno y otro lado
De la gran ſierra negra, y el famoſo
Campo de montiel, haſta el herboſo
Llano de Aranjuez, à piè, y canſado:
(Culpa de Rozinante) O dura eſtrella!
Que eſta Manchega Dama, y eſte invìto
Amante Cavallèro, en tiernos años,
Ella dexò muriendo de ſer bella,
Y El, aunque queda en màrmoles eſcrito,
No pudo huỳr de amor, iras, y engaños.

Del

Del Caprichoſo, diſcretiſſimo Academico de la Argamaſilla, en loòr de Rozinante, cavallo de Don Quixote de la Mancha.

SONETO.

En el ſobèrvio tronco diamantino,
Que con ſangrientas plantas hùella marte,
(Frenetico) el Manchego ſu eſtandarte
Tremòla con esfuèrço peregrino.
Cuelga las armas, y el azero fino,
Con que deſtroça, aſſuèla, raja, y parte,
(Nuevas Proëzas) pero inventa el arte,
Un nuevo eſtilo al nuevo paladino.
Y ſi de ſu Amadis ſe precia Gaula,
Por Cuyos bravos deſcendientes Grecia
Triunfò mil vezes, y ſu fama enſancha.
Oy à Quixote le corona el Aula.
De Belona valiente, y del ſe precia
Mas que Grecia, ni Gaula la alta Mancha.
Nunca ſus glorias el olvido mancha,
Pues haſta Rozinante en sèr gallardo
Excede à Brilladoro, y à Bayardo.

Del Burladòr Academico Argamaſilleſco à Sancho Pança.

SONETO.

Sancho Pança es aqueſte en cuerpo chico,
Pero grande en valor (milagro eſtraño!)

Eſcudèro el mas ſimple, y ſin engaño,
Que tùvo el mundo, os juro, y certifico.
De ſer Conde no eſtùvo en un tantìco,
Sino ſe conjuràran en ſu daño
Inſolencias, y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdònan à un borrico.
Sòbre èl andùvo (con perdon ſe miente)
Eſte manſo eſcudèro, tras el manſo
Cavallo Rozinante, y tras ſu dueño.
O vanas eſperanças de la gente!
Como paſsàys con prometèr deſcanſo,
Y al Fin paràys en ſombra, en humo, en
ſueño.

Del Cachidiablo Academico de la Argamaſilla en la Sepultùra de Don Quixote.

EPITAFIO.

Aqui yaze el Cavallèro
Bien molido y mal andante,
A quien llevò Rozinante
Por uno y otro Sendèro.
Sancho Pança el majadèro
Yaze tambien junto à èl,
Eſcudèro el mas fièl,
Que viò el trato de eſcudèro.

Del Tiquitòc Academico de la Argamaſilla en la ſepultùra de Dulcinèa del Toboſo.

EPITAFIO.

Repoſa aqui Dulcinèa,
Y aunque de carnes rolliza,
La bolviò en polvo y ceniza
La muerte eſpantable y fèa.
Fuè de caſtiza ralèa,
Y tùvo Aſſomos de Dama,
Del gran Quixote fuè llama,
Y fuè Gloria de ſu aldèa.

Eſtos fuèron los verſos, que ſe pudièron leèr: Los demàs, por eſtàr carcomida la letra, ſe entregàron à un Academico, para que por conjeturas los declaràſſe. Tièneſe noticia, que lo ha hecho à coſta de muchas vigilias, y mucho trabajo, y que tiene intencion de ſacallos à luz con eſperança de la tercera ſalida de Don Quixote.

Forſi altro cantera con miglior plectro.

Fin de la Primera Parte.

PROLOGO
DEL
AUTOR
AL
LETOR.

VALAME Dios, y con quanta gana deves de eſtàr eſperàndo aora, Letor iluſtre, (ô quier Plebèyo,) eſte Prologo, creyèndo hallàr en el vengànças, riñas, y vitupèrios del Autor del ſegundo Don Quixote, digo, de aquel que dizen, que ſe engendrò en Tordeſillas, y naciò en Tarragòna: Pues en verdàd que no te hè de dàr eſte contènto; que pueſto que los agravios deſpièrtan la còlera en los mas humildes pechos, en el mio hà de padecèr excepcion eſta regla. Quiſièras tu, que lo tratàſſe de aſno, de mentecato, y de atrevido; pero no me paſſa por el penſamièn-to: caſtiguele ſu pecado, con ſu pan ſe lo coma, y allà ſe lo aya.

Lo que no he podido dexàr de ſentìr es, què me note de viejo, y de manco, como ſi huvièra ſido en mi mano avèr detenido el tiempo, que no paſsàſſe por mi; ô ſi mi manquedàd huvièra nacido en alguna taverna, ſino en la mas alta ocaſion que vièron los ſiglos paſsàdos, los preſentes, ni eſperan vèr los venidè-

nidèros. Si mis heridas no reſplandecen en los ojos de quien las mira, ſon eſtimadas alomènos en la eſtimacion de los que ſaben donde ſe cobràron; que el ſoldàdo mas bien parèce muerto en la batalla, que libre en la fuga? Y es eſto en mi de manera, que ſi aora me propuſièran, y facilitàran un imposſible, quisièra antes avèrme hallàdo en aquella funcion prodiziòſa, que ſàno aora de mis heridas ſin avèrme hallàdo en ella. Las que el ſoldado muestra en el roſtro, y en los pechos, eſtrellas ſòn que guian à los demas al Cielo de la honra, y al deſſeàr la juſta alabança. Y ha ſe de advertìr, que no ſe eſcrive con las canas, ſino con el entendimièmto, el qual ſuele mejoràrſe con los años.

He sentido tambien que me llame envidiòſo; y que como à Ignorante me deſcriva, que cosa ſea la envidia, que en realidàd de verdàd, de dos que ày, yo no conozco ſino la Santa, la Noble, y Bien-intencionada. Y ſiendo eſto aſſi, como lo es, no tengo yo de perſeguìr à ninguna Sacerdòte, y mas ſi tiene por añadidura ſer familiar del Santo Oficio; y ſi el lo dixo por quien parèce que lo dixo, engañòſe de todo en todo; que del tal adoro el ingenio, admiro las obras, y la ocupacion continua y virtuòſa: Pero en efecto le agradèzco à eſte Señor Autor el dezir, que mis Novelas ſon mas Satiricas, que Exemplares, pero que ſon buenas; y no lo pudièran ſer ſino tuvièran de todo. Parèceme, que me dizes, que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los terminos de mi meſ-

deſtia, ſabièndo que no ſe ha de añadir aflicion al afligido; y que la que deve detenèr eſte Señor, ſin duda es grande; pues no oſa parecèr à Campo abierto, y al Cielo claro, encubrièndo ſu nombre, fingièndo ſu patria, como ſi huvièra hecho alguna traicion de leſa Mageſtad. Si por ventùra llegares à conocèrle, dile de mi parte, que no me tengo por agraviàdo; que bien sè lo que ſon tentaciones del demonio; y que una de las mayores es, ponèrſe à un Hombre en el entendimièntо, que puede componèr, è imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros como fama: Y para confirmacion deſto, quièro que en tu buen donayre, y gracia le cuentes eſte cuento.

AVÍA en Sevilla un loco, que diò en el mas graciòſo diſparàte, y tema, que diò loco en el mundo: Y fuè, que hizo un cañuto de Caña puntiagùdo en el fin, y en cogièndo algun perro en la calle, ò en qualquiera otra parte, con el un piè le cojìa el ſuyo, y el otro le alçava con la mano, y como mejor podìa le acomodàva el cañuto en la parte, que ſoplàndole, le ponìa redondo como una pelota; y en tenièndolo deſta ſuerte, le dava dos palmaditas en la barriga, y le ſoltàva, dizièndo à los circunſtàntes (que ſiempre eran muchos:) Penſaràn vueſſas mercèdes aora, que es poco trabajo inchar un perro: Penſarà vueſtra mercèd aora, que es poco trabajo hazèr un libro. Y ſi eſte cuento no le quadràre, diràſle, (letor amigo) eſte, que tambien es de loco, y de Perro.

AVÍA

Avía en Cordova otro loco, que tenìa por coſtumbre de traèr encima de la cabeça un pedaço de loſa de marmol, ô un canto no muy liviàno; y en topando un perro deſcuidàdo, ſe le ponìa junto, y à plomo dexàva caèr ſobre èl, el peſo: Amohinàvaſſe el perro, y dando ladridos, y aullidos no paràva en tres calles. Sucediò pues, que entre los perros que deſcargò la carga, fuè uno, un perro de un bonetèro, à quièn queria mucho ſu dueño: Baxò el canto, diòle en la cabeça, alçò el grito el molido perro, viòlo, y ſintiòlo ſu amo, aſſiò de una vara de medir, y ſaliò al loco, y no le dexò hueſſo ſano; y à cada palo que le dava, dezìa: Perro ladron, à mi podenco? No viſte, cruel, que era podenco mi perro? Y repitièndole el nombre de *podenco* muchas vezes, embiò al loco hecho una alheña. Eſcarmentò el loco, y retiròſe, y en mas de un mes no ſaliò à la Plaça: Al cabo del qual tiempo bolviò con ſu invencion, y con mas carga. Llegàvaſe donde eſtàva el perro, y miràndole muy bien de hito en hito, y ſin querèr, ni atrevèrſe à deſcargàr la piedra, dezìa: Eſte es podenco, guarda. En efecto, todos quantos perros topava, aunque fuèſſen alanos, ô gozques, dezìa que eran podencos; y aſſi no ſoltò mas el canto. Quiçà deſta ſuerte le podrà acontecèr à eſte hiſtoriadòr, que no ſe atreverà à ſoltàr mas la preſa de ſu ingenio en libros, que en fièndo malos, ſon mas duros que las peñas.

Dile tambien, que de la amenàza que me haze, que me ha de quitàr la ganancia con ſu

libro, no se me dà un ardite, que aconsejàndome al entremès famòso de la Perendenga, le respondo, que me viva el reynte y quatro mi Señor; y Christo con todos. Viva el gran Conde de Lemos (cuya christiandàd, y liberalidàd bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en piè:) Y vivame la suma caridàd del Ilustrissimo de Toledo, Don Bernardo de Sandoval, y Rojas; y si quièra no aya emprentas en el mundo, y si quièra se impriman contra mi mas libros, que tienen letras las Coplas de Mingo Rebulgo.

Estos dos Principes, fin que los solicite adulacion mia, ni otro genero de aplauso, por sola su bondàd han tomàdo à su cargo el hazerme mercèd, y favorecèrme; en lo que me tengo por mas dichòso, y mas rico, que si la fortuna por camino ordinario me huvièra puesto en su cumbre. La honra puèdela tenèr el pobre, pero no el viciòso; la pobreza puede anublàr à la nobleza, pero no escurecèrla del todo; pero como la virtud dè alguna luz de si, aunque sea por los inconvenientes, y resquicios de la estrechèza, viene à sèr estimàda de los altos, y nobles espiritus, y por el consiguiènte favorecìda.

Y no le digas mas, ni yo quièro dezirte mas à ti, sino advertirte, que considères, que esta segunda parte de Don Quixote que se ofrèzco, es cortàda del mesmo artifice, y del mesmo paño, que la primera; y que en ella te doy à Don Quixote dilatàdo, y finalmènte muerto, y sepultàdo, porque ninguno se atreva à levantàrle

tàle nuevos teſtimonios, pues baſtan los paſsàdos; y baſta tambien, que un hombre honràdo aya dado noticia deſtas diſcretas locuras, ſin querèr de nuevo entràrſe en ellas, que la abundància de las coſas, aunque sèan buenas, haze que no ſe eſtimen; y la careſtìa, aun de las malas, ſe eſtima en algo. Olvidàvaſeme de dezir, que eſpères el Perſiles, que yà eſtòy acabàndò, y la ſegunda parte de Galatea. Vale.

LIBRO QUINTO.

DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

PARTE SEGUNDA.

CAPITULO I.

De lo que el Cura, y el Barbero paſſàron con Don Quixote cerca de ſu enfermedad.

CUENTA Cide Hamète Benengèli en la ſegunda parte deſta hiſtòria, y tercèra ſalida de Don Quixote, que el Cura, y el Barbero ſe eſtuvièron caſi un mes ſin vêrle, por no renovàrle, y traèrle à la memoria las coſas paſſadas: Pero no por eſto dexàron de viſitar à ſu ſobrina y à ſu ama, encargàndolas, tuvièſſen cuenta con regalàrle dandole à comer coſas confortativas, y apropiàdas para el coraçòn, y el celebro de donde procedía, (ſegun buen diſcurſo,) todo ſu mala ventùra: Las quales dixèron, que aſſi lo hazìan, y harìan con la vol-

voluntad y Cuydado poſſible; porque echàvan de vèr, que ſu Señor por momentos iva dando mueſtras de eſtàr en ſu entero Juyzio; de lo qual recibièron los dos gran contento, por parecèrles que avían acertado en avèrle traydo encantado en el carro de los bueyes, como ſe contò en la primera parte deſta tan grande como puntual hiſtòria en ſu ultimo capitulo: Y aſſi determinàron de viſitàrle, y hazer experiencia de ſu mejorìa, aunque tenían caſi por impoſſible que la tuvièſſe; y acordàron de no tocàrle en ningun punto de la andante cavallería, por no ponèrſe à peligro de deſcosèr los de la herìda, que tan tiernos eſtàvan.

VISITARONLE en fin, y hallàronle ſentado en la cama, veſtida una almilla de vayèta verde, con un bonète coloràdo Toledàno; y eſtàva tan ſeco, y amoxamado, que no parecìa ſino hecho de càrne mòmia. Fuèron dèl muy bien recibidos: Preguntàronle por ſu ſalud, y èl diò cuenta de ſi, y della con mucho Juyzio, y con muy elegantes palabras. En el diſcurſo de ſu platica vinièron à tratàr en eſto que llaman razon de eſtado, y modos de govierno, enmendàndo eſte abuſo, y condenando aquel, reformando una coſtumbre, y deſterrando otra, hazièndoſe cada uno de los tres un nuevo Legiſlador, un Licurgo moderno, ò un Solòn flamante: Y de tal manera renovàron la Republica, que no pareciò, ſino que la avían pueſto en una fragua, y ſacado otra de la que puſieron. Y Don Quixote hablò con tanta diſcrecion en todas las materias,

que ſe tocàron, que los dos examinadores creyèron indubitablemente, que eſtàva del todo bueno, y en ſu entero juyzio. Hallàronſe preſentes à la platica la ſobrina y ama, y no ſe hartàvan de dàr gracias à Dios de vèr à ſu Señor con tan buen entendimièntо; pero el Cura mudando el propoſito primero, que era de no tocàrle en coſa de cavallerías, quiſo hazèr de todo en todo experiencia, ſi la ſanidad de Don Quixote era falſa, ò verdadera: Y aſſi de lance en lance vino à contàr algunas nuèvas, que avìan venido de la cortè; y entre otras dixo, que ſe tenía por cierto, que el Turco baxàva con una poderoſa Armada, y que no ſe ſabìa ſu deſignio, ni adonde avìa de deſcargàr tan gran nublado; y con eſte temor con que caſi cada año nos toca al àrma, eſtàva pueſta en ella toda la Chriſtiandad, y ſu Mageſtad avia hecho proveèr las coſtas de Napoles, y Sicilia, y la Iſla de Malta. A eſto reſpondiò Don Quixote: Su Mageſtad ha hecho como prudentiſſimo guerrèro en proveèr ſus eſtados con tiempo, porque no le halle deſapercebido el enemigo: Pero ſi ſe tomàra mi conſejo, aconſejàrale yo, que usàra de una prevencion, de la qual ſu Mageſtad la hora de agora deve eſtàr muy ageno de pensàr en ella. A penas oyò eſto el Cura, quando dixo entre ſi: Dios te tenga de ſu mano, pobre Don Quixote, que me parèce, que te deſpeñas de la alta cumbre de tu locùra, haſta el profundo abiſmo de tu ſimplicidad. Mas el Barbero, (que yà avia dado en el meſmo penſamiento que el Cura,) pre-

preguntò à Don Quixote, qual era la advertencia de la prevencion que dezía, era bien ſe hizièſſe; quiça podrìa ſer tal, que ſe puſièſſe en la liſta de los muchos advertimièntos impertinèntes, que ſe ſuelen dàr à los Principes? El mio, Señor rapadòr, dixo Don Quixote, no ſerà impertinente ſino perteneciènte. No lo digo por tanto, replicò el Barbero, ſino porque tiene moſtrado la experiencia, que todos, ò los mas arbitrios que ſe dan à ſu Mageſtad, ò ſon impoſſibles, ò diſparatados, ò en daño del Rey, ò del Reyno. Pues el mio, reſpondiò Don Quixote, ni es impoſſible, ni diſparatado, ſino el mas facil, el mas juſto, y el mas mañero y breve, que puede cabèr en penſamiento de arbitrante alguno. Ya tarda en dezirle vueſtra mercèd, Señor Don Quixote, dixo el Cura. No querría, dixo Don Quixote, lo dixèſſe yo aqui agora, y amanecièſſe mañana en los oydos de los Señores Conſejeros, y ſe llevàſſe otro las gracias, y el premio de mi trabajo. Por mi, dixo el Barbero, doy la palabra para aqui, y para delante de Dios de no dezir lo que vueſtra mercèd dixère, à Rey, ni à Roque, ni à hombre terrenal: Juramento que aprendì del Romance del Cura, que en el Prefacio avisò al Rey del Ladron que le avìa robado las cien doblas, y la ſu mula la andariega. No sè hiſtòrias, dixo Don Quixote, pero sè que es bueno eſſe Juramento, en Fè de que sè, que es hombre de bien el Señor Barbero. Quando no lo fuèra, dixo el Cura, yo le abòno y ſalgo por èl, que en eſte ca-

caſo no hablarà mas que un mudo, ſo pena de pagar lo juzgado y ſentenciado. Y à vueſtra mercèd quièn le fia, Señor Cura? dixo Don Quixote. Mi profeſſion, reſpondiò el Cura? que es de guardàr ſecreto.

CUERPO de tal, dixo à eſta Sazòn Don Quixote, ày mas fino mandàr iu Mageſtad por publico pregon, que ſe junten en la Corte para un dia ſeñalado todos los Cavallèros andantes que vagan por Eſpaña; que aunque no vinièſſen fino media dozena, tal podrìa venir entre ellos, que ſolo baſtàſſe à deſtruỳr toda la poteſtad del Turco. Eſtenme vueſtras mercèdes atentos, y vayan conmigo. Por ventura es coſa nueva deſhazèr un ſolo Cavallèro andante un exercito de dozientos mil hombres, como ſi todos juntos tuvièran una ſola garganta, ò fuèran hechos de alfeñique? Sino diganme, quantas hiſtòrias eſtàn llenas deſtas maravillas? Avìa, en hora mala para mi, que no quiero dezir para otro, de vivir oy el famoſo Don Belianis, ò alguno de los del innumerable linage de Amadis de Gaula; que ſi alguno deſtos òy vivièra, y con el Turco ſe afrontàra, à fè que no le arrendàra yo la ganancia: Pero Dios mirarà por ſu pueblo, y deparará alguno, que ſino tan bravo como los paſſados andantes Cavallèros, à lo menos no les ſerà Inferior en el animo: Y Dios me entiende, y no digo mas. Ay! dixo à eſte punto la Sobrina, que me maten, ſino quiere mi Señor tio bolver à ſer Cavallèro andante. A lo que dixo Don Quixote: Cavallèro andante he de morir; y baxe, ò ſu-

ba

ba el Turco quando èl quiſière, y quan poderoſamente pudière, que otra vez digo, que Dios me entiende. A eſta ſazòn dixo el Barbero, ſuplico à vueſtras mercèdes, que ſe me dè licencia para contàr un cuento breve, que ſucediò en Sevilla; que por venir aqui como de molde, me dà gana de contàrle. Diò la licencia Don Quixote, y el Cura; y los demas le preſtàron atencion, y èl començò deſta manera.

En la caſa de los locos de Sevilla eſtàva un hombre, à quien ſus parientes avían pueſto allí por falto de juyzio: Era graduado en Cànones por Oſuna; pero aunque lo tuèſſe por Salamanca, ſegun opinion de muchos, no deràra de ſer loco. Eſte tal graduado àl cabo de algunos años de recogimiento ſe diò à entendèr, que eſtàva cuerdo, y en ſu entero Juyzio; y con eſta imaginacion eſcriviò al Arçobiſpo, ſuplicàndole encarecidamente, y con muy concertadas razones, le mandàſſe ſacar de aquella miſeria en que vivìa, pues por la miſericordia de Dios avìa yà cobrado el Juyzio perdido: Pero que ſus parientes, por gozàr de la parte de ſu hazienda, le tenían alli, y à peſar de la verdad querían que fueſſe loco haſta la muerte. El Arçobiſpo, perſuadido de muchos billetes concertados y diſcretos, mandò à un Capellan ſuyo, ſe informàſſe del Retor de la caſa, ſi era verdad lo que aquel licenciado le eſcrivìa, y que aſſimeſmo hablàſſe con el loco, y que ſi le parecièſſe que tenía Juyzio, le ſacàſſe y puſièſſe en libertad. Hizolo aſſi el Capellan, y el Retor le dixo;

que

que aquel hombre aun ſe eſtàva loco; que pueſto que hablava algunas vezes como perſona de grande entendimiento, al cabo diſparàva con tantas nècedades, que en muchas y en grandes igualavan à ſus primeras diſcreciones, como ſe podia hazer la experiencia hablàndole. Quiſo hazerla el Capellan, y ponièndole con el loco, hablò con èl una hora, y mas; y en todo aquel tiempo jamàs el loco dixo razòn torcida, ni diſparatada; antes hablò tan atentadamènte, que el Capellan fuè forçado à creèr, que el loco eſtàva cuerdo: Y entre otras coſas que el loco le dixo, fuè, que el Retor le tenia ojerìza por no perdèr los regalos, que ſus parientes le hazìan, porque dixèſſe que aun eſtàva loco, y con lùcidos intervàlos; y que el mayor contràrio, que en ſu deſgràcia tenía, era ſu mucha haziènda, pues por gozàr della ſus Enemigos, ponſandolo, y dudàvan de la mercèd, que nueſtro Señor le avìa hecho en bolvèrle de beſtia en hombre. Finalmènte èl hablò de manera, que hizo ſoſpechoſo al Retor, codiciòſos, y deſalmàdos à ſus parientes, y à èl tan diſcreto, que el Capellàn ſe determinò à llevàrſele conſigo, à que el Arçobiſpo le vièſſe, y tocàſſe con la mano la verdad de aquel negocio. Con eſta buena fè el buen Capellàn pidiò al Retor, mandàſſe dàr los veſtidos, con que alli avia entrado el licenciado. Bolviò à dezir el Retor, que miràſſe lo que hazía; porque ſin duda alguna el licenciado aun ſe eſtàva loco; pero no ſirvièron de nada para con el Capellan las prevenciones, y adverti-

timièntos del Retor, para que dexàſſe de llevàrle. Obedeciò el Retor, viendo ſer orden del Arçobiſpo: Puſièron al licenciàdo ſus veſtidos, que eran nuevos, decentes: Y comò èl ſe viò veſtido de cuerdo, y deſnùdo de loco, ſuplicò al Capellàn, que por caridad le dièſſe licencia para ir à deſpedirſe de ſus compañeros los locos. El Capellan dixo, que èl le querìa acompañar, y vèr los locos que en la caſa avia. Subièron en efecto, y con ellos algunos que ſe hallàron preſentes: Y llegàndo el licenciado à una Jaula adonde eſtàva un loco furiòſo (aunque entonces ſoſſegàdo y quièto) le dixo: Hermano mio, mire ſi manda algo, que me vòy à mi caſa; que ya Dios ha ſido ſervido por ſu infinita bondad y miſericordia, ſin yo merecèrlo, de bolvèrme mi Juyzio. Ya eſtòy ſano, y cuèrdo; que acerca del poder de Dios ninguna coſa es impoſſible. Tenga grande eſperança y confiança en el; que pues à mi me ha buelto à mi primer eſtado, tambien le bolverà à el, ſi en èl confia. Yo tendrè cuydado de embiàrle algunos regalos que coma; y còmalos en todo caſo; que le hago ſabèr, que imagino, como quien ha paſſado por ello, que todas nueſtras locùras procèden de tenèr los eſtomagos vazìos, y los celebros llenos de ayre: Esfuèrceſe, esfuèrceſe, que el deſcaecimièntoen los infortùnios apòca la ſalud, y acarrèa la muerte. Todas eſtas razones del licenciado eſcuchò otro loco, que eſtàva en otra Jaula frontèro de là del furiòſo: Y levantàndoſe de una eſtèra vieja donde eſtàva echado, y deſnùdo en cueros,

pre-

preguntò à grandes vozes, quien era el que ſe iva ſano y cuerdo? El licenciado reſpondiò: Yo sòy, hermano, el que me vòy, que yà no tengo neceſſidad de eſtàr mas aqui, por lo que dòy infinitas Gracias à los Cielos, que tan grande mercèd me han hecho. Mirad lo que dezis, licenciado, nò os engañe el diablo, replicò el loco: Soſſegad el pie, y eſtàos quieto en vueſtra caſa, y ahorrarèys la buelta. Yo sè que eſtòy bueno, replicò el licenciado, y no avrà para que tornàr à andar eſtaciònes. Vos bueno? dixo el loco. Aora bien, ello dirà, andad con Dios; pero yo os voto à Jupiter (cuya Mageſtad yo repreſento en la tierra) que por ſolo eſte pecado, que oy comete Sevilla en ſacàros deſta caſa, y en tenèros por cuerdo, tengo de hazèr un tal caſtìgo en ella, que quede memoria dèl, por todos los Siglos de los Siglos, Amen. No ſabes tu, licenciadillo menguado, que lo podrè hazer; pues como digo, sòy Jupiter tonante, que tengo en mis manos los rayos abraſadores, con que puedo, y ſuèlo amenazàr, y deſtruỳr el Mundo? Pero con ſola una coſa quiero caſtigàr à eſte ignorante pueblo; y es, con no llovèr en èl, ni en todo ſu diſtrito y contorno por tres años enteros, que ſe han de contàr deſde el dia, y punto, en que hà ſido hecha eſta amenaza en adelante. Tu libre, tu ſano, tu cuèrdo; y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Aſſi pienſo llovèr, como pensàr ahorcarme. A las vozes, y à las razones del loco eſtuvièron los circunſtantes atentos; pero nueſtro licenciado, bolvièndoſe à nueſtro Capel-

pellàn, y aſièndole de las manos, le dixo: No tenga vueſtra mercèd pena, Señor mio, ni hàga caſo de lo que eſte loco ha dicho; que ſi èl es Jupiter, y no quiſière llovèr, yo que ſoy Neptuno, el padre y el Dios de las aguas, lloverè todas las vezes, que ſe me antojàre, y fuère meneſter A lo que reſpondiò el Capellan: Con todo eſſo, Señor Neptuno, no ſerà bien enojàr al Señor Jupiter; Vueſtra mercèd ſe quede en ſu caſa, que otro dia, quando àya mas comodidad, y mas eſpacio, bolverèmos por vueſtra mercèd. Riòſe el Rector, y los preſentes, por cuya riſa ſe mediocorriò el Capellàn. Deſnudàron al licenciado: quedòſe en caſa, y acabòſe el cuento.

PUES eſte es el cuento, Señor Barbero, dixo Don Quixote, que por venir aqui como de molde, no podía dexàr de contàrle? A Señor rapiſta, Señor rapiſta! y quan ciego es aquel que no vèe por tela de cedaço. Y es poſſible, que vueſtra mercèd no ſabe, que las comparaciònes que ſe hazen de ingènio à ingènio, de valor à valor, de hermoſura à hermoſura, y de linage à linage, ſon ſiempre odiòſas, y mal recibidas? Yo, Señor barbero, no ſoy Neptuno el Dios de las aguas, ni procùro, que nadie me tenga por diſcreto, no lo ſiendo: Solo me fatigo por dàr à entendèr al mundo el error en que eſtà, en no renovàr en ſi el feliciſſimo tiempo, donde campeàva la orden de la andante Cavallería; pero no es merecedora la depravada edad nueſtra de gozàr tanto bien, como el que gozàron las edades, donde los andantes Cavallèros tomà-

ron à ſu cargo, y echàron ſobre ſus eſpaldas la defenſa de los Reynos, el amparo de las donzellas, el ſocorro de los huerfanos, y pupilos, el caſtigo de los ſobervios, y el premio de los humildes. A los mas de los Cavallèros que aora ſe ùſan, antes les crùxen los damaſcos, los broçados, y otras telas de que ſe viſten, que la malla con que ſe àrman. Yà no ay Cavallèro, que duèrma en los campos, ſugeto al rigor del Cielo, armado de todas armas deſde los piès à la cabeça. Ya no ay quien ſin ſacàr los piès de los eſtrivos, arrimado à ſu lança, ſolo procùre deſcabeçàr, como dizen, el ſueño, como lo hazian los Cavallèros andantes. Ya no ay ninguno, que ſaliendo deſte boſque, entre en aquella montaña; y de alli paſſe à una eſteril, y deſierta playa del mar, las mas vezes proceloſo y alterado; y hallando en ella, y en ſu orilla un pequeño batèl ſin remos, vela, maſtil, ni Jàrcia alguna, con intrèpido coraçòn ſe arròje en èl, entregàndoſe à las implacables olas del mar profundo, que yà le ſuben al Cielo, y yà le baxan al abiſmo: Y èl, pueſto el pecho à la incontraſtable borraſca, quando menos ſe cata, ſe halla tres mil, y mas leguas diſtante del lugar donde ſe embarcò; y ſaltando en tierra remota, y no conocida, le ſuceden cofas dignas de eſtàr eſcritas no en pergaminos, ſino en bronces. Mas aora yà triùnfa la pereza, de la diligencia, la ocioſidad, del trabajo, el vìcio, de la virtud, la arrogancia, de la valentía, y la teorica, de la practica de las armas, que ſolo vivièron, y reſplandecièron

en

en las edades del oro, y en los andantes Cavallèros. Sino dìgaome, quien mas honesto, y mas valiente, que el famoso Amadis de Gaula? Quien mas discreto, que Palmerin de Inglaterra? Quien mas acomodado y manùal, que Tirante el Blanco? Quien mas galan, que Lisuarte de Grecia? Quien mas acuchillado, ni acuchillador, que Don Belianis? Quien mas intrèpido, que Perion de Gaula? O quien mas acometedor de peligros, que Felix Marte de Ircania? O quien mas sincero, que Esplandian? Quien mas arrojado, que Don Cirongilio de Tracia? Quien mas bravo, que Rodamonte? Quien mas prudente, que el Rey Sobrino? Quien mas atrevido, que Reinaldos? Quien mas invencible, que Roldan? Y quien mas gallardo, y mas cortes, que Rugero de quien descienden oy los Duques de Ferrara, segun Turpin en su Cosmographia? Todos estos Cavallèros, y otros muchos que pudièra dezir, Señor Cura, fuèron Cavallèros andantes, luz, y gloria de la Cavallería. Destos, ò tales como Estos quisièra yo que fuèran los de mi arbitrio; que à serlo, su magestad se hallàra bien servido, y ahorràra de mucho gasto, y el Turco se quedàra pelando las barbas: Y con esto me quiero quedàr en mi casa, pues no me saca el capellan della; y si Jupiter, como ha dicho el barbero, no llovière, aqui estòy yo, que lloverè quando se me antojàre. Digo esto porque sepa el Señor vazìa, que le entiendo. En verdad, Señor Don Quixote, dixo el Barbero, que no lo dixe por tanto; y assi me ayùde Dios, como fuè buena mi in-

tencion, y que no deve vueſtra mercèd ſentìrſe. Si puedo ſentìrme, ò no, reſpondiò Don Quixote, yo me lo sè.

A eſto dixo el Cura: Aun bien, que yo caſi no he hablado palabra haſta aora, y no quisièra quedàr con un eſcrùpulo, que me ròe, y eſcàrva la conciencia, nacido de lo que aquì el Señor Don Quixote ha dicho. Para otras coſas mas, reſpondiò Don Quixote, tiene licencia el Señor Cura; y aſſi puede dezir ſu eſcrùpulo, porque no es de guſto andàr con la conciencia eſcrupulòſa. Pues con eſte beneplacito, reſpondiò el Cura, digo que mi eſcrùpulo es, que no me puedo perſuadir en ninguna manera, à que toda la caterva de Cavallèros andantes, que vueſtra mercèd, Señor Don Quixote, ha referìdo, hayan ſido reàl y verdaderamente perſonas de carne, y hueſſo en el mundo: Antes imagino, que todo es ficcion, fabula y mentira, y ſueños contados por hombres deſpiertos, ò por mejor dezir, medio dormidos. Eſſe es otro erròr, reſpondiò Don Quixote, en que han caydo muchos, que no crèen, que àya avìdo tales Cavallèros en el mundo; y yo muchas vezes con diverſas gentes, y ocaſiones he procuràdo ſacàr à la luz de la verdad eſte caſi comun engaño; pero algunas vezes no hè ſalido con mi intencion, y otras ſi, ſuſtentàndolo ſobre los ombros de la verdad, la qual verdad es tan cierta, que eſtoy por dezir, que con mis propios ojos vì à Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de roſtro, bien pueſto de barba, aunque negra,

de

de viſta entre blanda, y rigurosa, corto de razones, tardo en ayrarſe, y preſto en deponèr la ira: Y del modo que he delineado à Amadis, pudièra, à mi parecèr, pintar y deſcribìr todos quantos Cavallèros andantes andan en las hiſtòrias en el orbe, que por la aprehenſion que tengo, de que fuèron como ſus hiſtòrias cuentan, y por las hazañas que hizièron, y condiciones que tuvièron, ſe pueden ſacàr por buena Filoſofia ſus facciones, ſus colores y eſtatûras. Que tan grande le parèce à vueſtra mercèd, mi Señor Don Quixote, preguntò el Barbero, devia de ſer el Gigante Morgante? En eſto de Gigantes, reſpondiò Don Quixote, ay diferentes Opiniones, ſi los ha avido, ò no en el mundo: Pero la Santa Eſcritura, que no puede faltàr un atomo en la verdad, nos mueſtra, que los hùvo, contàndonos la hiſtòria de aquel Filiſteazo de Golias, que tenía ſiete codos y medio de altura, que es una deſmeſurada grandeza. Tambien en la Iſla de Sicilia ſe han hallado canillas, y eſpaldas tan grandes, que ſu grandeza manifieſta, que fuèron Gigantes ſus dueños, y tan grandes como grandes torres, que la Geometría ſaca eſta verdad de duda. Pero con todo eſto no ſabrè dezir con certidumbre, que tamaño tuvièſſe Morgante, aunque imagino, que no deviò de ſer muy alto: Y muèveme à sèr deſte parecèr, hallàr en la hiſtòria donde ſe haze mencion particular de ſus hazañas, que muchas vezes dormía debaxo de techado; y pues hallava caſa donde cupièſſe, claro eſtà, que no era deſmeſurada ſu grandeza. Aſſi es,

dixo el Cura, el qual gustando de oírle dezir tan grandes disparates, le preguntò: Que sentía acerca de los rostros de Reynaldos de Montalvàn, y de Don Roldan, y de los demas doze pares de Francia, pues todos avìan sido Cavallèros andantes? De Reynaldos, respondiò Don Quixote, me atrèvo à dezir, que era ancho de rostro, de color vermèjo, los ojos bayladores, y algo saltados, puntoso, y colèrico en demasia, amigo de ladrones, y de gente perdida. De Roldan, ò Rotolando, ò Orlando (que con todos estos nombres le nombran las històrias) sòy de parecèr, y me afirmo, que fuè de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro, y Barbizaheño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido, y Bien criado. Sino fuè Roldan mas Gentilhombre, que vuestra mercèd ha dicho, replicò el Cura, no fuè maravilla, que la Señora Angelica la Bella le desdeñasse, y dexàsse por la gala, brio, y donayre, que devía de tener el morillo barbiponiente, à quien ella se entregò: Y andùvo discreta de amar antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan. Essa Angelica, respondiò Don Quixote, Señor Cura, fuè una donzella destrayda, andariega, y algo antojadiza; y tan lleno dexò el Mundo de sus Impertinencias, como de la fama de su hermosura. Despreciò mil Señores, mil valientes, y mil discretos; y contentòse con un pagezillo barbilùzio, sin otra hazienda, ni nombre, que el que le pudo dàr de agradecido la amistad, que guardò

à

à ſu amiſtad, el gran cantor de ſu belleza, el famoſo Arioſto, por no atrevèrſe, ò por no querer cantàr lo que à eſta Señora le ſucediò deſpues de ſu ruyn entrego, que no devièron ſer coſas demaſiadamente honeſtas; la dexò, donde dixo:

Y como del Catay recibiò el Cetro,
Quiçà otro cantarà con mejor Plectro.

Y ſin duda que eſto fuè como Profecia (que los Poëtas tambièn ſe llaman Vates) que quiere dezir, Adivinos. Y eſta verdad ſe vèe clara; porque deſpues acà un famoſo Poëta Andaluz llorò y cantò ſus làgrimas: Y otro famoſo, y ùnico Poëta Caſtellano cantò ſu hermoſura.

DIGAME Señor Don Quixote, dixo à eſta ſazòn el Barbero: No hà avido algun Poëta, que haya hecho alguna Sàtira à eſſa Señora Angelica entre tantos como la han alabado? Bien crèo yo, reſpondiò Don Quixote, que ſi Sacripante, ò Roldan fuèran Poëtas, que yà me huvièran jabonado à la donzella; porque es propio, y natural de los Poëtas deſdeñados, y no admitidos de ſus damas fingidas, ò fingidas en efeto de aquellos à quien ellos eſcogièron por Señoras de ſus penſamientos, vengàrſe con Sàtiras, y Libèlos (Vengança por cierto indigna de pechos generoſos:) Pero haſta agora no ha llegado à mi noticia verſo infamatorio contra la Señora Angelica, que tràxo rebuelto el Mundo. Milagro, dixo el Cura! y en eſto oyèron, que

el ama, y la ſobrina (que yà avían dexado la converſacion) dàvan grandes vozes en el patio, y acudièron todos al ruỳdo.

CAPITULO II.

Que trata de la notable pendencia que Sancho Pança tùvo con la ſobrina, y ama de Don Quixote, con otros ſujetos gracioſos.

CUENTA la Hiſtòria, que las vozes, que oyèron Don Quixote, el Cura, y el Barbero, eran de la ſobrina, y ama, que las dàvan, diziendo à Sancho Pança, que pugnàva por entràr à vèr à Don Quixote, y ellas le defendían la puerta: Que quiere eſte moſtrenco en eſta caſa? Idos à la vueſtra hermano; que vos sòys, y no otro, el que diſtràe, y ſonſaca à mi Señor, y le lleva por eſſos andurriales. A lo que Sancho reſpondiò: ama de ſatanàs, el ſonſacàdo, y el deſtraydo, y el llevado por eſſos andurriales sòy yo, que no tu amo: El me llevò por eſſos mundos; y voſotras os engañàys en la mitad del juſto precio: El me ſacò de mi caſa con engañifas, prometièndome una inſula, que haſta agora la eſpero. Malas inſulas te ahoguen, reſpondiò la ſobrina, Sancho maldito; y que ſon inſulas? Es alguna coſa de comer, goloſazo, comilòn que tu eres? No es de comèr, replicò Sancho,

cho, ſino de governàr, y regìr mejor que quatro ciudades, y que quatro Alcaldes de Corte. Con todo eſſo, dixo el ama, no entrarèys acà, taco de maldades, y coſtal de malicias: Id à governàr vueſtra caſa, y à labràr vueſtros pegujares, y dexàos de pretendèr inſulas, ni inſulos. Grande guſto recibìan el Cura, y el Barbero de oìr el colòquio de los tres: Pero Don Quixote) temeròſo, que Sancho ſe deſcoſièſſe, y deſbuchàſſe algun monton de malicioſas necedades, y tocàſſe en puntos, que no le eſtarìan bien à ſu credito) le llamò, y hizo à las dos, que callàſſen, y le dexàſſen entràr. Entrò Sancho; y el Cura, y el Barbero ſe deſpidièron de Don Quixote, de cuya ſalud deſeſperàron, viendo quan pueſto eſtàva en ſus deſvariàdos penſamientos, y quan embebido en la ſimplicidad de ſus mal andantes Cavallerías. Y aſſi dixo el Cura al Barbero: Vos verèys, compadre, como, quando menos lo penſèmos, nueſtro hidalgo ſale otra vez à bolàr la ribera. No pongo yo duda en eſſo, reſpondiò el Barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del cavallèro, como de la ſimplicidad del eſcudèro, que tan creỳdo tiene aquello de la inſula; que crèo, que no ſe lo ſacaràn del caſco quantos deſengaños puedan imaginàrſe. Dios los remedie, dixo el Cura, y eſtèmos à la mira, verèmos en lo que para eſta maquina de diſparates de tal Cavallèro, y de tal eſcudero; que parèce que los forjàron à los dos en una meſma Turqueſſa; y que las locuras del Señor ſin las necedades del criado no valian un ardite. Aſſi

es, dixo el Barbero, y holgàra mucho ſabèr, que trataràn aora los dos. Yo ſoy ſeguro, reſpondiò el Cura, que la ſobrina, ò el amanos lo quenten deſpues, que no ſon de condicion, que dexaràn de eſcuchàrlo.

En tanto, Don Quixote ſe encerrò con Sancho en ſu aposènto, y eſtàndo ſolos le dixo: Mucho me peſa, Sancho, que àyas dicho, y digas, que yo fuy el que te ſaquè de tus caſillas, ſabiendo que yo no me quedè en mis caſas: Juntos ſalimos, juntos fuymos, y juntos peregrinàmos. Una miſma fortùna, y una miſma ſuerte ha corrido por los dos. Si à ti te manteàron una vez, à mi me han molido ciento; y eſto es lo que te llevo de ventaja. Eſſo eſtàva pueſto en razòn, reſpondiò Sancho; porque, ſegun vueſtra mercèd dize, mas anèvas ſon à los Cavallèros andantes las deſgracias, que à ſus eſcudèros. Engàñaſte, Sancho, dixo Don Quixote, ſegun aquello: *Quando caput dolet*, &c. No entiendo otra lengua que la mia, reſpondiò Sancho. Quiero dezir, dixo Don Quixote, que quando la cabeça duele, todos los miembros duelen; y aſſi ſiendo yo tu Amo, y Señor, ſoy tu cabeça, y tu mi parte, pues eres mi criado: y por eſta razòn, el mal que à mi me toca, ò tocàre, à ti te ha de dolèr, y à mi el tuyo. Aſſi avìa de sèr, dixo Sancho; pero quando à mi me manteàvan como à miembro, ſe eſtàva mi cabeça detràs de las bardas, miràndome bolar por los ayres, ſin ſentir dolòr alguno; y pues los miembros eſtàn obligados à dolerſe del mal de a cabeça, avìa de eſtàr obligada ella à doler-

lerſe dellos. Querràs tu dezir agora, Sancho, reſpondiò Don Quixote, que no me dolía yo, quando à ti te manteàvan? Y ſi lo dizes, no lo digas, ni lo pienſes, pues mas dolòr ſentìa yo entonces en mi eſpiritu, que tu en tu cuerpo.

PERO dexémos eſto à parte por agora, que tiempo avrà donde lo pondrèmos y pongàmos en ſu punto: Y dime, Sancho Amigo, que es lo que dizen de mi por eſſe lugar? En que opinion me tiene el vulgo? En que los hidalgos? Y en que los cavallèros? Que dizen de mi valentía? Que de mis hazañas? Y que de mi corteſia? Que ſe platìca del aſſumpto que he tomado de reſucitàr, y bolvèr al mundo la yà olvidada orden cavallereſca? Finalmènte quièro, Sancho, me digas lo que acerca deſto ha llegàdo à tus oydos? Y eſto me has de dezir, ſin añadir al bien, ni quitàr al mal coſa alguna; que de los vaſallos leales es dezir la verdad à ſus Señores en ſu ſer, y figura propia, ſin que la adulacion la acreciènte, ò otro vano reſpeto la diſminùya. Y quiero que ſepas, Sancho, que ſi à los oydos de los Principes llegàſſe la verdad deſnuda ſin los veſtidos de la liſonja, otros ſiglos correrìan, otras edades ſerìan tenidas por mas de hierro, que la nueſtra, que entiendo, que de las que aora ſe ùſan, es la dorada. Sirvate eſte advertimiento, Sancho, para que diſcreta, y bien intencionadamente pongas en mis oydos la verdad de las coſas que ſupières de lo que te he preguntàdo. Eſſo harè yo de muy buena gana, Señor mio, reſpondiò Sancho, con con-

condicion que vueſtra mercèd no ſe ha de enojàr de lo que dixère, pues quiere que lo diga en cueros, ſin veſtirlo de otras ropas de aquellas con que llegàron à mi noticia. En ninguna manera me enojarè, reſpondiò Don Quixote: Bien puedes, Sancho, hablàr libremènte, y ſin rodèo alguno.

PUES lo primero que digo, dixo Sancho, es, que el vulgo tiene à vueſtra mercèd por grandiſſimo loco, y à mi por no menos mentecato. Los hidalgos dizen, que no contenièndoſe vueſtra mercèd en los limites de la hidalguìa, ſe ha pueſto Don, y ſe ha arremetido à Cavallèro con quatro cepas, y dos yugadas de tierra, y con un trapo atras, y otro adelante. Dizen los Cavallèros, que no querrìan, que los hidalgos ſe opuſièſſen à ellos, eſpecialmènte aquellos hidalgos eſcudèriles, que dàn humo à los zapatos, y toman los puntos de las medias negras con ſeda verde. Eſſo, dixo Don Quixote, no tiene que vèr conmigo, pues ando ſiempre bien veſtido, y jamas remendado; Roto bien podrìa sèr, y el roto, mas de las armas, que del tiempo. En lo que toca, proſiguiò Sancho, à la valentìa, cortesìa, hazañas, y aſſumpto de vueſtra mercèd, ay diferentes opiniones. Unos dizen, loco, pero gracioſo; otros, valiente, pero deſgraciàdo; otros, cortès, pero impertinente; y por aqui vàn diſcurrièndo en tantas coſas, que ni à vueſtra mercèd ni à mi, nos dèxan huèſſo ſano. Mira Sancho, dixo Don Quixote, donde quièra que eſtà la virtùd en eminente grado, es perſiguìda. Pocos, ò ninguno de

los

los famoſos Varones que paſsàron, dexò de sèr calumniado de la malicia. Julio Ceſar, animoſiſſimo, prudentiſſimo, y valentiſſimo Capitan, fuè notado de ambicioſo, y algun tanto no limpio, ni en ſus veſtidos, ni en ſus coſtumbres. Alexandro, à quien ſus hazañas le alcançàron el renombre de Magno, dizen dèl, que tùvo ſus ciertos puntos de borracho. De Hercules, el de los muchos trabajos, ſe cuenta, que fuè laſcivo y muèlle. De Don Galaor Hermano de Amadis de Gaula ſe murmùra, que fuè mas que demaſiadamènte rijoſo: Y de ſu hermano, que fuè lloròn: Aſſi que, ô Sancho, entre tantas calùmnias de buenos bien pueden paſsàr las mias, como no sèan mas de las que has dicho. Ay eſtà el toque (Cuerpo de mi Padre) replicò Sancho. Pues ay mas? preguntò Don Quixote. Aun la cola falta por deſollàr, dixo Sancho: Lo de haſta aqui ſon tortas y pan pintado: Mas ſi vueſtra mercèd quiere ſabèr todo lo que ay acerca las caloñas, que le ponen, yo le traerè aqui luego al momento quien ſe las diga todas, ſin que les falte una meaja; que à noche llegò el hijo de Bartolomè Carraſco, que viene de eſtudiàr de Salamanca, hecho Bachillèr; y yèndole yo à dàr la bien-venida, me dixo, que andàva yà en libros la hiſtòria de vueſtra mercèd, con nombre del Ingenioſo Hidalgo Don Quixote de la Mancha; y dize, que me mientan à mi en ella con mi meſmo nombre de Sancho Pança, y à la Señora Dulcinèa del Toboſo, con otras coſas que paſsàmos noſotros à ſolas, que me hize Cruzes de eſ-

eſpàntado, como las pudo ſabèr el Hiſtoriador, que las eſcriviò. Yo te aſegùro, Sancho, dixo Don Quixote que deve de sèr algun ſabio Encantadòr el autor de nueſtra hiſtòria; que à los tales no ſe les encubre nada de lo que quièren eſcrivìr. Y como, dixo Sancho, ſi era ſàbio, y Encantador? Pues ſegun dize el Bachillèr Sanſon Carraſco (que aſſi ſe llama el que dicho tengo) que el Autor de la hiſtòria ſe llama Cide Hamete Berengena. Eſſe nombre es de Moro, reſpondiò Don Quixote. Aſſi ſerà, replicò Sancho, porque por la mayor parte he oydo dezir, que los Moros ſon amigos de Berengenas. Tu deves, Sancho, dixo Don Quixote, erràrte en el Sobrenombre deſſe Cide, que en Aràbigo quiere dezir, Señor. Bien podrìa sèr, replicò Sancho, mas ſi vueſtra mercèd guſta, que yo le haga venir aqui, irè por èl en volandas. Haràſme mucho plazer, Amigo, dixo Don Quixote, que me tiene ſuſpenſo lo que me has dicho; y no comerè bocado que bien me ſepa, haſta sèr informado de todo. pues yo vòy por èl, reſpondiò Sancho; y dexando à ſu Señor, ſe fuè à buſcàr al Bachillèr, con el qual bolviò de alli à poco eſpacio, y entre los tres paſsàron un graciosiſſimo Coloquio.

CA-

CAPITULO III.

Del ridìculo razonamiènto que paſsò entre Don Quixote, Sancho Pànça, y el Bachillèr Sanſon Carraſco.

PENSATIVO demàs quedò Don Quixote eſpèrando al Bachillèr Carraſco, de quien eſperàva oìr las nuevas de ſi miſmo, pueſtas en lìbro, como avìa dicho Sancho; y no ſe podìa perſuadìr à que tal hiſtoria huvièſſe, pues aun no eſtàva enjùta en la cuchilla de ſu eſpada la ſangre de los enemigos que avìa muerto; y yà querìan que anduvièſſen en eſtampa ſus altas cavallerìas. Con todo eſſo imaginò, que algun ſabio, ò yà amigo, ò enemigo, por arte de encantamiento las avìa dado à la eſtampa: Si amigo, para engrandecèrlas, y levantàrlas ſobre las mas ſeñaladas de Cavallèro andante: Si enemigo, para aniquilàrlas, y ponèrlas debaxo de las mas viles, que de algun vil eſcudero ſe huvièſſen eſcrito, pueſto (dezìa entre ſi) que nunca hazañas de eſcuderos ſe eſcrivièron: Y quando fuèſſe verdad, que tal Hiſtòria huvièſſe, ſiendo de Cavallèro andante, por fuerça avìa de ſer Grandiloqua, Alta, Inſigne, Magnifica, y Verdadera. Con eſto ſe conſolò algun tanto; pero deſconſolòle penſàr, que ſu Autor era Moro, ſegùn aquel nombre de Cide; y que de los Moros no ſe podìa eſperàr verdad alguna, porque todos

dos ſon embelecadores, falſarios, y quimeriſtas. Temìaſe, no huvièſſe tratado de ſus amores con alguna indecencia, que redundàſſe en menoſcabo, y perjuyzio de la honeſtidad de ſu Señora Dulcinèa del Toboſo. Deſsèava que huvièſſe declarado ſu fidelidad, y el decoro que ſiempre le avía guardado, menoſpreciando Reynas, Emperatrizes, y Donzellas de todas calidades, teniendo à raya los impetus de los naturales movimientos. Y aſſi embuelto, y rebuelto en eſtas y otras muchas imaginaciones le hallàron Sancho, y Carraſco, à quien Don Quixote recibiò con mucha Corteſia.

ERA el Bachillèr, aunque ſe llamava Sanſon, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran ſocarròn, de color macilenta, pero de muy buen entendimien.o: Tendrìa haſta veynte y quatro años, cariredondo, de nariz chata, y de boca grande: Señales todas de sèr de condicion malicioſa, y amigo de donàyres y de burlas, como lo moſtrò en viendo à Don Quixote, ponièndoſe delante dèl de rodillas, y diziendole: Dème vueſtra grandeza las manos, Señor Don Quixote de la Mancha; que por el habito de San Pedro que viſto, aunque no tengo otras ordenes que las quatro primeras, que es vueſtra mercèd uno de los mas famoſos Cavallèros andantes, que ha avido, ni aun avrà en toda la redondèz de la tierra. Bien aya Cide Hamete Benengeli, que la hiſtòria de vueſtras grandezas dexò eſcrita; y rebien aya el curioſo, que tùvo cuydado de hazèrlas traduzir de Arabigo en nueſtro vulgàr caſtel-

la

lano para universal entretenimiènto de las gentes. Hìzole levantàr Don Quixote; y dixo: Desa manera verdad es, que ay hiſtoria mia, y que fuè Moro y ſabio el que la compuſo. Es tan verdad, Señor, dixo Sanſon, que tengo para mi, que el dia de oy eſtàn impreſſos mas de doze mil libros de la tal hiſtòria: Sino dìgalo Portugal, Barcelona, y Valencia, donde ſe han impreſſo; y aun ay Fama, que ſe eſtà imprimiendo en Anvères; y à mi ſe me trasluze, que no ha de aver nacion, ni lengua donde no ſe traduzga. Una de las coſas, dixo à eſta ſazòn Don Quixote, que mas deve de dàr contento à un hombre virtuoſo y eminente es, vèrſe, viviéndo, andàr con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreſſo, y en eſtampa: Dixe, con buen nombre, porque ſiendo al contrario, ninguna muerte ſe le igualarà. Si por buena fama, y ſi por buen nombre và, dixo el Bachillèr, ſolo vueſtra merced lleva la palma à todos los Cavallèros andantes; porque el Moro en ſu lengùa, y el Chriſtiano en la ſuya tuvièron cuydado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vueſtra merced, el animo grande en acometèr los peligros, la paciencia en las adverſidades, y el ſufrimiento aſſi en las deſgracias, como en las heridas, la honeſtidad y contìnencia en los amores tan platonicos de vueſtra mercèd, y de mi Señora Doña Dulcinèa del Toboſo. Nunca, dixo à eſte punto Sancho Pança, he oydo llamàr con Doña à mi Señora Dulcinèa, ſino ſolamènte la Señora Dulcinèa del Toboſo, y yà en eſto anda errada la hiſtoria. No

es objecion de importancia eſſa, reſpondiò Carraſco. No por cierto, dixo Don Quixote. Pero dìgame vueſtra mercèd, Señor Bachillèr, que hazañas mias ſon las que mas ſe pondèran en eſſa hiſtòria? En eſſo, reſpondiò el Bachillèr, ay diferentes Opiniones, como ay diferentes guſtos. Unos ſe atiènen à la aventura de los Molinos de viento, que à vueſtra mercèd le parecièron Briareos, y Gigantes: Otros à la de los Batànes: Eſſe à la deſcripcion de los dos exercitos, que deſpues parecièron ſer dos manàdas de carneros: Aquel encarèce la del muerto que llevàvan à enterrar à Segovia. Uno dize, que à todas ſe aventàja la de la libertad de los Galeòtes: Otro, que ninguna iguala à la de los dos Gigantes Benitos, con la pendencia del valeroſo Vizcayno. Dìgame, Señor Bachillèr, dixo à eſſa ſazon Sancho: Entra aỳ la aventùra de los Yanguèſſes, quando à nueſtro buen Rozinante ſe le antojò pedir Cotufas en el Golfo? No ſe le quedò nada, reſpondiò Sanſon, al sàbio en el tintero: todo lo dize, y todo lo apùnta, haſta lo de las Cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta nò hize yo cabriolas, reſpondiò Sancho, en el ayre ſi, y aun mas de las que yo quiſièra. A lo que yo imagino, dixo Don Quixote, no ay hiſtòria humana en el mundo, que no tenga ſus altibàjos, eſpecialmènte las que tratan de Cavallerias, las quales nunca pueden eſtàr llenas de proſperos ſuceſſos. Con todo eſſo, reſpondiò el Bachillèr, dizen algunos que han leydo la hiſtòria, que ſe holgàran, ſe les huvièra olvidado

dado à los Autores della algunos de los infinitos palos, que en diferentes encuentros dièron al Señor Don Quixote. Ay entra la verdad de la hiſtòria, dixo Sancho. Tambien pudièran callàrlos por equidad, dixo Don Quixote; pues las acciones, que ni mudan, ni alteran la verdad de la hiſtòria, no ay para que eſcrivìrlas, ſi han de redundàr en menoſprecio del Señor de la hiſtoria. A fèe que no fuè tan piadoſo Enèas, como Virgilio le pinta; ni tan prudente Uliſſes, como le deſcrive Homero. Aſſi es, replicò Sanſon; pero uno es eſcrivìr como Poëta, y otro como hiſtoriador. El Poëta puede contàr, ò cantàr las coſas, no como fuèron, ſino como devian ſer; y el hiſtoriadòr las ha de eſcrivìr, no como devian sèr, ſino como fuèron, ſin añadir, ni quitàr à la verdad, coſa alguna. Pues ſi es que ſe anda à dezir verdades eſſe Señor Moro, dixo Sancho, à buen ſeguro que entre los palos de mi Señor ſe hallan los mios; porque nunca à ſu mercèd le tomàron la medida de las eſpaldas, que no me la tomàſſen à mi de todo el cuerpo: Pero no ay de que maravillàrſe, pues como dize el miſmo Señor mio, del dolòr de la cabeça han de participàr los miembros. Socarròn ſoys, Sancho, reſpondiò Don Quixote: A fèe que no os falta memoria, quando vos querèys tenèrla. Quando yo quiſièſſe olvidàrme de los garrotazos que me han dado, dixo Sancho, no lo conſentiràn los cardenales, que aun ſe eſtàn freſcos en las coſtillas. Callàd, Sancho, dixo Don Quixote, y no interrumpàys al Señor Bachillèr, à

quien ſuplico paſſe adelante en dezìrme lo qué ſe dize de mi en la referida hiſtoria. Y de mi, dixo Sancho, que tambien dizen, que ſoy yo uno de los principales preſonages della. Perſonages, que no preſonages, Sancho amigo, dixo Sanſon. Otro reprochadòr de voquiblos tenèmos, dixo Sancho: Pues andenſe à eſſo, y no acabarèmos en toda la vida. Mala me la dè Dios, Sancho, reſpondiò el Bachillèr, ſino sòys vos la ſegunda perſona de la hiſtoria; y que ay tal, que precia mas oỳros hablàr à vos, que al mas pintado de toda ella: Pueſto que tambien ay quien diga, que anduviſtes demaſiadamènte de crèdulo en creèr, que podia sèr verdad el govierno dè aquella inſula ofrecida por el Señor Don Quixote, que eſtà preſente. Aun ay Sol en las bardas, dixo Don Quixote; y mientras mas fuère entrando en edad Sancho, con la experiencia que dàn los años, eſtarà mas idòneo, y mas hàbil para ſer Governadòr, que no eſtà agora. Por Dios, Señor, dixo Sancho, la iſla que yo no governàſſe con los años que tengo, no la governarè con los años de Matuſalen: El daño eſtà, en que la dicha inſula ſe entretiene, no sè donde, y no en faltàrme à mi el caletre para governàrla. Encomendadlo à Dios, Sancho, dixo Don Quixote, que todo ſe harà bien, y quiçà mejor de lo que vos pensàys; que no ſe mueve la hoja en el arbol ſin la voluntad de Dios. Aſſi es verdad, dixo Sanſon, que ſi Dios quière, no le faltaràn à Sancho mil inſulas que governàr, quanto mas una? Governadores he viſto por aỳ, dixo Sancho,

que

que à mí parecèr, no llegan à la ſuela de mi Zapato, y con todo eſſo los llaman Señoría, y ſe ſirven con plata. Eſſos no ſon Governadores de inſulas, replicò Sanſon, ſino de otros goviernos mas manuales; que los que govièrnan inſulas, por lo menos han de ſabèr Gramàtica. Con la Grama bien me avendrìa yo, dixo Sancho, pero con la Tica, ni me tiro, ni me pago, porque no la entiendo.

PERO dexando eſto del govierno en las manos de Dios, que me eche à las partes donde mas de mi ſe ſirva; digo, Señor Bachillèr Sanſon Carraſco, que infinitamènte me ha dado guſto, que el Autor de la hiſtoria aya hablado de mi, de manera, que no enfadan las coſas que de mi ſe cuentan; que à fèe de buen eſcudero, que ſi huvièra dicho de mi coſas que no fuèran muy de Chriſtiano viejo, como sòy, que nos avian de oír los ſordos. Eſſo fuèra hazèr Milagros, reſpondiò Sanſon. Milagros, ò no milagros, dixo Sancho, cada uno mire como habla, ò como eſcrìve de las perſonas, y no ponga à troche moche lo primero que le viene al magìn. Una de las tachas, que ponen à la tal hiſtoria, dixo el Bachillèr es, que ſu Autor puſo en ella una novela intitulada: *El Curioſo Impertinente*, no por mala, ni por mal razonada, ſino por no ſer de aquel lugar, ni tiene que vèr con la hiſtoria de ſu mercèd del Señor Don Quixote. Yo apoſtarè, replicò Sancho, que ha mezclado el hideperro berças con capachos. Aora digo, dixo Don Quixote, que no ha ſido sabio el Autor de mi hiſtoria, ſino algun ignorante

rante hablador, que à tiento, y ſin algun diſcurſo ſe pùſo à eſcrivirla, ſalga lo que ſaliére, como hazia Orbaneja el pintor de Ubeda, al qual preguntàndole, que pintava? Reſpondiò, lo que ſaliére. Tal vez pintava un gallo de tal ſuerte, y tan mal parecido, que era meneſtèr, que con letras Goticas eſcriviéſſe junto à èl: *Eſte es Gallo:* Y aſſi deve de ſer de mi hiſtoria, que tendrà neceſſidad de comento para entendèrla. Eſſo no, reſpondiò Sanſon, porque es tan clara, que no ay coſa que dificultàr en ella: Los niños la manoseàn, los moços la lèen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran: Y finalmente es tan trillada, y tan leyda, y tan ſabida de todo genero de gentes, que à penas han viſto algun rozin flaco, quando dizen: Alli và rozinante: Y los que mas ſe han dado à la letura ſon los pages. No ay antecamara de Señor; donde no ſe halle un Don Quixote: Unos le toman, ſi otros le dexan: Eſtos le embiſten, y aquellos le piden: Finalmènte la tal hiſtoria es del mas guſtoſo, y menos perjudicial entretenimiènto, que haſta agora ſe aya viſto; porque en toda ella no ſe deſcubre, ni por ſemejas, una palabra deshoneſta, ni un penſamiento menos que Catolico. A eſcrivir de otra ſuerte, dixo Don Quixote, no fuèra eſcrivir verdades, ſino mentiras; y los hiſtoriadores, que de mentiras ſe valen, avian de ſer quemados, como los que hazen moneda falſa: Y no sè yo, que le moviò al Autor à valerſe de Novelas, y cuentos agenos, aviendo tanto que eſcrivìr en los mios? Sin duda ſe deviò de atenèr al Refran;

ſran: *De paja, y de heno*, &c. Pues en verdad, que en ſolo manifeſtàr mis penſamientos, mis ſuſpiros, mis làgrimas, mis buenos deſèos, y mis acometimièntos, pudièra hazèr un volumen mayor, ò tan grande, que el que pueden hazèr todas las obras del Toſtado. En efecto lo que yo alcanço, Señor Bachillèr es, que para componèr hiſtorias, y libros de qualquier ſuerte que sèan, es menestèr un gran juyzio, y un maduro entendimiento: Dezir gracias, y eſcrivìr donayres, es de grandes ingenios. La mas diſcreta figura de la comedia es la del Bobo; porque no lo ha de ſer el que quière dàr à entendèr, que es ſimple. La hiſtoria es como coſa ſagrada, porque ha de ſer verdadera, y donde eſtà la verdad, eſtà Dios en quanto verdad: Pero no obſtante eſto ay algunos, que aſſi componen, y arrojan libros de sì, como ſi fuèſſen buñuelos. No ay libro tan malo, dixo el Bachillèr, que no tenga algo bueno. No ay duda en eſſo; replicò Don Quixote; pero muchas vezes acontèce, que los que tenian juſtamente grangeàda, y alcançada gran fama por ſus eſcritos, en dàndolos à la eſtampa la perdièron del todo, ò la menoſcabàron en algo. La cauſa deſſo es, dixo Sanſon, que como las obras impreſſas ſe miran de eſpacio, facilmente ſe vèen ſus faltas; y tanto mas ſe eſcudriñan, quanto es mayor la fama del que las compùſo. Los hombres famoſos por ſus ingenios, Los grandes Poëtas, Los iluſtres hiſtoriadòres ſiempre, ò las mas vezes ſon envidiados de aquellos, que tienen por guſto, y por particula entretenimièn-

miènto juzgàr los eſcritos agenos, ſin avèr dado algunos propios à la Luz del mundo. Eſſo no es de maravillàr, dixo Don Quixote, porque muchos Theologos ay, que no ſon buenos para el pulpito, y ſon boniſſimos para conocèr las faltas, ò ſobras de los que predican. Todo eſſo es aſſi, Señor Don Quixote, dixo Carraſco: Pero quiſièra yo, que los tales cenſuradores fuèran mas miſericordioſos, y menos eſcrupuloſos, ſin atenèrſe à los atomos del Sol clariſſimo de la obra de que murmuran; que ſi *aliquando bonus dormitat Homerus*, conſidèren lo mucho que eſtùvo deſpierto para dàr la Luz de ſu obra con la menos ſombra, que pudièſſe: Y quiçà podrìa sèr, que lo que à ellos les parèce mal, fuèſſen lunares, que à las vezes acreciéntan la hermoſura del roſtro que los tiene: Y aſſi digo, que es grandiſſimo el rieſgo à que ſe pone el que imprime un libro, ſiendo de toda impoſſibilidad impoſſible componèrle tal, que ſatisfaga, y contente a todos los que le leyèren. El que de mi trata, dixo Don Quixote, à pocos avrà contentado. Antes es al revès, reſpondiò Sanſon, que cómo de *ſtultorum infinitus eſt numerus*, infinitos ſon los que han guſtado de la tal hiſtoria: Y algunos han pueſto falta, y dolo en la memoria del Autor, pues ſe le olvida de contàr, quien fuè el ladron que hurtò el ruzio à Sancho, que allì no ſe declara, y ſolo ſe infière de lo eſcrito, que ſe le hurtàron; y de alli à poco le vèmos à Cavallo ſobre el meſmo Jumento ſin avèr parecido. Tambien dizen, que ſe le olvidò ponèr lo que Sancho hi-

hizo de aquellos cien eſcudos que hallò en la maleta en Sierra Morena, que nunca mas los nombra; y ay muchos que deſsèan ſaber, que hizo dellos, ò en que los gaſtò; que es uno de los puntos ſuſtanciales, que faltan en la obra. Sancho reſpondiò: Yo, Señor Sanſon, no eſtòy aora para ponèrme en cuentas, ni cuentos; que me ha tomado un deſmàyo de eſtòmago, que ſi no le reparo con dos tragos de lo Añèjo, me pondrà en la eſpina de Santa Lucía. En caſa lo tengo; mi (oyſlo) me aguarda; en acabando de comèr darè la buelta, y ſatisfarè à vueſtra mercèd, y à todo el mundo de lo que preguntàr quiſièren, aſſi de la Perdida del Jumento, como del gaſto de los cien eſcudos: Y ſin eſperàr reſpueſta, ni dezir otra palabra, ſe fuè à ſu caſa. Don Quixote pidiò, y rogò al Bachillèr ſe quedàſſe à hazèr penitencia con èl. Tùvo el Bachillèr el embìte: Quedòſe: Añadiòſe al ordinario un par de pichones: Tratòſe en la meſa de Cavallerías: Siguiòle el humor Carraſco: Acabòſe el banquete: Durmièron la Sieſta: bolviò Sancho, y renovòſe la platica paſſada.

CAPITULO IV.

Donde Sancho Pança ſatisfaze al Bachillèr Sanſon Carraſco de ſus dudas, y preguntas, con otros ſuceſſos dignos de ſabèrſe, y de contàrſe.

BOLVIÒ Sancho à caſa de Don Quixote, y bolvièndo al paſſado razonamièntо, reſpondiò à lo que el Señor Sanſon dixo, que ſe deſeàva ſaber, quien, ò como, ò quando ſe le avía hurtado el Jumento. Digo, dixo Sancho, que la noche miſma, que huyèndo de la ſanta hermandad nos entrámos en Sierra Morena, deſpues de la aventùra ſin ventùra de los Galeòtes, y de la del difunto que llevàvan à Segovia, mi Señor, y yo nos metimos entre una eſpeſura, à donde mi Señor, arrimado à ſu lança, y yo ſobre mi ruzio, molidos y canſados de las paſſadas refriègas, nos puſimos à dormir, como ſi fuèra ſobre quàtro colchones de pluma: Eſpecialmènte yo dormì con tan peſado Sueño, que quien quièra, que fuè, tùvo lugàr de llegàr, y ſuſpendèrme ſobre quatro eſtacas, que pùſo à los quatro lados de la albarda, de manera, que me dexò à cavallo ſobre ella, y me ſacò de debaxo de mi al ruzio, ſin que yo lo ſintièſſe. Eſſo es coſa facil, y no acontecimièntо nuevo, dixo Don Quixote; que lo meſmo le aconteciò à Sacripante, quando eſtàndo en el cerco

cerco de Albraca, con eſſa miſma invencion le ſacò el Cavallo de entre las piernas aquel famoſo ladròn, llamado Brunelo. Amaneciò, proſiguiò Sancho, y apenas me hùve eſtremecido, quando faltando las eſtacas, dì conmigo en el ſuelo una gran cayda. Mirè por el jumento, y no le vì: acudièronme las lagrimas à los ojos, y hize una lamentaciòn, que ſino la pùſo el autor de nueſtra hiſtòria, puede hazèr cuenta, que no pùſo coſa buena. Al cabo de no sè quantos dias, viniendo con la Señora Princeſa Micomicòna, conocì mi aſno, y que venía ſobre èl, en habito de Gitàno, aquel Ginès de Paſſamonte, aquel embuſtèro, y grandiſſimo maleador, que quitàmos mi Señor, y yo de la cadena. No eſtà en eſſo el yerro, replicò Sanſon; ſino en que antes de avèr parecido el jumento, dize el autor, que iva à Cavallo Sancho en el meſmo ruzio. A eſſo, dixo Sancho, no sè que responder, ſino que el Hiſtoriador ſe engañò, ò yà ſerìa deſcuydo del Impreſſor. Aſſi es ſin duda, dixo Sanſon: Pero que ſe hizièron los cien eſcudos? Deſhizièronſe? Yo los gaſtè, reſpondiò Sancho, en pro de mi perſona, y de la de mi muger, y de mis hijos; y ellos han ſido cauſa de que mi muger, lleve en paciencia los caminos, y carreras que he andado, ſirviendo à mi Señor Don Quixote; que ſi al cabo de tanto tiempo bolvièra ſin blanca, y ſin el jumento à mi caſa, negra ventura me eſperàva. Y ſi ay mas que ſaber de mi, aqui eſtòy, que reſponderò al miſmo Rey en perſona: Y nadie tiene para que

que metèrſe en ſi trùxe, ò no trùxe, ſi gaſtè, ò no gaſtè; que ſi los palos, que me dieron en eſtos viages, ſe huvièran de pagàr à dinero, aunque no ſe taſsàran ſino à quatro Maravedis cada uno, con otros cien eſcudos no avía para pagàrme la mitad: Y cada uno meta la mano en ſu pecho, y no ſe ponga à juzgàr lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas vezes Yo tendrè cuydàdo, dixo Carraſco, de acusàr al autor de la hiſtòria, y que ſi otra vez la imprimière, no ſe le olvide eſto, que el buen Sancho ha dicho, que ſerà realçàrla un buen coto mas de lo que ella ſe eſtà. Ay otra coſa que enmendàr en eſſa Leyènda, Señor Bachillèr? preguntò Don Quixote. Si deve de avèr, reſpondiò Sanſon; pero ninguna deve de sèr de la importancia de las yà referidas. Y por ventura, dixo Don Quixote, promète el autor ſegunda parte? Si promète, reſpondiò Carraſco; pero dize, que no ha hallado, ni ſabe, quien la tiene: Y aſſi eſtàmos en duda, ſi ſaldrà, ó no; y aſſi por eſto como porque algunos dizen. Nunca ſegundas partes fuèron buenas: Y otros, de las coſas de Don Quixote baſtan las eſcritas; ſe duda, que no ha de avèr ſegunda parte: Aunque algunos, que ſon mas Joviales que Saturninos, dizen: vengan mas Quixotadas: embiſta Don Quixote, y hable Sancho Pança, y sèa lo que fuère, que con eſſo nos contentàmos Y à que ſe atiene el autor? preguntò Don Quixote. A que? reſpondiò Sanſon, à que en hallando que halle la hiſtòria, que èl và buſcando

do con extraordinarias diligencias, la darà luego à la eſtampa, llevado mas del interès, que de dàrla ſe le ſigue, que de otra alabança alguna. A lo que dixo Sancho: Al dinero, y al interes mira el autor? Maravilla ſerà que acierte; porque no harà, ſino harbar, harbar como Saſtre en viſperas de Paſquas; y las obras que ſe hazen à prièſſa, nunca ſe acaban con la perfeccion, que requieren. Atienda eſſe Señor Moro à lo que es à miràr lo que haze; que yo, y mi Señor le darèmos tanto ripio à la mano en materia de aventuras, y de ſuceſſos diferentes, que pueda componèr no ſolo ſegunda parte, ſino ciento. Deve de penſàr el buen hombre, ſin duda, que nos dormìmos aqui en las pajas; pues tènganos el piè al herràr, y verà del que coſqueàmos. Lo que yo sè dezir es, que ſi mi Señor tomàſſe mi conſejo, ya avìamos de eſtàr en eſſas campañas deshaziendo agravios, y endereçando tuertos, como es uſo, y coſtumbre de los buenos andantes Cavallèros.

No avía bien acabado eſtas razones Sancho, quando llegàron à ſus oydos relinchos de Rozinante, los quales relinchos tomò Don Quixote por feliciſſimo aguero; y determinò de hazèr de alli à tres, ò quatro dias otra ſalida: Y declaràndo ſu intento al Bachillèr, le pidiò conſejo, porque parte començaria ſu jornada? El qual le reſpondiò, que era ſu parecèr, que fuèſſe al Reyno de Aragòn, y à la Ciudad de Zaragoça, adonde de alli à pocos dias ſe avìan de hazèr unas ſolemniſſimas Juſtas por la fieſta de ſan Jorge, en las quales podrìa ganàr fama

ſobre

ſobre todos los Cavallèros Aragoneſes, que ſerìa ganàrla ſobre todos los del mundo. Alabòle ſer honradiſſima, y valentiſſima ſu determinacion; y advirtiòle, que anduvièſſe mas atentado en acometèr los peligros, à cauſa que ſu vida no era ſuya, ſino de todos aquellos que le avìan menesteèr para que los amparàſſe, y ſocorrièſſe en ſus deſventuras. Deſſo es lo que yo reniego, Señor Sanſon, dixo à eſte punto Sancho; que aſſi acomete mi Señor à cien hombres armados, como un muchacho goloſo à media dozena de badèas. Cuerpo del mundo, Señor Bachillèr, ſi, que tiempos ay de acometèr, y tiempos de retiràr, y no ha de ſer todo Santiago, y cierra Eſpaña: Y mas que yo he oydo dezir (y crèo que à mi Señor miſmo, ſi mal no me acuerdo) que en los eſtremos de cobarde, y de temerario eſtà el medio de la valentía; y ſi eſto es aſſi, no quièro que huya ſin tèner para que; ni que acomèta quando la demaſia pide otra coſa: Pero ſobre todo aviſo à mi Señor, que ſi me ha de llevàr conſigo, ha de sèr con condicion, que èl ſe lo ha de batallàr todo, y que yo no he de eſtàr obligado à otra coſa que à miràr por ſu perſona en lo que tocàre à ſu limpieza y à ſu regalo; que en eſto yo le baylarè el agua delante: Pero pensàr que tengo de ponèr mano à la eſpada aunque ſea contra villanos malandrines de acha, y capellina, es pensàr en lo eſcuſado. Yo, Señor Sanſon, no pienſo grangeàr fama de valiente, ſino del mejor y mas leal eſcudero, que jamàs ſirviò à Cavallero andante: Y ſi mi Señor Don Quixote, obli-

obligado de mis muchos y buenos ſervicios, quiſière dàrme alguna inſula de las muchas que ſu mercèd dize, que ſe ha de topàr por ay, recibirè mucha mercèd en ello; y quando no me la dière, nacìdo sòy, y no hà de vivìr el hombre en otro de otro, ſino de Dios: Y mas que tambien, y aun quiçà mejor me ſabrà el pan deſgovernàdo, que ſiendo Governadòr. Y sè yo por ventura, ſi en eſſos goviernos me tiene aparejado el Diablo alguna Zancadilla donde tropiece, y cayga, y me deſhaga las muelas? Sancho nacì, y Sancho pienſo morìr. Pero ſi con todo eſto de buenas à buenas, ſin mucha ſolicitud, y ſin mucho rieſgo mè deparàſſe el Cielo alguna Inſula, ò otra coſa ſemejante, no sòy tan necio, que la deſechàſſe; que tambien ſe dize: *Quando te dièren la vaquilla, corre con la ſoguilla:* Y quando viene el bien, mètelo en tu caſa. Vos, hermano Sancho, dixo Carraſco, avèys hablado como un Catedratico; pero con todo eſſo confiad en Dios, y en el Señor Don Quixote, que os ha de dàr un Reyno, no que una Inſula. Tanto es lo demas como lo de menos, reſpondiò Sancho, aunque sè dezir al Señor Carraſco, que no echarà mi ſeñor el reyno, que me dière, en ſaco roto; que yo me he tomado el pulſo à mi miſmo, y me hallo con ſalud para regir reynos, y governàr inſulas; y eſto yà otras vezes lo he dicho à mi ſeñor. Mirad, Sancho, dixo Sanſon, que los oficios mudan las coſtumbres; y podrìa ſer, que vièndoos governadòr, no conocièſſedes à la madre que os pariò. Eſſo allà ſe ha

de

de entendèr, reſpondiò Sancho, con los que nacièron en las malvas, y no con los que tienen ſobre el alma quatro dedos de enjundia de Chriſtianos viejos, como yo los tengo. No ſino llegàos à mi condicion, que ſabrà ùſar de deſagradecimièntо con alguno? Dios lo haga, dixo Don Quixote, y ello dirà quando el govierno venga, que yà me parèce, que le traygo entre los ojos.

DICHO eſto rogò al Bachillèr, que ſi era Poëta, le hizièſſe merced de componèrle unos verſos, que tratàſſen de la deſpedida que pensàva hazèr de ſu Señora Dulcinèa del Toboſo, y que advirtièſſe, que en el principio de cada verſo avìa de ponèr una Letra de ſu nombre, de manera, que al fin de los verſos, juntando las primeras letras, ſe leyèſſe: *Dulcinèa del Toboſo.* El Bachillèr reſpondiò, que pueſto que el no era de los famoſos Poëtas que avìa en Eſpaña (que dezían, que no eran ſino tres, y medio) que no dexarìa de componèr los tales metros, aunque hallava una dificultad grande en ſu compoſicion, à cauſa que las letras, que contenían el nombre, eran diez y ſiete; y que ſi hazìa quatro Caſtellanas de à quatro verſos, ſobrava una letra; y ſi de à cinco, à quien llaman Dezimas, ò Redondillas, faltàvan tres letras; pero con todo eſto procurarìa embebèr una letra lo mejor que pudièſſe, de manera, que en las quatro Caſtellanas ſe incluyèſſe el nombre de *Dulcinèa del Toboſo.* Ha de sèr aſſi en todo caſo, dixo Don Quixote, que ſi alli no và el nombre patente, y de manifieſto, no ay muger que crèa,

que

que para ella ſe hizièron los metros Quedàron en eſto, y en que la partida ſerìa de allì à ocho dias. Encargò Don Quixote al Bachillèr la tuvièſſe ſecreta, eſpecialmènte al Cura y à Maeſſe Nicolas, y à ſu ſobrina y al ama, porque no eſtorvàſſen ſu honrada y valeroſa determinacion. Todo lo prometiò Carraſco; y con eſto ſe deſpidiò, encargando à Don Quixote, que de todos ſus buenos, ò malos ſuceſſos le avisàſſe aviendo comodidad; y aſſi ſe deſpidièron, y Sancho fuè à poner en Orden lo neceſſario para ſu jornada.

CAPITULO V.

De la diſcreta y gracioſa platica que paſsò entre Sancho Pança y ſu muger Tereſa Pança, y otros ſuceſſos dignos de felice recordacion.

LLEGÀNDO à eſcrivìr el traductor deſta hiſtòria eſte quinto Capitulo, dize que le tiene por apocrifo, porque en el, habla Sancho Pança con otro eſtilo del que ſe podia prometèr de ſu corto ingenio; y dize coſas tan ſutiles, que no tiene por poſſible, que èl las ſupièſſe: Pero que no quiſo dexàr de traduzìrlo, por cumplir con lo que à ſu oficio devìa, y aſſi proſiguiò, diziendo.

LLEGÒ Sancho à ſu caſa tan regozijàdo y alègre, que ſu muger conociò ſu alegria à ti-

ro de balleſta, tanto, que la obligò à preguntàrle: Que traèys, Sancho amigo, que tan alegre venìs? A lo que èl reſpondiò: Muger mia, ſi Dios quiſièra, bien me holgàra yo de no eſtàr tan contento como mueſtro. No os entiendo, marido, replicò ella, y no sè, que querèys dezir en eſſo, de que os holgàrades, ſi Dios quiſièra, de no eſtàr contento; que maguer tonta, no sè yo quien recibe guſto de no tenèrle. Mirad, Tereſa, reſpondiò Sancho, yo eſtòy alegre, porque tengo determinado de bolvèr à ſervìr à mi amo Don Quixote, el qual quiere la vez tercera ſalir à buſcàr las aventùras; y yo buelvo à ſalir con èl, porque lo quiere aſſi mi neceſſidad, junto con la eſperança que me alegra, de pensàr, ſi podrè hallàr otros cien eſcudos como los yà gaſtados; pueſto que me entriſtece el avèrme de apartàr de ti, y de mis hijos; y ſi Dios quiſièra dàrme de comèr à piè enjuto, y en mi caſa, ſin traèrme por vericuètos, y encrucijadas (pues lo podia hazèr à poca coſta, y no mas de querèrlo) claro eſtà, que mi alegría fuèra mas firme, y valedèra, pues que la que tengo và mezclada con la triſteza del dexàrte: Aſſi que dixe bien, que holgàra, ſi Dios quiſièra, de no eſtàr contento. Mirad, Sancho, replicò Tereſa, deſpues que os hiziſtes miembro de Cavallèro andante, hablàys de tan rodeàda manera, que no ay quien os entienda. Baſta que me entienda Dios, muger, reſpondiò Sancho, que èl es el entendedor de todas làs coſas; y quèdeſe eſto aqui: Y advertid, hermana, que os conviène tenèr cuenta eſtos

tres

tres dias con el ruzio, de manera, que estè para armas tomàr. Dobladle los pienſos, requerid la albarda, y las demas jarcias, porque no vàmos à bodas, ſino à rodeàr el mundo, y à tenèr *dares*, y *tomares* con Gigantes, con endriàgos, y con veſtiglos; y à oỳr ſilvos, rugidos, bramidos, y baladros; y aun todo eſto fuèra flores de cantuèſo, ſino tuvièramos que entendèr con Yanguèſes, y con Moros encantados. Bien crèo yo, marido, replicò Tereſa, que los eſcuderos andantes no comen el pan de valde, y aſſi quedarè rogando à nueſtro Señor, os ſaque preſto de tanta ventura. Yo os digo, muger, replicò Sancho, que ſino pensàſſe antes de mucho tiempo vèrme governadòr de una inſula, aqui me caerìa muerto. Eſſo no, marido mio, dixo Tereſa: Viva la Gallina, aunque sèa con ſu pepita. Vivid vos, y llèveſe el diablo quantos govièrnos ay en el mundo. Sin govierno ſaliſtes del vientre de vueſtra madre; ſin govierno avèys vivido haſta aora; y ſin govierno os irèys, ò os llevaràn à la ſepultura, quando Dios fuère ſervido. Como eſſos ay en el mundo que viven ſin govièrno, y no por eſſo dexan de vivìr, y de sèr contados en el numero de las gentes. La mejor ſalſa del mundo es la hambre, y como eſta no falta à los pobres, ſiempre comen con guſto. Però mirad, Sancho, ſi por ventùra os vièredes con algun govierno, no os olvidèys de mi, y de vueſtros hijos. Advertid, que Sanchico tiene yà quinze años cabales, y es razon que vaya à la eſcuela, ſi es que ſu tio el Abad le ha de dexar he-

cho de la igleſia. Mirad tambien, que Mari Sancha vueſtra hija no ſe morirà ſi la casàmos; que me và dando barruntos, que deſseàys tanto tener marìdo, como vos deſseàys vèros con govierno: Y en fin en fin, mejor parèce la hija mal caſada, que bien abarraganàda. A buena fèe, reſpondiò Sancho, que ſi Dios me llega à tenèr algo que dè govierno, que tengo de caſar, muger mia, à Mari Sancha tan altamènte, que no la alcançen ſino con llamàrla Señoría. Eſſo no, Sancho, reſpondiò Tereſa; caſadla con ſu igual, que es lo mas acertado; que ſi de los zuecos la ſacàys à chapines, y de ſaya parda de catorzeno à verdugado, y ſaboyanas de ſeda, y de una Marica, y de un tu, à una doña tal, y Señoría, no ſe ha de hallàr la mochacha; y à cada paſſo ha de caèr en mil faltas, deſcubrièndo la hilaza de ſu tela baſta, y groſsèra. Calla, boba, dixo Sancho, que todo ſerà usàrlo dos, ô tres años, que deſpues le vendrà el Señorío, y la gravedad como de molde; y quando no, que importa? Sèaſe ella Señoría, y venga lo que vinière. Medios, Sancho, con vueſtro eſtado, reſpondiò Tereſa, nos os queràys alçar à mayores, y advertìd al refran, que dize: *Al hijo de tu vezino limpiale las narizes, y mètele en tu caſa.* Por cierto que ſería gentil coſa, casàr à nueſtra Maria con un Condazo, ô con un Cavalleròte, que quando ſe le antojàſſe, la puſièſſe como nueva, llamandola de villana, hija del deſtripa terrònes, y de la pela ruecas? No en mis dias, marìdo: Para eſſo por cierto he criado yo à mi hija? Traèd

vos

vos dineros, Sancho, y el casàrla dexadlo à mi cargo; que ay esta Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, moço rolliço, y sano, y que le conocèmos; y sè, que no mira de mal ojo à la mochacha; y con este, que es nuestro igual, estarà bien casada, y le tendrèmos siempre à nuestros ojos, y serèmos todos unos; padres, y hijos, nietos, y yernos, y andarà la paz, y la bendicion de Dios entre todos nosotros: Y no, casàrmela vos aora en essas cortes, y en essos palacios grandes, adonde ni à ella la entiendan, ni ella se entiènda. Ven acà, bestia y muger de Barrabàs, replicò Sancho, porque quieres tu aora, sin que ni para que estorvàrme, que no case à mi hija con quien me dè nietos, que se llamen Señoría? Mira, Teresa, siempre he oydo dezìr à mis mayores, que el que no sabe gozàr de la ventura quando le viene, que no se deve quexàr, si se le passa: Y no seria bien, que aora que està llamando à nuestra puerta, se la cerrèmos. Dexèmonos llevàr deste viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablàr, y por lo que mas abaxo dize Sancho, dixo el tradutor desta historia, que tenìa por apocrifo este Capitulo.) No te parèce, Animalia, prosiguiò Sancho, que serà bien dàr con mi cuerpo en algun govierno provechòso, que nos saque el piè del lodo, y casàsse à Mari Sancha con quien yo quisière, y veràs como te llaman à ti Doña Teresa Pança, y te sientas en la Iglesia sobre Alcatifa, Almohadas, y Arambeles à pesar, y despecho de las Hidalgas del pueblo? No sino, estàos siempre en un ser

ſin crecèr, ni menguàr como figura de paramento. Y en eſto no hablèmos mas; que Sanchica ha de ſer Condeſſa, aunque tu mas me digas. Veys quanto dezìs, marìdo, reſpondiò Tereſa, pues con todo eſſo temo, que eſte Condado de mi hija ha de ſer ſu perdicion. Vos hazèd lo que quiſièredes, ora la hagàys Duqueſa, ò Princeſa: Pero ſèos dezir, que no ſerà ello con voluntad, ni conſentimièntо mio. Siempre, hermano, fuy amiga de la igualdad; y no puedo vèr entònos ſin fundamento. Tereſa me puſièron en el Bautiſmo, Nombre mondo, y eſcuèto, ſin añadiduras, ni cortapiſas, ni Arrequives de Dones, ni Doñas. Caſcajo ſe llamò mi padre, y à mì, por ſer vueſtra muger, me llaman Tereſa Pança, que à buena razòn me avìan de llamàr Tereſa Caſcajo. Pero allà vàn Reyes, do quièren Leyes; y con eſte nombre me contento, ſin que me le pongan un Don encima, que peſe tanto, que no le pueda llevàr; y no quiero dàr que dezir à los que me vièren andàr veſtida à lo Condeſil, ò à lo de governadora; que luego diràn: Mirad, que entonada và la puzpuerca? Ayèr no ſe hartavà de eſtiràr de un copo de eſtopa, y iva à Miſſa cubièrta la cabeça con la falda de la ſaya en lugar de manto; y yà oy và con verdugado, con broches, y con entono, como ſi no la conocièſſemos. Si Dios me guarda mis ſiete, ò mis cinco ſentidos, ò los que tengo, no pienſo dàr ocaſion de vèrme en tal aprieto. Vos, hermano, idos à ſer governo, ò inſulo, y entonàos à vueſtro guſto; que mi hija, ni Yo, por el ſiglo

de

de mi padre, que no nos hèmos de mudàr un paſſo de nueſtra aldèa: *La muger honrada la pierna quebrada, y en caſa; y la donzella honeſta el hazèr algo es ſu fieſta.* Idos con vueſtro Don Quixote à vueſtras aventùras, y dexadnos à noſotras con nueſtras malas ventùras; que Dios nos las mejorarà, como seàmos buenas; y yo no sè por cierto, quien le pùſo à èl Don, que no tuvièron ſus padres, ni ſus abuelos. Aora digo, replicò Sancho, que tienes algun familiàr en eſſe cuerpo. Vàlate Dios la muger! y que de coſas has enſartàdo unas en otras, ſin tenèr piès ni cabeça! Que tiene que vèr el Caſcajo, los broches, los refràne, y el entòno con lo que yo digo? Ven acà, mentecata, è ignorante (que aſſi te puedo llamàr, pues no entiendes mis razones, y vàs huyèndo de la dicha.) Si yo dixèra, que mi hija ſe arrojàra de una torre abaxo, ò que ſe fuèra por eſſos mundos, como ſe quiſo ir la Infanta Doña Urraca, tenías-razòn de no venìr con mi guſto: Pero ſi en dos paletas, y en menos de un abrìr y cerràr de ojos, te la chanto un Don, y una Señorìa à cueſtas, y te la ſaco de los raſtrojos, y te la pongo en toldo, y en peàna, y en un eſtrado de mas almohadas de velludo, que tuvièron Moros en ſu linage los almohadas de Marruecos, porque no has de conſentìr y querèr lo que yo quièro? Sabèys porque, marido? reſpondiò Tereſa; por el refran que dize: Quien te cùbre, te deſcùbre. Por el pobre todos paſſan los ojos como de corrida, y en el rico los detièn; y ſi el tal rico fuè un tiempo

pobre, alli es el murmuràr, y el maldezir, y el peor perſeveràr de los maldizientes, que los ay por eſſas calles à montònes, como enxambres de abejas. Mira, Tereſa, reſpondiò Sancho, y eſcùcha lo que agora quièro dezirte, quiçà no lo avràs oydo en todos los dias de tu vida. Y yo agora no hablo de mio, que todo lo que pienſo dezir, ſon ſentencias del padre predicador, que la Quareſma paſſada predicò en eſte pueblo, el qual (ſi mal no me acuerdo) dixo: Que todas las coſas preſentes, que los ojos eſtàn mirando, ſe preſentan, eſtàn, y aſſiſten en nueſtra memoria mucho, mejor y con mas vehemència, que las coſas paſſadas. (Todas eſtas razones que aqui và diziendo Sancho, ſon las ſegundas por quien dize el tradutor, que tiene por apocrifo eſte capitulo, que exceden à la capacidad de Sancho, el qual proſiguiò, diziendo:) De donde nace, que quando vèmos alguna perſona bien adereçàda, y con ricos veſtidos compueſta, y con pompa de criados, parèce que por fuerça nos muève, y combida à que la tengàmos reſpeto, pueſto que la memoria en aquel inſtante nos repreſènte alguna baxeza en que vìmos à la tal perſona; la qual ignominia, ora sèa de probreza, ò de linage, como yà paſsò, no es, y ſolo es lo que vèmos preſente. Y ſi eſte, à quien la Fortuna ſacò del Borradòr de ſu baxeza (que por eſtas meſmas razones lo dexò el padre à la alteza de ſu proſperidad) fuère bien-criado, liberal, y cortès con todos, y no ſe puſière en cuentos con aquellos, que por antiguedad ſon nobles, tèn por cierto,

to, Tereſa, que no avrà, quien ſe acuèrde de lo que fuè, ſino que reverencien lo que es, ſino fuèren los envidioſos, de quien ninguna proſpera fortuna eſtà ſegùra. Yo no os entiendo, marido, replicò Tereſa: Hazed lo que quiſièredes, y no me quebrèys mas la cabeça con vueſtras arengas, y retòricas. Y ſi eſtàys rebuelto en hazèr lo que dezis. Reſuelto has de dezir, muger, dixo Sancho, y no Rebuelto. No òs pongàys à diſputàr, marido, conmigo, reſpondiò Tereſa; yo hablo, como Dios es ſervido, y no me meto en mas dibujos; y digo, que ſi eſtàys porfiando en tenèr Govièrno, que llevèys con vos à vueſtro hijo Sancho, para que deſde agora le enſeñèys à tenèr govièrno; que bien es que los hijos hereden, y aprendan los oficios de ſus padres. En tenièndo govièrno, dixo Sancho, embiarè por èl por la poſta, y te embiarè dineros; que no me faltaràn, pues nunca falta quien ſe los preſte à los governadòres, quando no los tienen: Y vìſtele de modo, que diſimule lo que es, y parezca lo que ha de ſer. Embiad vos dinero, dixo Tereſa, que yo os lo veſtirè como un palmito. En efecto quedàmos de acuerdo, dixo Sancho, de que ha de ſer Condeſa nueſtra hija? El dia que yo la vièreCondeſa, reſpondiò Tereſa, eſſe harè cuenta, que la entierro: Pero otra vez os digo, que hagàys lo que os diere guſto, que con eſta carga nacèmos las mugeres, de eſtàr obedientes à ſus maridos, àunque sèan unos porros: Y en eſto començò à lloràr tan de veras, como ſi yà vièra muerta, y enterrada à Sanchica. San-

cho la conſolò, dizièndole, que yà que la huvièſſe de hazèr Condeſa, la harìa todo lo mas tarde que sèr pudièſſe. Con eſto ſe acabò ſu platica, y Sancho bolviò à vèr à Don Quixote para dàr orden en ſu Partida.

CAPITULO VI.

De lo que le paſsò à Don Quixote con ſu ſobrina, y con ſu ama; y es uno de los importantes capitulos de toda la hiſtòria.

EN tanto que Sancho Pança, y ſu muger Tereſa Caſcajo paſsàron la impertinente referida Platica, no eſtàvan ocioſas la ſobrina, y el ama de Don Quixote, que por mil ſeñales ivan coligièndo, que ſu tio, y ſeñor queria deſgarràrſe la vez tercera, y bolvèr al exercicio de ſu (para ellas) mal andante Cavallería. Procuràvan por todas las vias poſſibles apartàrle de tan mal pènſamiento; pero todo era predicàr en deſierto, y majàr en hierro frio. Con todo eſto, entre otras muchas razones que con èl paſsàron, le dixo el ama: En verdad, Señor mio, que ſi vueſtra mercèd no afirma el piè llano, y ſe eſtà quedo en ſu caſa, y ſe dexa de andàr por los montes, y por los valles, como anima en pena, buſcàndo eſſas que dizen, que ſe llaman aventùras, à quien yo llamo deſdichas; que me tengo de quexàr en voz, y en grito à Dios, y al Rey, que

que pongan remedio en ello. A lo que reſpondiò Don Quixote: Ama, lo que Dios reſponderà à tus quexas, yo no lo sè, y lo que ha de reſpondèr ſu mageſtad tampoco: Y ſolo sè, que ſi yo fuèra Rey, me eſcusàra de reſpondèr à tanta infinidad de memoriales impertinentes, como cada dia le dàn; que uno de los mayores trabajos, que los Reyes tienen entre otros muchos, es el eſtàr obligados à eſcuchàr à todos, y à reſpondèr à todos; y aſſi no querria yo, que eoſas mias le dièſſen peſadumbre. A lo que dixo el ama: Diganos, Señor, en la corte de ſu mageſtad no ay Cavallèros? Sí, reſpondiò Don Quixote; y muchos, y es razon que los aya para adorno de la grandeza de los Principes, y para oſtentacion de la mageſtad Real. Pues no ſeria mejor, que vueſtra mercèd fuèſſe, replicò ella, uno de los que à piè quedo ſirvièſſen à ſu Rey, y Sèñor, eſtàndoſe en la corte? Mira, amiga, reſpondiò Don Quixote: No todos los Cavallèros pueden sèr corteſanos, ni todos los corteſanos pueden, ni deven sèr Cavallèros andantes: De todos ha de avèr en el mundo; y aunque todos ſeamos Cavallèros, và mucha diferencia de los unos à los otros; porque los corteſanos ſin ſalir de ſus apoſentos, ni de los Umbrales de la corte ſe paſsèan por todo el mundo, mirando un mapa ſin coſtàrles blanca, ni padecèr calor, ni frio, hambre, ni ſed: Pero noſotros los Cavallèros andantes verdaderos, al ſol, al frio, al ayre, à las inclemencias del cielo, de noche, y de dia, à piè, y à cavallo, medimos toda la tierra

ra con nuſtros miſmos piès: Y no ſolamènte conocèmos los enemigos pintados, sìno en ſu miſmo sèr; y en todo trance, y en toda ocaſion los acometèmos ſin miràr en niñerìas, ni en las leyes de los deſafios: Si lleva, ò no lleva mas corta la lança, ò la eſpada, ſi tràe ſobre ſi reliquias, ò algun engaño encubièrto; ſi ſe ha de partir, y hazer tajadas el Sol, ò no, con otras ceremonias deſte jaèz, que ſe ùſan en los deſafios particulares de perſona à perſona, que tu no ſabes, y yo ſi. Y has de ſaber mas, que el buen cavallèro andante, aunque vèa diez Gigantes, que con las cabeças no ſolo tocan, ſino pàſſan las nubes; y que à cada uno le ſirven de piernas dos grandiſſimas torres; y que los braços ſemèjan arboles de grueſſos, y poderoſos navios; y cada ojo como una gran rueda de molino, y más ardiendo que un horno de vidrio, no le han de eſpantàr en manera alguna; antes con gentil continente, y con intrèpido coraçòn los ha de acomèter, y embeſtìr; y ſi fuère poſſible vencèrlos, y desbaratàrlos en un pequeño inſtante, aunque vinièſſen armados de unas conchas de un cierto peſcado, que dizen que ſon mas duras, que ſi fuèſſen de diamantes, y en lugar de eſpadas truxèſſen cuchillos tajantes de Damaſquìno azèro, ò porras ferradas con puntas aſſi miſmo de azèro, como yo las hè viſto mas de dos vezes. Todo eſto he dicho, ama mia, porque vèas la diferencia que ay de unos Cavallèros à otros; y ſerìa razòn, que no huvièſſe Principe, que no eſtimaſſe en mas eſta ſegunda, ò por mejor dezìr, primera eſpecie de Ca-

Cavallèros andantes; que ſegun leèmos en ſus hiſtòrias, tal ha avìdo entre ellos, que ha ſido a ſalud no ſolo de un Reyno, ſino de muchos. A Señor mio, dixo à eſta ſazòn la ſobrina: Advièrta vueſtra mercèd, que todo eſſo que dize de los Cavallèros andantes, es fabula, y mentìra; y ſus hiſtòrias, yà que no las quemàſſen, merecìan que à cada una ſe le echàſſe un San benito, ò alguna ſeñal en que fuèſſe conocida por infame, y por gaſtadora de las buenas coſtumbres. Por el Dios que me ſuſtènta, dixo Don Quixote, que ſino fuèras mi ſobrina derechamènte como hija de mi miſma hermana, que avìa de hazèr un tal caſtigo en ti por la blasfemia que has dicho, que ſonàra por todo el mundo. Como? que es poſſible, que una rapaza, que apenas ſabe meneàr doze palillos de randas, ſe atrèva à ponèr lengua, y à cenſuràr las hiſtòrias de los Cavallèros andantes? Que dixèra el Señor Amadis, ſi lo tal oyèra? Pero à buen ſegùro, que èl te perdonàra, porque fuè el mas humilde, y cortès Cavallèro de ſu tiempo, y el mas grande amparador de las donzellas: Mas tal te pudièra avèr oydo, que no te fuèra bien dello; que no todos ſon cortèſes, ni bien-mirados; algunos ay follones, y deſcomedìdos: Ni todos los que ſe llaman Cavallèros, lo ſon de todo en todo, que unos ſon de oro, otros de alquìmia, y todos parècen Cavallèros, pero no todos puèden eſtàr al toque de la pièdra de la verdad. Hombres baxos ay, que rebientan por parecèr Cavallèros; y Cavallèros altos ay, que parèce, que à poſta muèren por parecèr hom-

hombres baxos: Aquellos ſe levàntan, ò con la ambicìon, ò con la virtud: Eſtos ſe abàxan, ò con la floxedad, ò con el vìcio, y es meneſtèr aprovechàrnos del conocimiènto diſcreto para diſtinguìr eſtas dos maneras de Cavallèros tan parecìdos en los nombres, y tan diſtantes en las acciones. Vàlame Dios, dixo la ſobrina. Que ſepa vueſtra mercèd tanto, Señor tio, que ſi fuèſſe meneſtèr en una neceſſidad, podrìa ſubìr en un pulpito, è irſe à predicàr por eſſas calles: Y que con todo eſto dè en una ceguèra tan grande, y en una ſandèz tan conocida, que ſe dè à entendèr, que es valiènte ſiendo viejo. Que tiene fuerças eſtàndo enfermo. Y que enderèça tuèrtos, eſtàndo por la edad agoviàdo. Y ſobre todo que es Cavallèro, no lo ſièndo; porque aunque lo puedan sèr los hidalgos, no lo ſon los pobres. Tienes mucha razòn, ſobrina, en lo que dizes, reſpondiò Don Quixote; y coſas te pudièra yo dezìr acerca de los linages, que te adimiràran; pero por no mezclàr lo Divino con lo humano, no las digo. Mirad, amigas: A quatro ſuertes de linage (y eſtadme atentas) ſe pueden reduzìr todos los que ay en el mùndo, que ſon eſtas. Unos que tuvièron principios humildes, y ſe fuèron eſtendièndo, y dilatàndo haſta llegàr à una ſuma grandeza. Otros que tuvièron principios grandes, y los fuèron conſervàndo, y los conſèrvan, y mantiènen en el ſer que començàron. Otros que aunque tuvièron principios grandes, acabàron en punta como Piràmide, avièndo diminuydo, y aniquilado ſu principio haſta

haſta paràr en nonada, como lo es la punta de la Piràmide, que rèſpeto de ſu baſſa ò aſſiento es nada. Otros ay (y eſtos ſon lòs mas) que ni tuvièron princìpio bueno, ni razonàble medio, y aſſi tendràn el fin ſin nombre, como el linage de la gente plebeya, y ordinària. De los primeros que tuvièron princìpio humilde, y ſubièron à la grandeza, que aora consèrvan, te ſirva de exemplo la caſa Otomàna, que de un humilde, y baxo paſtòr que le diò princìpio, eſtà en la cumbre que le vèmos. Del ſegundo linage, que tùvo princìpio en grandeza, y la consèrva ſin aumentàrla ſeràn exemplo muchos Principes, que por herencia lo ſon, y ſe conſervan en ella ſin aumentarla, ni diminuìrla, contenièndoſe en los limites de ſus eſtados pacificamènte. De los que començàron grandes, y acabàron en punta, ay millares de exemplos: Porque todos los Pharaònes, y Tolomèos de Egypto, Los Ceſares de Roma, con toda la catèrva (ſi es que ſe le puede dar eſte nombre) de infinitos Principes, Monàrcas, Señores, Medos, Aſirios, Perſas, Griegos, y Barbaros: Todos eſtos linages, y ſeñorios han acabado en punta, y en nonada, aſſi ellos, como los que les dièron Principio; pues no ſerà poſſible hallàr aora ninguno de ſus deſcendièntes, y ſi le hallàſſemos, ſerìa en baxo y humilde eſtado. Del linage plebeyo no tengo que dezìr, ſino que ſirve ſolo de acrecentàr el nùmero de los que viven, ſin que merezcan otra fama, ni otro elogio ſus grandezas. De todo lo dicho quièro que inferàys, bobas mias, que

es

es grande la confuſion, que ay entre los linages, y que ſolos aquellos parècen grandes, è Iluſtres, que lo muèſtran en la virtud, y en la riquèza, y liberalidàd de ſus dueños. Dixe virtùdes, riquèzas, y liberalidàdes; porque el grande que fuère viciòſo, ſerà viciòſo grande, y el rico no liberal ſerà un avàro mendìgo, que al poſſeèdor de las riquèzas no le haze dichòſo el tenèrlas, ſino el gaſtàrlas; y no el gaſtàrlas como quièra, ſino el ſàbèrlas bien gaſtàr. Al Cavallèro pobre no le queda otro camino, para moſtràr que es Cavallèro, ſino el de la virtud, ſiendo afable, bien-criado, cortès, comedido, y oficiòſo, no ſobèrvio, no arrogànte, no murmuradòr, y ſobre todo caritatìvo; que con dos maravedis, que con animo alègre dè al pobre, ſe moſtrarà tan liberal, como el que à campana herida dà limoſna; y no avrà quien le vèa adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, dexe de juzgàrle, y tenèrle por de buena caſta; y el no sèrlo, ſerìa milagro; y ſiempre la alabànça fuè premio de la virtud; y los virtuòſos no pueden dexàr de sèr alabàdos. Dos caminos ay, hijas, por donde puèden los hombres llegàr à sèr ricos, y honràdos: El uno es el de las letras. El otro el de las armas. Yo tèngo mas armas que letras; y nacì, ſegun me inclino à las armas, debaxo de la influencia del Planèta Marte: Aſſi que caſi me es forçòſo ſeguir por ſu camino, y por èl tengo de ir, à pesàr de todo el mùndo; y ſerà en vano canſaros en perſuadìrme à que no quièra yo lo que los Cielos quièren, la fortuna orde-

ordena, y la razòn pide, y ſobre todo mi voluntad deſéa: Pues con ſabèr, como sè, los innumerables trabajos, que ſon anéxos à la andante Cavalleria, sè tambien los infinitos bienes, que ſe alcançan con ella: Y sè, que la ſenda de la virtud es muy eſtrècha, y el camino del vicio ancho y eſpaciòſo: Y sè, que ſus fines y paradèros ſon diferèntes; porque el del vicio, eſpaciòſo y dilatàdo, acaba en muèrte; y el de la virtud, angòſto y trabajòſo, acaba en vida, y no en vida que ſe acaba, ſino èn la que no tendrà fin. Y sè, como dize el gran Poëta Caſtellàno nueſtro, que

Por eſtas aſperèzas ſe camìna
De la immortalidad al alto aſſiento
Do nunca arriba quièn de alli declina.

Ay deſdichàda de mi, dixo la ſobrina, que tambien mi ſeñor tìo es Poëta! todo lo ſabe, todo lo alcànça. Yo apoſtarè, que ſi quiſièra ſer albañil, que ſupièra fabricàr una caſa, como una jaula. Yo te prometo, ſobrina, reſpondiò Don Quixote, que ſi eſtos penſamièntos cavallerèſcos no me llevàſſen tràs ſi todos los ſentìdos, que no avrìa coſa, que yo no hizièſſe, ni curioſidàd que no ſalièſſe de mis manos, eſpecialmènte jaulas, y palillos de dìentes. A eſte tiempo llamàron à la puerta, y preguntàndo, quien llamava? Reſpondiò Sancho Pança, que el era; y apenas le hùvo conocìdo el ama, quando corriò à eſcondèrſe por no vèrle: tanto le aborrecìa. Abriòle la ſobrina; ſaliò à recibìrle con los braços abièr-

tos ſu Señor Don Quixote, y encerràronſe los dos en ſu apoſento, donde, tuvièron otro coloquio, que no le haze ventaja el paſſado.

CAPITULO VII.

De lo que paſsò Don Quixote con ſu eſcudèro, con otros ſuceſſos famoſiſſimos.

APENAS viò el ama, que Sancho Pança ſe encerràva con ſu ſeñor, quando diò en la cuenta de ſus tratos; y imaginàndo, que de aquella conſulta avìa de ſalìr la reſolucion de ſu tercera ſalìda, y tomàndo ſu manto, toda llena de congoxa y peſadumbre, ſe fuè à buſcàr al Bachiller Sanſòn Carraſco, pareciènndole, que por ſer bien hablàdo, y amigo freſco de ſu Señor, le podrìa perſuadìr à que dexàſſe tan deſvariàdo propoſito. Hallòle paſſeàndoſe por el patio de ſu Caſa; y vièndole, ſe dexò caèr ante ſus piès traſudando, y congoxòſa. Quando la viò Carraſco con mueſtras tan dolorìdas, y ſobreſaltàdas, le dixo: Que es eſto, ſeñora ama? Que le ha acontecìdo, que parèce que ſe le quière arrancàr el alma? No es nada, Señor Sanſon mio, reſpondiò el ama, ſino que mi amo ſe ſale, sàleſe ſin duda. Y por donde ſe ſale, Señora? preguntò Sanſon. Hàſele roto alguna parte de ſu cuerpo? No ſe ſale, reſpondiò ella, ſino por la puèrta de ſu locùra: Quièro dezir, Señor

ñor Bachiller de mi anima, que quière salir otra vez (que con esta será la tercera) à buscàr por esse mundo lo que èl llama venturas, que yo no puèdo entendèr como les dà este nombre. La vez primera nos le bolvièron atravesàdo sobre un jumènto, molido à palos. La segunda vino en un carro de buèyes, metido, y encerràdo en una jaula, adonde èl se dàva à entendèr, que estàva encantàdo; y venìa tal el triste, que no le conocièra la madre que le pariò, flàco, amarillo, los ojos hundidos en los ultimos camaranchònes del celèbro; que para avèrle de bolvèr algun tanto en sì, gastè mas de seyscièntos huèvos, como lo sabe Dios, y todo el mùndo, y mis gallinas, que no me dexaràn mentìr. Esso crèo yo muy bien, respondiò el Bachiller, que ellas son tan buenas, tan gordas, y tan bien criadas, que no diràn una cosa por otra, si rebentàssen. En efecto, Señora ama, no ay otra cosa, ni ha sucedido otro desman alguno, sino el que se teme que quière hazèr el Señor Don Quixote? No Señor, respondiò ella. Pues no tenga pena, dixo el Bachiller, sino vàyase en hora buena à su casa, y tengame adereçàdo de almorçàr alguna cosa caliente; y de camino vàya rezàndo la oracion de Santa Apolonia, si es que la sabe, que yo irè luègo allà y verà maravillas. Cuytada de mi, replicò el ama, la oracion de Santa Apolonia dize vuestra merced, que rezè? Esso fuèra si, mi amo lo huvièra de las muelas; pero no la hà sino de los cascos. Yo sè lo que digo, Señora ama, replicò Sanson: Vayase, y no se ponga

à diſputàr conmigo, pues ſàbe que ſoy Bachiller por Salamanca, que no ay mas que Bachillèar reſpondiò Carraſco. Con eſto ſe fuè el ama, y el Bachillèr fuè luègo à buſcàr al Cura, y à communicàr con èl lo que ſe dirà à ſu tiempo.

En el que eſtuvièron encerràdos Don Quixote y Sancho, paſsàron las razònes que con mucha puntualidad, y verdadèra relacion cuenta la hiſtòria. Dixo Sancho à ſu amo: Señor, yà yo tengo relucida à mi muger à que me dexe ir con vueſtra mercèd adonde quiſière lleyàrme. Reducìda has de dezìr, Sancho, dixo Don Quixote, que no relucida. Una ò dos vezes, reſpondiò Sancho, ſi mal no me acuèrdo, hè ſuplicàdo à vueſtra mercèd, que no me enmiende los vocablos, ſi es que entiènde lo que quièro dezìr en ellos; y que quando no los entiènda, diga: Sancho, ò Diablo, no te entièndo: y ſi yo no me declaràre, entonces podrà enmendàrme, que yo ſoy tan focil. No te entièndo, Sancho, dixo luego Don Quixote, pues no sè que quière dezìr, ſoy tan focil. Tan Focil quière dezìr, reſpondiò Sancho, ſoy tan aſſi. Menos te entiendo agora replicò Don Quixote. Pues ſi no me puede entendèr reſpondiò Sancho, no sè como lo diga; no sè mas, y Dios sèa conmigo. Yà, yà càygo, reſpondiò Don Quixote, en ello: Tu quières dezìr, que eres tan docil, blando, y mañero, que tomaràs lo que yo te dière, y paſſaràs por lo que yo te enſeñàre. Apoſtarè yo, dixo Sancho, que deſde el principio me calò, y me entendiò, ſino que quiſo turbàrme, por oyrme dezìr otras dozientas patochaefecto

das. Podrà ſer, replicò Don Quixote. Y en efecto que dize Tereſa? Tereſa dìze, dixo Sancho, que ate bien mi dedo con vueſtra merced, y que hablen cartas, y callen barbas; porque quièn deſtaja, no baraja; pues mas vale un toma, que dos te darè. Y yo digo, que el conſejo de la muger es poco, y el que no le toma es loco. Y yo lo digo tambien, reſpondiò Don Quixote: Dezid, Sancho amigo; paſſa adelante, que hablàys oy de perlas.

Es pues el caſo, replicò Sancho, que como vueſtra merced ſabe, todos eſtàmos ſugètos à la muèrte; y que oy ſomos, y mañana no; y que tan preſto ſe và el cordèro, como el carnèro; y que nadie puède prometèrſe en eſte mundo mas horas de vida de las que Dios quiſière dàrle; porque la muèrte es ſorda, y quando llega à llamàr à las puertas de nueſtra vida, ſiempre và de prièſſa, y no la haràn detenèr, ni ruègos, ni fuèrças, ni cètros, ni mìtras, ſegun ès publica voz, y fama, y ſegun nos lo dizen por eſſos Pulpitos. Todo eſſo es verdad, dixò Don Quixote; pero no sè donde vàs a paràr? Vòy à paràr, dixo Sancho, en que vueſtra mercèd me ſeñale Salario conocido de lo que me ha de dàr cada mes, el tiempo que le ſirvière; y que el tal ſalario ſe me pague de ſu hazièndа, que no quièro eſtàr à mercèdes, que llegan tarde, ò mal, ò nunca; con lo mio me ayùde Dios: En fin yo quièro ſabèr lo que gano, poco, ò mùcho que sèa, que ſobre un huèvo pone la gallina, y mùchos pocos hazen un mùcho, y mièntras ſe gana algo, no ſe

pièrde nada. Verdad sèa, que ſi ſucedièſſe (lo qual ni lo crèo, ni lo eſpèro) que vueſtra merced me dièſſe la inſula que me tiene prometida, no ſoy tan ingràto ni llevo las coſas tan por los cabos, que no querrè, que ſe aprècie lo que montàre la renta de la tal inſula, y ſe deſcuènte de mi ſalario gata por cantidad. Sancho amigo, reſpondiò Don Quixote, à las vezes tan buena ſuèle ſer una gata, como una rata. Yà entièndo, dixo Sancho: Yo apoſtarè, que avìa de dezìr rata, y no gata; pero no importa nada, pues vueſtra mercèd me ha entendido. Y tan entendido, reſpondiò Don Quixote, que he penetràdo lo ultimo de tus penſamièntos, y sè al blanco que tiras con las innumerables ſaëtas de tus refràne. Mira, Sancho, yo bien te ſeñalarìa ſalario, ſi huvièra hallado en alguna de las hiſtòrias de los Cavallèros andantes exemplo, que me deſcubrièſſe, y moſtràſſe por algun pequeño reſquìcio, que es lo que ſolìan ganàr cada año: Pero yo he leydo todas, ò las mas de ſus hiſtòrias, y no me acuèrdo avèr leydo, que ningun Cavallèro andante aya ſeñalado conocido ſalario à ſu eſcudèro: Solo sè, que todos ſervìan à mercèd, y que quando menos ſe lo pensàvan, ſi à ſus Señores les avìa corrìdo bien la ſuèrte, ſe hallàvan premiados con una inſula, ò con otra coſa equivalènte, y por lo menos quedàvan con Titulo, y Señorìa. Si con eſtas eſperànças, y aditamèntos, vos Sancho, guſtàys de bolvèr à ſervìrme sèa en buen hora; que pensàr que yo hè de ſacàr de ſus terminos, y quìcios la antigua

tígua uſança de la Cavallerìa andante, es pensàr en lo eſcuſado. Aſſi que, Sancho mio, bolvèos à vueſtra caſa, y declaràd à vueſtra Tereſa mi intencion, y ſi ella guſtàre, y vos guſtàredes de eſtàr à mercèd conmigo *benè quidem*, y ſino tan amigos como antes; que ſi al Palomar no le falta cebo, no le faltaràn Palomas. Y advertid, hijo, que vale mas buena eſperànça, que ruyn poſſeſſion, y buena quexa que mala paga. Hablo deſta manèra, Sancho, por dàros à entendèr, que tambien como vos, sè yo arrojàr refrànes como llovìdos. Y finalmènte quièro dezir, y os digo, que ſino querèys venìr à mercèd conmigo, y corrèr la ſuerte que yo corrière, que Dios quede con vos, y os haga un Santo, que à mì no me faltaràn eſcudèros mas obedièntes, mas ſolìcitos, y no tan empachàdos, ni tan habladòres como vos. Quando Sancho oyò la firme reſolucion de ſu amo, ſe le anublò el Cielo, y ſe le cayeron las alas del coraçon, porque tenìa creydo, que ſu Señor no ſe irìa ſin èl, por todos los avères del mùndo; y aſſi eſtàndo ſuſpènſo y penſatìvo, entrò Sanſon Carraſco, y la ſobrina y el ama, deſeòſas de oyr con que razonez perſuadìa à ſu Señor y Tio que no tornàſſe à buſcàr las aventùras. Llegò Sanſon, ſocarròn famoſo, y abraçandole como la vez primera, con voz levantàda le dixo: O flor de la andante Cavallerìa! O luz reſplandecièntе de las armas! O honor y eſpejo de de la nacion Eſpañola! Plega à Dios todo poderòſo donde mas largamènte ſe contiene, que la perſonas que puſièren impe-

dimènto, y eſtorvàren tu tercera ſalìda, que no la hallen en el laberinto de ſus deſèos, ni jamas ſe les cumpla lo que mas deſeàren. Y bolvièndoſe al ama, le dixo: Bien puède la ſeñora ama no rezàr mas la oracion de Santa Apolonia, que yo sè que es determinacíon precìſa de las eſperas, que el Señor Don Quixote buèlva à executàr ſus altos y nuèvos penſamièntos; y yo encargarìa mucho mi conciencia, ſino intimàſſe, y perſuadièſſe à eſte Cavallèro, que no tenga mas tiempo encogìda, y detenìda la fuèrça de ſu valeròſo braço, y la bondad de ſu animo valentìſſimo; porque defràuda con ſu tardànça el derecho de los tuèrtos, el ampàro de los huèrfanos, la honra de las donzellas, el favor de las viùdas, y el arrìmo de las casàdas, y otras coſas deſte Jaèz, que tocan, atañen, dependen, y ſon anèxas à la orden de la Cavallerìa andante. Ea, Señor Don Quixote mio, hermoſo, y bravo, antes oy, que mañana ſe ponga vueſtra mercèd y ſu grandeza en camìno; y ſi alguna coſa faltàre para ponèrle en execucion, aquì eſtòy yo para ſuplìrla con mi perſona, y haziènda; y ſi fuère neceſſidad ſervìr à ſu magnificencia de eſcudèro, lo tendrè à feliciſſima ventùra. A eſta ſazòn dixo Don Quixote, bolvièndoſe à Sancho: No te dixe yo, Sancho, que me avìan de ſobràr eſcudèros? Mira quien ſe ofrèce à sèrlo ſino el inaudito Bachillèr Sanſon Carraſco, perpetuo Tràſtulo, y Regozijador de los patios de las eſcuèlas Salmanticènſes, Sano de ſu perſona, agil de ſus miembros, callado, ſufridor, aſſi

del

del calor, como del frio, assi de la hambre, como de la sed, con todas aquellas partes que se requièren para sèr Escudèro de un Cavallèro andante? Pero no permìta el Cielo, que por seguìr mi gusto, desjarrète, y quièbre la coluna de las letras, y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes. Quèdese el nuevo Sanson en su patria, y honràndola, honre juntamènte las canas de sus anciànos padres; que yo conqualquier Escudèro estarè contento, yà que Sancho no se digna de venìr conmigo. Si digno, respondiò Sancho, enternecìdo, y llenos de lagrimas los ojos; y prosiguiò: No se dirà por mi, Señor mio, el pan comìdo, y la compañía deshècha. Si, que no vengo yo de alguna alcùrnia desagradecìda; que yà sabe todo el mundo, y especialmènte mi pueblo, quien fuèron los Panças de quien yo descièndo; y mas, que tengo conocìdo, y calado por muchas buenas obras, y por mas buenas palabras, el desèo que vuestra merced tiene de hazèrme merced; y si me he puesto en cuentas, de tanto mas, quanto, acerca de mi salario, ha sido por complazèr à mi muger, la qual quando toma la màno à persuadìr una cosa, no ay maço que tanto apriète los aros de una cuba, como ella aprièta à que se haga la que quière: Pero en efecto el hombre ha de sèr hombre, y la muger muger; y pues yo soy hombre donde quièra (que no lo puedo negàr) tambien lo quièro sèr en mi casa, pese à quien pesàre; y assi no ay mas que hazèr, sino que vuestra merced ordene su testa-

mento con ſu codicilo, en modo que no ſe pueda rebolcàr; y pongàmonos luego en camino, porque no padezca el alma del Señor Sanſon, que dize, que ſu conciència le lita, que perſuàda à vueſtra merced à ſalìr tercera vez por eſſe mundo; y yo de nuevo me ofrezco à ſervìr à vueſtra merced fiel, y legalmènte, tan bien, y mejor que quantos eſcudèros han ſervìdo à Cavallèros andantes en los paſſados y preſentes tiempos. Admiràdo quedò el Bachillèr de oỳr el termino, y modo de hablàr de Sancho Pança; que pueſto que avìa leỳdo la primera hiſtòria de ſu Señor, nunca creyò, que era tan graciòſo como alli le pintan: Pero oyèndole dezir aora teſtamento y codicilo, que no ſe pueda rebolcàr, en lugar de teſtamento y codicilo que no ſe pueda revocàr; creyò todo lo que dèl avìa leỳdo, y confirmòlo por uno de los mas ſolenes mentecàtos de nueſtros ſiglos; y dixo entre ſi, que tales dos locos como amo, y moço no ſe avrìan viſto en el mundo. Finalmènte Don Quixote y Sancho ſe abraçàron, y quedàron amigos, y con parecèr y beneplacito del gran Carraſco (que por entonces era ſu oraculo) ſe ordenò, que de alli à tres dias fuèſſe ſu partida, en los quales avrìa lugàr de adereçàr lo neceſſario para el viage, y de buſcàr una celada de encaxe; que en todas maneras, dixo Don Quixote, que la avìa de llevàr. Ofriciòſela Sanſon, porque ſabìa, no ſe la negarìa un amigo ſuyo que la tenìa, pueſto que eſtàva mas eſcùra por el orìn, y el moho, que clara, y limpia por el terſo azè-

zèro. Las maldiciònes que las dos ama y ſobrina echàron al Bachillèr, no tuvièron cuento. Mesaron ſus cabellos, arañàron ſus roſtros, y al modo de las endechadèras que ſe uſavan, lamentàvan la partida, como ſi fuèra muèrte de ſu Señor. El deſignio que tùvo Sanſon para perſuadirle à que otra vez ſalièſſe, fuè hazèr lo que adelante cuènta la hiſtòria, todo por conſejo del Cura, y del Barbero, con quièn èl antes lo avìa communicàdo.

En reſolucion en aquellos tres dias Don Quixote y Sancho ſe acomodàron de lo que les pareciò convenìrles, y avièndo aplacàdo Sancho à ſu muger, y Don Quixote à ſu ſobrina, y à ſu ama, al anochecèr ſin que nadie lo vièſſe ſino el Bachillèr, que quiſò acompañarles media legua del lugar, ſe puſièron en camino del Toboſo, Don Quixote ſobre ſu buen Rozinante, y Sancho ſobre ſu antiguo ruzio, proveydas las alforjas de coſas tocàntes à la Bucòlica, y la bolſa de dineros, que le diò Don Quixote para lo que ſe ofrecièſſe. Abraçòle Sanſon, y ſuplicòle, le avisàſſe de ſu buena, ò mala ſuerte, para alegràrſe con eſta, ò entriſtecèrſe con aquella, como las leyes de ſu amiſtad pedian. Prometiòſelo Don Quixote: Diò Sanſon la buelta à ſu lugar, y los dos tomàron la de la gran ciudad del Toboſo.

CA-

CAPITULO VIII.

Donde ſe cuenta lo que le ſucediò à Don Quixote yèndo à vèr ſu Señora Dulcinèa del Tobòſo

BENDITO sèa el poderòſo Alà, dize Hamete Benengeli al comiènço deſte octavo capitulo. Bendito sèa Alà, repite tres vezes; y dize que dà eſtas bendiciones por vèr que tiene yà en campaña à Don Quixote, y à Sancho; y que los letores de ſu ogradàble hiſtòría puèden hazèr cuenta; que deſde eſte punto comiènçan las hazañas y donayres de Don Quixote, y de ſu eſcudèro. Perſuàdeles que ſe les olvìden las paſſadas Cavallerìas del ingenioſo Hidalgo, y pongan los ojos en las que eſtàn por venìr, que deſde aora en el camìno del Tobòſo comiènçan, como las otras començàron en los campos de Montiel; y no es mucho lo que pide, para tanto como el promète: Y aſſi proſigue dizièndo.

SOLOS quedàron Don Quixote y Sancho; y à penas ſe hùvo apartàdo Sanſon, quando començò à relinchàr Rozinante, y à ſuſpiràr el rùzio, que de entrambos Cavallèro y eſcudèro fuè tenìdo à buena Señal, y por feliciſſimo aguèro; aunque ſi ſe ha de contàr la verdad, mas fuèron los ſuſpìros y rebuznos del rùzio, que los relinchos de Rozinante; de donde coligiò Sancho, que ſu ventùra

tùra avìa de ſobrepujàr, y ponèrſe encima de la de ſu Señor; fundàndoſe, no sè ſi en Aſtrologia Judiciària, que èl ſe ſabìa, pueſto que la hiſtòria no lo declàra: Solo le oyèron dezìr, que quando tropeçàva, ò caỳa, ſe holgàra no avèr ſalido de caſa, porque del tropeçàr, ò caèr, no ſe ſacàva otra coſa ſino el zapato roto, ò las coſtillas quebràdas; y aunque tonto, no andàva en eſto muy fuèra de camìno. Dìxole Don Quixote: Sancho amigo, la noche ſe nos và entràndo à mas andàr, y con mas eſcuridàd de la que avìamos meneſtèr para alcançàr à vèr con el dia al Tobòſo, adonde tengo determinàdo de ir, antes que en otra aventùra me ponga: Alli tomarè la bendicion, y buena licencia de la ſin par Dulcinèa, con la qual licencia pièn ſo, y tengo por cierto de acabàr, y dàr felice cima à toda peligròſa aventùra; porque ninguna coſa deſta vida haze mas valientes à los Cavallèros andantes, que vèrſe favorecìdos de ſus Damas. Yo aſſi lo crèo, reſpondiò Sancho, pero tengo por dificultòſo, que vueſtra mercèd puèda hablàrla, ni vèrſe con ella, en parte alomènos que puèda recibìr ſu bendicion, ſi ya no ſe la echa deſde las bardas del corral, por donde yo la vì la vez primera quando le llevè la carta donde ivan las nuevas de las ſandèzes y locùras, que vueſtra merced quedàva haziendo en el coraçòn de Sierra Morena. Bardas de corral ſe te antojàron aquellas, Sancho, dixo Don Quixote, adonde, ò por donde viſte aquella jamàs baſtantemènte alabada gentilèza, y hermosùra?

No

No devìan de sèr ſino galerìas, ò corredòres, ò lonjas, ò como las llaman, de ricos, y Reales Palacios. Todo pùdo ſer, reſpondiò Sancho, pero à mi bardas me parecièron, ſino es que sòy falto de memoria. Con todo eſſo vàmos allà, Sancho, replicò Don Quixote, que còmo yo la vèa, eſſo ſe me dà que sèa por bardas, que por ventanas, ò por reſquicios, ò verjas de Jardines; que qualquièr rayo, que del Sol de ſu belleza llegue à mis ojos, alumbrarà mi entendimièpto, y fortalecerà mi corazòn de modo, que quède unico, y ſin iguàl en la diſcrecion, y en la valentìa. Pues en verdad, Señor, reſpondiò Sancho, que quando yo vì eſſe Sol de la Señora Dulcinèa del Tobòſo, que no eſtàva tán claro, que pudièſſe echàr de ſi rayos algunos; y deviò de sèr, que como ſu merced eſtàva ahechàndo aquel trigo que dixe, el mucho polvo qua ſacàva, ſe le pùſo como nube ante el roſtro, y ſe le eſcureciò. Que toda via dàs, Sancho, dixo Don Quixoto, en dezìr, en pensàr, en creèr, en porfiàr, que mi Señora Dulcinèa ahechàva Trigo, ſiendo eſſo un meneſtèr, y exercìcio, que và deſviado de todo lo que hazen, y deven hazèr las perſonas principales, que eſtàn conſtituydas, y guardàdas para otros exercicios, y entretenimièntos, que mueſtran à tiro de balleſta ſu principalidad? Mal ſe te acuèrdan à ti, Sancho, aquellos verſos de nueſtro Poëta, donde nos pinta las labores que hazìan allà en ſus moràdas de criſtal aquellas quatro Ninfas, que del Tajo amado ſocàron las cabeças, y ſe ſentàron

ròn à labràr en el prado verde aquellas ricas telas, que alli el ingeniòſo Poëta nos deſcrive, que todas eran de Oro, Sirgo, y Perlas contèxtas, y texidas: Y deſta manera devìa de sèr el de mi Señora, quando tu la viſte; ſino que la envidia, que algun mal encantador deve de tenèr à mis coſas, todas las que me han de dàr guſto truèca y buelve en diferentes figùras de las que ellas tièmen; y aſſi tèmo, que en aquella hiſtòria, que dizen, que anda impreſſa de mis hazañas, ſi por ventùra ha ſido ſu autor algun Sabio mi enemigo, avrà pueſto unas coſas por otras, mezclàndo con una verdad mil mentiras, divirtièndoſe à contàr otras acciones fuera de lo que requière la continuacion de una verdadèra hiſtòria. O envidia, rayz de infinitos males, y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, tràen un no sè que de delèyte conſigo, pero el de la envidia no tràe ſino diſguſtos, rancores, y ràbias. Eſſo es lo que yo digo tambien, reſpondiò Sancho; y pienſo que en eſſa leyènda ò hiſtòria que nos dixo el Bachillèr Carraſco, que de noſotros avìa viſto, deve de andàr mi honra à *coche acà cinchàdo*, y como dizen, *al eſtricote*, aqui y alli barièndo las calles. Pues à fè de bueno, que no he dicho yo mal de ningun encantador ni tengo tantos bienes, que pueda sèr envidiàdo: Bien es verdad, que ſoy algo maliciòſo, y que tengo mis ciertos aſſomos de vellaco; pero todo lo cùbre y tapa la gran capa de la ſimpleza mia ſiempre natural, y nunca artificiòſa. Y quando otra coſa no tu-

tuvièſſe ſino el creèr, como ſiempre crèo; firme, y verdaderamènte en Dios, y en todo aquello que tiene, y crèe la Santa Igleſia Catolica Romana, y el ſer enemigo mortal, como lo sòy, de los Judios, devìan los hiſtoriadòres tenèr miſericòrdia de mi, y tratàrme bien en ſus eſcritos: Pero digan lo què quiſièren, que deſnudo nacì, deſnudo me hallo, ni pierdo, ni gano: Aunque por vèrme puefto en libros, y andàr por eſſe mundo de mano en mano, no ſe me dà un higo, que digan de mi todo lo que quiſièren. Eſſo me parèce, Sancho, dixo Don Quixote, à lo que ſucediò à un famoſo Poëta deſtos tiempos, el qual, avièndo hecho una maliciòſa Sàtira contra todas las damas corteſanas, no pùſo, ni nombrò en ella à una dama, que ſe podía dudàr, ſi lo era, ò no; la qual, vièndo que no eſtàva en la liſta de las demàs, ſe quexo al Poëta, dizièndole, que que avìa viſto en ella para no ponèrla en el numero de las otras? Y que alargàſſe la Sàtira, y la puſièſſe en el enſanche; ſino, que miràſſe para lo que avìa nacìdo. Hizolo aſſi el Poëta, y pùſola, qual no digan dueñas; y ella quedò ſatisfecha, por vèrſe con fama aunque infame. Tambièn viene con eſto, lo que cuentan de aquel paſtor, que puſo fuego, y abraſò el templo famoſo de Diana, contàdo por una de las ſiete Maravillas del mundo, ſolo porque quedàſſe vivo ſu nombre en los ſiglos venidèros; y aunque ſe mandò, que nadie le nombràſſe, ni hizièſſe por palabra, ò por eſcrito mencion de ſu nombre, porque no confi-

conſiguièſſe el fin de ſu deſsèo, toda vía ſe sùpo, que ſe llamàva Eroſtrato. Tambien alùde à eſto lo que ſucediò al grande Emperadòr Carlos Quinto con un Cavallèro en Roma, Quiſo vèr el Emperador aquel famoſo Templo de la Rotunda, que en la antiguedàd ſe llamò, el templo de todos los Dioſes, y aora con mejor vocacion ſe llama, de todos los Santos; y es el edificio que mas entèro ha quedado de los que alçò la gentildàd en Roma, y es el que mas consèrva la fama de la grandioſidàd, y magnificencia de ſus fundadores. El es de hechura de una media naranja, grandiſſimo en eſtremo; y eſtà muy claro ſin entràrle otra luz que la que le concede una ventana, ò por mejor dezìr, clarabòya redonda, que eſtà en ſu cima, deſde la qual miràndo el Emperador el edificio, eſtàva con èl, y à ſu lado un cavallèro Romano declaràndole los primores, y ſutilezas de aquella gran màquina, y memorable architectura; y avièndoſe quitado de la clarabòya, dixo al Emperador: Mil vezes, Sacra Mageſtad, me vino deſsèo de abraçàrme con vueſtra mageſtad, y arrojàrme de aquella clarabòya abaxo, por dexàr de mí fama eterna en el mùndo. Yo os agradèzco, reſpondiò el Emperador, el no avèr pueſto tan mal penſàmiènto en efecto; y de aqui adelante no os pondrè yo en ocaſion que bolvàys à hazèr pruèva de vueſtra lealtàd; y aſſi os mando que jamàs me hablèys, ni eſtèys donde yo eſtuvière: Y tras eſtas palabras le hizo una gran mercèd. Quièro dezìr, Sancho, que el deſsèo de alcançàr fama es activo en gran de-

manera. Quien pienſas tu que arrojò à Horacio del puente abaxo, armado de todas armas, en la profundidàd del Tibre? Quien abrasò el braço, y la mano à Mucio? Quien impeliò à Curcio à lançàrſe en la profunda ſima ardiènte, que apareciò en la mitàd de Roma? Quien contra todos los Aguèros, que en contra ſe le avìan moſtràdo, hizo paſſar al Rubicon à Ceſar? Y con exemplos mas modernos; Quien barrenò los Navios, y dexò en ſeco, y aiſlados los valeròſos Eſpañoles, guiados por el corteſiſſimo Cortès en el nuevo mundo? Todas eſtas, y otras grandes y diferentes hazañas ſon, fuèron, y ſeràn obras de la fama, que los mortales deſsèan como premios, y parte de la immortalidad, que ſus famoſos hechos merècen: Pueſto que los Chriſtianos Catolicos, y andantes Cavallèros mas avèmos de atendèr à la gloria de los ſiglos venidèros, que es eterna en las Regiones eterea y celèſtes, que à la vanidàd de la fama, que en eſte preſente, y acabable ſiglo ſe alcança; la qual fama por mucho que dure, en fin ſe ha de acabàr con el miſmo Mundo, que tiene ſu fin ſeñalado: Aſſi, ô Sancho, que nueſtras obras no han de ſalir del limite, que nos tiene pueſto la Religion Chriſtiana que profeſsamos. Hèmos de matàr en los Gigantes à la ſobervia; à la envìdia en la generoſidàd, y buen pecho; à la ira en el repoſado continente y quietud del animo; a la gula, y al ſueño en el poco comèr que comèmos, y en el mucho velàr que velàmos; à la luxùria, y laſcìvia en la lealtad que guardàmos à las que hè-

mos

nos hecho Señoras de nueſtros penſamièntos; à la pereza con andàr por todas las partes del mundo, buſcàndo las ocaſiones, que nos puèdan hazèr y hagan ſobre Chriſtianos, famoſos Cavallèros. Vès aquì, Sancho, los medios por donde ſe alcànçan los eſtrèmos de alabanças, que conſigo tràe la buena fama.

TODO lo que vueſtra mercèd haſta aquì me ha dicho, dixo Sancho, lo hè entendìdo muy bien, pero con todo eſſo querrìa que vueſta merced me ſorbièſſe una duda, que agora en eſte punto me hà venìdo à la memoria. Aſſolvièſſe, quìeres dezìr, Sancho, dixo Don Quixote: Dì en buenora, que yo reſponderè lo que ſupière. Dìgame, Señor, proſiguiò Sancho, eſſos Julios, ô Agoſtos, y todos eſſos Cavallèros hazañoſos, que ha dicho, que ya ſon muertos, donde eſtàn agora? Los Gentiles, reſpondiò Don Quixote, ſin duda eſtàn en el infierno: Los Chriſtianos, ſi fuèron buenos Chriſtianos, ô eſtàn en el Purgatorio ô en el Cielo. Eſtà bien, dixo Sancho; pero ſepàmos àora: eſſas ſepulturas, donde eſtàn los cuerpos deſſos Señorazos, tienen delante de ſi lamparas de plata, ô eſtàn adornadas las paredes de ſus capillas de muletas, de mortajas, de cabellèras, de piernas, y de ojos de cera? Y ſi deſto no, de que eſtàn adornadas? A lo que reſpondiò Don Quixote: Los ſepulcros de los Gentiles fuèron por la mayor parte ſuntuoſos templos: Las cenizas del cuerpo de Julio Ceſar ſe puſièron ſobre una Piramide de pièdra de deſmèſuràda grandeza, à quièn oy llaman en Roma la aguja de

San Pedro. Al Emperador Adriano le ſirviò de ſepultùra un Caſtillo tan grande como una buena Aldèa, à quien llamàron *Moles Adriani*, que aora es el caſtillo de Sant Angelo en Roma. La Reyna Artemiſa ſepultò à ſu marido Mauſoleo en un ſepulcro, que ſe tùvo por una de las ſiete maravìllas del mundo: Pero ninguna deſtas ſepultùras, ni otras muchas que tuvièron los Gentiles, ſe adornàron con mortajas, ni con otras ofrèndas, y ſeñàles, que moſtràſſen sèr ſantos los que en ellas eſtàvan ſepultados. A eſſo vòy, replicò Sancho; y dìgame agora: Qual es mas, reſucitàr à un muerto, ò matàr à un Gigante? La reſpueſta eſtà en la mano, reſpondiò Don Quixote: Mas es reſucitàr à un muerto. Cogìdo le tengo, dixo Sancho: Luègo la fama del que reſucìta muertos, dà viſta à los ciègos, endereça los coxos, y dà Salud à los enfermos, y delante de ſus ſepultùras arden lamparas, y eſtàn llenas ſus capillas de gentes devotas, que de Rodillas adòran ſus reliquias, mejor fama ſerà para eſte y para el otro ſiglo, que la que dexàron, y dexàren quantos Emperadòres Gentiles, y Cavallèros andantes hà avìdo en el mundo? Tambien confieſſo eſſa verdad, reſpondiò Don Quixote. Pues eſta fama, eſtas gracias, eſtas prerogatìvas, ò como llaman à eſto, reſpondiò Sancho, tienen los cuerpos, y las reliquias de los ſantos, que con aprovacion, y licencia de nueſtra Santa Madre Igleſia tienen lamparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabellèras, ojos, piernas, con que aumèntan la devocion, y engrandècen ſu chriſ-

chriſtiana fama. Los cuerpos de los ſantos, ò ſus reliquias llèvan los Reyes ſobre ſus ombros, beſan los pedaços de ſus huèſſos, adornan y enriquèzen con ellos ſus oratorios, y ſus mas preciados Altares. Que quières que infièra, Sancho, de todo lo que has dicho? dixo Don Quixote; Quièro dezìr, dixo Sancho, que nos dèmos à sèr ſantos, y alcançarèmos mas brevemènte la buena fama que pretendèmos. Y advièrta, Señor, que ayèr ò antes de ayèr (que ſegun hà poco, ſe puede dezìr deſta manera) canonizàron, ò beatificàron dos fraylecitos deſcalços, cuyas cadenas de hièrro con que ceñían, y atormentàvan ſus cuerpos, ſe tiene aora à gran ventùra el besàrlas, y tocàrlas, y eſtàn en mas veneracion, que eſtà, ſegun dixe, la eſpada de Roldan en el armerìa del Rey nueſtro Señor, que Dios guàrde: Aſſi que, Señor mio, mas vale sèr humilde fraylecito de qualquier orden que sèa, que valiente, y andante Cavallero: Mas alcànçan con Dios dos dozenas de diſciplinas, que dos mil lançadas, ora las dèn à Gigantes, ora à Veſtigios, ò Endriagos. Todo eſſo es aſſi, reſpondiò Don Quixote, pero no todos podèmos sèr frayles; y muchos ſon los caminos por donde lleva Dios à los ſuyos al Cielo; religion es la Cavallerìa; Cavallèros Santos ày en la Gloria. Si, reſpondiò Sancho, pero yo hè oydo dezir, que ay mas frayles en el Cielo, que Cavallèros andantes. Eſſo es, reſpondiò Don Quixote, porque es mayor el nùmero de los Religioſos, que el de los Cavallèros. Muchos ſon los andantes, dixo San-

cho. Muchos, reſpondiò Don Quixote, pero poços los que merècen nombre de cavallèros.

En eſtas, y otras ſemejàntes platicas ſe les paſsò aquella noche, y el dia ſiguiènte, ſin acontecèrles Coſa que de contàr fuèſſe, de que no poco le pesò à Don Quixote. En fin otro dia al anocheçèr deſcubrièron la gran Ciudad del Tobòſo, con cùya viſta ſe le alegràron los eſpiritus à Don Quixote, y ſe le entriſtecièron à Sancho, porque no ſabìa la caſa de Dulcinèa, ni en ſu vida la avìa viſto, como no la avìa viſto ſu Señor; de modo que el uno por vèrla, y el otro por no avèrla viſto, eſtàvan alborotàdos; y no imaginàva Sancho, que avìa de hazèr, quando ſu dueño le embiàſſe al Toboſo. Finalmènte ordenò Don Quixote entràr en la Ciudad, entràda la noche, y en tanto que la hora ſe llegàva, ſe quedàron entre unas enzinas, que cerca del Tobòſo eſtàvan; y llegado el determinàdo pùnto, entràron en la Ciudad, donde les ſùcediò coſas, que à coſas llegan.

CAPITULO IX.

Donde ſe cuenta, lo que en èl ſe verà.

MEDIA noche era por filo, poco mas ò menos, quando Don Quixote, y Sancho dexàron el monte, y entràron en el Tobòſo. Eſtàva

Eſtàva el pueblo en un ſoſſègado ſilencio, porque todos ſus vezìnos dormìan, y repoſavan à pierna tendida, como ſuèle dezìrſe Era la noche entreclara, pueſto que quiſièra Sancho, que fuèra del todo eſcùra, por hallàr en ſu eſcuridàd diſcùlpa de ſu ſandèz. No ſe oỳa en todo el lugar ſino ladridos de perros, que atronàvan los oydos de Don Quixote, y turbàvan el Coraçon de Sancho. De quando en quando, rebuznàva un jumènto, gruñìan puercos, y mayàvan gatos, cuyas vozes de diferèntes ſonìdos ſe aumentàvan con el ſilencio de la noche: Todo lo qual tùvo el enamoràdo Cavallèro à mal aguèro, pero con todo eſto dixo à Sancho: Sancho hijo, guia al palacio de Dulcinèa, quiçà podrà sèr, que la hallèmos deſpièrta. A que Palacio tengo de guiàr, cuerpo del Sol, reſpondiò Sancho, que en el que yo vì à ſu grandeza, no era ſino caſa muy pequeña? Devìa de eſtàr retirada entonces, replicò Don Quixote, en algun pequeño apartamièntо de ſu alcaçàr, ſolazàndoſe à ſolas con ſus donzellas, como es ùſo y coſtumbre de las altas Señoras, y Princeſas. Señor, dixo Sancho, yà que vueſta mercèd quière, à pesàr mio, que sèa alcaçàr la caſa de mi Señora Dulcinèa, es hora eſta por ventùra de hallàr la puerta abièrta? Y ſerà bien que dèmos aldavàzos para que nos oyan, y nos abran, metiendo en alboròto, y rumòr toda la gente? Vàmos por dicha à llamàr à la caſa de nueſtras mancebas, como hazen los Abarraganàdos, que llegan, y llaman, y entran à qualquièr hora, por tarde que sèa? Hallèmos primero una por una el alcaçàr,

replicò Don Quixote, que entonces yo te dirè, Sancho, lo que serà bien que hagàmos; y advièrte, que yo veo poco, ò que aquel bulto grande, y sombra que desde aqui se descùbre, la deve de hazèr el palacio de Dulcinèa. Pues guie vuestra mercèd, respondiò Sancho, quiçà serà assi, aunque yo lo verè con los ojos, y lo tocarè con las manos, y assi lo creerè yo, como creèr que es agora de dia. Guiò Don Quixote, y avièndo andado como dozientos passos, diò con el bulto que hazìa la sombra, y viò una gran torre, y luègo conociò, que el tal edificio no era alcaçàr, sino la Iglesia principal del puèblo; y dixo: Con la Iglesia hèmos dado, Sancho. Ya lo vèo, respondiò Sancho, y plega à Dios, que no dèmos con nuestra sepultùra; que no es buena señal andàr por los cimentèrios à tales horas, y mas avièndo yo dicho à vuessa mercèd, si mal no me acuerdo, que la casa desta Señora ha de estàr en una callejuèla sin salida. Maldito seas de Dios, mentecàto, dixo Don Quixote, adonde has tu hallado, que los alcaçàres, y palacios reales estèn edificados en callejuèlas sin salida? Señor, respondiò Sancho, en cada tierra su ùso; quiçà se ùsa aqui en el Tobòso edificàr en callejuèlas los palacios y edificios grandes; y assi suplico à vuessa merced, me dexe buscàr por estas calles, ò callejuèlas, que se me ofrècen, podrìa sèr que en algun rincòn topàsse con esse alcaçàr, que le vèa yo comido de Perros, que assi nos trae Corridos y asendereàdos. Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi Señora, dixo Don Quixote, y tengàmos

la

la fieſta en paz; y no arrogèmos la ſoga tras el caldèro. Yo me reportarè, reſpondiò Sancho; pero conque paciencia podrè llevàr, que quièra vueſſa merced, que de ſola una vez que vì la caſa de nueſtra ama, la aya de ſabèr ſiempre, y hallàrla à media noche, no hallàndola vueſſa merced, que la deve de avèr viſto millares de vèzes. Tu me haràs deſeſperàr, Sancho, dixo Don Quixote. Ven acà, Herege, no te hè dicho mil vezes, que en todos los dias de mi vida no hè viſto à la ſin par Dulcinèa, ni jamàs atraveſsè los umbràles de ſu palàcio, y que ſolo eſtòy enamoràdo de oydas, y de la gran fama que tiene de hermoſa, y diſcreta? Aora lo oygo, reſpondiò Sancho, y digo, que pues vueſtra mercèd no la hà viſto, ni yo tampoco. Eſſo no puede sèr, replicò Don Quixote, que por lo menos ya me hàs dicho tu, que la viſte ahechàndo trigo, quando me truxiſte la reſpueſta de la carta, que le embiè contigo. No ſe atenga à eſſo, Señor, reſpondiò Sancho, porque le hago ſabèr, que tambien fuè de oydas la viſta, y la reſpueſta que le trùxe; porque aſſi sè yo, quièn es la Señora Dulcinèa, como dàr un puño en el Cielo. Sancho, reſpondiò Don Quixote, tiempos ay de burlàr, y Tiempos donde caen, y parècen mal las burlas. No porque yo diga, que ni hè viſto, ni hablàdo à la Señora de mi alma, hàs tu de dezìr tambien, que ni la hàs hablàdo, ni viſto, ſiendo tan al revès como ſabes.

ESTÀNDO los dos en eſtas platicas vièron, que venìa à paſsàr por donde eſtàvan, uno

con dos mulas, que por el ruydo que hazia el aràdo, que arraſtràva por el ſuelo, juzgàron, que devìa de sèr labradòr, que avria madrugàdo antes del dia à ir à ſu labrànça, y aſſi fuè la verdad. Venìa el labradòr cantàndo aquel Romance, que dize: mala la huviſtes France ſes, en eſſa de Ronceſvalles. Que me maten, Sancho, dixo, en oyèndole, Don Quixote, ſi nos hà de ſucedèr coſa buena eſta noche. No oyes lo que viene cantàndo eſſe villano? Si oygo, reſpondiò Sancho; pero que haze à nueſtro propoſito la caça de Ronceſvalles? Aſſi pudièra cantàr el Romance de Calaínos, que todo fuèra uno para ſucedèrnos bien, ò mal en nueſtro negocio. Llegò en eſto el labradòr, à quièn Don Quixote preguntò: Sabrèyſme dezir, buen amigo, que buena ventùra os dè Dios, donde ſon por aqui los palacios de la ſin par Princeſa Doña Dulcinèa del Tobòſo? Señor, reſpondiò el moço, yo ſoy Foraſtèro, y hà pocos dias, que eſtòy en eſte pueblo ſirvièndo à un labradòr rico en la labrànça del campo. En eſſa caſa frontèra viven el Cura, y el Sacriſtan del lugar: Entrambos, ò qualquièr dellos ſabrà dàr à vueſſa mercèd razon deſſa Señora Princeſa, porque tienen la liſta de todos los vezinos del Tobòſo; aunque para mi tengo, que en todo el, no vive Princeſa alguna; muchas Señoras ſi Principales, que cada una en ſu caſa puede ſer Princeſa. Pues entre eſſas, dixo Don Quixote, devede eſtàr, amigo, eſta por quièn te pregùnto. Podrìa sèr, reſpondiò el moço, y à Dios, que yà viene el alva; y dando à ſus mulas; no aten-

ſendiò à mas preguntas. Sancho, que viò ſuſpenſo à ſu Señor, y aſſaz mal contento, le dixo: Señor, yà ſe viene à mas andàr el dia, y no ſerà acertado, dexàr que nos halle el ſol en la Calle: Mejor ſerà, que nos ſalgàmos fuera de la ciudad, y que vueſſa mercèd ſe embòſque en alguna floreſta aqui cercana, y yo bolverè de dia, y no dexarè oſtùgo en todo eſte lugar, donde no buſque la caſa, alcaçàr, ò palacio de mi Señora; y aſſaz ſeria de deſdichado, ſino le hallaſſe y hallàndole, hablarè con ſu merced, y le dirè donde, y como queda vueſſa merced eſperàndo, que le dè orden y traça para verla ſin menoſcabo de ſu honra y fama. Hàs dicho, Sancho, dixo Don Quixote, ſentencias encerràdas en el cirçulo de breves palabras. El conſejo que aora me hàs dado le apetèzco, y recibo de boniſſima gana. Ven, Hijo, y vàmos à buſcàr donde me emboſque, que tu bolveràs, como dizes, à buſcàr, à vèr, y hablàr à mi Señora, de cuya diſcrecion, y corteſia eſpèro mas que milagroſos favores. Rabiàva Sancho por ſacàr à ſu amo del pueblo, porque no averiguàſſe la mentira de la reſpueſta, que de parte de Dulcinèa le avìa llevàdo à ſierra Morena; y aſſi diò prièſſa à la ſalida, que fuè luego; y à dos millas del lugar hallàron una floreſta, ò boſque, donde Don Quixote ſe emboſcò en tanto que Sancho bolvìa à la ciudad à hablar à Dulcinèa, en cuya Embaxada le ſucedièron coſas, que piden nueva atencion, y nuevo credito.

CA-

CAPITULO X.

Donde ſe cuenta la induſtria que Sancho tùvo para encantàr à la ſeñora Dulcinèa, y de otros ſuceſſos tan ridiculos, como verdadèros.

LLEGANDO el Autor deſta grande hiſtòria à contàr lo que en eſte capitulo cuenta, dize, que quiſièra paſſàrle en ſilencio, temeròſo de que no avìa de sèr creydo; porque las locùras de Don Quixote llegàron aquì al termino, y raya de las mayores que pueden imaginàrſe, y aun paſſàron dos tiros de balleſta mas allà de las mayores. Finalmènte aunque con eſte miedo y rezelo, las eſcriviò de la miſma manera, que èl las hizo, ſin añadìr, ni quitàr à la hiſtòria un atomo de la verdad, ſin dàrſele nada por las objeciones, que podìan ponèrle de mentiroſo; y tùvo razon, porque la verdad adelgaza, y no quièbra, y ſiempre anda ſobre la mentira, como el azeyte ſobre el agua; y aſſi proſiguièndo ſu hiſtòria dize.

QUE aſſi como Don Quixote ſe emboſcò en la floreſta, encinàr, ò ſelva junto al gran Tobòſo, mandò à Sancho bolvèr à la ciudad, y que no bolvièſſe à ſu preſencia, ſin aver primero hablàdo de ſu parte à ſu Señora, pidièndola, fuèſſe ſervìda de dexàrſe vèr de ſu cautivo cavallèro, y ſe dignàſſe de echàrle ſu ben-

bendiciòn, para que pudièſſe eſperàr por ella feliciſſimos ſuceſſos de todos ſus acaecimièntos, y dificultoſas empreſas. Encargòſe Sancho de hazèrlo aſſi como ſe le mandàva, y de traèrle tan buena reſpueſta, como le truxo la vez primera. Anda, hijo, replicò Don Quixote, y no te turbes quando te vières ante la luz del Sol de hermosùra, que vàs à buſcàr. Dichoſo tu ſobre todos los eſcudèros del mundo! Tèn en la memoria, y no ſe te paſſe della, como te recibe; ſi muda las colores el tiempo que la eſtuvières dando mi embaxada; ſi ſe deſaſſoſſièga, y turba oyèndo mi nombre; ſi no cabe en la almohada; ſi à caſo la hallas ſentada en el eſtrado rico de ſu autoridad; y ſi eſtà en piè, mìrala, ſi ſe pone aora ſobre el uno, aora ſobre el otro piè; ſi te repite la reſpuèſta, que te dière, dos ò tres vezes; ſi la muda de blanda en aſpera, de azèda en amoròſa; ſi levanta la mano al cabello para componèrle, aunque no eſtè deſordenàdo: Finalmènte, hijo, mira todas ſus acciones, y movimièntos, porque ſi tu me los relatàres como ellos fuèron, ſacarè yo lo que ella tiene eſcondido en lo ſecreto de ſu coraçòn, acerca de lo que al fecho de mis amòres toca: Que hàs de ſabèr, Sancho, ſino lo ſabes, que entre los amàntes las acciones y movimièntos exteriòres que muèſtran, quando de ſus amores ſe trata, ſon certiſſimos corrèos, que tràen las nuevas de lo que allà en lo interior del alma paſſa. Vè, amigo, y guìete otra mejor ventùra que la mia, y buèlvate otro mejor ſucèſſo del que yo quedo temièndo, y eſperàn-

ràndo en eſta amarga ſoledad en que me dexas. Yo irè, y bolverè preſto, dixo Sancho; y enſanche vueſſa mercèd, Señor mio, eſſe coraçoncillo, que le deve de tenèr agora no mayor que una abellana; y conſidère, que ſe ſuèle dezìr, que buen coraçòn quebrànta mala ventùra; y que donde no ay tocinos, no ay eſtacas. Y tambien ſe dize: Donde no pienſa, ſalta la Liebre. Dìgolo, porque ſi eſta noche no hallàmos los Palacios, ò alcaçàres de mi Señora, aora que es de dia, los pienſo hallàr quando menos lo pienſe; y hallados, dèxenme à mi con ella. Por cierto, Sancho, dixo Don Quixote, que ſiempre tràes tus refrànes tan à pelo de lo que tratàmos, quanto me dè Dios mejor ventùra en lo que deſſeo.

ESTO dicho, bolviò Sancho las eſpaldas, y vareò ſu Ruzio, y Don Quixote ſe quedò à cavallo deſcanſando ſobre los eſtrivos, y ſobre el arrimo de ſu Lança, lleno de triſtes, y confùſas imaginaciònes, donde le dexarèmos, yèndonos con Sancho Pança, que no menos confùſo, y penſativo ſe apartò de ſu Señor, que èl quedàva; y tanto, que apenas hùvo ſalìdo del bòſque, quando bolvièndo la çabeça, y vièndo que Don Quixote no parecìa, ſe apeò del Jumento, y ſentàndoſe al piè de un arbol, començò à hablàr conſigo meſmo, y à dezìrſe: Sepàmos aora, Sancho hermano, adonde và vueſſa mercèd? Và à buſcàr algun jumènto que ſe le aya perdido? No por cierto. Pues que và à buſcàr? Vòy à buſcàr (como quien no dize nada) à una Princeſa, y en ella al Sol de la hermo-

mosùrá, y à todo el Cielo junto. Y adonde pensáys hallar eſſo que dezìs, Sancho? Adonde? En la gran ciudad del Tobòſo. y bien; y de parte de quièn la vàys á buſcàr? De parte del famoſo Cavallèro Don Quixote de la Mancha, que desfaze los tuèrtos, y dà de comèr al que ha Sed, y de bebèr al que ha hambre. Todo eſſo eſtà muy bien; y ſabèys ſu caſa, Sancho? Mi amo dize, que han de sèr unos Reales palacios, ô unos ſobervios alcaçàres. Y avèyſla viſto algun dia por ventùra? Ni yo, ni mi amo la avèmos viſto jamàs. Y parèceos, que fuèra acertàdo, y bien hecho, que ſi los del Tobòſo ſupièſſen, que eſtàys vos aquì con intencion de ir à ſonſacàrles ſus Princeſas, y à deſaſſoſſegàrles ſus Damas, viniès-ſen y os moliesſen las coſtillas à puros palos, y nó os dexasſen huèſſo ſano? En verdad, que tendrìan mucha razòn, quando no conſideràſſen, que sòy mandado, y que: Menſagèro ſoys, amigo, no merecèys culpa, non. No os fièys en eſſo, Sancho, porque la Gente Manchega es tan colèrica como honrada, y no conſiènte coſquillas de nadie. Vive Dios, que ſi os huèle, que os mando mala ventùra. Oxte puto, allà daràs Rayo: No ſino andeme yo buſcàndo tres piès al gato por el guſto ageno; y mas, que aſſi ſerà buſcàr à Dulcinèa por el Tobòſo, como à Marica por Rabena, ò al Bachillèr en Salamanca. El diablo, el diablo me à metido à mi en eſto, que otro no.

ESTE ſoliloquio paſsò conſigo Sancho, y lo que ſacò dèlfuè, que bolviò à dezirſe: Aora bien, todas las coſas tienen remedio ſino

es

es la muerte, debaxo de cuyo yùgo hèmos de paſsàr todos, mal que nos peſe, al acabàr de la vida. Eſte mi amo, por mil ſeñales hè viſto, que es un loco de atàr, y aun tambien yo no le quedo en çaga, pues soy mas mentecàto que èl, pues le ſigo, y le ſirvo, ſi es verdadèro el Refràn que dize: Dime con quien andas, dezirte hè quièn eres. Y el otro: no con quièn naces, ſino con quièn paces. Sièndo, pues, loco como lo es, y de locùra que las mas vezes toma unas coſas por otras, y juzga lo blanco por negro, y lo negro por blanco, como ſe pareciò, quando dixo, que los molinos de viento eran Gigantes, y las mulas de los religioſos dromedarios, y las manadas de carnèros, exercitos de enemigos, y otras muchas coſas à eſte tono; no ſerà muy dificil hazèrle creèr, que una labradora, la primera que me topàre por aquì, es la Señora Dulcinèa; y quando el no lo crèa, jurarè yo; y ſi el juràre, tornarè yo à juràr; y ſi porfiàre, porfiarè yo mas, y de manera, que tengo de tenèr la mia ſiempre ſobre el hito, venga lo que vinière; quiçà con eſta porfia acabarè con èl, que no me embie otra vez à ſemejantes Menſagerìas, vièndo quan mal recado le traygo dellas; ò quiçà penſarà, como yo imagino, que algun mal encantador deſtos que èl dize, que le quièren mal, la avrà mudado la figura por hazèrle mal y daño.

CON eſto que pensò Sancho Pança, quedò ſoſſegàdo ſu eſpiritu, y tùvo por bien acabàdo ſu negocio; y detenièndoſe alli haſta la tarde, por dàr lugar à que Don Quixote penſàſſe,

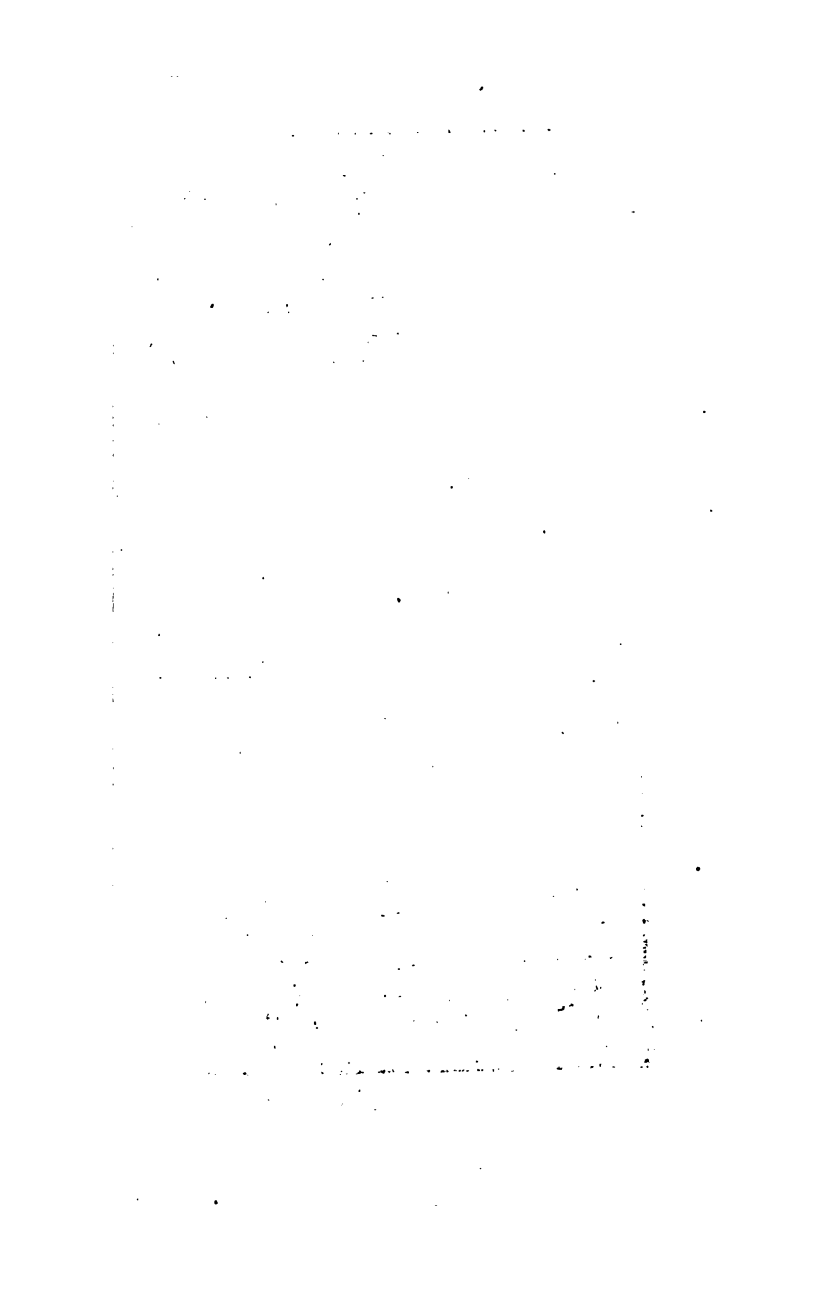
ràſſe, que le avìa tenido para ir, y bolvèr del Tobòſo; ſucediòle todo tan bien, que quando ſe levantò para ſubìr en el Ruzio, viò que del Tobòſo hàzia donde el eſtàva, veníantres labradòras ſobre tres Pollinos, ò Pollinas (que el Autor no lo declàra) aunque mas ſe puède creèr, que eran Borricas, por ſer ordinaria Cavallerìa de las aldeànas: Pero como no và mucho en eſto, no ay para que detenèrnos en averiguàrlo.

EN reſolucion, aſſi como Sancho viò à las labradòras, à paſſo tirado bolviò à buſcàr à ſu Señor Don Quixote, y hallòle ſuſpiràndo, y diziendo mil amoroſàs lamentaciones. Como Don Quixote le viò, le dixo: Que ay, amigo Sancho? Podrè ſeñalar eſte dia con piedra blanca, ò con negra? Mejor ſerà, reſpondiò Sancho, que vueſſa mercèd le ſeñale con Almagre como ròtulos de Catedras, porque le echen bien de vèr los que le vièren. De eſſe modo, replicò Don Quixote, buenas Nuevas tràes. Tan buenas, reſpondiò Sancho, que no tiene mas que hazer vueſſa mercèd, ſino picar à Rozinante, y ſalir à lo raſo à vèr à la Señora Dulcinèa del Tobòſo, que con otras dos donzellas ſuyas viene à vèr à vueſſa mercèd. Santo Dios, que es lo que dizes, Sancho amigo! dixo Don Quixote. Mira, no me engañes, ni quièras con falſas alegrias alegràr mis verdaderas triſtezas. Que ſacarìa yo de engañàr à vueſſa mercèd, reſpondiò Sancho, y mas eſtàndo tan cerca de deſcubrir mi verdàd? Pique, Señor, y venga, y verà venir à la Princeſa nueſtra Ama, veſtida y ador-

nada, en fin, como quien ella es: Sus don-
zellas y ella todas ſon una aſcua de oro, to-
das Mayorcas de perlas, todas diamantes, to-
das rubies, todas telas de brocado de mas de
diez altos: Los cabellos ſueltos por las eſpal-
das que ſon otros tantos rayos del Sol que an-
dan jugando con el viento; y ſobre todo vie-
nen à cavallo ſobre tres cananèas remendadas,
que no ay mas que vèr. Hacanèas, querràs
dezir, Sancho. Poca Diferencia ay, reſpon-
diò Sancho, de cananèas à hacanèas; pero
vengan ſobre lo que vinièren, ellas vienen las
mas galanas Señoras, que ſe pueden deſsèar,
eſpecialmènte la Princeſa Dulcinèa mi Seño-
ra, que paſma los ſentidos. Vamos, Sancho
hijo, reſpondiò Don Quixote, y en Albricias
deſtas no eſperadas, como buenas nuevas, te
mando el mejor deſpojo que ganàre en la pri-
mera aventùra que tuvière; y ſi eſto no te con-
tenta, te mando las crías, que eſte año me
dièren las tres Yeguas mias, que tu ſabes que
quedan para parir en el prado concegil de
nueſtro pueblo. A las crías me atengo, reſ-
pondiò Sancho, porque de sèr buenos los
deſpojos de la primera aventùra, no eſtà muy
cierto.

Yà en eſto ſalièron de la ſelva, y deſcu-
brièron cerca, à las tres aldeànas. Tendiò
Don Quixote los ojos por todo el camino del
Tobòſo, y como no viò ſino à las tres labra-
doras, turbòſe todo, y preguntò à Sancho, ſi
las avìa dexado fuera de la ciudad? Como fue-
ra de la ciudad? reſpondiò Sancho. Por ven-
tùra tiene vueſſa mercèd los ojos en el colo-

dril-



D. Quixote, engañado por Sancho, toma una Villana por Dulcinea.

Tom. III. pag. 163

J. Fabbi sculp.

drillo, que no vèe, que ſon eſtas las que aquí vienen, reſplandecièntes como el miſmo Sol à mèdio dia? Yo nó vèo, Sancho, dixo Don Quixote, ſino à tres labradoras ſobre tres borrìcos. Agora me libre Dios del diablo, reſpondiò Sancho: Y es poſſiblè que tres hacanèas, ò como ſe llamen, blancas como el hampo de la nieve, le parezcan à vueſſa mercèd Borricos? Vive el Señor que me pele eſtas barbas ſi tal fuèſſe verdàd. Pues yo te digo, Sancho amigo, dixo Don Quixote, que es tan verdàd, que ſon borricos, ò borricas: como yo ſoy Don Quixote, y tu Sancho Pança, alomenos à mi tales me parècen. Calle, Señor, dixo Sancho, no diga la tal palabra, ſino deſpavile eſſos ojos, y venga à hazèr reverencia à la Señora de ſus penſamìentos, que yà llega cerca: Y diziendo eſto, ſe adelantò à recibir à las tres aldeànas, y apeàndoſe del Ruzio, tùvo del cabèſtro al jumènto de una de las tres labradòras, y hincando ambas rodillas en el ſuelo, dixo: Reyna, y Prìnceſa, y Dueſa de la hermoſura, vueſtra altivèz, y grandeza ſea ſervida de recibir en ſu gracia, y buen talante al cautivo Cavallèro vueſtro, que alli eſtà hecho piedra marmol, todo turbado y ſin pulſos, de vèrſe ante vueſtra magnifica preſencia. Yo ſoy Sancho Pança ſu eſcudèro, y èl es el aſſendereàdo Cavallèro Don Quixote de la Mancha, llamado por otro nombre el Cavallèro de la triſte figura. A eſta ſazòn yà ſe avìa pueſto Don Quixote de hinojos junto à Sancho, y miràva con ojos deſencajados, y Viſta turbada à la que Sancho lla-

mava reyna y ſeñora; y como no deſcubrìa en ella ſino una moça aldeàna, y no de muy buen roſtro, porque era cariredonda, y chata, eſtàva ſuſpenſo, y admirado ſin osàr deſplegàr los labios. Las labradòras eſtàvan aſſi miſmo atonitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dexavan paſsàr adelante à ſu compañera. Pero rompièndo el ſilencio la detenida, toda deſgraciada y mohina dixo: Apartenſe nora en tal del camino, y dèxenmos paſsàr, que vamos de prièſſa. A lo que reſpondiò Sancho: O Princeſa, y Señora univerſal del Tobòſo! Como vueſtro magnifico coraçòn no ſe enternèce, viendo arrodillado ante vueſtra ſublimada preſencia à la coluna, y ſuſtento de la andante cavallerìa? Oyèndo lo qual, otra de las dos dixo: mas yo que te eſtrego, burra de mi ſuegro: mirad con que ſe vienen los Señoritos aora à hazer burla de las aldeànas, como ſi aqui no ſupièſſemos echàr pullas como ellos. Vayan ſu camino, è dèxenmos hazèr el nueſo, y ſerleſhà ſano. Levàntate, Sancho, dixo à eſte punto Don Quixote, que yà vèo, que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento à eſta anima mezquina que tengo en las carnes. Y tu, ò eſtremo del valòr que puede deſſeàrſe, termino de la humana gentileza, unico remedio deſte afligido coraçòn que te adora, yà que el maligno encantador me perſigue, y hà pueſto nubes y cataratas en mis ojos, y para ſolo ellos, y no para otros, ha mudado, y transformado tu ſin

igual

igual hermoſura, y roſtro en el de una labradòra pobre; ſi yà tambien el mio no le hà cambiado en el de algun veſtiglo para hazèrle aborrecible à tus ojos, no dexes de miràrme blanda, y amoroſamènte, echàndo de vèr en eſta ſumiſſion, y arrodillamièntо, que à tu contrahecha hermoſura hago, la humildàd con que mi alma te adora. Toma que mi aguelo, reſpondiò la aldeàna: amiguita ſoy yo de oỳr reſquebrajas. Apàrtenſe, y dèxenmos ir, y agradecèrſelo hèmos. Apartòſe Sancho, y dexòla ir, contentiſſimo de avèr ſalido bien de ſu enredo. Apenas ſe viò libre la aldeàna, que avìa hecho la figura de Dulcinèa, quando, picando à ſu hacanèa con un aguijon, que en un palo traỳa, diò à corrèr por el prado adelante; y como la borrica ſentía la punta del aguijon que le fatigàva mas de lo ordinàrio, començò à dàr corcobos de manera, que diò con la Señora Dulcinèa en tierra: Lo qual viſto por Don Quixote, acudiò à levantàrla, y Sancho à componèr, y cinchàr el albarda, que tambien vino à la barriga de la pollina. Acomodada, pues, la albarda, y querièndo Don Quixote levantàr à ſu encantada Señora en los braços ſobre la jumenta, la Señora, levantàndoſe del ſuelo, le quitò de aquel trabajo, porque hazièndoſe algun tanto atràs, tomò una corridica, y pueſtas ambas manos ſobre las ancas de la pollina, diò con ſu cuerpo, mas ligèro que un halcòn, ſobre la albarda, y quedò à horcajadas, como ſi fuèra hombre. Y entonces dixo Sancho: Vive Roque, que es la Señora nueſtra ama mas ligèra

que un acotan, y que puede enſeñar à ſubir à la Ginèta al mas dieſtro Cordovès, ò Mexicano. El arçon traſero de la ſilla paſsò de un ſalto, y ſin eſpuelas haze correr la hacanèa, como una cebra, y no le vàn en çaga ſus donzellas, que todas corren como el viento; y aſſi era la verdàd, porque en vièndoſe à Cavallo Dulcinèa, todas picàron tras ella, y diſparàron à correr ſin bolvèr la cabeça atràs por eſpacio de mas de media legua. Siguiòlas Don Quixote con la viſta, y quando viò que no parecían, bolvièndoſe à Sancho, le dixo.

SANCHO, que te parèce, quan mal quiſto ſoy de encantadòres; y mira haſta donde ſe eſtiende ſu malicia, y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privàr del contento que pudièra dàrme, vèr en ſu sèr à mi Señora? En efecto yo nacì para exemplo de deſdichados, y para sèr blanco, y terrèro donde toman la mira, y aſſièſtan las flechas de la mala fortuna. Y has tambien de advertìr, Sancho, que no ſe contentàron eſtos traydores de avèr buèlto, y transformado à mi Dulcinèa, ſino que la transformaron y bolvièron en una figura tan baxa, y tan fea como la de aquella aldeàna; y juntamènte le quitàron lo que es tan ſuyo de las principales Señoras, que es el buen olòr, por andàr ſiempre entre ambares, y entre flores; porque te hago ſabèr, Sancho, que quando lleguè à ſubir à Dulcinèa ſobre ſu hacanèa, ſegun tu dizes (que à mi me pareciò borrica) me diò un olòr de ajos crudos, que me encalabrinò, y atoſigò el alma. O canalla? gritò à eſta ſazòn Sancho:

cho: O encantadòres aciagos, y mal intencionados! y quien os vièra à todos enſartàdos por las agallas como Sardinas en Lercha. Mucho ſabèys, mucho podèys, y mucho mas hazèys. Baſtàros devièra, vellacos, avèr mudado las perlas de los ojos de mi Señora en agallas alcornoqueñas, y ſus cabellos de oro puriſſimo, en cerdas de cola de buey vermejo; y finalmènte todas ſus faciones de buenas en malas, ſin que le tocàrades en el olòr; que por èl, ſi quièra, ſacàramos lo que eſtàva encubièrto debaxo de aquella fea corteza; aunque para dezir verdàd nunca yo vì ſu fealdàd, ſino ſu hermoſùra, à la qual ſubía de punto, y Quilates un lunàr que tenía ſobre el labio derecho a manera de vigote con ſiete ò ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos demas de un palmo. A eſſe Lunàr, dixo Don Quixote, ſegun la correſpondencia que tienen entre ſi los del roſtro con los del cuerpo, ha de tenèr otro Dulcinèa en la Tabla del muſlo que correſponde al lado donde tiene el del roſtro; pero muy luengos para lunàres ſon pelos de la grandeza, que has ſignificado. Pues yo sè dezir à vueſſa mercèd, reſpondiò Sancho, que le parecìan allì como nacidos. Y lo crèo, amigo, replicò Don Quixote, porque ninguna coſa pùſo la naturaleza en Dulcinèa, que no fuèſſe perfecta, y bien acabada: Y aſſi, ſi tuvièra cien lunàres, como el que dizes, en ella no fuèran lunàres, ſino lunas, y eſtrellas reſplandecièntes. Pero dime Sancho, aquella que à mi me pareciò albarda, que tu adereçaſte, era ſilla raſa, ò ſillòn? No era, reſ-

diò Sancho, ſino filla à la Ginèta con una cubierta de campo, que vale la mitàd de un Reyno, ſegun es de rica. Y que no vièſſe yo todo eſſo, Sancho, dixo Don Quixote? Aora torno à dezir, y dirè mil vezes, que sòy el mas deſdichàdo de los hombres. Harto ſabía que hazèr el ſocarròn de Sancho en diſſimulàr la riſa, oyèndo las ſandèzes de ſu amo tan delicadamènte engañado. Finalmènte deſpues de otras muchas razones que entre los dos paſsàron, bolvièron à ſubìr en ſus beſtias, y ſiguièron el camino de Zaragoça, adonde pensàvan llegàr à tiempo; que pudièſſen hallàrſe en unas ſolemnes fieſtas, que en aquella inſigne ciudad cada año ſuèlen hazèrſe. Pero antes que allà llegàſſen, les ſucedièron coſas, que por muchas, grandes, y nuevas merècen sèr eſcritas, y leydas, como ſe verà adelante.

CAPITULO XI.

De la eſtraña aventùra que le ſucediò al valeròſo Don Quixote con el carro, ò carreta de las cortes de la muerte.

PENSATIVO ademàs iva Don Quixote por ſu camino adelante, conſideràndo la mala burla que le avìan hecho los encantadòres, bolviendo à ſu ſeñora Dulcinèa en la mala figùra de la aldeàna; y no imaginava, que remedio tendrìa para bolvèrla à ſu ſer primero;

y

y eſtos penſamièntos le llevàvan tan fuera de ſi, que ſin ſentìrlo, ſoltò las riendas à Rozinante, el qual, ſintiendo la libertàd que ſe le dava, à cada paſſo ſe detenìa à pacèr la verde yerva, de que aquellos camposabundavan. De ſu embeleſamièntо le bolviò Sancho Pança, dizièndole: Señor, las triſtezas no ſe hizièron para las beſtias, ſino para los hombres; pero ſi los hombres las ſienten demaſiàdo, ſe buèlven beſtias. Vueſſa mercèd ſe reporte, y buelva en ſi, y coja las riendas à Rozinante, y avive, y deſpièrte, y mueſtre aquella gallardìa, que conviene que tengan los Cavallèros andantes. Que Diablos es eſto? Que deſcaècimièntо es eſte? Eſtàmos aqui, ò en Francia? Mas que ſe lleve Satanàs à quantas Dulcinèas ay en el mundo; pues vale mas la ſalùd de un ſolo Cavallèro andante, que todos los encantos, y transformaciònes de la tierra Calla, Sancho, reſpondiò Don Quixote con voz no muy deſmayàda: Calla, digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada Señora, que de ſu deſgracia, y deſventùra yo ſolo tengo la culpa: De la envidia que me tienen los malos, ha nacido ſu mala andança Aſſi lo digo yo, reſpondiò Sancho. Quien la vido, y la vèe aora, qual es el coraçòn que no llora? Eſſo puedes tu dezir bien, Sancho, replicò Don Quixote, pues la viſte en la entereza cavàl de ſu hermosùra; que el encanto no ſe eſtendiò à turbàrte la viſta, ni a encubrìrte ſu belleza. Contra mi ſolo, y contra mis ojos ſe enderèza la fuerça de ſu veneno. Mas con todo eſto he caỳdo, Sancho, en una coſa, y es, que

me pintàſte mal ſu hermosùra; porque, ſi mal no me acuèrdo, dixiſte, que tenía los ojos de perlas; y los ojos que parècen de perlas, antes ſon de beſugo, que de dama; y à lo que yo crèo, los de Dulcinèa deven ſer de verdes Eſmeraldas raſgados con dos celeſtiales arcos, que les ſirven de cejas: Y eſſas perlas quitalas de los ojos, y pàſſalas à los dientes; que ſin duda te trocaſte, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede sèr, reſpondiò Sancho, porque tambien me turbò a mi ſu hermoſura, como à vuèſſa mercèd ſu fealdàd: Pero encomendèmoſlo todo à Dios, que èl es el ſabidor de las coſas que han de ſucedèr en eſte valle de lagrimas, en eſte mal mundo que tenèmos, donde apenas ſe halla coſa que eſtè ſin mezcla de maldad, embuſte, y vellaquerìa. De una coſa me peſa, Señor mio, mas que de otras, que es, pensàr que medio ſe ha de tenèr quando vueſſa mercèd vença à algun Gigante, ò otro Cavallèro, y le mande, que ſe vàya à preſentàr ante la hermosùra de la Señora Dulcinèa: Adonde la hà de hallàr eſte pobre Gigante, ò eſte pobre, y mìſero Cavallèro vencido? Parèceme que los vèo andàr por el Tobòſo, hechos unos Bauſanes, buſcàndo à mi Señora Dulcinèa; y aunque la encuentren en mitàd de la calle, no la conocerán mas que à mi padre. Quiçà Sancho, reſpondiò Don Quixote, no ſe eſtenderà el encantamiènto à quitàr el conocimiènto de Dulcinèa à los vencìdos, y preſentados Gigantes, y Cavallèros; y en uno, ò dos de los primeros que yo vença, y le embie, harèmos la experiencia, ſi la vèn,

ò

ò no, mandandoles, que buelvan à dàrme relacion de lo que acerca deſto les huviére ſucedido. Digo, Señor, replicò Sancho, que me hà parecido bien lo que vueſſa mercèd hà dicho, y que con eſſe artificio vendrèmos en conocimiènto de lo que deſsèamos, y ſi es que ella à ſolo vueſſa mercèd ſe encùbre, la deſgracia mas ſerà de vueſſa mercèd, que ſuya: Pero como la Señora Dulcinèa tenga ſalùd y contento, noſotros por acà nos avendrèmos, y lo paſſarèmos lo mejor que pudièremos, buſcando nueſtras aventùras, y dexando al tiempo que haga de las ſuyas, que èl es el mejor medico deſtas, y de otras mayores enfermedades.

RESPONDÈR querìa Don Quixote à Sancho, pero eſtorvòſelo una carreta que ſaliò al travès del camìno, cargàda de los mas divèrſos, y eſtraños perſonàges, y figùras, que pudièron imaginàrſe. El que guiàva las mulas, y ſervìa de carretèro era un feo Demonio. Venía la carrèta deſcubièrta al cielo abièrto ſin toldo, ni Zarço. La primèra ſigùra, que ſe ofreciò à los ojos de Don Quixote, fuè la de la miſma muerte con roſtro humano. Junto à ella venía un angel con unas grandes, y pintadas alas. Al un lado eſtàva un Emperador con una corona, al parecèr, de oro en la cabeça. A los piès de la muèrte eſtàva el Dios, que llaman Cupido, ſin venda en los ojos, pero con ſu Arco, Carcàx, y Saètas. Venía tambien un Cavallèro armàdo de punta en blanco, excepto que no traỳa morrion, ni celada, ſino un ſombrero lleno de plumas

de

de divèrſas colores: Con eſtas venían otras perſonas de diferentes trages y roſtros. Todo lo qual viſto de improviſo, en alguna manèra alborotò à Don Quixote, y pùso mièdo en el coraçòn de Sancho: Mas luègo ſe alegrò Don Quixote, creyèndo que ſe le ofrecìa alguna nuèva, y peligròſa aventùra; y con eſte penſamièento, y con animo diſpuèſto de acometèr qualquièr peligro, ſe pùſo delante de la carreta, y con voz alta, y amenaçadòra dixo: Carretèro, cochèro, ò diablo, ò lo que ères, no tardes en dezìrme quièn ères, à dò vàs, y quièn es la gente, que llevas en tu caricòche, que mas parèce la barca de Caron, que carreta de las que ſe ùſan. A lo qual manſamènte, detenièndo el diablo la carrèta, reſpondiò: Señor, noſotros ſomos recitantes de la compañia de Angulo el Malo: Hèmos hecho en un lugar, que eſtà detràs de aquella loma, eſta mañana (que es la octava del Corpus) el Auto de las cortes de la muèrte, y hèmoſle de hazèr eſta tarde en aquel lugar, que deſde aqui ſe parèce; y por eſtàr tan cerca, y eſcusàr el trabàjo de deſnudarnos, y bolvérnos à veſtìr, nos vàmos veſtìdos con los meſmos veſtidos, que repreſentàmos. Aquel maucebo và de muérte, el otro de Angel, aquella muger, que es la del Aùtor, và de Reyna, el otro de ſoldado, Aquel de Emperadòr, y yo de Demònio, y sòy ùna de las principàles figùras del Auto, porque hago en eſta compañìa los primeros papeles. Si otra coſa vueſſa mercéd deſsèa ſabèr de noſotros, pregùntemelo, que yo le ſabré reſpondèr

dèr con toda puntualidàd, que como sòy Demonio, todo se me alcànça. Por la fè de cavallèro andante, respondiò Don Quixote, que assi como vì este carro, imaginè, que alguna grande aventùra se me ofrecìa; y aora digo, que es menestèr tocàr las aparièncias con la mano para dàr lugar al desengaño. Andàd con Dios, buena gente, y hazed vuestra fiesta, y mirad si mandays algo en que puèda sèros de provecho, que lo harè con buen animo, y buen talante, porque desde muchàcho fuý aficionàdo a la caràtula, y en mi mocedàd se me ivan los ojos tras la faràndula.

ESTÀNDO en estas platicas quìso la suerte, que llegàsse uno de la compañìa, que venía vestido de bogiganga con muchos cascabèles, y en la punta de un palo traya tres bexìgas de vaca hinchadas, el qual moharracho, llegàndose à Don Quixote, començò à esgrimir el palo, y à sacudìr el suelo con las bexigas, y à dar grandes saltos sonàndo los cascabèles, cuya mala vision assi alborotò à Rozinànte, que sin sèr poderòso à detenèrle Don Quixote, tomando el freno entre los dientes, diò à corrèr por el campo con mas Ligerèza que jamàs prometièron los huèssos de su notomia. Sancho, que considerò el peligro en que iva su amo de sèr derribàdo, saltò del Rùzio, y à toda prièssa fuè à valèrle; pero quando à èl llegò, yà estàva en tierra, y junto à èl Rozinànte que con su amo vino al suèlo (ordinàrio Fin y paradèro de las lozanias de Rozinànte, y de sus atrevimièntos:) Mas apenas hùvo dexado su Cavallerìa Sancho por

acu-

acudìr à Don Quixote, quando el Demonio baylador de las bexìgas ſaltò ſobre el Rùzio, y ſacudièndole con ellas, el miedo y ruỳdo mas que el dolòr de los golpes le hìzo volàr por la campaña hàzia el lugar donde ivan à hazèr la fièſta. Miràva Sancho la carrèra de ſu Rùzio, y la caỳda de ſu amo, y no ſabìa à qual de las dos neceſſidàdes acudirìa primèro. Pero en efecto, como buen eſcudèro, y como buen criàdo, pùdo mas con èl, el amor de ſu Señor, que el cariño de ſu jumènto: Puèſto que cada vez que veỳa levantàr las bexigas en el ayre, y caèr ſobre las ancas de ſu Rùzio, eran para èl tàrtagos, y ſuſtos de muerte, y antes quiſièra, que aquellos golpes ſe los dièran à èl en las niñas de los ojos, que en el mas minimo pelo de la cola de ſu Aſno. Con eſta perplèxa tribulacion llegò donde eſtàva Don Quixote, harto mas mal trecho de lo que èl quiſièra, y ayudandòle à ſubir ſobre Rozinànte, le dixo: Señor, el Diablo ſe ha llevàdo al Rùzio. Que Diablo? preguntò Don Quixote. El de las bexìgas, reſpondiò Sancho. Pues yo le cobrarè, replicò Don Quixote, ſi bien ſe encerràſſe con èl en los mas hondos, y eſcùros calabòços del Infierno. Sìguème, Sancho, que la carrèta và de eſpàcio, y con las mulas della ſatisfarè la pèrdida del Rùzio. No ay para que hazèr eſſa diligencia, Señor, reſpondiò Sancho; vueſſa mercèd temple ſu colera, que ſegun me parèce, yà el Diablo hà dexàdo el Rùzio, y buèlve à la Querencia; y aſſi era la verdàd, porque avièndo caỳdo el Diablo con

el

el Rùzio por imitàr à Don Quixote, y à Rozinànte, el Diablo ſe fuè à piè al pueblo, y el jumènto ſe bolvio à ſu amo. Con todo eſſo, dixo Don Quixote, ſerà bien caſtigàr el deſcomedimièntо de aquel Demonio en alguno de los de la carrèta, aunque sèa el meſmo Emperador. Quiteſèle à vueſtra mercèd eſſo de la imaginacion, replicò Sancho, y tomo mi conſejo, que es, que nunca ſe tome con farſantes, que es gente favorecìda. Rezitante hè viſto yo eſtàr preſo por dos muertes, y ſalìr libre, y ſin coſtas. Sepa vueſſa mercèd, que como ſon gentes alegres, y de plazèr, todos los favorècen, todos los ampàran, ayùdan, y eſtìman, y mas ſiendo de aquellos de las compañìas Reales, y de Titulo, que todos ô los mas en ſus trages y compoſtùra parècen ùnos principes. Pues con todo eſſo, reſpondiò Don Quixote, no ſe me ha de ir el Demonio farſante alabàndo, aunque le favorèzca todo el genero humano. Y dizièndo eſto, bolviò à la carreta, que yà eſtàva bien cerca del pueblo, è iva dando vozes, dizièndo: Detenèos, eſperàd, turba alègre, y regozijàda, que os quièro dàr à entendèr como ſe hàn de tratàr los jumentos, y alimañas que ſirven de Cavallerìa à los Eſcudèros de los Cavallèros andantes. Tan altos èran los gritos de Don Quixote, que los oyèron, y entendièron los de la carreta; y juzgàndo por las palabras la intencion del que las dezìa, en un inſtànte ſaltò la muèrte de la carreta, y tras ella el Emperador, el Diablo carretèro, y el Angel, ſin quedàrſe la Reyna, ni el Dios

os Cupido; y todos ſe cargàron de piedras, y ſe puſièron en ala, eſperàndo recibìr à Don Quixote en las puntas de ſus guijàrros. Don Quixote, que los viò puèſtos en tan gallardo Eſquadròn, los braços levantàdos con ademan de depedìr poderoſamènte las piedras, detùvo las riendas à Rozinànte, y pùſoſe à pensàr, de que modo los acometerìa con menos peligro de ſu perſona. En eſto que ſe detùvo, llegò Sancho, y viendole en talle de acometèr al bien formado eſquadròn, le dixo: Aſſaz de locùra ſerìa intentàr tal emprèſa. Conſidère vueſſa mercèd, Señor mio, que para ſopa de àrroyo, y tente bonete, no ay arma defenſiva en el mundo, ſino es embutìrſe, y encerràrſe en una campana de bronze: Y tambien ſe hà de conſideràr, que es mas temeridàd, que valentſa, acometèr un hombre ſolo à un exercito donde eſtà la muerte, y pelèan en perſona Emperadores, y à quien ayùdan los buenos, y los malos Angeles; y ſi eſta conſideracion no le muève à eſtàrſe quedo, muèvale ſabèr de cierto, que entre todos los que alli eſtàn, aunque parezcan Reyes, Principes, y Emperadores, no ay ningun Cavallèro andante. Aora ſi, dixo Don Quixote, hàs dado, Sancho, en el punto que puède, y deve mudàrme, de mi yà determinàdo intènto. Yo no puèdo, ni dèvo ſacàr la eſpada, como otras vezes muchas te hè dicho, contra quièn no fuère armado Cavallèro. A ti, Sancho, toca, ſi quières tomàr la vengança del agravio que à tu Rùzio ſe le ha hecho, que yo deſde aquì te ayudarè con vozes, y advertimièn

mièntos ſaludàbles. No ay para que, Señor, reſpondiò Sancho, tomàr vengança de nadie, pues no es de buenos Chriſtianos tomàrla de los agravios; quanto mas que yo acabarè con mi Aſno, que ponga ſu ofenſa en las manos de mi voluntad, la qual es de vivìr pacificamènte los dias, que los Cielos me dièren de vida. Pues eſſa es tu determinaciòn, replicò Don Quixote, Sancho buèno, Sancho diſcrèto, Sancho Chriſtiano, y Sancho ſincèro dexèmos eſtas fantaſmas, y bolvàmos à buſcàr mejores, y mas calificàdas aventùras, que yo vèo eſta tierra de talle, que no hàn de faltàr en ella muchas, y muy milagròſas. Bolviò las riendas luègo; Sancho fuè à tomàr ſu Rùzio; la muèrte con todo ſu eſquadròn volante bolvièron à ſu carrèta, y proſiguièron ſu viage; y eſte felice Fin tùvo la temeròſa aventùra de la carrèta de la muèrte: Gracias sèan dadas al ſaludable consèjo que Sancho Pança diò à ſu amo, al qual el dia ſiguiènte le ſucediò otra con un enamorado, y andante Cavallèro de no menos ſuſpensiòn que la paſſada.

CAPITULO XII.

De la eſtraña aventùra que le ſucediò al valeròſo Don Quixote con el bràvo Cavallèro de los eſpèjos.

LA noche que ſiguiò al dia del rencuèntro de la muèrte, la paſsàron Don Quixote

y ſu Eſcudèro debaxo de unos altos, y ſombroſos arboles, avièndo à perſuaſion de Sancho comìdo Don Quixote de lo que venìa en el repueſto del Rùzio; y entre la cena dixo Sancho à ſu Señor: Señor, que tonto huvièra andado yo, ſi huvièra eſcogìdo en albrìcias los deſpòjos de la primera aventùra que vueſſa mercèd acabàra, antes que las crìas de las tres yèguas! En efecto, en efecto, *mas vale pajaro en mano, que buytre volàndo*. Toda vía, reſpondiò Don Quixote, ſi tu, Sancho, me dexàras acometèr, como yo querìa, te huvièran cabìdo en deſpòjos, por lo menos, la corona de oro de la Emperatriz, y las pintadas alas de Cupìdo, que yo ſe las quitàra al redropelo, y te las puſièra en las manos. Nunca los cetros, y coronas de los Emperadores farsàntes, reſpondiò Sancho, fuèron de oro pùro, ſino de oropel, ô hoja de lata. Aſſi es verdad, replicò Don Quixote, porque no fuèra acertàdo, que los atavìos de la comèdia fuèran finos, ſino fingìdos, y aparèntes, como lo es la meſma comèdia, con la qual quièro, Sancho, que eſtès bien, tenièndola en tu gracia, y por el miſmo conſiguiènte à los que las represèntan, y à los que las compònen, porque todos ſon inſtrumèntos de hazèr un gran bien à la Republica, ponièndonos un eſpejo à cada paſſo delante, donde ſe vèen al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparacion ày, que mas al vivo nos represènte lo que sòmos, y lo que avèmos de sèr como la comèdia, y los comediàntes. Sino dime; No has viſto tu repreſentàr alguna comèdia;

adonde

adonde ſe introdùzen Reyes, Emperadòres, Pontifices, Cavallèros, Damas, y otros diverſos perſonages? uno haze el rufian, otro el Embuſtèro, eſte el mercàder, aquel el ſoldàdo, otro el ſimple diſcrèto, otro el enamoràdo ſimple: Y acabàda la comèdia, y deſnudàndoſe de los veſtìdos della, quèdan todos los Recitantes iguàles? Si hè viſto, reſpondiò Sancho. Pues lo meſmo, dixo Don Quixote, acontèce en la comèdia, y trato deſte mùndo, donde ùnos hazen los Emperadòres, otros los Pontifices, y finalmènte todas quantas figùras ſe puèden introduzir en una comèdia; pero en llegàndo al fin, que es quando ſe acaba la vida, à todos les quìta la muèrte las ropas, que los diferènciavan, y quèdan iguàles en la ſepultùra. Brava comparacion, dixo Sancho, aunque no tan nuèva, que yo no la aya oỳdo muchas, y divèrſas vezes, como aquella del Juego del Axedrez, que mientras dura el Juego, cada pieça tiene ſu particular oficio, y en acabàndoſe el Juego, todas ſe mezclan, jùntan, y baràjan, y dàn con ellas en una bolſa, que es como dàr con la vida en la ſepultùra. Cada dia, Sancho, dixo Don Quixote, te vàs hazièndo menos ſimple, y mas diſcrèto. Si que algo ſe me ha de pegàr de la diſcrecion de vueſſa mercèd, reſpondiò Sancho, que las tierras, que de sùyo ſon eſtèriles, y ſecas, eſtercolàndolas, y cultivàndolas vièmen à dàr buènos frùtos: Quièro dezìr, que la convèrſacion de vueſſa mercèd hà ſido el eſtièrcol, que ſobre la eſtèril tierra de mi ſeco ingenio hà caỳdo, la cul-

tivaciòn el tièmpo que hà que le sìrvo, y comunìco, y con esto espèro de dàr frutos de mi, que sèan de bendicion, tales que no desdigan, ni desìlizen de los sendèros de la buena criànça, que vuessa mercèd hà hecho en el agostado entendimièntomio. Riòse Don Quixote de las afectadas razònes de Sancho, y pareciòle sèr verdàd lo que dezìa de su enmièndа, porque de quando en quando hablàva de manèra, que le admìràva, puèsto que todas, ò las mas vezes que Sancho queria hablàr de oposicion, y à lo cortesàno, acabàva su razòn con despeñàrse del monte de su simplicidàd al profundo de su ignorancia; y en lo que èl se mostràva mas elegànte, y memoriòso, èra en traèr Refrànes, viniessen, ò no viniessen à pelo de lo que tratàva, como se avrà visto, y se avrà notàdo en el discùrso desta història.

En estas y en otras platicas se les pasò gran parte de la noche, y à Sancho le vino en voluntàd de dexàr caèr las compuèrtas de los ojos, como èl dezìa, quando querìa dormìr; y desaliñàndo el Rùzio, le diò pasto abundòso, y libre. No quitò la silla à Rozinànte, por sèr expresso mandamièntо de su Señor, que en el tiempo que anduviessen en campaña, ò no durmiessen debaxo de techado, no desaliñàsse à Rozinànte (antigua usànça establecìda, y guardàda de los andantes Cavallèros quitàr el freno, y colgàrle del arzòn de la silla, pero quitàr la silla al Cavallo, guarda:) Y assi lo hizo Sancho, y le diò la misma libertàd que al Rùzio, cùya amistàd dèl y de Ro-

Rozinànte fuè tan ùnica, y tan travàda, que ày fama por tradicion de padres à hijos, que el autor deſta verdadèra hiſtòria hizo partìculares capitulos della: Mas que por guardàr la decèncìa y decòro, que à tan heròica hiſtòria ſe deve, no los pùſo en ella; puèſto que algunas vezes ſe deſcùyda deſte ſu preſupuèſto, y eſcrìve, que aſſi como las dos beſtias ſe juntàvan, acudìan à raſcàrſe el ùno al otro; y que deſpues de cansàdos, y ſatisfèchos, cruçàva Rozinànte el peſcuèço ſobre el cuèllo del Rùzio, que le ſobràva de la otra parte mas de media vara; y miràndo los dos atentamènte al ſuèlo, ſe ſolìan eſtàr de aquella manèra tres dias, alomenos todo el tiempo que los dexàvan, ò no les compelía la hambre à buſcàr ſuſtento. Digo, que dizem, que dexò el autor eſcrito, que los avìa comparàdo en la amiſtàd à la que tuvièron Niſo, y Eurialo, y Pilades, y Oreſtes; y ſi eſto es aſſi, ſe podìa echàr de vèr para universàl admiracìon, quan firme deviò de sèr la amiſtàd deſtos dos pacificos animales; y para confusìon de los hombres que tan mal ſaben guardàrſe amiſtàd los unos à los otros. Por eſto ſe dixo: *No ay amìgo para amìgo: Las cañas ſe buèlven lanças:* Y el otro que cantò: *De amìgo à amìgo la Chinche, &c.* Y no le parèzca à alguno, que andùvo el autor algo fuera de camino en avèr comparàdo la amiſtad deſtos animales à la de los hombres; que de las beſtias hàn recibìdo muchos advertimièntos los hombres, y aprendìdo mùchas coſas de importancia, como ſon, de las cigueñas el

De blanda cera, y de diamante dùro.
Y à las lèyes de amor el alma ajùſto.
Blando qual es, ò fuèrte, ofrezco el pecho
Entallàdo, imprimìd lo que os dè guſto,
Que de guardàrlo eternamènte jùro.

Con un *Ay* arrancàdo, al parecèr, de lo intimo de ſu coraçòn, diò fin à ſu canto el Cavallèro del boſque, y de alli à un poco con voz doliente y laſtimàda dixo: O la mas hermoſa, y la mas ingràta muger del orbe! Como, que ſerà poſſible, Sereniſsìma Caſildèa de Vandalia, que hàs de conſentìr, que ſe consùma, y acabe en continuas peregrinaciònes, y en aſperos y dùros trabàjos eſte tu cautìvo Cavallèro? No baſta yà que hè hecho, que te confièſſen por la mas hermoſa del mùndo todos los Cavallèros de Navarra, todos los Leòneſes, todos los Tarteſios, todos los Caſtellànos, y finalmènte todos los Cavallèros de la Mancha? Eſſo no, dixo à eſta Sazòn Don Quixote, que yo sòy de la Mancha, y nunca tal hè confeſsàdo; ni podìa, ni devìa confeſsàr una coſa tàn perjudicial à la belleza de mi Señora: Y eſte tal Cavallèro, yà vèes tu Sancho, que deſvarìa: Pero eſcuchèmos, quiçà ſe declararà mas. Si harà, replicò Sancho, que termino lleva de quexàrſe un mes arrèo: Pero no fuè aſſi, porque avièndo entreoydo el Cavallèro del bòſque, que hablàvan cerca dèl, ſin paſsar adelante en ſu lamentacion, ſe pùſo en piè, y dixo con voz ſonora, y comedìda, Quien và allà? Que gente? Es por ventùra de la del nùmero de

los

los contentos, ò de la, del, de los aflixìdos? De los aflixìdos, reſpondiò Don Quixote. Pues llègueſe à mi, reſpondiò el del bòſque, y harà cuènta, que ſe llèga à la miſma triſtèza, y à la afliccion meſma. Don Quixote, que ſe viò reſpondèr tan tièrna, y comedidamènte, ſe llegò à èl, y Sancho ni mas, ni menos. El Cavallèro lamentador aſiò à Don Quixote del braço, diziendo: Sentàos aqui, Señor Cavallèro; que para entendèr que lo sòys, y de los que profèſſàn la andante Cavalleria, bàſtame el avèros hallado en eſte lugàr, donde la ſoledàd, y el Sereno os hazen compañía (naturales lechos, y propias eſtancias de los Cavallèros andantes.) A lo que reſpondiò Don Quixote: Cavallèro sòy, y de la profeſsìon que dezìs; y aunque en mi alma tièn̄en ſu proprio aſſiento las triſtèzas, las deſgràcias, y las deſventùras, no por eſſo ſe hà ahuyentàdo della la compaſſion que tèngo de las agènas deſdìchas. De lo que cantàſtes poco hà, colegì, que laſ vueſtras ſon enamorà-das (quièro dezìr) del amor que tenèys à aquella hermòſa ingrata, que en vueſtras lamentaciònes nombràſtes. Yà quando eſto paſsàvan, eſtàvan ſentàdos jùntos ſobre la dura tierra en buena paz y compañìa, como ſi al rompèr del dia no ſe huvièran de rompèr las cabèças. Por ventùra, Señor Cavallèro, preguntò el del bòſque à Don Quixote, sòys enamorádo? Por deſventùra lo sòy, reſpondiò Don Quixote, aunque los daños que nacèn de los bien colocàdos penſamièntos, ántes ſe deven tenèr por gràcias, que por deſdìchas.

Aſſi es la verdàd, replicò el del bòſque, ſino nos turbàſſen la razòn, y el entendimièntо los deſdenes, que ſièndo muchos, parècen vengànças. Nunca fuỳ deſdeñàdo de mi Señora, reſpondiò Don Quixote. No por cierto, dixo Sancho (que allì jùnto eſtàva) porque es mi Señora, como una borrèga mànſa, y mas blànda, que una mantèca. Es vueſtro eſcudèro eſte? preguntò el del bòſque? Si es, reſpondiò Don Quixote. Nunca hè viſto yo eſcudèro, replicò el del bòſque, que ſe atrèva à hablàr donde habla ſu Señor; alomenos aỳ eſtà eſſe mio, que es tan grande como ſu padre, y no ſe provarà, que ayà deſplegàdo el labio donde yo hàblo. Pues à fè, dixo Sancho, que hè hablàdo yo, y puèdo hablàr delante de otro tan, y aun: Quèdeſe aquì, que es peòr meneàllo. El eſcudèro del bòſque aſiò por el braço à Sancho, dizièndole: Vàmonos los dos donde podàmos hablàr eſcuderilmènte todo quanto quiſièremos; y dexèmos à eſtos Señores amos nueſtros, que ſe dèn de las haſtas, contàndoſe las hiſtòrias de ſus amores; que à buen ſegùro, que les hà de cogèr el dia en ellas, y no las hàn de avèr acabàdo. Sèa en buena hora, dixo Sancho; y yo le dirè à vueſſa mercèd quien sòy, para que vèa ſi puèdo entràr en dozena con los mas hablantes eſcudèros. Con eſto ſe apartàron los dos eſcudèros, entre los quales paſsò un tan graciòſo coloquio, como fuè grave el que paſsò entre ſus ſeñòres.

CA-

CAPITULO XIII.

Donde se prosìgue la aventùra del Cavallèro del bòsque, con el discreto, nuèvo y suàve coloquio que passò entre los dos escudèros.

DIVIDÌDOS estàvan Cavallèros, y escudèros; Estos contàndose sus vidas, y aquellos sus amòres: Pero la història cuenta primèro el razonamiènto de los moços, y luègo prosìgue el de los amos: Y assi dize, que apartàndose un poco dellos, el del bòsque dixo à Sancho: Trabajòsa vida es la que passàmos, y vivìmos, Señor mio, estos que somos escudèros de Cavallèros andantes. En verdàd que comèmos el pan en el sùdor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echò Dios à nuestros primeros padres. Tambien se puède dezìr, añadiò Sancho, que lo comèmos en el yèlo de nuestros cuèrpos; porque, quièn mas calòr, y mas frio, que los miseràbles escudèros de la andante Cavallerìa? Y aun menos mal si comièramos, *pues los duèlos con pan son menos*; pero tal vez ày que se nos passa un dia, ò dos sin desayunàrnos, sino es del viento que sòpla. Todo esso se puède llevàr, y conllevàr, dixo el del bòsque, con la esperança que tenèmos del prèmio; porque si demasiadamènte no es desgraciado el Cavallèro andante à quièn un escudèro sirve, por

por lo mènos à pocos lances ſe verà premiàdo con un hermòſo govierno de qual que inſula, ò con un Candàdo de buen parecèr. Yo, replicò Sancho, yà hè dicho à mi amo, que me contènto con el govierno de alguna inſula, y el es tan noble, y tan liberàl, que me le hà prometido muchas y divèrſas vezes. Yo, dixo el del boſque, con un canonicato quedarè ſatisfècho de mis ſervicios, y yà me le tiene mandado mi amo. Y que tal deve de sèr, dixo Sancho, ſu amo de vueſſa mercèd Cavallèro à lo ecleſiaſtico, y podrà hazer eſſas mercèdes, à ſus buenos eſcudèros; pero el mio es meramènte lego, aunque yo me acuèrdo, quando le querìan aconſejàr perſonas diſcretas (aunque à mi parecèr mal intencionàdas) que procuràſſe ſer Arçobiſpo; pero èl no quiſo ſino sèr Emperador, è yo eſtàva entonces temblàndo, ſi le venía en voluntàd de sèr de la Igleſia, por no hallàrme ſuficiente de tenèr beneficios por ella; porque le hago ſabèr à vueſſa mercèd, que aunque parèzco hombre, sòy una beſtia para sèr de la Igleſia. Pues en verdàd que lo yèrra vueſſa mercèd, dixo el del bòſque, à cauſa que los goviernos inſulanos no ſon todos de buena data; algunos àv torcidos, algunos pobres, algunos malenconicos, y finalmènte el mas erguydo, y bien diſpueſto tràe conſigo una peſada Carga de penſamièntos, y de incomodidàdes, que pone ſobre ſus ombros el deſdichàdo à quien le cùpo en ſuèrte. Harto mejor ſerìa, que los que profeſsàmos eſta maldita ſervidùmbre, nos retiràſſemos à nueſtras càſas, y alli nos entre-

tretuviéſſemos en exercìcios mas ſuàves, como ſi dixèſſemos, caçando, ò peſcàndo; que eſcudèro ày tan pobre en el mùndo, à quièn le falte un Rozin; y un par de galgos, y una caña de peſcàr con que entretenèrſe en ſu Aldèa? A mi no me falta nada deſſo, reſpondiò Sancho: verdàd es, que no tengo Rozin, pero tengo un Aſno, que vale dos vezes mas que el Cavallo de mi amo. Mala Paſcua me dè Dios, y ſea la primèra que vinière, ſi le trocàra por èl, aunque me dièſſen quatro fanegas de cebada encima. A burla tendrà vueſſa mercèd el valor de mi Rùzio que Rùzio es el color de mi Jumento. Pues galgos no me avìan de faltàr, avièndolos ſobràdos en mi puèblo; y mas que entonces es la caça mas guſtoſa, quando ſe haze à coſta agèna. Real, y verdaderamènte, reſpondiò el del bòſque, Señor eſcudèro, que tengo propuèſto, y determinàdo de dexàr eſtas borracherìas deſtos Cavallèros, y retiràrme à mi aldèa, y criàr mis hijitos, que tengo tres, como tres orientales perlas. Dos tengo yo, dixo Sancho, que ſe pueden preſentàr al Papa en persòna, eſpecialmènte una muchacha, à quièn crìo para Condeſſa, ſi Dios fuère ſervido, aunque à pesàr de ſu madre. Y que edàd tiene eſſa Señora, que ſe crìa para Condeſſa? preguntò el del bòſque. Quinze años, dos mas à menos, reſpondiò Sancho, pero es tan grande como una lança, y tan freſca como una mañana de abril, y tiene una fuerça de un ganapan. Partes ſon eſſas, reſpondiò el del bòſque, no ſolo para ſer Condeſſa, ſino para ſer Ninfa del verde

verde bòſque. O hideputa, puta y que Rejo deve de tenèr la vallaca! A lo que reſpondiò Sancho, (algo mohino:) Ni ella es puta, ni lo fuè ſu madre, ni lo ſerà ninguna de las dos, Dios querièndo, mientras yo vivière. Y hàbleſe mas comedidamènte, que para avèrſe criado vueſſa mercèd entre Cavallèros andantes, que ſon la miſma corteſia, no me parècen muy concertàdas eſſas palabras. O que mal ſe le entiènde à vueſſa mercèd, replicò el del bòſque, de achaque de alabança, Señor eſcudèro. Como, y no ſabe, que quàndo algun Cavallèro dà una buena lançada al toro en la plaça, ò quàndo alguna perſona haze alguna coſa bien hecha, ſuèle dezìr el vulgo: O hideputa puto, y que bien que lo hà hecho? Y aquello que parèce vitupèrio, en aquel termino, es alabança notable? Y renegàd vos, Señor, de los hijos, ò hijas, que no hazen obras, que merèzcan, ſe les dèn à ſus padres loòres ſemejàntes. Si reniègo, reſpondiò Sancho, y deſſe modo, y por eſſa miſma razòn podìa echàr vueſſa mercèd à mis hijos, y à mi muger toda una puterìa encima, porque todo quanto hazen, y dizen ſon eſtremos dignos de ſemejantes alabànças; y para bolvèrlos à vèr, ruego yo à Dios, me ſaque de pecado mortal, que lo meſmo ſerà, ſi me ſaca deſte peligròſo oficio de eſcudèro, en el qual hè incurrido ſegunda vez, cebado, y engañado de una bolſa con cien ducados, que me hallè un dia en el coraçòn de Sierra Morena, y el Diablo me pone ante los ojos, aqui, alli, acà no, ſino acullà, un talègo lièno de doblones, que

me

me parèce, que à cada paſſo le toco con la mano, y me abràço con èl, y lo llevo à mi caſa, y echo cenſos, y fundo rentas, y vivo como un Principe; y el rato que en eſto pienſo ſe me hazen faciles, y llevadèros quantos trabàjos padezco con eſte mèntecato de mi amo, de quièn sè, que tiene mas de loco, que de Cavallèro. Por eſſo, reſpondiò el del bòſque, dizen, que *la codicia rompe el ſaco*; y ſi và à tratàr dellos, no ay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos que dizen; *cuydados agenos matan al Aſno*; pues porque cobre otro Cavallèro el juỳzio que hà perdido, ſe haze èl loco, y anda buſcando lo que no sè, ſi deſpues de hallàdo, le hà de ſalir à los hozìcos. Y es enamoràdo por dicha? preguntò Sancho. Si, dixo el del bòſque, de una tal Caſildèa de Vandalia, la mas crùda, y la mas asàda Señora, que en todo el orbe puede hallàrſe; pero no coxèa del piè de la crudeza, que otros mayores embùſtes le gruñen en las entrañas, y ello dirà antes de muchas horas. No ày camìno tan llano, replicò Sancho, que nò tenga algun tropezòn, ò barrànco: En otras caſas cuèzen habas, y en la mia à calderàdas: Mas acompañàdos, y paniaguàdos deve de tenèr la locura, que la diſcrecion. Mas ſi es verdàd lo que comunmènte ſe dize, que el tenèr compañèros en los trabàjos, ſuèle ſervìr de alivio en ellos, con vueſtra mercèd podrè conſolàrme, pues ſirve à otro Amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, reſpondiò el del bòſque, y mas vellaco que tonto, y que valièn-

te.

te. Eſſo no es el mio, reſpondiò Sancho? digo que no tiène nada de vellaco, antes tiene una alma como un càntaro; no ſabe hazèr mal à nadie, ſino bien à todos; ni tiene malìcia alguna; un niño le harà entendèr que es de noche en la mitad del dia; y por eſta ſenzillèz le quièro como à las telas de mi coraçòn, y no me amaño à dexàrle por mas diſparàtes que haga. Con todo eſſo, hermàno, y Señor, dixo el del bòſque, ſi el ciègo guìa al ciègo, ambos vàn à peligro de caèr en el hoyo. Mejor es retiràrnos con buen compàs de piès, y bolvèrnos à nueſtras Querèncias; que los que bùſcan aventùras, no ſiempre las hallan buenas.

ESCUPÌA Sancho à menùdo, al parecèr, un cierto genero de Saliva pegajòſa, y algo ſeca, lo qual viſto, y notàdo por el caritativo boſquerìl eſcudèro, dixo: Parèceme, que de lo que hèmos hablado ſe nos pegan al paladàr las lenguas; pero yo traygo un deſpegador pendiènte del arzòn de mi Cavallo, que es tal, como bueno; y levantàndoſe, bolviò deſde alli à un poco con una gran bota de vino, y una empanada de media vara; y no es encarecimièntо, porque era de un conejo albar tan grande, que Sancho, al tocàrla, entendiò sèr de algun cabron, no que de cabrito: Lo qual viſto por Sancho dixo: Y eſto tràe vueſſa mercèd conſigo, Señor? Pues que ſe pensàva, reſpondiò el otro? Sòy yo por ventùra algun eſcudèro de agua, y lana? Mejor repueſto tràygo yo en las ancas de mi Cavàllo, que lleva conſigo, quando và de camìno,

mìno, un General. Comiò Sancho ſin hazèrſe de rogàr, y tragàva à eſcuras bocados de nudos de ſuelta, y dixo: Vueſſa mercèd ſi que es eſcudèro fiel, y legàl, moliènte, y corriènte, magnifico, y grande, como lo mueſtra eſte banquète, que ſino hà venido aqui por arte de encantamiènto, parècelo alomenos; y no, como yo mezquìno, y malaventuràdo, que ſolo tràygo en mis alforjas un poco de queſo tan duro, que pueden deſcalabràr con èllo à un Gigante, à quièn hazen compañía quatro dozenas de algarròbas, y otras tantas de avellanas, y nuezes: Mercèdes à la eſtrechèza de mi dueño, y à la opinion que tiene, y orden que guàrda, de que los Cavallèros andantes no ſe hàn de mantenèr, y ſuſtentàr ſino con frùtas sècas, y con las yèrvas del campo. Por mi fè, hermàno, replicò el del bòſque, que yo no tengo hecho el eſtòmago, à tagarninas, ni à Piruètanos, ni à rayzes de los montes: Allà ſe lo àyan con ſus opiniònes, y leyes cavallerèſcas nueſtros amos, y coman lo que ellos mandàren. Fiambrèras tràygo, y eſta bota colgàndo del arzòn de la ſilla por ſi, ò por no; y es tan devota mia, y quièrola tanto, que pocos ratos ſe paſſàn, ſin que le dè mil beſos, y mil abràços; y dizièndo eſto, ſe la pùſo en las manos à Sancho, el qual empinàndola, pueſta à la boca, eſtùvo miràndo las eſtrellas un quarto de hora; y en acabàndo de bebèr, dexò caèr la cabeça à un lado, y dando un gran ſuſpiro, dixo: O hideputa, vellaco, y como es catolico! Vèys aî, dixo el del bòſque, en oyèndo

el hidepùta de Sancho, como avèys alabàdo eſte vino, llamàndòle hidepùta? Digo, reſpondiò Sancho, que confieſſo, y que conozco, que no es deſhonra llamàr hijo de pùta à nadie, quando càe debaxo del entendimièntode alabàrle. Pero dìgame, Señor, por el ſiglo de lo que mas quière, eſte vino es de Ciudad Real? bravo Moxon, reſpondiò el de bòſque; en verdàd que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidàd. A mi con eſſo, dixo Sancho, no tomèys menos, ſino que ſe me fuèra à mi por alto dàr alcànce à ſu conocimièntо. No ſerà bueno, Señor eſcudèro, que tenga yo un inſtinto tan grande, y tan natural en eſto de conocèr vinos, que en dàndome à olèr qualquièra, acièrto la patria, el linàge, el ſàbor, y la dùra, y las buelтas que hà de dàr con todas las circunſtancias al vino atañedèras? Pero no àу de que maravillàrſe, ſi tùve en mi linàge por parte de mi padre los dos mas excelentes Moxones, que en luengos años conociò la Mancha: Para prueva de lo qual les ſucediò lo que aora dirè.

DIÈRONLES à los dos à provàr del vino de una cuba, pidièndoles ſu parecèr del eſtàdo, calidàd, bondàd, ò malicia del vino. El uno lo provò con la punta de la lengua: El otro no hizo mas de llegàrlo à las narizes. El primèro dixo, que aquel vino ſabìa à hièrro: El ſegundo dixo, que mas ſabìa à cordovàn. El dueño dixo, que la cùba eſtàva limpia, y que el tal vino no tenía adobo alguno, por donde huvièſſe tomado ſàbor de hièrro, ni de cordovàn. Con todo eſſo los dos famoſos

moſos Moxones ſe afirmàron en lo que avìan dicho. Andàvo el tiempo; vendiòſe el vino, y al limpiàr de la cùba hallàron en ella una llàve pequeña pendiènte de una corrèa de cordovàn. Porque vèa vueſſa mercèd, ſi quièn viene deſta ralèa, podrà dàr ſu parecèr en ſemejantes cauſas. Por eſſo digo, dixo el del boſque, que nos dexèmos de andàr buſcàndo aventùras; y pues tenèmos hogaças, no buſquèmos tortas; y bolvàmonos à nueſtras chòças, que alli nos hallarà Dios, ſi el quière. Haſta que mi amo llegue à Zaragoça, dixo Sancho, le ſervirè, que deſpues todos nos entenderèmos. Finalmènte tanto hablàron, y tanto bebièron los dos buenos eſcudèros, que tùvo neceſſidàd el ſueño de atàrles las lenguas, y templàrles la sèd (que quitàrſela, fuèra impoſſible;) y aſſi aſidos entrambos de la ya caſi vazía bota, con los bocados à medio maſcàr en la boca ſe quedàron dormidos, donde los dexarèmos por aora, por contàr lo que el Cavallèro del boſque paſsò con el de la triſte Figura.

CAPITULO XIV.

Donde ſe proſìgue la aventùra del Cavallèro del Boſque.

ENTRE muchas razones que paſsàron Don Quixote, y el Cavallèro de la Selva, di-

ze la hiſtòria, que el del Boſque dixo à Don Quixote: Finalmènte, Señor Cavallero, quièro que ſepàys, que mi deſtino, ò por mejor dezir, mi eleccion me trùxo à enamoràrme de la ſin pàr Caſildèa de Vandalia: Llàmola, ſin pàr, porque no le tiene, aſſi en la Grandeza del cuerpo, como en el eſtremo del eſtado, y de la hermosùra. Eſta tal Caſildèa, pues, que vòy contando, pagò mis buenos penſamièntos, y comedidos deſſeos con hazèrme ocupàr (como ſu Madrina à Hercules) en muchos, y diverſos peligros, prometièndome al fin de cada uno, que en el fin del otro llegarìa el de mi eſperànça; pero aſſi ſe han ido eſlabonàndo mis trabajos, que no tienen cuento; ni sè yo, qual ha de sèr el ùltimo, que dè principio al cumplimièntо de mis buenos deſſeos. Una vez me mandò, que fuèſſe à deſafiàr à aquella famoſa Giganta de Sevilla, llamàda la Giralda, que es tan valiente, y fuèrte como hecha de bronze, y ſin mudàrſe de un lugar, es la mas movible, y boltaria muger del mundo. Lleguè, vila, y vencila, y hìzela eſtàr queda, y à raya, porque en mas de una ſemana no ſoplàron ſino vientos nortes. Vez tambien hùvo, que me mandò, fuèſſe à tomàr en peſo las antiguas piedras de los valientes Toros de Guiſando: Empreſa mas para encomendàrſe à Ganapanes, que à Cavallèros. Otra vez me mandò, que me precipitàſſe, y ſumièſſe en la ſima de Cabra (peligro inaudito, y temeròſo) y que le truxèſſe particular relacion de lo que en aquella eſcura profundidàd ſe encièrra. Detùve

tùve el movimiènto à la Giralda, pesè los Toros de Guiſando, deſpeñème en la Sima, y ſaquè à luz lo eſcondido de ſu abiſmo; y mis eſperanças muertas que muertas, y ſus mandamièntos, y deſdenes vivos que vivos. En reſolucion, ultimamènte me ha mandado, que diſcùrra por todas las provincias de Eſpaña, y haga confeſsàr à todos los andantes Cavallèros, que por ellas vagàren, que ella ſola es la mas aventajada en hermoſùra de quantas oy viven; y que yo sòy el mas valiente, y el mas bien enamoràdo Cavallèro del orbe, en cuya demanda hè andado yà la mayor parte de Eſpaña, y en ella hè vencido muchos Cavallèros, que ſe hàn atrevìdo à contradezírme. Pero de lo que yo mas me prècio, y uſàno, es, de avèr vencìdo en ſingulàr batalla à aquel tan Famoſo Cavallèro Don Quixote de la Mancha, y hèchole confeſsàr, que es mas hermòſa mi Caſildèa, que ſu Dulcinèa; y en ſolo eſte vencimièntо hago cuènta, que hè vencido todos los Cavallèros del mundo, porque el tal Don Quixote que digo, los hà vencìdo à todos, y avièndole yo vencido à èl, ſu gloria, ſu fama, y ſu honra ſe hà transferìdo, y paſſado à mi perſona; y tanto el vencedòr es mas honràdo, quanto mas el vencìdo es reputàdo: Aſſi que yà corren por mi cuenta, y ſon mias las inumerables hazañas del yà referìdo Don Quixote.

ADMIRADO quedò Don Quixote de oìr al Cavallèro del Boſque; y eſtùvo mil vezes por dezìrle que mentía, y ya tùvo el *mentís* en el pico de la lengua; pero reportòſe lo me-

jor que pùdo, por hazèrle confeſsàr por ſu propria boca ſu mentira; y aſſi ſoſſegadamènte le dixo: De que vueſſa mercèd, Señor Cavallèro àya vencìdo à los mas Cavallèros andantes de Eſpaña, y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que àya vencìdo à Don Quixote de la Mancha, pòngolo en duda: Podrìa sèr que fuèſſe otro que le parecièſſe, aunque ày pocos que le parezcan. Como no? replicò el del Boſque: Por el Cielo que nos cùbre, que peleè con Don Quixote, y le vencì, y rendì, y es un hombre alto de cuerpo, ſeco de roſtro, eſtirado, y avellanado de miembros, Entrecano, la nariz aguileña, y algo corba, de vigotes grandes, negros, y caydos. Campèa debaxo del nombre del Cavallèro de la triſte Figura; y tràe por eſcudèro à un labradòr, llamado Sancho Pança: Oprìme el lomo, y rige el freno de un famoſo Cavallo, llamàdo Rozinànte; y finalmènte tiene por Señora de ſu voluntàd à una tal Dulcinèa del Tobòſo, llamada un tiempo Aldonça Lorenço; como la mia, que por llamàrſe Caſilda, y sèr de la Andaluzia, yo la llamo Caſildèa de Vandalia. Si todas eſtas ſeñas no baſtan para acreditàr mi verdàd, aquì eſtà mi eſpada, que la harà dàr credito à la miſma incredulidàd. Soſſegàos, Señor Cavallèro, dixo Don Quixote, y eſcuchàd lo que dezìros quièro.

AVÈYS de ſabèr, que eſſe Don Quixote que dezìs es el mayor amigo, que en eſte mundo tengo, y tanto, que podrè dezìr, que le tengo en lugar de mi miſma perſona, y que por las ſeñas que dèl me avèys dado tan puntuales,

tuàles, y ciertas, no puedo pensàr, ſino que sèa el miſmo que avèys vencìdo. Por otra parte vèo con los ojos, y toco con las manos, no sèr poſſible sèr el miſmo; ſi yà no fuèſſe, que como èl tiene muchos enemigos encantadòres (eſpecialmènte uno que de ordinàrio le perſigue) no àya alguno dellos tomàdo ſu figura, para dexàrſe vencèr, por defraudàrle de la fama, que ſus altas cavallerìas tienen grangeàda, y adquirida por todo lo deſcubièrto de la tierra. Y para confirmacion deſto quièro tambien que ſepàys, que los tales encantadòres ſus contràrios no hà mas de dos dias, que transformàron la figura, y perſona de la hermoſa Dulcinèa del Tobòſo en una aldeana ſoèz, y baxa; y deſta manera avràn transformàdo à Don Quixote: Y ſi todo eſto no baſta para enteràros en eſta verdàd, que digo; aquì eſtà el meſmo Don Quixote, que la ſuſtentarà con ſus armas à piè, ò à cavallo, ò de qualquièra ſuerte que os agradàre: Y dizièndo eſto, ſe levantò en piè, y empuñò la eſpada, eſperàndo, que reſoluciòn tomarià el Cavallèro del Boſque; El qual con voz aſſi meſmo ſoſſegàda, reſpondiò, y dixo: Al buen pagador no le duelen prendas. El que una vez, Señor Don Quixote, pùdo vencèros transformado, bien podrà tenèr eſperànça de rendiros en vueſtro propio sèr. Mas porque no es bien que los Cavallèros hagan ſus fechos de armas à eſcùras, como los ſalteadòres, y ruſianes, eſperèmos el dia, para que el Sol vèa nueſtras obras: Y hà de sèr Condicion de nueſtra Batalla, que el vencìdo

hà de quedàr à la voluntàd del vencedòr, para que haga dèl todo lo que quisière, con tal que sèa decente à Cavallèro lo que se le ordenàre. Sòy mas que contento dessa condicion y conveniència, respondiò Don Quixote; y en dizièndo esto, se fuèron donde estàvan sus escudèros, y los hallàron roncàndo, y en la misma forma que estàvan, quando les saltò el sueño. Despertàronlos, y mandàronles, que tuviessen à punto los Cavallos, porque en salièndo el sol, avìan de hazer los dos una sangriènta, singulàr, y desiguàl batalla. A cuyas nuevas quedò Sancho atonito, y pasmado, temeròso de la salùd de su amo, por las valentías que avìa oydo dezìr del sùyo al escudèro del Bosque: Pero sin hablàr palabra se fuèron los dos escudèros à buscàr su ganado (que yà todos tres Cavallos y el Ruzio se avìan olido, y estàvan todos juntos.)

En el camino dixo el del Bosque à Sancho: Hà de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleàntes de la Andaluzìa, quando son padrinos de alguna pendencia, no estàrse ociòsos mano sobre mano en tanto que sus ahijados riñen. Dìgolo, porque estè advertìdo, que mièntras nuestros dueños riñen, nosotros tambien hèmos de peleàr, y hazernos astillas. Essa costumbre, Señor escudèro, respondiò Sancho, allà puede correr, y pasàr con los rufianes, y peleàntes que dize; pero con los escudèros de los Cavallèros andantes, ni por pienso; alomenos yo no hè oydo dezìr à mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanças de la andan-

El Bachiler Samson Carasco, con nombre del Cavallero de los Espejos, vensido por D. Quixote, quien le ordena de hirse echar a los piés de Dulcinea.
Tom. III. pag. 209.

J. Fokke sculp.

te Cavallería. Quanto mas, que yo quièro que sèa verdàd y ordenànça exprèſſa el peleàr los eſcudèros en tanto que ſus ſeñores pelèan; pero yo no quièro cumplirla, ſino pagàr la pena, que eſtuvière pueſta à los tales pacifícos eſcudèros, que yo aſſegùro, que no paſſe de dos libras de cera; y mas quièro pagàr las tales libras (que sè que me coſtaràn menos) que las hilas que podrè gaſtar en curàrme la cabeça, que yà me la cuento por partìda, y dividida en dos partes; y mas que me impoſſibilita el reñir el no tenèr eſpada, pues en mi vida me la pùſe. Para eſſo sè yo un buen remedio, dixo el del Boſque, yo tràygo aquì dos talègas de lienço de un miſmo tamaño; tomarèys vos la una, y yo la otra, y reñirèmos à talegàços con armas iguales. Deſſa manera sèa en buena hora, reſpondiò Sancho, porque antes ſervirà la tal pelèa de deſpolvoreàrnos, que de herìrnos. No ha de sèr aſſi, replicò el otro, porque ſe han de echàr dentro de las talègas, porque no ſe las lleve el Ayre, media dozena de guijarros lindos, y pelados, que peſen tanto los unos como los otros; y deſta manera nos podèmos atalegàr, ſin hazèrnos mal, ni daño. Miràd, cuerpo de mi padre, reſpondiò Sancho, que Martas cebollinas, ò que Copos de Algodòn cardàdo pone en las talègas para no quedàr molidos los caſcos, y hechos alheña los hueſſos? Pero aunque ſe llenàran de capullos de Seda, ſepa, ſeñor mio, que no hè de peleàr. Pelèen nueſtros amos, y allà ſe lo àyan, y bebàmos y vivàmos nofotros, que el tiempo tiene cuydàdo

de quitàrnos las vidas, ſin que andèmos buſcàndo apetitos, para que ſe acàben antes de llegàr ſu ſazòn, y termino, y que ſe càyan de madùras. Con todo, replicò el del Boſque, hèmos de peleàr, ſi quièra, media hora. Eſſo no, reſpondiò Sancho; no ſerè yo tan deſcortès, ni tan deſagradecìdo, que con quièn hè comido, y hè bebido trabe queſtion alguna, por minima que sèa; quanto mas, que eſtàndo ſin còlera, y ſin enojo, quièn diablos ſe hà de amañàr à reñìr à ſecas? Para eſſo, dixo el del Boſque, yo darè un ſuficiènte remedio; y es, que antes que comencèmos la pelèa, yo me llegarè bonitamènte à vueſſa mercèd, y le darè tres ò quatro bofetàdas, que dè con el à mis piès, con las quales le harè deſpertàr la còlera, aunque eſtè con mas ſueño que un Liròn. Contra eſſe corte sè yo otro, reſpondiò Sancho, que no le và en çaga: Cogerè yo un garrote, y antes que vueſſa mercèd llegue à deſpertàrme la còlera, harè yo dormìr à garrotazos de tal ſuerte la ſuya, que no deſpièrte, ſino fuère en el otro mundo, en el qual ſe ſabe, que no ſoy yo hombre que me dexo manoſeàr el roſtro de nadie, y cada uno mire por el viròte: Aunque lo mas acertàdo ſería, dexàr dormìr ſu còlera à cada uno; que no ſabe nadie el alma de nadie; y tal ſuèle venìr por lana, que buelve trasquilado; y Dios bendixo la paz, y maldixo las riñas; porque ſi un gato acosàdo, encerràdo, y apretàdo ſe buèlve en leòn, yo que sòy hombre, Dios ſabe en lo que podrè bolvèrme; y aſſi deſde aora intìmo à vueſſa mer-

ced,

cèd, Señor eſcudèro, que corra por ſu cuenta todo el mal y daño, que de nueſtra pendencia reſultàre. Eſtà bien, replicò el del Boſque, amanecerà Dios, y medrarèmos.

En eſto yà començàvan à gorgeàr en los Arboles mil ſuertes de pintados pajarillos, y en ſus divèrſos, y alègres cantos parecìa, que dàvan la norabuena, y ſaludàvan à la fresca Aurora, que yà por las puertas, y balcònes del Oriènte ìva deſcubrièndo la hermosùra de ſu roſtro, ſacudièndo de ſus cabellos un numero infinito de liquidas perlas, en cuyo ſuave licòr bañàndoſe las yervas, parecìa aſſi miſmo, ellas brotàvan, y llovìan blanco, y menudo Aljofar. Los ſauces deſtilàvan manà ſabròſo, reyanſe las fuèntes, murmuràvan los arroyos, alegràvanſe las ſelvas, enriquecìanſe los prados con ſu venida. Mas apenas diò lugar la claridàd del dia para vèr, y diferenciàr las coſas, quando la primera, que ſe ofreciò à los ojos de Sancho Pança, fuè la nariz del eſcudèro del Boſque, que era tan grande, que caſi le hazìa ſombra à todo el cuerpo. Cuèntaſe en efecto, que era de demaſiàda grandèza, corba en la mitàd, y toda llena de berrugas de colòr amoratàdo como de verengènas: Baxàvale dos dedos mas abaxo de la boca, cuya grandèza, colòr, berrugas, y encorbamiènto aſſi le afeàvan el roſtro, que en vièndole Sancho, començò à herir de piè, y de mano como niño con Alferezìa, y propùſo en ſu coraçòn de dexàrſe dàr dozientas bofetàdas antes que deſpertàr la coléra, para reñir con aquel veſtiglo.

Don

DON Quixote mirò à ſu contendòr, y hallòle yà pueſta, y calada la Celada, de modo que no le pùdo vèr el roſtro; pero notò que era hombre membrùdo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traỳa una ſobreviſta, ò caſaca de una tela, al parecèr, de oro finiſſimo, ſembradas por ella muchas lunas pequeñas de reſplandecièntes eſpèjos, que le hazian en grandiſſima manera galan, y viſtòſo. Bolàvanle ſobre la celada grande cantidàd de plumas verdes, amarillas, y blancas. La lança que tenía arrimàda à un arbol, era grandiſſima, y gruèſſa, y de un hierro azeràdo de mas de un Palmo. Todo lo mirò, y todo lo notò Don Quixote, y juzgò de lo viſto, y miràdo, que el yà dicho Cavallèro devía de sèr de grandes fuerças; pero no por eſſo temiò como Sancho Pança, antes con gentil Denuèdo dixo al Cavallèro de los eſpèjos: Si la mucha gana de peleàr, Señor Cavallèro, no os gaſta la cortesìa, por ella os pido, que alcèys la visèra un poco, porque yo vèa, ſi la gallardia de vueſtro roſtro reſponde à la de vueſtra diſpoſicion. O vencìdo, ò vencedòr que ſalgàys deſta Empreſa Señor Cavallèro, reſpondiò el de los eſpèjos, os quedarà tiempo, y eſpàcio demaſiàdo para vèrme; y ſi aora no ſatisfago à vueſtro deſsèo es por parecèrme, que hago notable agravio à la hermòſa Caſildèa de Vandalia, en dilatàr el tiempo que tardàre en alçàrme la visèra, ſin hazèros confeſsàr lo que yà ſabèys, que pretèndo. Pues en tanto que ſubìmos à Cavallo, dixo Don Quixote, bien podèys dezirme, ſi sòy yo aquel

Don

Don Quixote, que dixìſte avèr vencìdo? A eſſo os reſpondèmos, dixo el de los eſpèjos, que parecèys, como ſe parèce un huèvo à otro, al miſmo Cavallèro, que yo vencì; pero ſegun vos dezìs, que le persìguen encantadòres, no oſarè afirmàr, ſi sòys el contenido, ò no. Eſſo me baſta à mi, reſpondiò Don Qnixote, para que crèa vueſtro engaño: Empero para ſacàros dèl, de todo punto, vengan nueſtros Cavallos; que en menos tiempo que el que tardàredes en alçàros la visèra, ſi Dios, ſi mi Señora, y mi braço me valen, verè yo vueſtro roſtro, y vos verèys, que no sòy yo el vencìdo Don Quixote que pensàys. Con eſto, acortàndo razones, ſubièron à Cavallo, y Don Quixote bolviò las riendas à Rozinante para tomàr lo que convenía del campo, para bolvèr à encontràr à ſu contràrio, y lo meſmo hizo el de los eſpèjos; pero no ſe avìa apartado Don Quixote veynte paſſos, quando ſe oyò llamàr del de los eſpèjos, y partièndo los dos el camino, el de los eſpèjos le dixo: Advertìd, Señor Cavallèro, que la condicion de nueſtra batalla es, que el vencìdo, como otra vez hè dicho, ha de quedàr à diſcrecion del vencedòr. Yà la sè, reſpondiò Don Quixote, con tal que lo que ſe le impuſière, y mandàre al vencìdo, hàn de ſer coſas, que no ſalgan de los limites de la Cavalleria. Aſſi ſe entiende, reſpondiò el de los eſpèjos. Ofrecièronſele en eſto à la viſta de Don Quixote las eſtrañas narizes del eſcudèro, y no ſe admirò menos de vèrlas que Sancho, tanto que le juzgò por algun monſtro, ò por hombre nue-

nuevo, y de aquellos que no ſe ùsan en el mundo. Sancho, que viò partìr à ſu amo para tomàr carrèra, no quiſo quedàr ſolo con el narigùdo, temièndo que con ſolo un paſſagonçalo con aquellas narizes en las ſuyas, ſerìa acabàda la pendencia ſuya, quedàndo del Golpe, ò del Miedo tendido en el ſuelo; y fuèſſe tras ſu amo aſido à un arzòn de Rozinante; y quando le pareciò, que yà era tiempo que bolvièſſe, le dixo: Sùplico à vueſſa mercèd, Señor mio, que antes que buèlva à encontràrſe, me ayùde à ſubìr ſobre aquel alcornoque, de donde podrè vèr mas à mi ſabor, mejor que deſde el ſuelo, el gallàrdo encuèntro que vueſſa mercèd hà de hazèr con eſte Cavallèro. Antes crèo, Sancho, dixo Don Quixote, que te quières encaramàr, y ſubìr en Andamio por vèr ſin peligro los toros. La verdàd que diga, reſpondiò Sancho, las deſaforàdas narizes de aquel eſcudèro me tienen atonito, y lleno de eſpanto, y no me atrèvo à eſtàr junto à èl. Ellas ſon tales, dixo Don Quixote, que à no sèr yo quièn sòy, tambien me aſombraran; y aſſi ven, ayudàrtehè à ſubìr donde dizes.

En lo que ſe detùvo Don Quixote en que Sancho ſubièſſe en el Alcornòque, tomò el de los eſpèjos del campo lo que le pareciò neceſsàrio; y creyèndo que lo miſmo avrìa hecho Don Quixote, ſin eſperàr ſon de trompeta, ni otra ſeñal que los avisàſſe, bolviò las riendas à ſu Cavallo (que no era mas ligèro, ni de mejor parecèr que Rozinante) y à todo ſu correr, (que era un mediano trote), iva à

go-

encontràr à ſu enemigo; pero vièndole ocupàdo en la ſubida de Sancho, detùvo las riendas, y paròſe en la mitàd de la carrèra, de lo que el Cavallo quedò agradecidiſſimo, à cauſa que ya no podia movèrſe. Don Quixote, que le pareciò que yà ſu enemigo venía volando, arrimò reziamènte las eſpuèlas à las traſhijadas de Rozinante, y le hizo aguijàr de manera, que cuenta la hiſtòria, que eſta ſola vez ſe conociò avèr corrido algo, porque todas las demàs ſiempre fuèron trotes declaràdos; y con eſta no viſta fùria llegò donde el de los eſpèjos eſtàva hincando à ſu Cavallo las eſpuelas haſta los Botones, ſin que le pudièſſe movèr un ſolo dedo del lugar donde avìa hecho Eſtanco de ſu carrèra. En eſta buena ſazòn, y Coyuntùra hallò Don Quixote à ſu contrario embaraçàdo con ſu cavallo, y ocupàdo con ſu lança, que nunca, ò no acertò, ò no tùvo lugar de ponèrla en riſtre. Don Quixote; que no miràva en eſtos inconvenièntes, à ſalvamano, y ſin peligro alguno encontrò al de los eſpèjos con tanta fuerça, que mal de ſu grado le hizo venìr al ſuelo por las ancas del Cavallo, dando tal caỳda, que ſin movèr piè, ni mano diò ſeñales de que eſtàva muèrto. Apenas le viò caỳdo Sancho, quando ſe deſlizò del alcornòque, y à toda prièſſa vino donde ſu Señor eſtàva; el qual apeàndoſe de Rozinante, fuè ſobre el de los eſpèjos, y quitàndole las lazadas del yelmo para vèr ſi era muerto, y para que le dièſſe el ayre ſi à caſo eſtàva vivo, viò (quien podrà dezir lo que viò, ſin causàr admiracion, maravilla, y

ce-

eſpanto à los que lo oyèren?) Viò, dize la hiſtòria, el roſtro meſmo, la miſma figura, el meſmo aſpecto, la miſma fiſonomía, la miſma efigie, la perſpectiva meſma del Bachillèr Sanſon Carràſco; y aſſi como la viò, en altas vozes dixo: Acude, Sancho, y mira lo que has de vèr, y no lo has de creèr: Aguija hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que puèden los hechizèros, y los encantadòres. Llegò Sancho, y como viò el roſtro del Bachillèr Carràſco, començò à hazèrſe mil cruzes, y à ſantiguàrſe otras tantas; y en todo eſto no dava mueſtras de eſtàr vivo el derribado Cavallèro; y Sancho dixo à Don Quixote: Sòy de parecèr, Señor mio, que por ſi, ò por no, vueſſà mercèd hinque, y meta la eſpada por la boca à eſte que parèce el Bachillèr Sanſon Carraſco, quiçà matarà en èl à alguno de ſus enemigos los encantadòres. No dizes mal, dixo Don Quixote, porque de los enemigos los menos; y ſacàndo la eſpada para ponèr en efecto el avìſo y conſejo de Sancho, llegò el eſcudèro del de los eſpèjos, yà ſin las narizes que tan feo le avìan hecho, y à grandes vozes dixo: Mire vueſſa mercèd lo que haze, Señor Don Quixote, que eſſe, que tiene à los pies, es el Bachillèr Sanſon Carràſco ſu amigo, y yo sòy ſu eſcudèro. Y vièndole Sancho ſin aquella fealdàd primera, le dixo: Y las narizes? A lo que èl reſpondiò, aquì las tengo en la faldriquèra, y echàndo mano à la derecha, ſacò unas narizes de paſta, y barnìz de maſcara, de la manifatùra que quedan delineàdas; y miràndole

mas

mas y mas Sancho, con voz admirativa y grande dixo: Santa Maria, y vàlme! Eſte no es Tomè Cecial mi vezino, y mi compadre? Y como ſi lo sòy, reſpondiò el yà deſnarigado eſcudèro. Tomè Cecial sòy, Compadre y amigo, Sancho Pança, y luego os dirè los arcadùzes, embùſtes, y enrèdos por donde sòy aquì venido; y en tanto pedìd, y ſuplicàd al Señor vueſtro amo, que no toque, maltràte, hièra, ni mate al Cavallèro de los eſpèjos, que à ſus piès tiene, porque ſin duda alguna es el atrevìdo, y mal aconſejàdo Bachillèr Sanſon Carràſco nueſtro compatrioto.

EN eſto bolviò en ſi el de los eſpèjos, lo qual viſto por Don Quixote, le pùſo la punta deſnuda de ſu eſpada encima del roſtro, y le dixo: Muerto sòys, Cavallèro, ſino confeſsàys, que là ſin par Dulcinèa del Tobòſo ſe aventàja en belleza à vueſtra Caſildèa de Vandalia. Y demas deſto avèys de prometèr (ſi deſta contienda, y caỳda quedàredes con vida) de ir à la Ciudad del Tobòſo, y preſentàros en ſu preſencia de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntàd le viniére; y ſi os dexàre en la vueſtra, aſſi miſmo avèys de bolvèr à buſcàrme; que el raſtro de mis hazañas os ſervirà de guìa, que os trayga donde yo eſtuvière, y à dezìrme lo que con ella huvièredes paſſado: Condiciones; que conforme à las que puſimos antes de nueſtra batalla, no ſalen de los terminos de la andante Cavallerìa. Confièſſo, dixo el caỳdo Cavallèro, que vale mas el zapato deſcoſido, y ſuzio de la Señora Dulcinèa del Tobòſo, que

las barbas mal peynàdas, aunque limpias, de Caſildea; y prometo de ir, y bolvèr de ſu preſencia à la vueſtra, y daros entèra, y particulàr cuenta de lo que me pedis. Tambien avèys de confeſsàr, y creèr, añadiò Don Quixote, que aquel Cavallèro, que vencìſtes, no ſuè, ni pùdo sèr Don Quixote de la Mancha, ſino otro que ſe le parecìa, como yo confièſſo, y crèo que vos, aunque parecèys al Bachillèr Sanſon Carràſco, nò lo sòys, ſino otro que le parèce, y que en ſu figura aquì me le han pueſto mis enemigos, para que detenga, y temple el impetu de mi còlera, y para que ùſe blandamènte de la gloria del vencimièntо. Todo lo confièſſo, juzgo, y fiento, como vos lo creèys, juzgàys, y ſentis, reſpondiò el derrengado Cavallèro. Dexadme levantàr, os ruego, ſi es que lo permite el golpe de mi caìda, que aſſaz mal trecho me tiene. Ayudòle à levantàr Don Quixote, y Tomè Cecial ſu eſcudèro, del qual no apartava los ojos Sancho; preguntàndole coſas, cuyas reſpueſtas le davan manifièſtas ſeñales de que verdaderamènte era el Tomè Cecial que dezìa: Mas la aprehenſion, que en Sancho avìa hecho lo que ſu amo dixo, de que los encantadòres avìan mudàdo la figura del Cavallèro de los eſpèjos en la del Bachillèr Carràſco, no le dexava dàr credito à la verdàd, que con los ojos eſtàva miràndo. Finalmènte ſe quedàron con eſte engaño amo y moço; y el de los eſpèjos, y ſu eſcudèro mohinos, y mal andantes, ſe apartàron de Don Quixote, y Sancho; con intèn-

cion de buſcàr algun lugar donde vizmàrle, y entablarle las coſtillas. Don Quixote y Sancho bolviêron à proſeguir ſu camìno de Zaragoça, donde los dexa la hiſtòria por dàr cuenta, de quièn era el Cavallèro de los eſpèjos, y ſu narigante Eſcudèro.

CAPITULO XV.

Donde ſe cuenta, y dà noticia de quièn era èl Cavallèro de los eſpèjos, y ſu eſcudèro.

EN eſtrèmo contento, ufàno, y vanagloriòſo iva Don Quixote por avèr alcançàdo vitòria de tan valiente Cavallèro, como èl ſe imaginàva, que era el de los eſpèjos, de cuya cavallerèſca palabra eſperàva ſabèr, ſi el encantamièmto de ſu Señora paſsàva adelante, pues era forçòſo, que el tal vencìdo Cavallèro bolvièſſe, ſo pena de no sèrlo, à dàrle razòn de lo que con ella le huvièſſe ſucedìdo; pero uno penſava Don Quixote, y otro el de los eſpèjos, puèſto que por entonces no era otro ſu penſamièmto ſino buſcàr donde vizmàrſe, como ſe hà dicho. Dize, pues, la hiſtòria, que quando el Bachillèr Sanſon Carràſco aconſejò à Don Quixote, que bolviêſſe à proſeguir ſus dexadas Cavallerìas, fuè por avèr entràdo primèro en Burèo con el Cura, y el Barbero, ſobre que medio ſe podrìa tomàr para reduzìr à Don

Quixote à que ſe eſtuvièſſe en ſu caſa quièto, y ſoſſegàdo ſin que le alborotàſſen ſus mal buſcàdas aventùras; de cuyo conſejo ſaliò por voto comun de todos, y parecèr particular de Carraſco, que dexàſſen ſalìr à Don Quixote, pues el detenèrle parecìa impoſſible; y que Sanſòn le ſalièſſe al camìno, como Cavallèro andante, y trabàſſe batalla con èl, pues no faltarìa ſobre que, y le vencièſſe (tenièndolo por coſa facil;) y que fuèſſe pacto, y concièrto, que el vencìdo quedàſſe à mercèd del vencèdor; y aſſi vencìdo Don Quixote, le avìa de mandàr el Bachillèr Cavallèro, ſe bolvièſſe à ſu pueblo, y caſa, y no ſalièſſe della en dos años, ô haſta tanto que por el le fuèſſe mandado otra coſa; lo qual era claro, que Don Quixote vencìdo cumplirìa indubitablemènte, por no contravenìr, y faltàr à las leyes de la Cavallerìa; y podrìa sèr, que en el tiempo de ſu recluſion ſe le olvidàſſen ſus vanidàdes, ô ſe dièſſe lugar de buſcàr à ſu locùra algun conveniènte remedio. Acceptòlo Carràſco, y ofreciòſele por Eſcudèro Tomè Cecial, Compadre, y vezino de Sancho Pança, hombre alegre, y de luzios caſcos. Armòſe Sanſon, como queda referìdo, y Tomè Cecial acomodò ſobre ſus naturales narizes las falſas, y de maſcara yà dichas, porque no fuèſſe conocìdo de ſu compadre, quando ſe vièſſen; y aſſi ſiguièron el miſmo viage que llevàva Don Quixote, y llegàron caſi à hallàrſe en la aventùra del carro de la muèrte: Y finalmènte dièron con ellos en el boſque, donde les ſucediò todo lo que el prudente hà leydo;

do; y ſino fuèra por los penſamièntos extraordinàrios de Don Quixote, que ſe diò à entendèr, que el Bachillèr no era el Bachillèr, el Señor Bachillèr quedàra impoſſibilitàdo para ſiempre de graduàrſe de licenciàdo, por no avèr hallado nidos donde pensò hallàr pàjaros. Tomè Cecial, que viò quan mal avìa logràdo ſus deſsèos, y el mal paradèro que avìa tenido ſu camino, dixo al Bachillèr: Por cierto, Señor Sanſon Carràſco, que tenèmos nueſtro merecìdo: Con facilidàd ſe pienſa, y ſe acomète una emprèſa, pero con dificultàd las mas vezes ſe ſale della. Don Quixote loco, noſotros cuèrdos, èl ſe và ſano, y rièndo, vueſſa mercèd queda molido, y triſte. Sepàmos, pues, aora, qual es mas loco, el que lo es por no podèr menos, ò el que lo es por ſu voluntad? A lo que reſpondiò Sanſon: La diferencia que ày entre eſſos dos locos es, que el que lo es por fuerça, lo ſerà ſiempre; y el que lo es de grado, lo dexarà de sèr quando quiſière. Pues aſſi es, dixo Tomè Cecial, yo fuỳ por mi voluntàd loco quando quiſe hazèrme eſcudèro de vueſſa mercèd, y por la miſma quièro dexàr de sèrlo, y bolvèrme à mi caſa. Eſſo os cumple, reſpondiò Sanſon, porque pensàr que yo hè de bolvèr à la mia, haſta avèr molido à palos à Don Quixote, es pensàr en lo eſcusàdo; y no me llevarà aora à buſcàrle el deſsèo de que còbre el Juyzio, ſino el de la vengança; que el dolor grande de mis coſtillas no me dexa hazèr mas piadoſos diſcurſos. En eſto fuèron razonàndo los dos haſta que lle-

gàron à un puèblo, donde fuè ventùra hallàr à un Algebriſta con quièn ſe curò el Sanſon deſgraciàdo. Tomè Cecial ſe bolviò, y le dexò, y el quedò imaginàndo ſu vengànça; y la hiſtòria buelve à hablàr dèl à ſu tiempo, por no dexàr de regozijàrſe aora con Don Quixote.

CAPITULO XVI.

De lo que ſucediò à Don Quixote con un diſcreto Cavallèro de la Mancha.

CON la alegrìa, contènto, y ufanidàd, que ſe hà dicho, ſeguìa Don Quixote ſu Jornàda, imaginàndoſe por la paſsàda vitòria, sèr el Cavallèro andante mas valièntе, que tenìa en aquella edàd el mùndo: Dava por acabadas, y à feliz fin conduzìdas quantas aventùras pudièſſen ſucedèrle de alli adelante: Tenìa en poco à los encantos, y à los encantadòres: No ſe acordàva de los innumerables palos, que en el diſcùrſo de ſus Cavallerìas le avìan dado, ni de la pedràda que le derribò la mitàd de los dientes, ni del deſagradecimièntо de los Galeòtes, ni del atrevimièntо y lluvia de eſtacas de los Yanguèſes. Finalmènte dezía entre ſi, que ſi èl hallàra arte, modo, ò manèra como deſencantàr à ſu Señora Dulcinèa, no envidiàra à la mayor ventùra que alcançò ò pudo alcançàr el mas ven-

venturòſo Cavallèro andante de los paſsàdos Siglos.

En eſtas imaginaciònes iva todo ocupàdo, quando Sancho le dixo: No es bueno, Señor, que aun toda via traygo entre los ojos las deſaforàdas narizes, y mayores de marca de mi compàdre Tomè Cecial? Y crèes tu, Sancho, por ventùra, dixo Don Quixote, que el Cavallèro de los eſpèjos era el Bachillèr Carràſco, y ſu eſcudèro Tomè Cecial tu compàdre? No sè que me diga à eſſo, reſpondiò Sancho: ſolo sè, que las ſeñas que me diò de mi caſa, muger, y hijos, no me las podrìa dàr otro que el meſmo; y la cara, quitadas las narizes, era la miſma de Tomè Cecial, como yo ſe la hè viſto muchas vezes en mi pueblo, y parèd en medio de mi caſa, y el tono de la habla èra todo uno. Eſtèmos à razòn, Sancho, replicò Don Quixote: Vèn acà, en que conſideraciòn puède caber, que el Bachillèr Sanſon Carràſco vinièſſe como Cavallèro andante, armàdo de armas ofensivas, y defensivas à peleàr conmigo? Hè ſido yo ſu enemigo por ventùra? hè le dado yo jamas ocaſion para tenèrme ogeriza? sòy yo ſu Rival? O haze el profeſsion de las armas para tenèr envidia à la fama, que yo por ellas hèganàdo? Pues que dirèmos, Señor, reſpondiò Sancho, à eſto de parecèrſe tanto aquel Cavallèro, sea el que fuère, al Bachillèr Carràſco, y ſu eſcudèro à Tomè Cecial mi compadre? Y ſi ello es encantamiènto, como vueſtra mercèd hà dicho, no avìa en el mùndo otros dos à quièn ſe parecièran? Todo es ar-

tificio, y traça, reſpondiò Don Quixote, de los malignos Magos, que me perſiguen, los quales, anteviènd o, que yo avìa de quedàr vencedor en la contienda, ſe previnièron, de que el Cavallèro vencìdo moſtràſſe el roſtro de mi amigo el Bachillèr, porque la amiſtàd, que le tengo, ſe puſièſſe entre los filos de mi eſpada, y el rigor de mi braço, y templàſſe la juſta ira de mi coraçòn, y deſta manera quedàſſe con vida el que con embelecos, y falsìas procuràva quitàrme la mia. Para prueva de lo qual yà ſabes, ô Sancho, por experiència, que no te dexarà mentir, ni engañàr, quan facil sèa à los encantadòres mudàr unos roſtros en otros, haziènd o de lo hermoſo feo, y de lo feo hermòſo, pues no hà dos dias, que viſtes por tus miſmos ojos la hermosùra, y gallardía de la ſin par Dulcinèa en toda ſu enterèza, y naturàl conformidàd; y yo la vì en la fealdàd, y baxèza de una zafia labradòra con cataràtas en los ojos, y con mal olòr en la boca; y mas que el pervèrſo encantadòr que ſe atreviò à hazèr una Transformaciòn tan mala, no es mucho que àya hecho la de Sanſon Carràſco, y la de tu compadre, por quitàrme la gloria del vencimièn to de las manos. Pero con todo eſto me conſuèlo, porque en fin, en qualquièra figùra, que àya ſido, hè quedàdo vencedòr de mi enemigo. Dios ſabe la verdàd de todo, reſpondiò Sancho; y como el ſabìa, que la transformaciòn de Dulcinèa avìa ſido traça, y embeleco sùyo, no le ſatisfazían las quimèras de ſu amo; pero no le quì-

ſo

ſo replicàr por no dezìr alguna palabra que deſcubrièſſe ſu embùſte.

EN eſtas razones eſtàvan, quando los alcançò un hombre, que detras dellos por el miſmo camino venìa ſobre una muy hermoſa yegua tordilla, veſtido un gavan de paño fino verde gironàdo de terciopelo leònado, con una montera del miſmo terciopelo: El aderèço de la yegua era de campo, y de la ginèta, aſſimiſmo de morado, y verde: Traỳa un Alfange moriſco pendiènte de un ancho Tahalì de verde y oro, y los borzeguies eran de la labor del tahali. Las eſpuèlas no eran doràdas, ſino dadas con un barniz verde, tan terſas, y bruñidas, que por hazèr labor con todo el veſtido, parecian mejor, que ſi fuèran de oro puro. Quando llegò à ellos el caminànte, los ſaludò corteſmènte, y picàndo à la yegua, ſe paſsàva de largo. Pero Don Quixote le dixo: Señor galan, ſi es que vueſſa mercèd lleva el çamino que noſotros, y no importa el dàrſe prièſſa, mercèd recibirìa en que nos fuèſſemos juntos. En verdàd, reſpondiò el de la yegua, que no me paſsàra tan de largo, ſino fuèra por temòr, que con la compañía de mi yegua, no ſe alborotàra eſſe cavallo. Bien puede, Señor, reſpondiò à eſta ſazòn Sancho, bien puede tenèr las riendas à ſu yegua, porque nueſtro cavallo es el mas honeſto, y bien miràdo del mùndo; jamàs en ſemejantes ocaſiones hà hecho vileza alguna; y una vez que ſe deſmandò à hazèrla, la laſtàmos mi Señor, y yo con las ſetenas. Digo otra vez, que puède vueſtra mercèd detenèr-

ſe ſi quiſière; que aunque ſe la dèn entre dos platos, à buen ſegùro que el cavallo no la arroſtre. Detùvo ſu rienda el caminànte, admiràndoſe de la poſtùra, y roſtro de Don Quixote, el qual iva ſin celada, que la llevàva Sancho como maleta en el arzòn delantèro de la albarda del ruzio; y ſi mucho miràva el de lo verde à Don Quixote, mucho mas miràva Don Quixote al de lo verde, parecièndole hombre de Chapa. La edàd moſtràva sèr de cinquenta años, las canas pocas, y el roſtro aguileño, la viſta entre alègre, y gràve; finalmènte en el trage, y poſtùra dàva à entendèr sèr hombre de buenas prèndas. Lo que juzgò de Don Quixote de la Mancha el de lo verde fuè, que ſemejante manera, ni parecèr de hombre no le avia viſto jamàs. Admirò-le la longùra de ſu cavallo, la grandeza de ſu cuerpo, la flaquèza y amarillèz de ſu roſtro, ſus armas, ſu adèman, y compoſtùra: figura y retràto no viſto por luengos tiempos atràs en aquella tierra. Notò bien Don Quixote la atencion con que el caminànte le mirava, y leyòle en la ſuſpenſion ſu deſèo; y còmo era tan cortès, y tan amigo de dàr gùſto à todos; antes que le preguntàſſe nada, le ſalìò al camìno dizièndole: Eſta figura, que vueſſa mercèd en mi hà viſto, por sèr tan nuèva, y tan fuèra de las que comunmènte ſe ùſan, no me maravillaria yo de que le huvièſſe maravillado; pero dexarà vueſſa mercèd de eſtarlo, quando le diga, como le digo, que sòy Cavallèro deſtos, que dizen las gentes, que à ſus aventùras vàn. Salì de mi patria, empeñè mi ha-

ziènda, dexè mi regàlo, y entregùème en los braços de la fortùna, que me llevàsse donde mas fuèsse ſervìda. Quiſe reſucitàr la yà muerta andante cavallerìa, y hà muchos dias que tropeçàndo aquì, cayèndo allì, deſpeñàndome acà, y levantàndome acullà, hè cumplìdo gran parte de mi deſèo, ſocorrièndo viùdas, amparàndo donzellas, y favorecièndo caſadas, huerfanos y pupilos: Propio y natural oficio de Cavallèros andantes. Y aſſi por mis valeròſas, mùchas, y Chriſtianas hazañas hè merecìdo andàr yà en eſtampa en caſi todas, ô las mas naciònes del mùndo. Trèynta mil volumenes ſe hàn impreſſo de mi Hiſtòria, y lleva camìno de imprimìrſe trèynta mil vezes de millares, ſi el Cielo no lo remedia. Finalmènte por encerràrlo todo en breves palabras, ô en una ſola, digo, que yo ſòy Don Quixote de la Mancha, por otro nombre llamàdo, el Cavallèro de la triſte figura. Y pueſto que las propias alabàn̄oças envilècen, es me forçòſo dezìr yo tal vez las mias; y eſto ſe entiènde quando no ſe halla presènte quièn las diga: Aſſi que, Señor Gentilhombre, ni eſte cavallo, eſta lança, ni eſte eſcùdo, ni eſcudèro, ni todas juntas eſtas armas, ni la amarillèz de mi roſtro, ni mi atenuàda flaqueza os podrà admiràr de aquì adelante, avièndo yà ſabìdo quièn ſòy, y la Profeſſion que hàgo. Calliò, en dizièndo eſto Don Quixote, y el de lo verde, ſegun ſe tardàva en reſpondèrle, parecìa que no acertàva à hazèrlo; pero de allì à buen eſpàcio le dixo: Acertàſte, Señor Cavallèro, à conocèr por mi ſuſpenſion mi deſ-

sèo;

sèo; pero no avèys acertàdo à quitàrme la maravilla, que en mi cauſa el avèros viſto: Que pueſto que, como vos, Señor, dezìs, el ſabèr yà quièn sòys, me lo podrìa quitàr; no hà ſido aſſi; antes agora que lo sè, quedo mas ſuſpènſo, y maravillàdo. Como, y es poſſible que ày oy Cavallèros andantes en el mùndo? Y que ày hiſtòrias impreſſas de verdadèras Cavallerìas? No me puèdo perſuadìr, que aya oy en la tierra, quièn favorèzca viùdas, ampàre donzellas, ni honre caſadas, ni ſocorra huèrfanos; y no lo creyèra, ſi en vueſſa mercèd no lo huvièra viſto con mis ojos. Bendito sèa el Cielo, que con eſſa hiſtòria que vueſſa mercèd dize, que eſtà impreſſa, de ſus altas y verdaderas cavallerìas, ſe avràn pueſto en olvìdo las innumeràbles de los fingìdos Cavallèros andantes, de que eſtàva lleno el mùndo, tan en daño de las buenas coſtùmbres, y tan en perjuỳzio, y deſcredito de las buenas hiſtòrias. Ay mucho que dezìr, reſpondiò Don Quixote, en razòn de ſi ſon fingìdas, ô no las hiſtòrias de los andantes Cavallèros. Pues ày quièn dùde, reſpondiò el verde, que no ſon falſas las tales hiſtòrias? Yo lo dùdo, reſpondiò Don Quixote, y què-deſe eſto aquì, que ſi nuèſtra jornada dùra, eſpèro en Dios de dàr à entendèr à vueſtra mercèd, que hà hecho mal en irſe con la corriènte de los que tièn en por cièrto, que no ſon verdadèras Deſta ultima razòn de Don Quixote tomò barruntos el caminànte, de que Don Quixote devia de sèr algun mentecàto, y aguardàva que con otras lo confirmàſſe; pe-

ro

ro antes que ſe divirtièſſen en otros razonamièntos, Don Quixote le rogò, le dixèſſe quièn èra, pues el le avìa dado parte de ſu condicion, y de ſu vida?

A lo que reſpondiò el del verde gavan: Yo, Señor Cavallèro de la triſte Figura, sòy un hidalgo, natural de un lugar donde irèmos à comèr òy, ſi Dios fuère ſervìdo: Sòy mas que medianamènte rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda: Paſſo la vida con mi muger, y con mis hijos, y con mis amìgos: Mis exercìcios ſon el de la caça, y peſca, pero no mantengo ni halcòn, ni galgos, ſino algun perdigòn manſo, ò algun huron atrevìdo. Tengo haſta sèys dozenas de libros, quàles de romance, y quales de Latin, de hiſtòrìa algunos, y de devocion otros: Los de Cavallerìas aun no hàn entràdo por los umbràles de mis puèrtas: Hojèo mas los que ſon profanos que los devòtos, como sèan de honeſto entretenimièntо, que delèyten con el lenguàge, y admìren, y ſuſpendan con la invencion, pueſto que deſtos ày muy pocos en Epaña. Alguna vez còmo con mis vezìnos, y amìgos, y muchas vezes los combìdo. Son mis combìtes limpios, y aſſeàdos, y no nada eſcaſos: Ni guſto de murmuràr, ni conſièntо que delante de mi ſe murmùre: No eſcudriño las vidas agenas, ni sòy lince de los hechos de los otros: Oygo Miſſa cada dia, repàrto de mis bienes con los pobres, ſin hazèr alàrde de las buenas obras, por no dàr entràda en mi coraçòn à la hipocresìa, y vana gloria: Enemìgos que blandamènte ſe apodèran del coraçòn mas recatà-

do,

do. Procùro ponèr en paz los que sè, que estàn desavenìdos: Sòy devoto de nuestra Señora, y confio siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor.

ATENTISSIMO estùvo Sancho à la relacion de la vida, y entretenimièntos del hidalgo; y pareciéndole buena, y santa, y que quièn la hazìa, devìa de hazèr milagros, se arrojò del rùzio, y con gran priessa le fuè à asìr del estrìvo derecho, y con devoto coraçòn, y casi lagrimas le besò los piès una, y muchas vezes: Visto lo qual por el hidalgo, le preguntò: Que hazèys, hermano? Que besos son estos? Dèxenme besàr, respondiò Sancho, porque me parèce vuessa mercèd el primer Santo à la Ginèta, que hè visto en todos los dias de mi vida. No sòy Santo, respondiò el hidalgo, sino gran pecador: Vos si, hermano, que devèys de sèr bueno, como vuestra simplicidàd lo muèstra. Bolviò Sancho à cobràr la albarda, aviéndo sacado à plaça la risa de la profunda melancolìa de su amo, y causàdo nuèva admiracion à Don Diego. Preguntòle Don Quixote, que quantos hijos tenìa? Y dixole, que una de las cosas en que ponìan el sumo bien los antiguos Filosofos, que carecìan del verdadèro conocimiènto de Dios, fuè en los bienes de la naturaleza; y en los de la fortùna, en tenèr muchos amigos, y en tenèr muchos, y buenos hijos. Yo, Señor Don Quixote, respondiò el hìdalgo, tengo un hijo, que à no tenèrle, quiçà me juzgàra por mas dichoso de lo que sòy; y no porque èl sea malo, sino porque no es tan bueno,

bueno, como yo quisiera: Será de edàd de diez y ocho años; los sèys hà estàdo en Salamanca aprendièndo las lenguas Latina, y Griega, y quando quìse que pasàsse à estudiàr otras ciencias, hallèle tan embebido en la de la Poësia (si es que se puede llamàr ciencia) que no es possible hazèrle arrostràr la de las Leyes (que yo quisiera que estudiàra) ni la Reyna de todas, la Teologia. Quisiera yo que fuèra corona de su linage, pues vivimos en Siglo, donde nuestros Reyes premian altamènte las virtuòsas, y buenas Letras (porque Letras sin Virtùd, son perlas en el muladar:) Todo el dia se le passa en averiguàr, si dixo bien, ò mal Homero en tal verso de la Iliada; Si Marcial andùvo deshonèsto, ò no en tal Epigrama; Si se hàn de entendèr de una manera, ò otra, tales, y tales versos de Virgilio: En fin todas sus conversaciones son con los Libros de los referidos Poëtas; y con los de Horacio, Persio, Juvenal, y Tibulo; que de los modernos romancistas no haze mucha cuenta: Y con todo el mal cariño que muestra tenèr à la Poësia de Romance, le tiene agora desvanecidos los pensamièntos el hazèr una glosa à quatro versos, que le han embiàdo de Salamanca, y pienso que son de Justa Literaria.

A todo lo qual respondiò Don Quixote: Los hijos, Señor, son pedàços de las entrañas de sus padres, y assi se hàn de querèr, ò buenos, ò malos que sèan, como se quièren las almas que nos dàn vida. A los padres toca el encaminàrlos desde pequeños por los pas-

sos

do. Procùro ponèr en paz los que sè, que estàn desavenidos: Sòy devoto de nuestra Señora, y confio siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor.

ATENTISSIMO estùvo Sancho à la relacion de la vida, y entretenimièntos del hidalgo; y pareciéndole buena, y santa, y que quien la hazia, devìa de hazèr milagros, [illegible] arrojò del ritmo, y con gran prièssa le fuè [illegible] afèr del estrivo derecho, y con devoto coraçòn, y casi lagrimas le besò los piès una, y muchas vezes: Visto lo qual por el hidalgo le preguntò: Que hazèys, hermano? Que [illegible] son estos? Dèxenme besàr, respondiò Sancho, porque me parèce vuessa mercèd el primer Santo à la Ginèta, que hè visto en todos los dias de mi vida. No sòy Santo, respondiò el hidalgo, sino gran pecador: Vos sè, hermano, que devèys de sèr bueno, como vuestra simplicidàd lo muèstra. Bolviò Sancho à cobrar la albarda, aviendo sacado à plaça la risa de la profunda melancolia de su amo, y causàdo nuèva admiracion à Don Diego. Preguntòle Don Quixote, que quantos hijos tenia? Y dixole, que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antiguos Filosofos, que carecian del verdadèro conocimiènto de Dios, fuè en los bienes de la naturaleza, y [illegible] los de la fortùna, en tenèr muchos amigos, y en tenèr muchos, y buenos hijos. Yo, Señor Don Quixote, re[illegible] hidalgo, [illegible] go un hijo, que à [illegible] gira por mas dic[illegible] porque [illegible] sèa m[illegible]

ı ella ſe
e yo lla-
ebèya,
e, aun-
eve en-
e con los
ière à la
nombre
io. Y à
hijo no
, dòyme
do en el-
mero no
, ni Vir-
e era Lati-
antiguos
iron en la
trangèras,
eptos. Y
ıtendièſſe
mes, y que
an, porque
iano, ni aun
la ſuya. Pero
mor, imagino,
la Poëſia de
Poëtas que ſon
er otras lenguas,
ien, y deſpièrten,
ulſo: Y aun en
orque ſegun es opi-
a nace; quièren de-
e ſu madre el Poëta
con aquella inclinaci-
on

ſos de la virtud, de la buena criança, y de las buenas y chriſtianas coſtùmbres, para que quàndo grandes, sèan baculo de la vejèz de ſus padres, y gloria de ſu poſteridàd; y en lo de forçàrles que eſtudien eſta, ò aquella ciencia, no lo tengo por acertàdo, aunque el perſuadìrles, no ſerà dañoſo, y quando no ſe hà de eſtudiàr para *pane lucrando*, ſièndo tan venturòſo el Eſtudiànte, que le diò el Cielo padres, que ſe lo dexen; ſería yo de parecèr, que le dexen ſeguìr aquella ciencia à que mas le vièren inclinàdo; y aunque la de la Poëſia es menos util, que deleytàble, no es de aquellas que ſuelen deſhonrar à quien las poſsèe. La Poëſia, Señor hidalgo, à mi parecèr, es como una donzella tierna, y de poca edàd, y en todo eſtrèmo hermòſa, à quièn tienen cuydàdo de enriquecèr, pulìr, y adornàr otras muchas donzellas, que ſon todas las otras ciencias, y ella ſe hà de ſervìr de todas, y todas ſe hàn de autorizàr con ella: Pero eſta tal donzella no quière sèr manoſeàda, ni traỳda por las calles, ni publicada por las eſquinas de las plaças, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtùd, que quièn la ſabe tratàr, la bolverà en oro puriſſimo de ineſtimable precio. Hàla de tenèr, el que la tuvière, à raya, no dexàndola correr en torpes Sàtiras, ni en deſalmados ſonètos: No hà de sèr vendible en ninguna manera, ſi yà no fuère en Poëmas heroycas, en lamentables Tragedias, ò en Comedias alegres, y artificiòſas. No ſe hà de dexàr tratàr de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapàz de co-

conocèr, ni eſtimàr los teſoros que en ella ſe encièrran Y no penſèys, Señor, que yo llamo aquì vulgo ſolamènte à la gente plebèya, y humilde; que todo aquel que no ſabe, aunque ſea ſeñor, y principe, puede, y deve entràr en numero de vùlgo; y aſſi el que con los requiſitos que hè dicho tratàre, y tuvière à la Poëſia, ſerà famoſo, y eſtimàdo ſu nombre en todas las naciones politicas del mùndo. Y à lo que dezis, Señor, que vueſtro hijo no eſtima mucho la Poëſia de Romance, dòyme à entendèr, que no anda muy acertàdo en ello, y la razòn es eſta: El grande Homero no eſcriviò en Latin, porque era Griego, ni Virgilio no eſcriviò en Griego, porque era Latino. En reſolucion todos los Poëtas antiguos eſcrivièron en la lengua que mamàron en la leche, y no fuèron à buſcàr las eſtrangèras, para declaràr la alteza de ſus conceptos. Y ſièndo eſto aſſi, razòn ſerìa, ſe eſtendièſſe eſta coſtumbre por todas las naciones, y que no ſe deſeſtimàſſe el Poëta Aleman, porque eſcrive en ſu lengua, ni el Caſtellano, ni aun el Vizcayno, que eſcrive en la ſuya. Pero vueſtro hijo, à lo que yo, Señor, imagino, no deve de eſtàr mal con la Poëſia de Romance, ſino con los Poëtas que ſon meros Romanciſtas, ſin ſaber otras lenguas, ni otras ciencias, que adornen, y deſpièrten, y ayùden à ſu natural impulſo: Y aun en eſto puede avèr yerro, porque ſegun es opinion verdadèra, el Poëta nacè; quièren dezir, que del vientre de ſu madre el Poëta natural ſale Poëta, y con aquella inclinaci-

on que le diò el Cielo, ſin mas eſtùdio, ni artificio compone coſas, que haze verdadèro al que dixo: *Eſt Deus in nobis*, &ç. Tambien digo, que el natural Poëta, que ſe ayudàre del arte, ſerà mucho mèjor, y ſe aventajarà al Poëta, que ſolo por ſaber el arte, quiſière sèrlo; La razon es, porque el arte no ſe aventàja à la naturaleza, ſino perficiònala: Aſſi que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturalèza, ſacaràn un perfectiſſimo Poëta. Sèa pues la concluſion de mi platica, Señor hidalgo, que vueſtra mercèd dexe caminàr à ſu hijo donde ſu eſtrella le llama, que ſièndo èl tan buen eſtudiànte, como dève de sèr, y avièndo yà ſubìdo felizmènte el primer eſcalòn de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por ſi miſmo ſubirà à la cumbre de las letras humanas, las quales tambien parècen en un Cavallèro de capa, y eſpada, y aſſi le adòrnan, hònran, y engrandècen, como las mitras à los Obiſpos, ò como las garnachas à los peritos juriſconſùltos. Riña vueſſa mercèd à ſu hijo, ſi hizière Sàtyras que perjudiquen las honras agènas, y caſtiguele, y ròmpaſelas; pero ſi hizière Sermones al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios en general, como tan elegantemènte èl lo hizo, alàbele; porque licito es al Poëta eſcrivìr contra la envidia, y dezìr en ſus verſos mal de los envidiòſos, y aſſi de los otros vicios, con que no ſeñale perſona alguna. Pero ày Poëtas, que à truèco de dezìr una malicia, ſe pondràn à peligro, que los deſtièrren à las iſlas de Ponto. Si el Poëta fuère caſto en ſus coſtùm-

ſtùmbres, lo ſerà tambien en ſus verſos; la pluma es lengua del alma; quales fuèron los conceptos que en ella ſe engendràron, tales ſeràn ſus eſcritos: Y quando los Reyes y Principes vèn la milagròſa ciencia de la Poëſia en ſujetos prudentes, virtuòſos, y graves, los hònran, los eſtìman, y los enriquècen, y aun los coròna con las hojàs del arbol, à quièn no ofende el rayo, como en ſeñal que no hàn de sèr ofendìdos de nadie los que con tales coronas vèn honràdos, y adornàdas ſus ſièn̄es.

ADMIRADO quedò el del verde gavàn del razonamiènto de Don Quixote, y tanto, que fuè perdièndo de la opinion que con el tenía de ſer mentecàto. Pero à la mitàd deſta platica, Sancho, por no ſer mùy de ſu guſto, ſe avìa deſviàdo del camìno à pedìr un poco de leche à unos paſtòres, que allì junto eſtàvan ordeñando unas ovèjas; y en eſto yà bolvìa à renovàr la platica el hidalgo, ſatisfecho en eſtrèmo de la diſcrecion, y buen diſcùrſo de Don Quixote, quando alçàndo Don Quixote la cabeça, viò, que por el camìno por donde ellos ivan, venía un carro lleno de vandèras reales; y creyèndo que devìa de ſer alguna nueva aventùra, à grandes vozes llamò à Sancho que vinièſſe à dàrle la celada: El qual Sancho, oyèndoſe llamàr, dexò à los paſtores, y à toda prièſſa picò al rùzio, y llegò donde ſu amo eſtàva, à quièn ſucediò una eſpantòſa, y deſatinàda aventùra.

CAPITULO XVII.

De donde ſe declarò el ultimo punto, y eſtremo adonde llegò, y pùdo llegàr el inaudito animo de Don Quixote, con la felizmente acabada aventùra de los Leònes.

CUENTA la hiſtòria, que quàndo Don Quixote dava vozes à Sancho, que le truxèſſe el Yelmo, eſtàva el compràndo unos Requesònes, que los paſtores le vendìan; y acoſsàdo de la mucha prièſſa de ſu amo, no sùpo que hazèr dellos, ni en que traèrlos, y por no pèrdèrlos (que yà los tenia pagàdos) acordò de echàrlos en la celada de ſu Señor, y con eſte buen recado bolviò à vèr lo que le queria: El qual, en llegàndo, le dixo: Dame, amigo, eſſa celada, que yo sè poco de aventùras, ò lo que allì deſcùbro, es alguna que me hà de neceſſitàr, y me neceſſita à tomàr mis armas. El del verde gavàn, que eſto oyò, tendiò la viſta por todas partes, y no deſcubriò otra coſa, que un carro que hàzia ellos venìa con dos ò tres vanderas pequeñas, que le dièron à entendèr, que el tal carro devìa de traèr moneda de ſu Mageſtàd, y aſſi ſe lo dixo à Don Quixote; pero el no le diò credito (ſiempre creyèndo, y pensàndo, que todo lo que le ſucedièſſe, avìan de èr aventùras, y mas aven-

aventùras;) y aſſi reſpondiò al hidalgo: Hombre apercebìdo, medio combatìdo: no ſe pièrde nada en que yo me aperciba, que sè por experiència, que tengo enemigos visibles, è invisibles, y no sè quando, ni adonde ni en que tiempo, ni en que figuras me hàn de acometèr: Y bolvièndoſe à Sancho, le pidiò la celada, el qual como no tùvo lugàr de ſacàr los requesònes, le fuè forçòſo dàrſela como eſtàva. Tomòla Don Quixote, y ſin que echàſſe de vèr lo que dentro venia, con toda prièſſa ſe la encaxò en la cabeça, y como los requesònes ſe apretàron, y eſprimièron, començò à corrèr el ſuèro por todo el roſtro, y barbas de Don Quixote, de lo que recibiò tal ſuſto, que dixo à Sancho: Que ſerà eſto, Sancho, que parèce que ſe me ablandan los caſcos, ô ſe me derriten los ſeſos, ô que sùdo de los piès, à la cabeça? Y ſi es que sùdo, en verdàd que no es de miedo. Sin duda crèo, que es terrible la aventùra, que aora quière ſucedèrme. Dàme, ſi tièneſ, con que me limpie, que el copiòſo sùdor me ciega los ojos. Callò Sancho, y diòle un paño, y diò con èl gracias à Dios de que ſu Señor no huvièſſe caydo en el caſo. Limpiòſe Don Quixote, y quitòſe la celada, por vèr que coſa era la que, à ſu parecèr, le enfriàva la cabèça; y vièndo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegò à las narizes, y en olièndolas dixo: Por vida de mi Señora Dulcinèa del Tobòſo, que ſon requesònes los que aquì me hàs pueſto, traydor, vergante, y malmiràdo eſcudèro. A lo que con gran

flema, y diſimulacion reſpondiò Sancho: Si ſon requesònes, dèmelos vueſſa mercèd, que yo me los comerè; pero còmalos el diablo, que deviò de sèr el que ay los pùſo. Yo avìa de tenèr atrevimièto de enſuciàr el yelmo de vueſſa mercèd? hallàdo le avèys el atrevído. A la Fè, Señor, à lo que Dios me dà à entendèr, tambien devo yo de tenèr encantadòres que me perſſiguen como à hechùra, y miembro de vueſſa mercèd, y avràn pueſto ay eſſa inmundicia para movèr à colera ſu paciencia, y hazèr que me muela, como ſuèle, las coſtillas. Pues en verdàd, que eſta vez hàn dado ſalto en vago, que yo confio en el buen diſcurſo de mi Señor, que avrà conſideràdo, que ni yo tengo requesònes, ni leche, ni otra coſa que lo valga, y que ſi la tuvièra, antes la puſièra en mi eſtòmago, que en la celàda. Todo puede sèr, dixo Don Quixote, y todo lo miràva el hidalgo, y de todo ſe admiràva, eſpecialmènte quando deſpues de avèrſe limpiado Don Quixote cabèça, roſtro, y barbas, y celada, ſe la encaxò; y afirmàndoſe bien en los eſtrivos, requirièndo la eſpada, y aſſièndo la lança, dixo: Aora venga lo que vinière, que aquì eſtòy con animo de tomàrme con el meſmo Satanàs en perſona.

LLEGÒ en eſto el carro de las vandèras, en el qual no venía otra gente, que el carretèro en las mulas, y un hombre ſentàdo en la delantèra. Pùſoſe Don Quixote delante, y dixo: Adonde vàys, hermanos? Que carro es eſte? Que llevàys en èl? Y que vandèras ſon aquèſtas? A lo que reſpondiò el carretèro:

El

El carro es mio; lo que và en èl ſon dos bravos leònes enxaulàdos que el general de Oràn embia à la corte preſentàdos à ſu mageſtàd; las vanderàs ſon del Rey nueſtro Señor, en Señal que aquì và coſa ſuya. Y ſon grandes los leònes? preguntò Don Quixote: Tan grandes, reſpondiò el hombre que iva à la puerta del carro, que no hàn paſſado mayores, ni tan grandes de Africa en Eſpaña jamàs; y yo ſoy el leonèro, y hè paſſado otros, pero como eſtos ninguno. Son hembra, y macho; el macho và en eſta xàula primera, y la hembra en la de atràs, y aora vàn hambrientos, porque no hàn comido òy; y aſſi vueſſa mercèd ſe deſvìe, que es meneſtèr llegàr preſto donde les dèmos de comèr. A lo que dixo Don Quixote (ſonrièndoſe un poco) Leòncitos à mi? A mi Leòncitos, y à tales horas? Pues por Dios, que hàn de vèr eſſos Señores que acà los embian, ſi sòy yo hombre, que ſe eſpanta de Leònes. Apeàos, buen hombre, y pues sòys el Leonèro, abrìd eſſas xàulas, y echàdme eſſas beſtias fuera, que en mitàd deſta campaña les darè à conocèr, quièn es Don Quixote de la Mancha, à deſpecho y pesàr de los encantadòres que à mi los embian. Ta, ta, dixo à eſta Sazòn (entre ſi) el hidalgo, dado hà Señal de quièn es nueſtro buen Cavallèro; los requesònes ſin duda le hàn ablandàdo los caſcos, y maduràdo los ſeſos. Llegòſe en eſto à èl Sancho, y dìxole: Señor, por quièn Dios es, que vueſſa mercèd haga de manera, que mi Señor Don Quixote no ſe tome con eſtos Leònes; que ſi ſe toma,

aquì nos hàn de hazer pedaços, à todos. Pues tan loco es vueſtro amo, reſpondiò el hidalgo, que temèys, y creèys, que ſe hà de tomàr con tan fieros animales? No es loco, reſpondiò Sancho, ſino atrevìdo. Yo harè que no lo sèa, replicò el hidalgo; y llegàndoſe à Don Quixote, que eſtàva dando prièſſa al Leonèro, que abrièſſe las xàulas, le dixo: Señor, los Cavallèros andantes hàn de acometèr las aventùras que prometen eſperànça de ſalir bien dellas, y no aquellas que del todo las quitan; porque la valentìa que ſe entra en la juriſdicion de la temeridàd, mas tiene de locùra que de fortalèza: Quarto mas, que eſtos Leònes no vièn contra vueſſa mercèd, ni lo ſueñan: Vàn preſentàdos à ſu Mageſtàd, y no ſerà bien detenèrlos, ni impedirles ſu viage. Vàyaſe vueſſa mercèd, Señor hidalgo, reſpondiò Don Quixote, à entendèr con ſu perdigon manſo, y con ſu Huron atrevìdo, y dexe à cada uno hazèr ſu oficio. Eſte es el mio, y yo sè bien ſi vièn à mi, ò no eſtos Señores Leònes. Y bolvièndoſe al Leonèro, le dixo: Voto à tal Don vellaco, que ſino abrìs luego las xàulas, que con eſta Lança os hè de cosèr con el carro. El carretèro, que viò la determinacion de aquella armada fantaſma, le dixo: Señor mio, vueſſa mercèd sèa ſervìdo por caridàd dexàrme deſunzir las mulas, y ponèrme en ſalvo con ellas, antes que ſe deſembàynen los Lèones, porque ſi me las matan, quedarè rematàdo para toda mi vida; que no tengo otra haziènda ſino eſte carro, y eſtas Mulas. O hombre de poca Fè, reſpondiò

Don

Don Quixote, apèate, y desùnze, y hàz lo que quisières, que presto veràs, que trabajàste en vano, y que pudièras ahorràr esta diligencia. Apeòse el carretèro, y desunziò à gran priessa, y el Leonèro dixo à grandes vozes: Sèanme testigos quantos aquì estàn, como contra mi voluntàd, y forçàdo abro las xàulas, y suelto los Leònes; y de que protesto à este señor, que todo el mal, y daño, que estas bestias hizièren, corra y vàya por su cuenta, con mas mis salarios y derechos. Vuestras mercèdes, Señores, se pongan en cobro antes que abra; que yo segùro estòy que no me han de hazèr daño. Otra vez le persuadiò el hidalgo, que no hiziesse locùra semejànte, que era tentàr à Dios acometèr tal disparàte. A lo que respondiò Don Quixote, que el sabìa lo que hazìa. Replicòle el hidalgo, que lo miràsse bien, que el entendia que se engañava. Aora, Señor, dixo Don Quixote, si vuessa mercèd no quière ser oyente desta, que à su parecèr ha de ser Tragedia, pique la Tordilla, y pòngase en salvo. Oydo lo qual por Sancho, con lagrimas en los ojos le suplicò, desistièsse de tal empressa, en cuya Comparacion avìan sido tortas y pan pintàdo la de los molinos de viento, y la temerosa de los batanes, y finalmènte todas las hazañas que avìa acometìdo en todo el discùrso de su vida. Mire, Señor, dezía Sàncho, que aquì no ay encanto, ni cosa què lo valga, que yo hè visto por entre las verjas, y resquìcios de la xàula una uña de Leòn verdadèro; y saco por ella, que el tal Leòn, cuya deve de sèr la tal uña,

es mayor que una montaña. El miedo alomènos, reſpondiò Don Quixote, te la harà parecèr mayor que la mitàd del mundo. Retìrate Sancho, y dèxame; y ſi aquì murière, yà ſabes nueſtro antiguo concierto: Acudirás à Dulcinèa; y no te digo mas. A eſtas añadiò otras razones, con que quitò las eſperànças de que no avìa de dexàr de proſeguìr ſu deſvariàdo intento. Quiſièra el del verde gavan oponèrſele, pero viòſe deſigual en las armas, y no le pareciò cordura tomàrſe con un loco, que yà ſe lo avìa parecido de todo punto Don Quixote: El qual bolvièndo à dàr prièſſa al Leonèro, y à reiteràr las amenàças, diò ocaſion al hidalgo à que picàſſe la Yegua, y Sancho al Ruzio, y el carretèro à ſus Mulas, procuràndo todos apartàrſe del carro lo mas que pudièſſen, antes que los Leònes ſe deſembanaſtàſſen. Lloràva Sancho la muèrte de ſu Señor, que aquella vez ſin duda creỳa, que llegàva en las garras de los Leònes. Maldezia ſu ventùra, y llamàva menguàda la hora en que le vìno al penſamiènto bolvèr à ſervìrle; pero no por lloràr, y lamentàrſe, dexàva de aporreàr al Rùzio para que ſe alexàſſe del carro. Viendo, pues, el Leonèro, que yà los que ivan huyèndo, eſtàvan bien deſviàdos, tornò à requerìr, y à intimàr à Don Quixote lo que yà le avìa requerido, è intimàdo; el qual reſpondiò, que lo oỳa, y que no ſe curàſſe de mas intimaciones, y requirimièntos, que todo ſerìa de poco fruto, y que ſe dièſſe prièſſa.

EN el eſpàcio que tardò el Leonèro en abrìr

abrìr la xaula primera, eſtùvo conſiderándo Don Quixote, ſi ſerìa bien hazèr la batalla antes à piè que à cavàllo: Y en fin ſe determinò de hazèrla à piè, temiéndo que Rozinante ſe eſpantaría con la viſta de los Leònes. Por eſto ſaltò del cavàllo, arrojò la lança, embraçò el eſcùdo, y deſembaynò la eſpada, y paſſo ante paſſo con maravilloſo denuèdo, y coraçòn valiente ſe fuè à ponèr delante del carro, encomendàndoſe à Dios de todo coraçòn, y luego à ſu Señora Dulcinèa.

Y es de ſabèr, que llegàndo à eſte paſſo el autor de eſta verdadèra hiſtòria, exclama, y dize: O fuerte, y ſobre todo encarecimiènto animoſo Don Quixote de la Mancha, eſpejo donde ſe pueden mirár todos los valientes del mùndo, ſegundo y nuevo Don Manuel de Leòn, que fuè Gloria, y honra de los Eſpañoles Cavallèros! Con que palabras contarè eſta tan eſpantoſa hazaña? O con que razones la harè creyble à los ſiglos venidèros? O que alabanças avrà que no te convengan, y quàdren, aunque sèan hiperboles ſobre todos los hiperboles? Tu à pie, Tu ſolo, Tu intrepido, Tu magnanimo con ſola una eſpada, y no de las del Perrillo cortadòras; con un eſcùdo no de muy luciènte y limpio azèro, eſtàs aguàrdando, y atendiéndo los dos mas fieros Leònes, que jamàs criàron las Africanas Selvas? Tus miſmos hechos sèan los que te alaben, valeroſo Manchego, que yo los dexo aquì en ſu punto, por faltàrme palabras con que encarecèrlos. Aquì ceſsò la referida exclamacion del au-

autor, y paſsò adelante, anudando el hilo de la hiſtòria, diziendo.

QUE viſto el Leonèro yà pueſto en poſtura à Don Quixote, y que no podia dexàr de ſoltàr al Leòn macho ſo pena de caèr en la deſgracia del indignàdo y atrevìdo cavallèro, abriò de pàr en pàr la primera xàula donde eſtàva, como ſe hà dicho, el Leòn, el qual pareciò de grandeza extraordinària, y de eſpantàble y fèa catadùra. Lo primero, que hizo, fuè rebolvèrſe en la xàula donde venía echado, y tendèr la garra, y deſpereçàrſe todo. Abriò luego la boca y boſteçò muy de eſpàcio, y con caſi dos palmos de lengua que ſacò fuera, ſe deſpolvoreò los ojos, y ſe lavò el roſtro. Hecho eſto ſacò la cabeça fuera de la xàula, y mirò à todas partes con los ojos hechos braſas: Viſta y Ademan para ponèr eſpanto à la miſma temeridàd. Solo Don Quixote lo mirava atentamènte, deſſeàndo que ſaltàſſe yà del carro, y vinièſſe con èl à las manos, entre las quales pensàva hazèrle pedaços (haſta aquì llegò el eſtremo de ſu jamàs viſta locùra:) Pero el generoſo Leòn, mas comedido que arrogànte, no hazièndo caſo de niñerìas, ni de bravàtas, deſpues de avèr miràdo à una y à otra parte, como ſe hà dicho, bolviò las eſpaldas, y enſeñò ſus traſeras partes à Don Quixote, y con gran flema, y Remanſo ſe bolviò à echàr en la xàula. Vièndo lo qual Don Quixote, mandò al Leonèro, que le dièſſe de palos, y le irritàſſe para echàrle fuera. Eſſo no harè yo, reſpondiò el Leonè-

nèro, porque ſi yo le inſtigo, el primero à quièn harà pedaços, ſerà à mi miſmo. Vueſtra mercèd, Señor Cavallèro, ſe contente con lo hecho, que es todo lo que puede dezìrſe en genero de valentìa, y no quièra tentàr ſegunda fortuna. El Leòn tiene abièrta la puerta, en ſu mano eſtà ſalìr, ò no ſalìr; pero pues no hà ſalido haſta aora, no ſaldrà en todo el dia. La grandeza del coraçòn de vueſtra mercèd yà eſtà bien declarada: Ningun bravo peleante (ſegun à mi ſe me alcança) eſtà obligàdo à mas, que à deſafiàr à ſu enemigo, y eſperàrle en campaña, y ſi el contrario no acùde, en èl ſe queda la Infàmia, y el eſperànte gana la corona del vencimièntо. Aſſi es verdàd, reſpondiò Don Quixote: Cierra, amigo, la puerta, y dàme por teſtimonio en la mejor forma que pudières, lo que aquì me has viſto hazèr: Conviene à ſaber, como tu abrìſte al Leòn, yo le eſperè, èl no ſaliò, bolvìle à eſperàr, bolviò à no ſalìr, y bolviòſe à acoſtàr. No devo mas, y encantos afuera, y Dios ayùde à la razòn, y à la verdad y à la verdadèra Cavallerìa; y cierra, como hè dicho, en tanto que hago ſeñas à los huỳdos, y auſentes, para que ſepan de tu boca eſta hazaña.

HIZÒLO aſſi el Leonèro, y Don Quixote, ponièndo en la punta de la lança el lienço con que ſe avìa limpiàdo el roſtro de la Lluvia de los requesònes, començò à llamàr à los que no dexàvan de huỳr, ni de bolvèr la cabeça à cada paſſo, todos en tropa, y antecogìdos del hidalgo; pero alcançàndo Sancho

à

à vèr la ſeñal del blanco paño dixo: Que me maten, ſi mi ſeñor no, hà vencido à las fieras beſtias, pues nos llama. Detuviéronſe todos, y conociéron, que el que hazìa las ſeñas era Don Quixote, y perdiéndo alguna parte del miedo, poco à poco ſe vinièron acercàndo haſta donde claramènte oyèron las vozes de Don Quixote, que los llamàva. Finalmènte bolviéron al carro, y en llegàndo dixo Don Quixote al Carretèro: Bolvèd, hermano, à unzir vueſtras mulas, y proſeguid vueſtro viage: Y tu, Sancho, dàle dos eſcudos de oro para èl, y para el Leonèro en Recompenſa de lo que por mi ſe hàn detenido. Eſſos darè yo de muy buena gana, reſpondiò Sancho. Pero que ſe hàn hecho los Leònes? Son muertos, ò vivos? Entonces el Leonèro menudamènte, y por ſus pauſas contò el fin de la contienda, exageràndo como èl mejor pudo, y ſùpo, el valor de Don Quixote, de cuya viſta el Leòn acobardàdo no quiſo, ni osò ſalir de la xàula, pueſto que avìa tenido un buen eſpacio abièrta la puerta della; y que por avèr el dicho à aquel Cavallèro, que era tentàr à Dios irritàr al Leòn para que por fuerça ſaliéſſe (como èl querìa que ſe irritàſſe) mal de ſu grado y contra toda ſu voluntad avìa permitìdo que la puerta ſe cerràſſe.

QUE te parèce deſto, Sancho? dixo Don Quixote. Ay encantos que valgan contra la verdadèra valentìa? Bien podràn los encantadores quitàrme la ventura, pero el esfuerço y el animo ſerà imposſible. Diò los eſcùdos Sancho; unziò el carretèro; besò las manos

el Leonèro à Don Quixote por la mercèd recibida, y prometiòle de contàr aquella valerosa hazaña al miſmo Rey, quando en la corte ſe vièſſe. Pues ſi à caſo ſu mageſtàd preguntàre, quièn la hizo? Dirèyſle, que *El Cavallèro de los Leònes;* que de aquì adelante quièro, que en eſte ſe trueque, càmbie, buelva, y mude el que haſta aquì hè tenido *del Cavallèro de la triſte figura;* y en eſto ſigo la antigua uſança de los andantes Cavallèros, que ſe mudàvan los nombres quando querìan, ò quando les venía à cuento. Siguiò ſu camino el carro, y Don Quixote, Sancho, y el del verde gavàn proſiguièron el ſuyo.

EN todo eſte tiempo no avìa hablàdo palabra Don Diego de Miranda, todo atento à miràr, y à notàr los hechos y palabras de Don Quixote, parecièndole, que era un cuerdo loco, y un loco que tirava à cuerdo. No avìa aun llegàdo à ſu notìcia la primèra parte de ſu hiſtòria, que ſi la huvièra leýdo, ceſsàra la admiracìon en que le ponìan ſus hechos, y ſus palabras, pues yà ſupièra el genero de ſu locùra; pero como no la ſabìa, yà le tenìa por cuèrdo, è yà por loco; porque lo que hablàva era concertàdo, elegànte, y bien dicho, y lo que hazìa diſparatàdo, temeràrio, y tonto. Y dezìa entre ſi: Que mas locùra puède sèr, que ponèrſe la celada llena de requesòones, y dàrſe à entendèr que le ablandàvan los caſcos los Encantadòres? Y que mayor temeridàd y diſparàte, que querèr peleàr por fuerça con Leònes?

DESTAS imaginaciònes, y deſte ſolilò-

quio

quio le ſacò Don Quixote, diziéndole: Quién duda, Señor Don Diego de Miranda, que vueſſa mercèd no me tenga en ſu opinion por un hombre diſparatàdo y loco? Y no ſerìa mucho que aſſi fuèſſe, porque mis obras no pueden dàr teſtimonio de otra coſa. Pues con todo eſto quièro que vueſſa mercèd advièrta, que no sòy tan loco, ni tan menguàdo, como devo de avèrle parecìdo. Bien parèce un gallardo Cavallèro armàdo de reſplandecièntes armas paſsàr la tela en alegres Juſtas delante de las damas. Bien parèce un Cavallèro à los ojos de ſu Rey en la mitàd de una gran Plaça dàr una lançada con felice ſuceſſo à un bravo toro: Y bien parècen todos aquellos Cavallèros, que en exercicios militàres (ò que lo parèſcan) entretiènen, y alegran, y ſi ſe puede dezir, honran las cortes de ſus Principes: Pero ſobre todos eſtos, parèce mejor un Cavallèro andante, que por los deſiertos, por las ſoledades, por las encruzijadas, por las ſelvas, y por los montes anda buſcàndo peligroſas aventùras con intencion de dàrles dichoſa, y bienafortunàda cima, ſolo por alcançàr glorioſa y duradèra fama. Mejor parèce, digo, un Cavallèro andante ſocorriéndo à una viuda en algun deſpoblado, que un cortesàno Cavallero requebrando à una donzella en las ciudades Todos los Cavallèros tienen ſus particulares exercicios: Sirva à las damas el corteſano; autorìze la corte de ſu Rey con librèas; ſuſtente los Cavallèros pobres con el eſplèndido plato de ſu meſa; concierte Juſtas; mantenga tornèos; y muèſtreſe grande, liberal,

ral, y magnifico, y buen Chriſtiano ſobre todo; y deſta manera cumplirà con ſus preciſas Obligaciones. Pero el andante Cavallèro buſque los rincones del mundo; entreſe en los mas intricados Laberintos; acomèta à cada paſſo lo impoſſible; reſiſta en los paràmos deſpoblàdos los ardientes rayos del Sol en la mitàd del Verano, y en el Invierno la dura inclemencia de los vientos, y de los yelos. No le aſſombren Leònes, ni le eſpanten Veſtiglos, ni atemorizen Endriàgos: Que buſcàr eſtos, acometèr aquellos, y vencèrlos à todos, ſon ſus principales, y verdaderos exercicios. Yo, pues, como me cùpo en ſuerte ſer uno del numero de la andante Cavallerìa, no puèdo dexàr de acometèr todo aquello que à mi me parecière, que cae debaxo de la Juriſdicion de mis exercicios; y aſſi el acometèr los leònes que aora acometì, derechamènte me tocàva, puèſto que conocì sèr temeridàd exorbitànte; porque bien sè yo lo que es valentìa, que es una virtùd, que eſtà pueſta entre dos eſtremos viciòſos, como ſon la cobardìa, y la temeridàd; pero menos mal ſerà, que el que es valiente, toque, y ſuba al punto de temerario, que no que baxe, y toque en el punto de cobàrde; que aſſi como es mas facil venìr el pròdigo à sèr liberàl, que el avàro; aſſi es mas facil dàr el temeràrio en verdadèro valiente, que no el cobàrde ſubìr à la verdadèra valentìa: Y en eſto de acometèr aventùras, crèame vueſſa mercèd, Señor Don Diego, que antes ſe hà de perdèr por carta de mas, que de menos; porque mejor ſuèna

en las orejas de los que lo oyen, el tal Cavallèro es temeràrio y atrevìdo, que no, el tal Cavallèro es timido, y cobàrde.

DIGO, Señor Don Quixote, reſpondiò Don Diego, que todo lo que vueſſa mercèd hà dicho, y hecho, và nivelàdo con el fièl de la miſma razòn, y que entiendo, que ſi las ordenanças y leyes de la Cavallerìa andante ſe perdièſſen, ſe hallarìan en el pecho de vueſſa mercèd, como en ſu miſmo depòſito, y archivo: Y dèmonos priéſſa, que ſe haze tarde; y lleguèmos à mi aldèa, y caſa, donde deſcanſarà vueſſa mercèd del paſſado trabajo; que ſino hà fido del cuerpo, hà fido del eſpìritu, que ſuèle tal vez redundàr en canſancio del cuerpo. Tengo el ofrecimièntо à gran favor, y mercèd, Señor Don Diego, reſpondiò Don Quixote, y picando mas de lo que haſta entonces, ſerìan como las dos de la tarde quando llegàron à la aldèa, y à la caſa de Don Diego, à quièn Don Quixote llamava *El Cavallèro del verde gavàn.*

LIBRO SEXTO.

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

CAPITULO XVIII.

De lo que ſucediò à Don Quixote en el caſtillo, ò caſa del Cavallèro del verde gavàn, con otras coſas extravagántes.

HALLò Don Quixote sèr la caſa de Don Diego de Miranda ancha como de Aldèa; las armas, empero, aunque de piedra toſca, encima de la puerta de la calle; la bodega en el pàtio; la cava en el portàl, y muchas tinàjas à la redònda, que por sèr del Tobòſo, le renovàron las memorias de ſu encantàda, y transformàda Dulcinèa; y ſuſpiràndo, y ſin miràr lo que dezìa, ni delante de quièn eſtàva, dixo: O dulces prendas por mi mal hallàdas, dulces, y alegres, quando Dios queria! O Tobosèſcas tinajas, que me avèys traýdo à la memòria la dulce prenda de mi mayor amar-

amargùra! Oyòle dezìr èſto el eſtudiànte Poëta, hijo de Don Diego, que con ſu madre avìa ſalìdo à recibìrle; y madre, y hijo quedàron ſuſpènſos de vèr la eſtraña figùra de Don Quixote, el qual apeàndoſe de Rozinànte, fuè con mucha corteſía à pedìrle las manos para besàrſelas, y Don Diego dixo: Recebìd, Señora, con vueſtro sòlito agrado al Señor Don Quixote de la Mancha, que es el que tenèys delante, andante Cavallèro, y el mas valiènte, y el mas diſcrèto, que tiene el mùndo. La Señora (que Doña Chriſtina ſe llamàva) le recibiò con muèſtras de mucho amor, y de mucha cortesìa, y Don Quixote ſe le ofreciò con aſſaz de diſcretas, y comedìdas razones. Caſi los miſmos comedimièntos paſsò con el eſtudiànte, que en oyèndole hablàr Don Quixote, le tùvo por diſcrèto, y agùdo.

AQUÌ pinta el Autor todas las circunſtàncias de la caſa de Don Diego, pintàndonos en ellas lo que contiène una caſa de un Cavallèro labradòr, y rico: Pero al traductor deſta hiſtòria le pareciò paſsàr eſtas, y otras ſemejantes menudencias en ſilencio, porque no venìan bien con el propoſito principal de la hiſtòria, en la qual mas tiene ſu fuèrça la verdàd, que en las frias digreſiònes.

ENTRÁRON à Don Quixote en una ſala; deſarmòle Sancho, quedò en Valones, y en Jubòn de camùça, todo viſunto con la mugre de las armas; el cuello era Valona à lo eſtudiantil ſin Almidòn, y ſin randas; Los borzeguìes eran datilados, y encerados los zapatos. Ciñòſe ſu buena eſpàda, que pendìa de un Tahalì de

Lo-

Lobos marinos: Que es opinion, que muchos años fuè enfermo de los riñones. Cubriòse un herreruèlo de buen paño pardo; pero antes de todo, con cinco calderos, ò sèys de agua (que en la cantidàd de los caldèros ày alguna diferencia) se lavò la cabeça, y rostro, y toda via se quedò el agua de color de suèro (mercèd à la Golosina de Sancho, y à la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusièron à su amo.) Con los referidos atavios, y con gentil donayre y gallardìa saliò Don Quixote à otra sala, donde el estudiànte le estava esperàndo para entretenèrle en tanto que las mesas se ponian; que por la venida de tan noble huèsped querìa la Señora Doña Christina mostràr, que sabìa y podìa regalàr à los que à su casa llegàssen.

En tanto que Don Quixote se estùvo desarmàndo, tùvo lugar Don Lorenço (que assi se llamàva el hijo de Don Diego) de dezìr à su padre: Quièn dirèmos, Señor, que es este Cavallèro, que vuessa mercèd nos ha traydo à casa? Que el nombre, la figùra, y el dezìr que es Cavallèro andante, à mi madre, y à mi nos tiene suspènsos. No sè lo que te diga, hijo, respondiò Don Diego: solo te sabrè dezìr, que le hè visto hazer cosas del mayor loco del mùndo, y dezìr razones tan discretas, que borran, y deshazen sus hechos. Hàblale tu, y toma el pulso à lo que sabe; y pues eres discreto, jùzga de su discrecion, ò tonterìa lo que mas puesto en razòn estuvière; aunque para dezir verdàd, antes le tengo por loco, que por cuèrdo.

Con esto se fuè Don Lorenço à entrete-

nèr à Don Quixote, como queda dicho, y entre otras platicas, que los dos paſsàron, dixo Don Quixote à Don Lorenço: El Señor Don Diego de Miranda, padre de vueſſa mercèd, me hà dado noticia de la rara habilidàd, y ſutil ingènio que vueſſa mercèd tiene; y ſobre todo, que es vueſſa mercèd un gran Poëta. Poëta bien podrà sèr, reſpondiò Don Lorenço, pero grande, ni por penſamièneo: Verdàd es, que yo sòy algun tanto aficionàdo à la Poëſia, y à leèr los buenos Poëtas, pero no de manèra, que ſe me pueda dàr el nombre de grande, que mi padre dize. No me parèce mal eſſa humildàd, reſpondiò Don Quixote, porque no ày Poëta que no sèa arrogànte, y pienſe de ſi, que es el mayor Poëta del mùndo. No ày regla ſin excepcion, reſpondiò Don Lorenço; y alguno avrà que lo sèa, y no lo pienſe. Pocos, reſpondiò Don Quixote: Pero dìgame vueſſa mercèd, que verſos ſon los que aora tràe entre manos, que me hà dicho el Señor ſu padre, que le trèen algo inquièto, y penſativo; Y ſi es alguna gloſſa, à mi ſe me entiende algo de achaque de gloſſas, y holgaria ſaberlos; Y ſi es que ſon de Juſta literaria, procùre vueſſa mercèd llevàr el ſegùndo premio, porque el primèro ſiempre ſe le lleva el favor, ò la gran calidàd de la perſona: El ſegundo ſe le llèva la mera Juſticia; y el tercèro viene à ſer ſegundo; y èl primèro à eſta cuenta ſerà el tercèro al modo de las licencias que ſe dàn en las univerſidàdes: Pero con todo eſſo gran perſonage es èl nombre de primèro. Haſta aora, dixo entre

ue ſi Don Lorenço, no os podrè yo juzgàr por loco. Vamos adelante; y dixole: Parèceme que vueſſa mercèd hà cursàdo las eſcuèlas: Que ciencias hà oydo? La de la Cavallèria andante, reſpondiò Don Quixote, que es tan buena como la de la Poëſia, y aun dos dedos mas. No sè que ciencia sèa eſſa, replicò Don Lorenço, y haſta aora no hà llegàdo à mi noticia. Es una ciencia, replicò Don Quixote, que encièrra en ſi todas, ò las mas ciencias del mùndo, à càuſa que el que la profeſſa, hà de sèr Juriſperìto, y ſabèr las leyes de la Juſticia diſtributìva, y conmutatìva, para dàr à cada uno lo que es sùyo, y lo que le conviène. Ha de sèr Theologo para ſabèr dàr razòn de la Chriſtiana ley que profeſſa, clara y diſtintamènte adonde quièra que le fuèse pedìdo. Ha de sèr medico, y principalmènte herbolario para conocèr en mitàd de los deſpoblados, y deſiertos las yervas que tienen virtùd de ſanàr las heridas; que no hà de andàr el Cavallèro andante à cada triquète buſcàndo quièn ſe las cùre. Ha de sèr Aſtròlogo para conocèr por las eſtrellas, quantas horas ſon paſſadas de la noche, y en que parte, y en que clima del mùndo ſe hàlla. Hà de ſabèr las Matemàticas, porque à cada paſſo ſe le ofrecerà tenèr neceſſidàd dellas; y dexàndo à parte que hà de eſtàr adornàdo de todas las virtùdes Theologàles, y Cardinàles, deſcendièndo à otras menudencias, digo, que hà de ſabèr nadàr, como dizen que nadàva el Pere Nicolas, ò Nicolao. Hà de ſabèr herràr un Cavallo, y adereçàr la ſilla, y el frèno:

Y bolviéndo à lo de arriba: Hà de guardàr la Fè à Dios, y à ſu dama: Hà de sèr caſto en los penſamiéntos, honèſto en las palabras, liberàl en las obras, valiènte en los hechos, ſufrìdo en los trabàjos, caritatìvo con los meneſteròſos; y finalmènte mantenedòr de la verdàd, aunque le cueſte la vida el defendèrla. De todas eſtas grandes, y minimas partes ſe compone un buen Cavallèro andante: Porque vèa vueſſa mercèd, Señor Don Lorenço, ſi es ciencia mocoſa la que aprènde el Cavallèro que la eſtùdia, y la profeſſa; y ſi ſe pùede igualàr à las mas eſtiradas, que en los gimnaſios, y eſcuèlas ſe enſeñan. Si eſſo es aſſi, replicò Don Lorenço, yo digo que ſe aventaja eſſa ciencia à todas. Como ſi es aſſi? reſpondiò Don Quixote. Lo que yo quièro dezìr, dixo Don Lorenço es, que dùdo, que àya avìdo, ni que los ày aora Cavallèros andantes, y adornàdos de virtùdes tantas. Muchas vezes hè dicho lo que buèlvo à dezìr aora, reſpondiò Don Quixote; que la mayor parte de la gente del mùndo eſtà de parecèr, de que no hà avìdo en èl Cavallèros andantes: Y por parecèrme à mi, que ſi el Cielo milagroſamènte no les dà à entendèr la verdàd de que los hùvo, y de que los ày, qualquier trabajo que ſe tome, hà de sèr en vano, como muchas vezes me lo hà moſtràdo la experiència; no quièro detenèrme aora en ſacàr à vueſſa mercèd del erròr, que con los muchos tiene. Lo que pièn ſo hazèr es, rogàr al Cielo, le ſaque dèl, y le dè à entendèr, quan provechòſos, y quan neceſſarios fuèron al mùndo

los

los Cavallèros andantes en los paſsàdos ſiglos, y quan ùtiles fuèran en el presènte, ſi ſe usàran; pero triunfan aora por pecados de las gentes la perèza, la ociosidàd, la gùla, y el regàlo. Eſcapàdoſenos ha nueſtro huèſped, (dixo à eſta fazòn) entre ſi Don Lorenço, pero con todo eſſo el es loco bizarro, y yo ſerìa mentecato floxo, ſi aſſi no lo creyèſſe.

AQUÌ dièron fin à ſu plàtica, porque los llamàron à comèr. Preguntò Don Diego à ſu hijo, que avìa ſacàdo en limpio del ingenio del huèſped? A lo que èl reſpondiò: No le ſacaràn del borrador de ſu locùra quantos medicos, y buenos eſcrivànos tiene el mùndo. El es un entreveràdo loco, lleno de luzìdos intervàlos. Fuèronſe à comèr, y la comida fuè tal, como Don Diego avìa dicho en el camino, que la ſolìa dàr à ſus combidàdos, limpia, abundante, y ſabròſa: Pero de lo que mas ſe contentò Don Quixote, fuè del maravillòſo ſilencio que en toda la caſa avìa, que ſemejàva un monaſterio de Cartùxos.

LEVANTADOS, pues, los mantèles, y dadas gràcias à Dios, y Agua à las manos, Don Quixote pidiò ahincadamènte à Don Lorenço, dixèſſe los verſos de la Juſta Literaria. A lo que èl reſpondiò, que por no parecèr de aquellos Poëtas, que quando les ruègan, digan ſus verſos, los niegan, y quando no ſe les piden, los vomitan; yo dirè mi gloſſa, de la qual no eſpero premio alguno; que ſolo por exercitàr el ingenio la hè hecho. Un amigo, y diſcreto, reſpondiò Don Quixote, era de parecèr, que no ſe avìa de can-

sàr nadie en glosàr versos; y la razòn, dezìa èl, èra, que jamàs la glossa podìa llegàr al Texto, y que muchas, ò las mas vezes iva la glossa fuera de la intencion, y propòsito de lo que pedìa lo que se glosàva: Y mas, que las leyes de la glossa eran demasiadamènte estrechas, que no sufrìan interrogantes, ni *dixo*, ni *dirè*, ni hazèr nombres de verbos, ni mudàr el sentido, con otras ataduras, y estrechezas con que vàn atados los que glossàn, como vuessa mercèd deve de sabèr. Verdaderamènte, Señor Don Quixote, dixo Don Lorenço, que desèo cogèr à vuessa mercèd en un mal Latin continuàdo, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos còmo Anguila. No entièndo, respondiò Don Quixote, lo que vuessa mercèd dize, ni quièrè dezìr en esso del deslizàrme. Yo me darè à entendèr, respondiò Don Lorenço, y por aora estè vuessa mercèd atento à los versos glosàdos, y à la glossa, que dizen desta manera.

Si mi *fuè* tornàsse à *es*,
Sin esperàr mas *serà*,
O vinièsse el tiempo yà,
De lo que *serà* despues.

GLOSSA.

Al fin como todo passa,
Se passò el bien que me diò
Fortuna un tiempo no escàsa,
Y nunca me le bolviò.

Ni

Ni abundante, ni por taſſa.
Siglos hà yà que me veès,
Fortuna, pueſto à tus pies;
Buèlveme à sèr venturòſo,
Que ſerà mi *ſer* dichoſo,
Si mi *fuè* tornàſſe à *es*.

No quièro otro guſto, ô gloria,
Otra palma, ô vencimièntо,
Otro triunfo, otra vitòria,
Sino bolvèr al contento,
Que es peſar en mi memoria:
Si tù me buelves allà,
Fortuna, templado eſtà
Todo el rigor de mi fuego,
Y mas ſi eſte bièn es luego,
Sin eſperàr mas, *ſerà*.

Coſas impoſſibles pido,
Pues bolvèr el tiempo à ſer,
Deſpues que una vez hà ſido,
No ày en la tierra podèr,
Que à tanto ſe àya eſtendido.
Corre el tiempo, buela, y và
Ligero, y no bolverà,
Y errarìa el que pidièſſe,
O que el tiempo yà ſe fuèſſe,
O bolvièſſe el tiempo yà.

Vivo en perplexa vida,
Yà eſperàndo, yà temièndo,
Es muèrte muy conocìda,
Y es mucho mejor murièndo

Buſ-

Buſcàr al dolòr ſalida.
A mi me fuèra interès
Acabàr, mas no lo es,
Pues con diſcurſo mejor
Me dà la vida el temor
De lo que *ſerà* deſpues.

En acabàndo de dezìr ſu gloſſa Don Lorenço, ſe levantò en piè Don Quixote, y en voz levantada, que parecìa grito, aſſièndo còn ſu mano la derecha de Don Lorenço, dixo: Viven los Cielos donde mas altos eſtàn, mancebo generòſo, que sòys el mejor Poëta del orbe, y que merecèys eſtàr laureàdo, no por Chypre, ni por Gaëta, como dixo un Poëta (que Dios perdone) ſino por las Academias de Atenas ſi oy vivièran, y por las que oy viven de Paris, Bolonia, y Salamanca. Plega al cielo que los Juezes que os quitàren el premio primero, Febo los aſſaetèe, y las Muſas jamas atravièſſen los umbrales de ſus caſas. Dezidme, Señor, ſi ſoys ſervìdo, algunos verſos mayores, que quièro tomàr de todo en todo el pulſo à vueſtro admirable ingenio. No es bueno, que dizen, que ſe holgò Don Lorenço de vèrſe alabàr de Don Quixote, aunque le tenía por loco? ô fuerça de la adulacion, à quanto te eſtiendes, y quan dilatàdos limites ſon los de tu Juriſdicion agradable! Eſta verdàd acreditò Don Lorenço, pues condeſcendiò con la demanda, y deſeò de Don Quixote dizièndole eſte Soneto à la Fabula, ô hiſtòria de Piramo, y Tysbe.

SO-

SONETO.

El muro rompe la donzella hermosa;
Que de Piramo abriò el gallardo pecho,
Parte el amor de Chypre, y và derecho
A vèr la quiebra estrecha, y prodigiòsa.
Habla el silencio allì, porque no osa
La voz entràr por tan estrecho estrecho,
Las almas si, que amòr suèle de hecho
Facilitàr la mas dificil cosa.
Salió el desèo de compàs, y el paso
De la imprudente virgen solicita
Por su gusto su muerte: vèd que història!
Que à entrambos en un punto; (ô estraño caso)
Los mata, los encùbre, y resucita
Una espada, un sepulcro, una memoria.

Bendito sèa Dios, (dixo Don Quixote, avièndo oỳdo el Soneto de Don Lorenço:) Que entre los infinitos Poëtas consumidos que àỳ, hè visto un consumàdo Poëta, como lo es vuessa mercèd, Señor mio; que assi me lo dà à entendèr el àrtificio deste Soneto. Quatro dias estùvo Don Quixote regaladissimo en la casa de Don Diego, al cabo de los quales le pidiò licencia para irse, dizièndole, que le agradecia la mercèd, y buen tratamièntо, que en su casa avìa recibìdo: Pero que por no parecèr bien, que los Cavallèros andantes se dèn muchas horas al ocio, y al regàlo, se querìa ir à cumplìr con su oficio, buscàndo las aventùras, de quièn tenìa noticia, que aquella tierra abundàva, donde esperàva entretenèr el tiempo hasta que llegàsse el dia de las Justas

de

de Zaragoça, que era el de ſu derecha derrota; y que primero avìa de entràr en la cueva de Montesinos de quien tantas, y tan admirables coſas en aquellos contornos ſe contàvan: Sabièndo, è inquirièndo aſſi miſmo el nacimiento, y verdaderos mananciales de las ſiete Lagunas, llamadas comunmènte de Ruydera. Don Diego, y ſu hijo le alabàron ſu honròſa determinacion, y le dixèron, que tomàſſe de ſu caſa y haziènda todo lo que en grado le vinièſſe, que le ſervirian con la voluntàd poſſible; que à ello les obligava el valor de ſu persòna y la honròſa Profeſſion ſuya.

LLEGÒSE en fin el dia de ſu partida tan alegre para Don Quixote, como triſte, y aziago para Sancho Pança, que ſe hallava muy bien con la abundancia de la caſa de Don Diego, y rehusàva de bolvèr à la hambre, que ſe ùſa en las floreſtas, y deſpobladòs, y à la eſtrecheza de ſus mal proveydas alforjas: Con todo eſto las llenò, y colmò de lo mas neceſsàrio que le pareciò: Y al deſpedirſe dixo Don Quixote à Don Lorenço: No sè, ſi he dicho à vueſſa mercèd otra vez (y ſi lo he dicho, lo buelvo à dezir) que quando vueſſa mercèd quiſière ahorràr càminos, y trabajos para llegàr à la inacceſſible cumbre del templo de la fama, no tiene que hazèr otra coſa, ſino dexàr à una parte la ſenda de la Poëſia algo eſtrecha, y tomàr la eſtrechiſſima de la andante Cavallerìa, baſtante para hazèrle Emperador *en dacà las pajas*. Con eſtas razones acabò Don Quixote de cerràr el proceſſo de

ſu

ſu locùra; y mas con las que añadiò, diziendo: Sabe Dios, ſi quiſièra llevàr conmigo al Señor Don Lorenço, para enſeñàrle como ſe hàn de perdonàr los ſujetos, y ſupeditàr y acozèar los ſobervios: Virtùdes anexas à la profeſſion que yo profeſſo. Pero pues no lo pide ſu poca edàd, ni lo querràn conſentìr ſus loàbles exercìcios, ſolo me contento con advertìrle à vueſſa mercèd, que ſiendo Poëta, podrà sèr famoſo, ſi ſe guìa mas por el parecèr ageno, que por el propio, porque no èy padre, ni madre à quien ſus hijos leparezcan feos; y en los que lo ſon del entendimiènto corre mas eſte engaño. De nuevo ſe admiràron padre y hijo de las entremetidas razones de Don Quixote, yà diſcretas, y yà diſparatàdas, y del tema y teſon que llevàva de acudir de todo en todo à la buſca de ſus deſventuràdas aventùras, que las tenía por fin, y blanco de ſus deſeèos; reyteràronſe los ofrecimièntos, y comedimièntos, y con la buena licencia de la Señora del Caſtillo, Don Quixote y Sancho ſobre Rozinante y el Ruzio ſe partièron.

CA-

CAPITULO XIX.

Donde ſe cuenta la aventùra del Paſtor enamoràdo, con otros, en verdàd, graciòſos ſucèſſos.

POCO trecho ſe avìa alongàdo Don Quixote del lugar de Don Diego, quando encontrò con dos como clèrigos, ò como eſtudiàntes, y con dos labradores, que ſobre quatro beſtias aſnales venſan Cavallèros. El uno de los eſtudiàntes trayà como en portamantèo en un lienço de vocacì verde, embuèlto al parecèr, un poco de grana blanca, y dos pares de medias de cordellàte. El otro no traìa otra coſa, que dos eſpadas negras de eſgrima nuevas, y con ſus Zapatillas. Los labradores traìan otras coſas, que davan indicio, y ſeñal, que venìan de alguna villa grande, donde las avìan compràdo, y las llevàvan à ſu aldèa; y aſſi eſtudiantes como labradores cayèron en la miſma admiracion, que caìan todos aquellos, que la vez primera veìan à Don Quixote, y morìan por ſabèr, que hombre fuèſſe aquel tan fuera del ùſo de los otros hombres. Saludòles Don Quixote, y deſpues de ſabèr el camino que llevàvan, que era el meſmo que èl hazìa, les ofreciò ſu compañía, y les pidiò, detuvièſſen el paſſo, pòrquè caminàvan mas ſus pollinas, que ſu cavallo; y para obligàrlos, en breves razones les dixo quièn era,

y

y ſu oficio, y profeſſion, que era de Cavallèro andante, que iva à buſcàr las aventùras por todas las partes del mùndo. Dixoles, que ſe llamava de nombre propio Don Quixote de la Mancha, y por el apelativo el Cavallèro de los Leònes. Todo eſto para los labradòres èra hablàrles en Griego, ô en Gerigonça; pero no para los eſtudiàntes, que luègo entendièron la flaqueza del celèbro de Don Quixote: Pero con todo eſſo le miràvan con admiracion, y con reſpeto, y uno dellos dixo: Si vueſſa mercèd, Señor Cavallèro, no lleva camino determinàdo, como no le ſuelen llevàr los que bùſcan las aventùras, vueſſa mercèd ſe venga con noſotros, y verà una de las mejores bodas, y mas ricas, que haſta el dia de oy ſe avràn celebràdo en la Mancha, ni en otras muchas leguas à la redonda. Preguntòle Don Quixote, ſi èran de algun Principe, que aſſi las ponderàva? No ſon, reſpondiô el eſtudiante, ſino de un labrador, y una labradora, èl, el mas rico de toda la tierra, y èlla la mas hermoſa que han viſto los hombres. El aparàto con que ſe hàn de hazèr, es extraordinàrio, y nuèvo, porque ſe hàn de celebràr en un prado, que eſtà junto al pueblo de la nòvia, à quièn por excelencia llaman Quiteria la hermoſa, y el deſpoſàdo ſe llama Camacho el rico: èlla de edàd de diez y ocho años, y èl de veynte y dos, ambos para en uno; aunque algunos curiòſos, que tienen de memoria los linages de todo el mùndo, quièren dezìr, que el de la hermoſa Quitèria ſe aventaja al de Camacho: Pero yà no

ſe mira en eſto; que las riquezas ſon poderòſas de ſoldàr muchas quièbras. En efecto el tal Camacho es liberàl, y hàſele antojàdo de enramàr, y cubrìr todo el prado por arriba de tal ſuèrte, que el Sol ſe hà de vèr en trabajo, ſi quiere entràr à viſitàr las yervas verdes, de que eſtà cubierto el ſuèlo. Tiene aſſi miſmo maheridas Danzas aſſi de eſpadas como de caſcabèl menudo (que ay en ſu pueblo quièn lo repìque, y ſacùda por eſtremo:) De Zapateadores no digo nada, que es un juyzio los que tiene muñidos: Pero ninguna de las coſas referìdas, ni otras muchas, que hè dexàdo de referìr, hà de hazèr mas memoràbles eſtas bodas, ſino las que imagino que harà en ellas el deſpechàdo Baſilio.

Es eſte Baſilio un Zagàl vezino del meſmo lugar de Quiteria, el qual tenìa ſu caſa pared en medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomò ocaſion el amor de renovàr al mundo los yà olvidàdos amores de Piramo y Tysbe; porque Baſilio ſe enamorò de Quiteria deſde ſus tièrnos y primeros años, y èlla fuè correſpondièndo à ſu deſsèo con mil honeſtos favores, tanto que ſe contàvan por Entretenimièntо en el pueblo los amores de los dos niños Baſilio y Quiteria. Fuè crecièndo la edàd, y acordò el padre de Quiteria de eſtorvàr à Baſilio la ordinaria entràda que en ſu caſa tenìa, y por quitàrſe de andàr rezeloſo, y lleno de ſoſpechas, ordenò de casàr à ſu hija con el rico Camacho, no parecièndole sèr bien casàrla con Baſilio, que no tenìa tantos bienes de fortuna, como de naturaleza; pues

pues ſi và à dezir las verdades ſin envidia, èl es el mas agil mancebo, que conocèmos: Gran tirador de barra, luchador eſtremàdo, y gran jugador de pelota. Corre como un gamo, ſalta mas que una cabra, y birla à los bolos como por encantamièntо. Canta como una calandria, y toca una guitarra, que la haze hablàr; y ſobre todo juèga una eſpada como el mas pintàdo. Por eſſa ſola gracia, dixo à eſta ſazòn Don Quixote, merecia eſſe mancebo no ſolo casàrſe con la hermoſa Quiteria, ſino con la miſma Reyna Ginèbra (ſi fuèra oy viva) à pesàr de Lançarote, y de todos aquellos que eſtorvàrlo quiſièran.

A mi muger con eſſo, dixo Sancho Pança (que haſta entonces avìa ido callàndo y eſcuchando) la qual no quière, ſino que cada uno caſe con ſu igual, atenièndoſe al Refran que dize: *Cada oveja con ſu pareja.* Lo que yo quiſièra es, que eſſe buen Baſilio (que yà me le vòy aficionàndo) ſe casàra con eſſa Señora Quiteria; que buen ſiglo àyan, y buen polo (iva à dezir al revès) los que eſtòrvan que ſe càſen los que bien ſe quièren. Si todos los que bien ſe quièren, ſe huvièſſen de casàr, dixo Don Quixote, quitarìaſe la eleccion, y Juriſdicion à los padres de casàr ſus hijos con quièn, y quando deven: Y ſi à la voluntad de las hijas quedàſſe eſcogèr los maridos, tal avrìa que eſcogièſſe al criado de ſu padre, y tal al que vìò paſsàr por la calle, à ſu parecèr, bizarro, y entonàdo, aunque fuèſſe un desbaratàdo eſpadachin; que el amor, y la aficion con facilidàd ciegan los ojos del entendimièntо, tan

neceſsàrios para eſcogèr eſtàdo; y el del matrimònio eſtà muy à peligro de erràrſe, y es meneſtèr gran tiento, y particulàr favor del Cielo para acertàrle. Quiera hazèr uno un viage largo, y ſi es prudente, antes de ponèrſe en camino, buſca alguna compañía ſugùra, y apacible con quièn acompañarſe. Pues porque no harà lo meſmo el que ha de caminàr toda la vida haſta el paradèro de la muèrte: Y mas ſi la compañía le hà de acompañàr en la cama, en la meſa, y en todas partes, como es la de la muger con ſu marido? La de la propia muger no es mercaduria, que una vez compràda, ſe buèlve, ò ſe truèca, ò cambia, porque es accidente inſeparàble, que dura lo que dura la vida. Es un laço que ſi una vez le echàys al cuello, ſe buèlve en el Nudo Gordiano, que ſino le corta la guadaña de la muèrte, no ày deſatàrle. Muchas mas coſas pudièra dezìr en eſta materia, ſino lo eſtorvàra el deſsèo que tengo de ſabèr, ſi le queda mas que dezir al Señor licenciàdo à cerca de la hiſtòria de Baſilio. A lo que reſpondiò el eſtudiante, bachiller, ò licenciàdo, como le llamò Don Quixote, que de todo no me queda mas que dezir, ſino que deſde el punto que Baſilio sùpo que la hermoſa Quiteria ſe casàva con Camacho el rico, nunca mas le han viſto reỳr, ni hablàr razòn concertàda, y ſiempre anda penſatìvo y triſte hablàndo entre ſi miſmo, con que dà ciertas, y claras Señales de que ſe le hà buèlto el Juỳzio. Come poco, y duèrme poco, y lo que come ſon frutas, y en lo que duerme, ſi duerme, es

en

en el campo sobre la dura tierra como animal brùto: Mira de quàndo en quàndo al Cielo, y otras vezes clava los ojos en la tierra con tal embelesamiènto, que no parèce sino estatua vestida, que el ayre le mueve la ropa. En fin èl dà tales muestras de tenèr apassionado el coraçòn, que temèmos todos los que le conocèmos, que el dàr el *Si* Mañana la hermosa Quiteria, hà de sèr la sentencia de su muèrte. Dios lo harà mejor, dixo Sancho; que Dios que dà la llaga, dà la medicina: Nadie sabe lo que està por venìr: De aquì à mañana muchas horas ày; y en una, y aun en un momènto se càe la casa: Yo he visto llovèr, y hazèr sol todo à un mesmo punto: Tal se acuèsta sano la noche, que no se puède movèr otro dia: Y dìganme: Por ventùra avrà quièn se alabe, que tiene echàdo un clavo à la rodaja de la fortuna? No por cierto, y entre el *Si*, y el *No* de la muger no me atraverìa yo à ponèr una punta de alfiler, porque no cabrìa. Dènme à mi, que Quiteria quièra de buen corazòn, y de buena voluntàd à Basilio; que yo le darè à èl un saco de buena ventùra; que el amor, (segun yo hè oỳdo dezìr) mìra con unos antojos, que hazen parecèr oro al cobre, à la pobrèza riquèza, y a las lagañas perlas.

Adonde vàs à paràr, Sancho, que sèas maldito, dixo Don Quixote, que quàndo comiènças à ensartàr Refrànes, y cuèntos, no te puede esperàr sino el mismo Judas, que te lleve. Dime, animal, que sabes tu de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna?

O, pues si no me entienden, respondiò Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates: Pero no importa, yo me entiendo, y sè, que no hè dicho muchas necedàdes en lo que hè dicho, sino que vuessa mercèd, señor mio, siempre es friscal de mis dichos, y aun de mis hechos. Fiscal, has de dezir, dixo Don Quixote, que no friscal, prevaricador del buen lenguage, que Dios te confunda. No se apunte vuessa mercèd conmigo, respondiò Sancho, pues sabe que no me hè criado en la corte, ni he estudiàdo en Salamanca, para saber si añado, ò quito alguna letra à mis vocablos. Si, que, vàlgame Dios, no ay para que obligàr al sayagues a que hable como el Tolèdano; y Tolèdanos puède avèr, que no las corten en el ayre en esto del hablar polido. Assi es, dixo el licenciàdo, porque no pueden hablàr tan bien los que se crian en las tenerìas y en Zocodover, como los que se passèan casi todo el dia por el claustro de la Iglesia mayor, y todos son Toledanos. El lenguàge puro, el propio, el elegànte, el claro està en los discretos cortesanos, aunque àyan nacìdo en Majalahonda: Dixe, discretos, porque ày muchos que no lo son, y la discrecion es la gramatica del buen lenguàge, que se acompaña con el ùso. Yo, Señores, por mis pecados hè estudiàdo Cànones en Salamanca, y picome algun tanto de dezir mi razòn con palabras claras, llanas, y significàntes. Si no os picàrades mas de sabèr mas meneàr las negras que llevàys, que la lengua, (dixo el otro estu-

eſtudiante,) vos llevàrades el primero en licencias como llevàſtes cola. Mirad Bachillèr, reſpondiò el licenciàdo, vos eſtàys en la mas errada opinion del mundo acerca de la deſtrèza de la eſpada teniéndola por vana.

PARA mì no es opinion, ſino verdàd aſſentàda, replicò Corchuèlo; y ſi querèys que os la mueſtre con la experiencia, eſpadas traèys, comodidàd ày, yo pulſos, y fuerças tengo, que acompañadas de mi animo (que no es poco) os harè confeſsàr, que yo no me engaño. Apeàos, y usàd de vueſtro compàs de piès, de vueſtros circulos, y vueſtros angulos, y ciencia, que yo eſpèro de hazèros vèr eſtrellas à medio dia con mi deſtreza moderna, y zàfia, en quièn eſpèro, deſpues de Dios, que eſtà por nacèr hombre, que me haga bolvèr las eſpaldas; y que no le ày en el mundo, à quièn yo no le haga perdèr tierra. En eſſo de bolver, ò no las eſpaldas no me meto, replicò el dieſtro, aunque podrìa sèr, que en la parte donde la vez primera clavàſſedes el piè, allì os abrièſſen la ſepultùra (quièro dezìr) que allì quedàſſedes muerto por la deſpreciada deſtreza. Aora ſe verà, reſpondiò Corchuèlo; y apeàndoſe con gran preſteza de ſu Jumento, tirò con fùria de una de las eſpadas que llevàva el licenciado en el ſuyo. No hà de sèr aſſi, dixo à eſte inſtante Don Quixote, que yo quièro sèr el maeſtro deſta eſgrima, y el Juez deſta muchas vezes no averiguàda queſtion; y apeàndoſe de Rozinànte, y aſſiéndo de ſu lança, ſe pùſo en la mitàd del camino, à tiempo que yà el licen-

ciàdo con gentil donayre de cuerpo, y compàs de piès ſe iva contra Corchuèlo, que contra el ſe vino lançando, (como dezirſe ſuèle,) fuègo por los ojos. Los otros dos labradòres del acompañamièntо, ſin apeàrſe de ſus Pollinas, ſirvièron de aſpetatores en la mortàl Tragedia. Las cuchillàdas, eſtocàdas altibàxos, revèſes, y mandobles que tiràva Corchuèlo: eran ſin numero, mas eſpeſas que hìgado, y mas menùdas que granizo. Arremetìa como un leòn irritàdo, pero ſalìale al encuèntro un tapaboca de la Zapatilla de la eſpada del licenciàdo, que en mitàd de ſu furia le detenìa, y ſe la hazìa bèsàr, como ſi fuèra reliquia aunque no còn tanta devocion como las reliquias deven, y ſuèlen besàrſe. Finalmènte el licenciàdo le contò à eſtocadas *los* botones de una medià ſoranilla que traia veſtida, hàzièndole tiras los faldamèntos, como colas de Pulpo. Derribòle el ſombrero dos vezes, y cansòle de manera, que de deſpecho, còlera, y rabia affiò la eſpada por la empuñadùra, y arrojòla por el ayre con tanta fuerça, que uno de los labradores aſſiſtèntes, que era eſcrivàno, y fuè por ella, afirmò, y diò deſpues por teſtimonio, que la alongò de sì caſi tres quartos de legua; el qual teſtimonio ſirve, y hà ſervìdo para què ſe conozca, y vèa con toda verdàd, como la fuerça es vencìda del arte. Sentòſe cansàdo Corchuèlo, y llegàndoſe à èl Sancho, le dixo: Mia Fè, Señor Bachillèr, ſi vueſſa mercèd toma mi consèjo, de aquì adelante no hà de deſafiàr à nadie à eſgrimìr, ſino, à luchàr, ò à tiràr la barra,

pues

pues tiene edàd y fuerças para ello; que deſtos à quièn llaman dièſtros, hè oỳdo dezìr, que meten una punta de una eſpada por el ojo de una aguja. Yo me contènto, reſpondiò Corchuèlo, de avèr caỳdo de mi Burra, y de que me àya moſtràdo la experiència la verdàd de quièn tan lexos eſtàva: Y levantàndoſe, abraçò al licenciàdo, y quedàron mas amigos que de antes; y noquerièndo eſperàr al eſcrivàno, que avìa ido por la eſpada, por parecèrle que tardarìa mucho, determinàron ſeguír adelante por llegàr temprano à la aldèa de Quiteria de donde todos eran. En lo que faltava del camino, les fuè contàndo el licenciàdo les excelencias de la eſpada con tantas razones demoſtrativas, y con tantas figùras y demoſtraciones Mathematicas, que todos quedàron enterados de labondàd de la ciencia, y Corchuèlo reduzìdo de ſu pertinàcia.

ERA anochecìdo, pero antes que llegàſſen, les pareciò à todos, que eſtàva delante del pueblo un cielo lleno de inumeràbles y reſplandecièntes eſtrèllas. Oyèron aſſi miſmo confuſos, y ſuaves ſonidos de diverſos inſtrumèntos, como de Flautas, Tamborinos, Salterios, Albògues, Pandèros, y Sonàjas; y quando llegàron cerca, vièron que los arboles de una enramàda, que à mano avìan pueſto à la entràda del pueblo, eſtavan todos llenos de luminàrias, à quièn no ofendìa el viento, que entonces no ſoplava, ſino tan manſo, que no tenìa fuerça para movèr las hojas de los arboles. Los mùſicos èran los regozijadores de la boda, que en divèrſas

quadrillas por aquel agradable ſitio andàvan, unos baylàndo, y otros cantàndo, y otros tocando la diverſidàd de los referidos inſtrumèntos. En efecto no parecìa, ſino que por todo aquel prado andava corrièndo la alegrìa, y ſaltàndo el contènto. Otros muchos andàvan ocupàdos en levantàr andàmios, de donde con comodidàd pudièſſen vèr otro dia las repreſentaciones, y danças, que ſe avìan de hazèr en aquel lugar dedicàdo para ſolemnizàr las bodas del rico Camacho, y las exèquias de Baſilio. No quiſo entràr en el lugar Don Quixote, aunque ſe lo pidièron, aſſi el labradòr, como el Bachillèr; pero èl diò por diſculpa, baſtantiſſima à ſu parecèr, sèr coſtumbre de los Cavallèros andantes dormir por los campos, y floreſtas antes que en los poblàdos, aunque fuèſſe debaxo de dorados techos; y con eſto ſe deſviò un poco del camino bien contra la voluntàd de Sancho, vinièndoſele à la memoria el buen alojamiènto que avìa tenido en el caſtillo, ò caſa de Don Diego.

CAPITULO XX.

Donde ſe cuentan las bodas Camacho el rico, con el ſuceſſo de Baſilio el pobre.

APenas la blanca Aurora avìa dado lugar à que el luziènte Febo con el ardor de ſus calientes rayos, las liquidas perlas de ſus cabellos

bellos de oro enjugàſſe, quàndo Don Quixote, ſacudièndo la pereza de ſus miembros, ſe puſo en piè, y llamò à ſu eſcudèro Sancho, que aun toda via roncàva; lo qual viſto por Don Quixote, antes que le deſpertàſſe, le dixo: O tu bienaventuràdo ſobre quantos viven ſobre la haz de la tierra, pues ſin tenèr envidia, ni ſer envidiàdo, duèrmes con ſoſſegàdo eſpiritu, ni te perſiguen Encantadores, ni ſobreſaltan Encantamiènto! Duerme, digo otra vez, y lo dirè otras ciento, ſin que te ténga en continua vigilia zelos de tu Dama, ni te deſvelen penſamiènto de pagàr deudas que devas, ni de lo que has de hazèr para comèr otro dia tu, y tu pequera, y anguſtiàda familia: Ni la ambicion te inquiéta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los Limites de tus deſeos no ſe eſtiènden à mas que à pensàr en tu Jumènto; que el de tu perſona ſobre mis ombros le tienes puesto (contrapeſo, y carga que puſo la naturaleza, y la coſtumbre à los Señores.) Duerme el criado, y eſtà velàndo el Señor, pensàndo como le ha de ſuſtentàr, mejoràr, y hazèr mercedès. La congoxa de vèr que el cielo ſe haze de bronze, ſin acudir à la tierra con el conveniènte rozio, no aflige al criado, ſino al Señor, que hà de ſuſtentàr en la eſterilidàd, y hambre al que le ſirviò en la fertilidàd, y abundancia. A todo eſto no reſpondio Sancho, porque dormia; ni deſpertàra tan preſto, ſi Don Quixote con el cuento de la Lança no le hiziéra bolvèr en sì. Deſpertò en fin, ſoñoliento, y pereçòſo, y bolvièndo el roſtro

à to-

à todas partes, dixo: De la parte deſta enramàda, (ſi no me engaño) ſale un tufo, y olòr harto mas de torreznos aſſados, que de juncos, y tomillos. Bodas que por tales olòres comiènçan, para mi ſantiguàda, que deven de ſer abundantes, y generòſas. Acaba, glotòn, dixo Don Quixote; ven, irèmos à vèr eſtos deſpoſorios, por vèr lo que haze el deſdeñado Baſilio. Mas que haga lo que quiſière, reſpondiò Sancho: No fuèra èl pobre, y casàraſe con Quiteria. No ay mas ſino no tener un quarto, y querèr casarſe por las nubes? A la Fè, Señor, Yo ſoy de parecèr, que el pobre deve de contentàrſe con lo que hallàre, y no pedìr cotùfas en el golfo. Yo apoſtarè un braço, que puède Camacho embolvèr en reales à Baſilio; y ſi eſto es aſſi, como deve de sèr, bien boba fuèra Quiteria en deſechàr las galas, y las Joyas, que le deve de avèr dado, y le puede dàr Camacho, por eſcogèr el tiràr de la barra, y el jugàr de la negra de Baſilio: Sobre un tiro de barra, ò ſobre una gentil treta de eſpada no dàn un quartillo de vino en la taverna: Habilidàdes, y gracias, que no ſon vendibles, mas que las tenga el conde Dirlos: Pero quando las tales gracias càen ſobre quièn tiene buen dinero, tal sèa mi vida, como ellas parècen. Sobre un buen cimiento ſe puede levantàr un buen edificio, y el mejor cimiento, y zanja del mundo es el dinero Por quièn Dios es, Sancho, dixo à eſta ſazòn Don Quixote, que conclùyas con tu arenga, que tengo para mi, que ſi te dexàſſen ſeguìr en las que à cada paſ-

ſo

ſo comiençàs, no te quedarìà tiempo para comèr, ni para dormìr, que todo le gaſtariàs en hablàr. Si vueſſa mercèd tuvièra buena memoria, replicò Sancho, devièraſe acordàr de los capitulos de nueſtro concièrto antes que eſta ultima vez ſalièſſemos de caſa: Uno dellos fuè, que me avìa de dexàr hablàr tado aquello que quiſièſſe, con que no fuèſſe contra el proximo, ni contra la autoridàd de vueſſa mercèd; y haſta agora me parèce que no hè contravenìdo contra el tal capitulo. Yo no me acuèrdo, Sancho, reſpondiò Don Quixote, del tal capitulo; y pueſto que sèa aſſi, quièro que calles, y vengas, que yà los inſtrumèntos que ànoche oýmos, buèlven à alegràr los valles; y ſin duda los deſpoſorios ſe celebraràn en el freſcòr de la mañana, y no en el calòr de la tarde. Hizo Sancho lo que ſu Señor le mandava; y ponièndo la ſilla à Rozinante, y la albarda al Ruzìo, ſubièron los dos, y pàſſo ante pàſſo ſe fuèron entràndo por la enramàda. Lo primero que ſe le ofreciò à la viſta de Sancho, fuè eſpetàdo en un aſſadòr de un olmo entèro un entèro novillo; y en el fuego donde ſe avìa de aſsàr, ardìa un mediano monte de Leña; y ſeys ollas que al rededor de la hoguèra eſtàvan, no ſe avìan hecho en la comun turqueſa de las demàs ollas, porque eràn sèys medias tinajas, que en cada una cabìa un raſtro de carne: Aſſi embebìan, y encerràvan en ſi carnèros entèros ſin echàrſe de vèr, como ſi fuèran palomìnos: Las lièbres yà ſin pellejo, y las gallinas ſin pluma, que eſtàvan colgadas por los arboles para ſepul-

pultàrlas en las ollas, no tenìan numero: Los pàxaros, y caça de diverſos generos eran infinitos, colgàdos de los arboles para que el ayre los enfriàſſe. Contò Sancho mas de ſeſenta zaques de mas de dos arrobas cada uno, y todos llenos (ſegun deſpues pareciò) de generòſos vinos. Aſſi avìa rimèros de pan blanquiſſimo, como los ſuèle avèr de montones de trigo en las heras. Los queſos pueſtos como ladrillos enrejàdos, formàvan una muralla; y dos calderas de azeyte mayores que las de un tinte, ſervìan de freyr coſas de maſa, que con dòs valientes palas las ſacàvan fritas, y las zabullìan en otra caldera de preparàda miel, que allì junto eſtàva. Los cozinèros, y cozinèras paſsàvan de cinquenta, todos limpios, todos diligèntes, y todos contèntos. En el dilatàdo vientre de un novillo eſtàvan doze tiernos, y pequeños lechònes, que coſidos por encima, ſervìan de dàrle ſabòr, y enternecèrle. Las eſpecias de diverſas ſuertes no parecìa avèrlas compràdo por libras ſino por arrobas, y todas eſtàvan de manifieſto en una grande arca. Finalmènte el aparàto de la boda èra rùſtico, pero tan abundànte que podìa ſuſtentàr à un exercito. Todo lo miràva Sancho Pança, y todo lo contemplàva, y de todo ſe aficionàva: primero le cautivàron, y rindièron el deſèo, las ollas, de quién èl tomàra de boniſſima gana un mediàno puchèro. Luego le aficionàron la voluntàd los zaques; y ultimamènte las frutas de ſartèn (ſi es que ſe podìan llamàr ſartènes las tan gròndas calderas:) Y aſſi ſin poderlo

dèrlo ſufrìr, ni sèr en ſu mano hazèr otra coſa, ſe llegò à uno de los ſolìcitos cozinèros, y con cortèſes, y hambrièntas razònes le rogò, le dexàſſe mojàr un mendrùgo de pan en una de aquellas ollas: A lo que el cozinèro reſpondiò: Hermano, eſte dia no es de aquellos ſobre quièn tiene Juriſdicion la hambre (mercèd al rico Camacho;) apeàos, y miràd ſi ày por aỳ un cucharòn, y eſpumàd una gallina, ô dos, y buen provècho os hagan. No vèo ninguno, dixo Sancho. Eſperàd, reſpondiò el cozinèro, pecador de mi, y que melindroſo, y para poco devèys de sèr. Y dizièndo eſto, aſſiò de un caldero, y encaràndole en una de las medias tinajas, ſacò en èl tres gallinas, y dos ganſos, y dixo à Sancho: comèd, amigo, y deſayunàos con eſta eſpùma en tanto que ſe llega la hora del yantàr. No tengo en que echàrla, reſpondiò Sancho. Pues llevàos, dixo el cozinèro, la cuchara y todo; que la riqueza, y el contento de Camacho todo lo ſuple.

En tanto, pues, que eſto paſsàva Sancho, eſtàva Don Quixote miràndo como por una parte de la enramàda entravàn haſta doze labradòres ſobre doze hermoſiſſimas yeguas con ricos, y viſtoſos jaèzes de campo, y con muchos caſcavèles en los petrales, y todos veſtidos de regozijo, y fieſta; los quales en concertàdo tropèl corrièron, no una, ſino muchas carreras por el pràdo con regozijàda algazara, y grita, dizièndo: Vivan Camacho, y Quiteria, èl tan rico, como èlla hermòſa, y èlla la mas hermòſa del mundo. Oỳendo lo qual

Donzellas, a las Bodas de Camacho.

Tom. III. *pag.* 272.

F. Fabiano Sculp.

Y en el ancho mar undòſo,
Y en quantò el abiſmo encièrra
En ſu baratro eſpantòſo.
Nunca conocì que es miedo,
Todo quanto quièro, puèdo,
Aunque quièra lo impoſſible,
Y en todo lo que es poſſible,
Mando, quito, pongo, y vedo.

Acabò la copla, diſparò una flecha por lo alto del caſtillo, y retiròſe à ſu pueſto. Saliò luego el interès, y hizo otras dos mudanças: callaron los tamborinos, y èl dixo:

Soy quièn puède mas que amor,
Y es amor el que me guìa,
Soy de la eſtirpe mejor,
Que el cielo en la tierra cria
Mas conocida, y mayor.
Soy el interès en quièn
Pocos ſuèlen obràr bien,
Y obràr ſin mi, es gran milagro,
Y qual ſoy te me consàgro
Por ſiempre jamàs, Amen.

Retiròſe el interès, y hizòſe adelante la Poeſia, la qual deſpues de avèr hecho ſus mudanças como los demàs, pueſtos los ojos en la donzella del caſtillo, dixo:

En dulcìſſimos concèptos
La dulciſſima Poëſia,
Altos, graves, y diſcretos,
Señora, el alma te embia,

Em-

Entrada del Amor y del Interès, a las Bodas de Camacho.

Tom. III. *pag.* 274.

J. Folkema sculp.

Embuelta entre mil ſonetos.
Si à caſo no te importùna
Mi porfia, tu fortuna,
De otras muchas envidiada,
Serà por mi levantàda,
Sobre el cerco de la Luna.

Deſviòſe la Poëſia, y de la parte del interès, ſaliò la liberalidàd, y deſpues de hechas ſus mudanças, dixo:

Llaman liberalidàd
Al *dàr*, que el eſtremo huye
De la prodigalidàd,
Y del contrario que arguye
Tibia, y floxa voluntad.
Mas yo por te engrandecèr,
De oy mas prodiga he de sèr;
Que aunque es vicio, es vicio honràdo,
Y de Pecho enamoràdo
Que en el *dàr* ſe echa de vèr.

Deſte modo ſalièron, y ſe retiràron todas las dos figuras de las dos eſquàdras; y cada uno hizo ſus mudanças, y dixo ſus verſos, algunos elegàntes, y algunos ridiculos; y ſolo tomò de memoria Don Quixote (que la tenìa grande) los yà referidos; y luego ſe mezclàron todos, hazièndo, y deſhazièndo laços con gentil donàyre, y deſemboltùra; y quàndo paſsàva el amor por delante del Caſtillo, diſparàva por alto ſus flechas, pero el interès quebràva en èl, alcanzias doràdas. Finalmènte deſpues de avèr baylàdo un buen eſpa-

cio, el interès sacò un bolsòn, que le formàva el pellejo de un gran gato Romano, que parecìa estàr lleno de dineros, y arrojàndole al castillo, con el golpe se desencaxàron las tablas, y se cayèron, dexàndo à la donzella descubièrta, y sin defensa alguna. Llegò el interès con las figuras de su valìa, y echàndole una gran cadena de oro al cuello, mostràron prendèrla, rendìrla, y cautivàrla: Lo qual visto por el Amor, y sus valedòres, hizièron ademàn de quitàrsela, y todas las demonstraciònes que hazìan, eran al son de los tamborinos, baylàndo, y dançàndo concertadamènte. Pusièronlos en paz los salvages, los quales con mucha presteza bolvièron à armàr, y à encaxàr las Tablas del castillo, y la donzella se encerrò en èl como de nuèvo; y con esto se acabò la dança con gran contento de los que la miràvan.

PREGUNTÒ Don Quixote à una de las ninfas, que quièn la avìa compuesto, y ordenàdo? Ella le respondiò, que un beneficiàdo de aquel pueblo, que tenìa gentil caletre para semejantes invenciones. Yo apostarè, dixo Don Quixote, que deve de sèr mas amigo de Camacho que de Basilio el tal bachillèr, ò beneficiàdo; y que deve de tenèr mas de Satìrico, que de vìsperas. Bien hà encaxàdo en la dança las habilidàdes de Basilio, y las riquèzas de Camacho. Sancho Pança, que lo escuchàva todo, dixo: El Rey es mi gallo, à Camacho me atèngo. En fin, dixo Don Quixote, bien se parèce, Sancho, que eres villano, y de aquellos que dizen: Viva quièn vence.

vence. No sè de los que soy, respondiò Sancho, pero bien sè, que nunca de ollas de Basilio sacarè yo tan elegante espùma como es esta, que hè sacàdo de las de Camacho (y enseñòle el caldèro lleno de ganços, y de gallinas) y assièndo de una, començò à comèr con mucho donayre, y gana, y dixo: A la barba de las habilidàdes de Basilio, que tanto vales, quanto tienes, y tanto tiènes quanto vales. Dos linages solos ày en el mundo, como dezìa una aguela mia, que son *el tener*, y *el no tenèr*, aunque ella al del *tenèr* se atenìa; y el dia de oy, mi Señor Don Quixote, antes se toma el pulso al *avèr*, que al *sabèr:* Un asno cubièrto de oro parèce mejor, que un Cavallo enalbardàdo: Assi que, buelvo à dezir, que à Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas ganços, y gallinas, lièbres, y conèjos; y de las de Basilio serán, si viene à mano (aunque no venga sino al piè) aguachirle. Has acabàdo tu arenga, Sancho? dixo Don Quixote. Avrèla acabado, respondiò Sancho, porque vèo que vuessa mercèd recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pusièra de por medio, obra avrìa cortàda por tres dias. Plega à Dios Sancho, replicò Don Quixote, que yo te vèa mudo antes que me muèra. Al passo que llevàmos, respondiò Sancho, antes que vuessa mercèd se muera, estarè yo mascàndo barro, y entonces podrà ser que estè tan mudo, que no hable palabra hasta la fin del mundo, ò por lo meno hasta el Dia del Juyzio. Aunque esso assi suceda, ô Sancho, replicò Don Quixote, nunca lle-

garà tu ſilencio à dò hà llegàdo lo que hàs hablàdo, hablas, y tienes de hablàr en tu vida; y mas que eſtà muy pueſto en razòn natural, que primero llegue el dia de mi muerte, que el de la tuya; y aſſi jamàs pienſo vèrte mudo, ni aun quando eſtès bebièndo, ò durmièndo, que es lo que puedo encarecèr. A buena fe, Señor, reſpondiò Sancho, que no ày que fiar en la deſcarnàda; digo, en la muerte, la qual tambien come cordèro como carnèro: Y à nueſtro cura hè oydo dezir, que con igual piè piſava las altas torres de los Reyes, como las humildes choças de los pobres Tiene eſta Señora mas de poder que de melindre: No es nada aſqueròſa, de todo come, y à todò haze, y de toda ſuerte de gentes, edàdes, y preèminencias hinche ſus alforjas. No es ſegador que duèrme las fieſtas, que à todas horas ſiega, y corta, aſſi la ſeca, como la verde yerva; y no parèce que maſca, ſino que engulle y traga quanto ſe le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca ſe harta; y aunque no tiene barriga, dà à entendèr, que eſtà hidròpica, y Sedienta de bebèr todas las vidas de quantos viven, como quien ſe bebe un Jarro de agua fria. No mas, Sancho, dixo à eſte punto Don Quixote, tente en buenas, y no te dexes caèr; que en verdàd, que lo que hàs dicho de la muerte por tus ruſticos terminos, es lo que pudièra dezir un buen predicador. Dìgote, Sancho, que ſi como tienes buen natural, tuvièras diſcrecion, pudièras tomàr un pùlpito en la mano, è irte por eſſe mundo predicàndo lindezas. Bien pre-

predica quien bien vive, reſpondiò Sancho, y yo no sè otras Theologias. Ni las hàs menesteèr, dixo Don Quixote; pero yo no acabo de entendèr, ni alcançàr, como, siendo el principio de la ſabiduria el temòr de Dios, tu que temes mas à un lagarto, que à el, ſabes tanto? Juzgue vueſſa mercèd, Señor, de ſus Cavallerias, reſpondiò Sancho, y no ſe meta à juzgàr de los temòres, ô valentías agenas; que tan gentil temeròſo ſoy yo de Dios como cada hijo de vezino: Y dèxeme vueſſa mercèd deſpavilàr eſta eſpùma, que lo demàs todas ſon palabras ocioſas de que nos hàn de pedìr cuenta en la otra vida: Y diziendo eſto, començò de nuèvo à dàr aſſalto à ſu caldèro con tan buenos alientos, que deſpertò los de Don Quixote, y ſin duda le ayudàra, ſino lo impidièra lo que es fuerça ſe diga adelante.

CAPITULO XXI.

Donde ſe proſiguen las bodas de Camacho, con otros guſtoſos ſuceſſos.

QUANDO eſtàvan Don Quixote, y Sancho Pança en las razones referidas en el capitulo antecedente, ſe oyèron grandes vozes, y gran ruydo; y dàvanlas, y causàvanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita *ivan* à recibir à los nòvios, que rodeàdos de mil generos de inſtrumèntos, y

de invençiònes venìan acompañados del cura, y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas luzida, de los lugares circunvezìnos, todos veſtidos de fieſta. Y como Sancho viò à la nòvia, dixo: A buena Fè que no viène veſtida de labradòra, ſino de garrida palacièga: Par diez, que ſegun diviſo, que las patenas que avìa de traèr, ſon riços corales, y la palmilla verde de cuenca es terciopelo de treynta pelos. Y montas, que la Guarnicion es de tiras de lienço blanco? Voto à mi que es de raſo. Pues tomàdme, las manos adornadas con ſortijas de azavache; no medre yo, ſino ſon anillos de oro, y muy de oro, y empedràdos con perlas blancas como una quaxada, que cada una deve de valèr un ojo de la cara. O hideputa, y que cabellos, que ſino ſon poſtizos, no los he viſto mas luengos, ni mas rùbios en toda mi vida! No ſino ponèdla tacha en el brio, y en el talle, y no la comparèys à una palma, que ſe mueve, cargada de razimos de dàtiles; que lo meſmo parècen los dixes que tràe pendientes de los cabellos, y de la garganta. Juro en mi anima, que ella es una chapada moça, y que puede paſsàr por los bancos de Flandes. Riòſe Don Quixote de las ruſticas alabanças de Sancho Pança, Pareciòle, que fuera de ſu Señora Dulcinèa del Tobòſo no avìa viſto muger mas hermoſa jamàs. Venìa la hermoſa Quiteria algo deſcolorida, y devìa de sèr de la mala noche, que ſiempre paſſan las nòvias en componèrſe para el dia venidèro de ſus bodas. Avanſe açercàndo à un teàtro,

que

que à un lado del prado eſtàva adornàdo de alfombras, y ramos, adonde ſe avìan de hazèr los deſpoſorios, y de donde avìan de miràr las dançàs y las invenciònes: Y à la ſazòn que llegàvan al pueſto, oyèron à ſus eſpaldas grandes vozes, y una que dezìa: Eſperàos un poco, gente tan inconſideràda, como preſuròſa. A cuyas vozes, y palabras todos bolvièron la cabèça, y vièron que las dava un hombre veſtìdo, al parecèr, de un ſayo negro, gironàdo de carmesì à llamas. Venìa coronàdo, (como ſe viò luego) con una corona de funeſto Cyprès: En las manos traìa un baſton grande: En llegàndo mas cerca fuè conocìdo de todos por el gallàrdo Baſilio, y todos eſtuvièron ſuſpenſos, eſperàndo en que avìan de paràr ſus vozes, y ſus palabras, temièndo algun mal ſuceſſo de ſu venìda en ſazòn ſemejante. Llegò en fin cansàdo, y ſin aliento, y pueſto delante de los deſposàdos, hincàndo el baſton en el ſuèlo, que tenìa el cuento de una punta de azero; mudada la color, pueſtos los ojos en Quiteria, con vos tremenda y ronca eſtas razones dixo:

BIEN ſabes, deſconocìda Quiteria, que conforme à la ſanta ley que profeſsàmos, que vivièndo yo, tù no puedes tomàr eſpòſo; y juntamènte no ignoras, que por eſperàr yo, que el tiempo, y mi diligencia mejoràſſen los bienes de mi fortuna, no he querìdo dexàr de guardàr el decoro, que à tu honra convenìa: Pero tu, echàndo à las eſpaldas todas las obligaciònes que deves à mi buen deſsèo, quières hazèr Señor de lo que es mio à otro, cu-

yas rìquezas le ſirven no ſolo de buena fortuna, ſino de boniſſima ventùra; y para que la tenga colmada (y no como yo pienſo que la merèce, ſino como ſe la quieren dàr los Cielos) yo por mis manos deſharè el impoſſible, ò el inconveniènte que puede eſtorvàrſela, quitàndome à mi de por medio. Viva, viva el Rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices ſiglos; y muera, muera el pobre Baſilio, cuya pobrèza cortò las alas de ſu dicha, y le puſo en la ſepultùra. Y dizièndo eſto aſſiò del baſton que tenìa hincàdo en el ſuèlo, y quedàndoſe la mitàd dèl en la tierra, moſtrò que ſervìa de vàyna à un mediàno eſtoque, que en èl ſe ocultàva; y pueſta la que ſe podìa llamàr empuñadura en el ſuèlo, con ligero deſenfado, y determinàdo propoſito ſe arrojò ſobre èl, y en un punto moſtrò la punta ſangrièntа à las eſpaldas con la mitàd de la azeràda cuchilla, quedàndo el triſte bañado en ſu ſangre, y tendìdo en el ſuèlo, de ſus miſmas armas traſpaſsàdo.

ACUDIÈRON luego ſus amigos à favorecèrle condolidos de ſu misèria, y laſtimòſa deſgraçia; y dexàndo Don Quixote à Rozinante, acudiò à favorecèrle, y le tomò en ſus braços, y hallò que aun no avia eſpiràdo. Quiſièronle ſacàr el eſtòque, pero el Cura que eſtàva preſente, fuè de parecèr, que no ſe le ſacàſſen antes de confeſsàrle; porque el ſacàrſele, y el eſpiràr, ſerìa todo à un tiempo. Pero bolvièndo un poco en ſi Baſilio, con voz doliente, y deſmayàda dixo: Si quiſièſſes, cruel Quiteria, dàrme en eſte, ultimo

D. Quixote proteje Basilio, quien se case con Quiteria por una sutilesa de Amor.

Tom. III. pag. 282.

J. Folkema sculp.

forçòſo trance la mano de eſpòſa, aun
ria que mi temeridàd tendrìa diſculpa,
en ella alcancè el bien de sèr tuyo. El
a oyèndo lo qual, le dixo, que atendièſ-
la ſalùd del ama antes que à los guſtos del
rpo; y que pidièſſe muy de veras à Dios
lón de ſus pecados, y de ſu deſeſperàda
erminaciòn. A lo qual replicò Baſilio, que
ninguna manera ſe confeſsaría, ſi primero
uiteria no le dava la mano de sèr ſu eſpòſa;
: aquel contento le adobarìa la voluntàd, y
darìa aliento para confeſsàrſe. En oyèndo
on Quixote la peticion del herìdo, en altas
)zes dixo, que Baſilio pedìa una coſa muy
ſta, y pueſta en razòn, y à demàs muy ha-
:dèra, y que el Señor Camacho quedarìa tan
onràdo recibièndo à la Señora Quiteria viu-
:a del valeròſo Baſilio, como ſi la recibièra
del lado de ſu padre. Aquì no hà de avèr mas
de un ſi, que no tenga otro efecto que el pro-
nunciàrle, pues el Tàlamo deſtas bodas hà de
sèr la ſepultùra. Todo lo oỳa Camacho, y
todo le tenìa ſuſpenſo, y confuſo ſin ſabèr que
hazèr, ni que dezìr; pero las vozes de los
amìgos de Baſilio fuèron tantas, pidièndole
que conſintièſſe que Quiteria le dièſſe la ma-
no de eſpòſa, porque ſu alma no ſe perdièſſe
partièndo deſeſperàdo deſta vida, que le mo-
vièron, y aun forçàron à dezìr, que ſi Qui-
teria querìa dàrſela, que èl ſe contentàva, pues
todo era dilatàr por un momento el cumpli-
mièpto de ſus deſèos. Luego acudièron to-
dos à Quiteria, y unos con ruègos, y otros
con làgrimas, y otros con eficaces razones la

per-

perſuadièron que dièſſe la mano alpobre Baſilio; y ella mas dura que un marmol, y mas ſeſga que una eſtàtua, moſtràva que ni ſabìa, ni podìa, ni querìa reſpondèr palabra; ni la reſpondièra, ſi el Cura no la dixèra, que ſe determinàſſe preſto en lo que avìa de hazèr, porque tenìa Baſilio yà el alma en los dientes, y no dava lugar à eſperàr inreſolùtas determinaciònes. Entonces la hermoſa Quiteria, ſin reſpondèr palabra alguna, turbàda, al parecèr, triſte, y pèſaròſa, llegò donde Baſilio eſtàva, yà los ojos bueltos, el aliento corto, y apreſuràdo, murmuràndo entre los dientes el nombre de Quiteria, dàndo mueſtras de morìr como gentil, y no como Chriſtiano. Llegò en fin Quiteria, y puèſta de rodillas le pidiò la mano por Señas, y no por palabras. Deſencajò los ojos Baſilio, y miràndola atentamènte le dixo: O Quiteria, que has venido à ſer piadòſa à tiempo, quando tu piedad ha de ſervir de cuchillo, que me acabe de quitàr la vida, pues yà no tengo fuerças para llevàr la gloria que me dàs en eſcogerme por tùyo, ni para ſuſpendèr el dolor, que tan aprièſſa me và cubrièndo los ojos con la eſpantòſa ſombra de la muerte: Lo que te ſuplico es, (ô fatal eſtrella mia) que la mano que me pides, y quières dàrme, no ſea por cumplimièntо, ni para engañàrme de nuèvo, ſino que confièſſes, y digas, que ſin hazèr fuerça à tu voluntàd me la entrègas, y me la dàs como à tu legitimo eſpòſo; pues no es razòn, que en un trance como eſte me engañes, ni ùſes de fingimièntos con quien tantas ver-

verdàdes ha tratàdo contigo. Entre eſtas razones ſe deſmayàva de modo, que todos los preſentes pensàvan, que cada deſmàyo ſe avìa de llevàr el alma conſigo. Quiteria toda honèſta, y toda vergonçòſa aſſièndo con ſu derecha mano la de Baſilio, le dixo: Ninguna fuerça fuèra baſtante à torcèr mi voluntàd; y aſſi con la mas libre que tengo, te dòy la mano de legìtima eſpòſa, y recibo la tuya, ſi es que me la dàs de tu libre alvedrio, ſin que la turbe, ni contràſte la calamidàd en que tu diſcurſo aceleràdo te hà pueſto. Si dòy, reſpondiò Baſilio, no turbàdo, ni confuſo, ſino con el claro entendimièntо que el Cielo quiſo dàrme; y aſſi me dòy, y me entrego por tu eſpòſo. Y yo por tu eſpòſa, reſpondiò Quiteria, ora vivas largos años, ora te lleven de mis braços à la ſepultùra. Para eſtàr tan herido eſte mancebo, dixo à eſte punto Sancho Pançà, mucho habla: Hàganle que ſe dexe de requiebros, y que atièndа à ſu alma; que à mi parecèr mas la tiene en la lengua, que en los dientes. Eſtàndo, pues, aſsìdos de las manos Baſilio, y Quiteria, el Cura tierno, y lloròſo los echò la bendicion, y pidiò al cielo dièſſe buen poſo al alma del nuevo deſposàdo; el qual aſſi como recibiò la bendicion, con preſta ligerèza ſe levantò en piè, y con no viſta deſemboltùra ſe ſacò el eſtoque à quièn ſervìa de vàyna ſu cuerpo. Quedàron todos los circunſtàntes admiràdos, y algunos dellos mas ſimples que curiòſos en altas vozes començàron à dezir: milagro, milagro! Pero Baſilio replicò, no milagro, milagro, ſino in-

indùſtria, indùſtria. El Cura deſatentàdo, y atònito acudiò con ambas manos à tentàr la herida, y hallò, que la cuchilla avìa paſsàdo, no por la carne, y coſtillas de Baſilio, ſino por un cañon hueco de hierro, que lleno de ſangre en aquel lugar bien acomodado tenìa, preparada la ſangre (ſegun deſpues ſe sùpo) de modo, que no ſe elàſſe. Finalmènte el Cura, y Camacho con todos los mas circunſtantes ſe tuvièron por burlàdos, y eſcarnìdos. La eſpòſa no diò mueſtras de pesàrle de la burla, antes oyèndo dezir, que aquel caſamiènto por avèr ſido engañoſo, no avìa de ſer valedèro, dixo, que ella lo confirmàva de nuevo; de lo qual coligièron todos, que de conſentimiènto, y ſabidurìa de los dos ſe avìa trazàdo aquel caſo, de lo que quedò Camacho, y ſus valedores tan corridos, que remitièron ſu vengança à las manos; y deſenvaynàndo muchas eſpadas, arremetièron à Baſilio, en cuyo favor en un inſtante ſe deſenvaynàron Caſi otras tantas; y tomàndo la delantèra à Cavallo Don Quixote con ſu lança ſobre el braço, y bien cubièrto de ſu eſcùdo, ſe hazìa dàr lugar de todos. Sancho, à quien jamas pluguièron, ni ſolazàron ſemejantes fechurìas, ſe acogiò à las tinajas de donde avìa ſacado ſu agradable eſpùma, parecièndole aquel lugar como ſagràdo, que avìa de sèr tenido en reſpeto. Don Quixote à grandes vozes dezìa: Tenèos, Señores, tenèos; que no es razòn tomèys vengança de los agravios que el amor os haze; y advertìd, que el amor, y la guerra ſon una miſma coſa; y aſſi como

en

en la guerra es cosa lìcita, y acostumbràda, usàr de ardides, y estratagemas para vencèr al enemigo, assi en las contiendas, y competencias amoròsas se tienen por buenos los embustes, y marañas que se hazen para conseguìr el fin que se desèa, como no sèan en menoscàbo, y Deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria por justa y favoràble disposicion de los cielos. Camacho es rico, y podrà compràr su gusto quando, donde, y como quisière. Basilio no tiene mas desta oveja, y no se la ha de quitàr alguno por poderoso que sèa; que à los dos que Dios junta, no podrà separàr el hombre: Y el que lo intentàre, primero hà de passàr por la punta desta lança: Y en esto la blandiò tan fuerte, y tan diestramènte, que puso pavòr en todos los que no le conocían; Pero tan intensamènte se fixò en la imaginacion de Camacho el desden de Quiteria, que se la borrò de la memoria en un instante; y assi tuvièron lugàr con èl las persuasiònes del Cura (que era varon prudente, y bien intencionàdo) con las quales quedò Camacho, y los de su parcialidàd pacìficos, y sossegàdos; en señal de lo qual bolvièron las espadas à sus lugares, culpando mas la facilidàd de Quiteria, que la industria de Basilio: Hazièndo discurso Camacho, que si Quiteria quería bien à Basilio donzella, tambien le quisièra casada; y que devìa de dàr gracias al Cielo, mas por avèrsela quitàdo, que por avèrsela dado. Consolàdo, pues, y pacìfico Camacho, y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sossegàron; y el

rico

rico Camacho por moſtràr que no ſentìa la burla, ni la eſtimàva en nada, quiſo que las fieſtas paſsàſſen adelante, como ſi realmènte ſe deſposàra: Pero no quiſièron aſſiſtìr à ellas Baſilio, ni ſu eſpòſa, ni ſequàzes; y aſſi ſe fuèron à la aldèa de Baſilio (que tambien los pobres virtuòſos, y diſcrètos tièmen quièn los ſiga, honre, y ampàre, como los ricos tièmen quien los liſongèe y acompañe) Llevàronſe conſigo à Don Quixote, eſtimàndole por hombre de valòr, y de pelo en pecho. A ſolo Sancho ſe le eſcureciò el alma por vèrſe impoſſibilitàdo de aguardàr la eſplèndida comìda, y fieſtas de Camacho, que duràron haſta la noche; y aſſi aſſendereàdo y triſte ſiguiò à ſu Señor, que con la quadrilla de Baſilio ivà; y aſſi ſe dexò atràs las ollas de Egypto, aunque las llevàva en el alma, cuya yà caſi conſumìda, y acabàda eſpùma, que en el caldero llevàva, le repreſentava la gloria, y la abundancia del bien que perdìa; y aſſi congoxado y penſatìvo, aunque ſin hambre, ſin apeàrſe del Ruzio ſiguiò las huellas de Rozinante.

CA-

CAPITULO XXII.

Donde ſe cuenta la grande aventùra de la cueva de Monteſinos, que eſtà en el Coraçòn de la Mancha, à quièn diò felice cima el valeròſo Don Quixote de la Mancha.

GRANDES fuèron, y muchos los regalos que los deſposàdos hizièron à Don Quixote, obligàdos de las mueſtras que avìa dado defendièndo ſu cauſa; y al par de la valentía le graduàron la diſcrecion, tenièndole por un Cid en las armas, y por un Ciceron en la eloquencia. El buen Sancho ſe refocilò tres dias à coſta de los nòvios, de los quales ſe sùpo, que no fuè traça comunicàda con la hermoſa Quiteria el herirſe fingidamènte, ſino induſtria de Baſilio, eſperàndo della el meſmo ſucèſſo que ſe avìa viſto. Bien es verdàd que confeſsò, que avìa dado parte de ſu penſamièntо à algunos de ſus amigos, para que al tiempo neceſsàrio favorecièſſen ſu intencion, y abonàſſen ſu engaño. No ſe puèden, ni deven llamàr Engaños, dixo Don Quixote, los que ponen la mira en virtuòſos fines; y que el de casàrſe los enamoràdos era el fin de mas excelencia; advirtièndo, que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre, y la continua neceſſidàd, porque el amor

es todo alegrìa, Regozìjo, y contento, y mas, quàndo el amante eſtà en poſſeſſion de la coſa amada, contra quièn ſon enemigos opueſtos, y declaràdos la neceſſidàd, y la pobreza: Y que todo eſto dezìa con intencion de que ſe dexàſſe el Señor Baſilio de exercitàr las habilidàdes que ſabe; que aunque le davan fama, no le davan dineros; y que atendièſſe à grangeàr hazièndа por medios licitos, è induſtriòſos, que nunca faltan à los prudentes, y aplicados. El pobre honràdo (ſi es què pùede sèr honràdo el pobre) tiene prenda en tenèr muger hermoſa, que quando ſe la quitan, le quitan la honra, y ſe la matan. La muger hermòſa, y honràda, cuyo marìdo es pobre, merèce sèr coronàda con laurèles, y palmas de vencimièntо, y triunfo. La hermosùra por ſi ſola atràe las voluntades de quantos la miran, y conòcen, y como à Señuèlo guſtòſo ſe le abàten las aguilas reales, y los pàxaros altanèros: Però ſi à la tal hermosùra ſe le junta la neceſſidàd, y eſtrechèza, tambien la embiſten los cuervos, los milanos, y las otras aves de rapiña; y la que eſtà à tantos encuentros firme, bien merèce llamàrſe corona de ſu marìdo. Mirad, diſcreto Baſilio, añadiò Don Quixote, opinion fuè de no sè que sàbio, que no avìa en todo el mundo ſino una ſola muger buena; y dava por conſejo, què cada uno pensàſſe, y creyèſſe, que aquella ſola buena era la ſuya, y aſſi viviria contento. Yo no ſoy casàdo, ni haſta ora me ha venìdo en penſamièntо sèrlo, y con todo eſto me atreverìa à dàr conſejo al que me

lo

lo pidièsse, dèl modo que avìa de buscàr la muger con quièn se quisièsse casàr. Lo primero le aconsejarìa, que miràsse mas à la fàmia, que à la hazièndà; porque la buena muger no alcança la buena fama solamènte con ser buena, sino con parecèrlo; que mucho màs dañan à las honras de las mugeres las desemboltùras, y libertades pùblicas, que las maldades secretas. Si tràes buena muger à tu casa; facil cosa serìa conservàrla, y aun mejoràrla en aquella bondàd; pero si la tràes mala, en trabajo te pondrà el enmendàrla; que no es muy hazedèro pasàr de un estrèmo à otro: Yo no digo, que sea imposible, pero tèngolo por dificultòso.

OÌA todo esto Sancho, y dixo entre sì: Este mi amo, quando yo hablo cosas de mèollo, y de sustancia, suèle dezìr, que podrìa yo tomàr un pùlpito en las manos, y irme por esse mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dèl, que quando comièntça à enhilar sentencias, y à dàr consejos, no solo puede tomàr pùlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andàrse por essas plaças, à que quières boca? Vàlate el diablo por Cavallèro andante, que tantas cosas sabes: Yo pensava en mi ànima, que solo podìa sàber aquello que tocàva à sus Cavallerìas; pero no ày cosa donde no pique, y dexe de mètter su cuchàrada. Murmuràva esto algo Sancho, y entrevòyole su Señor, y preguntòle: Que murmuras Sancho? No digo nada, ni murmuro de nada, respondiò Sancho; solo estàva diziendo entre mi, que quisièra aver oydo lo

que vueſſa mercèd aquì hà dicho antès que me casàra; que quiçà dixèra yo aora: *El buey ſuèlto bien ſe lame.* Tan mala es tu Tereſa, Sancho, dixo Don Quixote? No es muy mala, reſpondiò Sancho; pero no es muy buena, alomènos no es tan buena como yo quiſièra. Mal hazes, Sancho, dixo Don Quixote, en dezir mal de tu muger, que en efecto es madre de tus hijos. No nos devèmos nada, reſpondiò Sancho, que tambien ella dize mal de mi quàndo ſe le antoja, eſpecialmènte quàndo eſtà zeloſa; que entonces sùfrala el meſmo ſatanàs.

FINALMÈNTE tres dias eſtuvièron con los nòvios, donde fuèron regalàdos, y ſervìdos como cuerpos de Rey. Pidiò Don Quixote al dieſtro licenciàdo, le dièſſe una guìa, que le encaminàſſe à la cueva de Monteſinos; porque tenìa gran deſsèo de entràr en ella, y vèr à ojos viſtas, ſi eran verdadèras las maravillas, que della ſe dezìan por todos aquellos contòrnos. El licenciàdo le dixo, que le darìa à un primo ſuyo, famòſo eſtudiànte, y muy aficionàdo à leèr libros de cavallerìas, el qual con mucha voluntàd le pondrìa à la boca de la meſma cuèva, y le enſeñarìa las Lagunas de Ruydèra, famòſas aſſi miſmo en toda la Mancha, y aun en toda Eſpaña; y dìxole, que llevarìa con èl guſtòſo entretenimièntо, à cauſa que era moço que ſabìa hazèr libros para imprimir, y para dirigìrlos à Principes. Finalmènte el primo vino con una pollina preñada, cuya Albarda cubrìa un gayàdo Tapète, ò harpillèra. Enſillò Sancho à Rozinante, y adereçò al Ru-

Ruzio : Proveyò ſus alforjas, à las quales acompanàron las del primo aſſi mìſmo bien proveydas; y encomendàndoſe à Dios, y deſpidièndoſe de todos, ſe puſièron en cami no, tomàndo la derròta de la famòſa cueva de Monteſinos.

EN el camino preguntò Don Quixote al primo, de que genero y calidàd eran ſus exercicios, ſu profeſſion, y eſtudios? A lo que èl reſpondiò, que ſu profeſſion era ſer humaniſta; ſus exercicios, y eſtudios componèr libros para dàr à la eſtampa, todos de gran provecho, y de no menos entretenimièntо para la Republica: Que el uno ſe intitulava, *El de las Librèas*, donde pinta ſetecientas y tres Librèas, con ſus colores, motes, y cifras, de donde podìan ſacàr, y tomàr las que quiſièſſen en tiempo de fièſtas, y regozijos los Cavallèros cortesànos, ſin andàrlas mendigàndo de nadie, ni lambicàndo, (como dizen) el cervelo por ſacàrlas conformes à ſus deſsèos, è intenciones; porque dòy al Zeloſo, al Deſdeñado, al Olvidàdo, y al Auſente las que lé convièнen, que les vendràn mas juſtas que pecadoras. Otro Libro tengo tambien, à quièn hè de llamar *Metamorfoſeos, ò Ovidio Eſpañol*, de invencion nueva, y rara, porque en èl, imitàndo à Ovidio à lo burleſco, pinto quièn fuè la Giralda de Sevilla, y el Angel de la Madalena; Quièn el caño de Vecinguerra de Cordova; Quienes los Toros de Guiſando, la Sierra Morena, las Fuentes de Leganitos, y Lavapiès en Madrid; no olvidàndome de la piojo, de la del caño doràdo, y

de la priora: Y esto con sus alegorìas, metàforas, y translaciones, de modo, que alègran, suspènden, y enseñan à un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo, *Suplemento à Virgilio Polidoro*, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion, y estudio, à causa que las cosas que se dexò de dezir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declàro por gentil estilo. Olvidòsele à Virgilio de declaràrnos, quien fuè el primero que tùvo Catàrro en el mundo, y el primero que tomò las unciones para curàrse del morbo Galico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con mas de veynte y cinco Autores; porque vèa vuessa Mercèd si hè trabajàdo bien, y si hà de sèr util el tal libro à todo el mundo.

SANCHO, que avìa estàdo atento à la narracion del primo, le dixo: Dìgame, Señor, assi Dios le dè buena manderecha en la impression de sus libros: Sabriame dezir (que si sabrà, pues todo lo sabe) quièn fuè el primero que se rascò en la cabeza; que yo para mi tengo, que devìo de sèr nuestro padre Adan? Si seria, respondiò el primo, porque Adan, no ay duda, sino que tùvo cabeça, y cabellos; y siendo esto assi, y siendo èl el primer Hombre del mundo, alguna vez se rascaria. Assi lo crèo yo, respondiò Sancho. Pero dìgame aora, quièn fuè el primer bolcàdor del mundo? En verdàd, Hermano, respondiò el primo, que no me sabrè determinàr por aora, basta, que lo estùdie: Yo lo estudiarè en bolvièndo adonde tengo mis libros,

y yo

y yo os ſatisfarè quàndo otra vez nos vèamos, que no hà de sèr eſta la poſtrèra. Pues mire, Señor, replicò Sancho, no tome trabajo en eſto; que aora hè caydo en la cuenta de lo que le hè preguntàdo. Sepa que el primer bolteàdor del mundo fuè Luzifer, quando le echàron, ô arrojàron del Cielo, que vino bolteàndo haſta los abiſmos. Tienes razòn, amigo, dixo el primo, y Don Quixote añadiò: Eſſa pregunta, y reſpueſta no es tuya, Sancho: A alguno las has oydo dezir. Calle Señor, replicò Sancho, que à buena fè, que ſi me dòy à preguntàr, y reſpondèr, que no acabe de aquì à mañana. Si, que para preguntàr necedàdes, y reſpondèr diſparàtes, no hè meneſtèr yo andàr buſcàndo ayuda de vezinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que ſabes, dixo Don Quixote; que ày algunos que ſe canſan en ſabèr, y averiguàr coſas, que deſpues de ſabidas, y averiguàdas no importan un ardite al entendimièntо, ni à la memoria.

En eſtas, y otras guſtòſas plàticas ſe les paſsò aquel dia, y à la noche ſe albergàron en una pequeña aldèa, adonde el primo dixo à Don Quixote, que deſde allì à la cuèva de Monteſinos no avìa mas de dos leguas, y que ſi llevàva determinàdo de entràr en ella, era meneſtèr proveèrſe de ſogas para atàrſe, y deſcolgàrſe en ſu profundidàd. Don Quixote dixo, que aunque llegàſſe al abyſmo, avìa de vèr donde paràva; y aſſi compràron caſi cien braças de ſoga, y otro dia à las dos de la tarde llegàron à la cuèva, cuya boca es eſpaciò-

ſa y ancha, pero llena de cambronèras, y cabrahigos, de zarças, y malezas tan eſpeſas, y intricàdas, que de todo en todo la ciegan, y encùbren En vièndola, ſe apeàron el primo, Sancho, y Don Quixote, al qual los dos le atàron luego fortiſſimamènte con las ſogas, y en tanto que le faxàvan, y ceñían, le dixo Sancho: Mire vueſſa mercèd, Señor mio, lo que haze; no ſe quièra ſepultàr en vida, ni ſe ponga adonde parèzca fraſco, que le ponen à enfriàr en algun poço. Si, que à vueſſa mercèd no le toca, ni atañe sèr el eſcudríñador deſta, que deve de sèr peor que mazmorra. Ata, y calla, reſpondiò Don Quixote, que tal empreſa como aqueſta, Sancho amigo, para mi eſtàva guardada. Y entonces dixo la guìa: Suplico à vueſſa mercèd, Señor Don Quixote, que mire bien, y eſpecule con cien ojos lo que ay allà dentro; quiçà avrà coſas que las ponga yo en el libro de mis transformaciònes. En manos eſtà el pandero, que le ſabrà bien tañèr, reſpondiò Sancho Pança. Dicho eſto, y acabàda la ligadura de Don Quixote (que no fuè ſobre el arnès, ſino ſobre el Jubòn de armar) dixo Don Quixote: inadvertidos hèmos andado en no avèrnos proveydo de algun eſquilòn pequeño, que fuèra atado junto à mi, en eſta meſma ſoga, con cuyo ſonido ſe entendièra, que toda via baxava, y eſtàva vivo: Pero pues yà no es poſſible, à la mano de Dios que me guìe; y luego ſe hincò de rodillas, y hizo una oracion en vos baxa al Cielo, pidièndo à Dios, le ayudàſſe, y le dièſſe buen ſuceſſo en aquella,

al

al paracèr, peligròſa, y nueva aventùra, y en vos alta dixo luego: ô Señora de mis acciones, y movimièntos, clariſſima y ſin par Dulcinèa del Tobòſo! Si es poſſible que lleguen à tus oydos las plegàrias, y rogaciònes deſte tu venturòſo amante, por tu inaudita belleza te ruègo, las eſcùches; que no ſon otras, que rogarte, no me niegues tu favor, y amparo ahora, que tanto le hè meneſtèr. Yo vòy à deſpeñàrme, à empoçàrme, y à hundìrme en el abiſmo, que aquì ſe me repreſènta, ſolo porque conozca el mundo, que ſi tu me favorèces, no avrà impoſſible que yo no acomèta, y acàbe: Y en dizièndo eſto, ſe acerçò à la ſima, y viò, no sèr poſſible deſcolgàrſe, ni hazèr lugar à la entràda, ſino era à fuerça de braços, ô à cuchilladas; y aſſi ponièndo mano à la eſpada, començò à derribàr, y à cortàr de aquellas malèzas, que à la boca de la cuèva eſtàvan; por cuyo ruydo y eſtruèndo ſalièron por ella una infinidàd de grandiſſimos cuervos, y Grajos tan eſpeſos, y con tanta prièſſa, que dièron con Don Quixote en el ſuèlo; y ſi el fuèra tan agorèro como Catolico Chriſtiano, lo tuvièra à mala ſeñal, y eſcusàra de encerràrſe en lugàr ſemejante. Finalmènte ſe levantò, y vièndo que no ſalìan mas cuervos, ni otras aves noturnas, como fuèron murcièlagos (que aſſi miſmo entre los cuervos ſalièron) dandole ſoga el Primo, y Sancho, el ſe dexò calàr al fondo de la caverna eſpantòſa; y al entràr, echandole Sancho ſu bendiciòn, y haziendo ſobre èl mil cruzes, dixo: Dios te guìe, y la peña

de Francia, junto con la Trinidàd de Gaèta, flor, nata, y eſpùma de los Cavallèros andantes. Allà vàs, valentòn del mundo coraçòn de azèro, braços de bronze, Dios teguie otra vez, y te buelva libre, ſano, y ſin cautela à la luz deſta vida, que dexas por enterràrte en eſta eſcuridàd que buſcas. Caſi las miſmas plegàrias, y deprecaciònes hizo el primo. Iva Don Quixote dando vozes, que le dièſſen ſoga, y mas ſoga, y ellos ſe la dàvan poco à poco; y quando las vozes, que acanaladas por la cuèva ſalìan, dexaron de oyrſe, yà ellos tenìan deſcolgàdas las cien braças de ſoga, y fuèron de parecèr de bolvèr à ſubir à Don Quixote, pues no le podìan dàr mas cuèrda. Con todo eſſo ſe detuvièron como media hora, al cabo del qual eſpacio bolvièron à recogèr la ſoga con mucha facilidàd, y ſin peſo alguno. (Señal que les hizo imaginàr, que Don Quixote ſe quedava dentro) y creyèndolo aſſi Sancho, lloràva amargamènte, y tiràva con mucha prièſſa por deſenganàrſe; pero llegàndo, à ſu parecèr, à poco mas de las ochenta braças, ſintièron peſo, de què en eſtremo ſe alegràron. Finalmènte à las diez vièron diſtintamènte à Don Quixote, à quien diò vozes Sancho, dizièndole: Sea vueſſa mercèd muy bien buelto, Señor mio, que yà pensàvamos, que ſe quedava allà para caſta, pero no reſpondìa palabra Don Quixote; y ſacàndole del todo, vièron que traìa cerràdos los ojos con muеſtras de eſtàr dormido. Tendièronle en el ſuèlo, y deſliàronle, y con todo eſto no deſpertàva: Pero tanto le bolvièron, y re-

bol-

bolvièron, ſacudièron, y meneàron, que al cabo de un buen eſpacio bolviò en ſi, deſperezàndoſe bien como ſi de algun grave, y profundo ſueño deſpertàra; y miràndo à una, y otra parte como eſpantàdo, dixo: Dios os lo perdòne, amigos, que me avèys quitàdo de la mas ſabròſa, y agradàble vida, y viſta, que ningun humano ha viſto, ni paſſado. En efecto aora acabo de conocèr, que todos los contentos deſta vida paſſan como ſombra, y ſueño, ô ſe marchitan como la flor del campo; ô deſdichàdo Monteſinos! ô mal ferido Durandarte! ô ſin ventura Belerma! ô lloròſo Guadiana, y voſotras ſin dicha hijas de Ruydèra, que moſtràys en vueſtras aguas las que lloràron vueſtros hermòſos ojos! Eſcuchàvan el primo, y Sancho las palabras de Don Quixote, que las dezìa, como ſi con dolor inmènſo las ſacàra de las entrañas. Suplicàronle les dièſſe à entendèr lo que dezìa, y les dixèſſe lo que en aquel Infierno avìa viſto. Infierno lo llamàis? dixo Don Quixote: Pues no le llamèis aſſi, porque no lo merèce, como luego verèis. Pidiò que le dièſſen algo de comèr, que tràia grandiſſima hambre. Tendièron la harpillèra del primo ſobre la verde yerva, acudièron à la deſpenſa de ſus alforjas, y ſentàdos todos tres en buen amor, y compañìa, merendàron, y cenàron todo junto. Levantada la harpillèra, dixo Don Quixote de la Mancha, no ſe levante nadie, y eſtàdme, hijos, todos atentos.

CA-

CAPITULO XXIII.

De las admirables coſas que el eſtremàdo Don Quixote contò, que avìa viſto en la profunda cuèva de Monteſinos, cuya impoſſibilidàd, y grandeza haze que ſe tenga eſta aventùra por apòcrifa.

LAs quatro de la tarde ſerìan, quando el Sol entre nubes cubièrto, con luz eſcaſa, y templados rayos diò lugar à Don Quixote, para que ſin calòr, y peſadumbre contàſſe à ſus dos clariſſimos oyèntes lo que en la cuèva de Monteſinos avìa viſto; y començò en el modo ſiguiènte.

A obra de doze, ô catorze eſtados de la profundidàd deſta mazmorra à la derècha mano ſe haze una concavidàd, y eſpacio capàz de podèr cabèr en ella un gran carro con ſus mulas. Entrale una pequeña luz por unos reſquizios, ô agujeros, que lexos le reſponden abiertos en la ſuperficie de la tierra. Eſta concavidàd, y eſpacio vì yo à tiempo quando yà iva cansàdo, y mohino de vèrme pendiènte; y colgàdo de la ſoga, caminàr por aquella eſcura region abaxo ſin llevàr cierto, ni determinàdo camino; y aſſi determinè entràrme en ella, y deſcansàr un poco. Dì vozes pidièndoos, que no deſcolgàſſedes mas ſoga haſta que yo os lo dixèſſe, pero no deviſtes de oỳrme. Fuỳ recogièndo la ſoga que emblà-

biàvades; y haziéndo della una roſca, ò rimèro, me ſentè ſobre èl, penſativo ademas, conſideràndo lo que hazèr devìa para calàr al fondo, no teniéndo quièn me ſuſtentàſſe: Y eſtàndo en eſte penſamiènto, y confuſiòn, de repente, y ſin procuràrlo, me ſalteò un Sueño profundìſſimo; y quàndo menos lo pensàva, ſin ſabèr como, ni como no, deſpertè dèl, y me hallè en la mitàd del mas bello, amèno, y deleytòſo prado, que puede criàr la naturaleza, ni imaginàr la mas diſcreta imaginacion humana. Deſpavilè los ojos, limpièmelos, y vì que no dormìa, ſino que realmènte eſtàva deſpièrto: Con todo eſto me tentè la cabeça, y los pechos por certificàrme, ſi era yo miſmò el que allì eſtàva, ò alguna fantaſma vana y contrahecha; pero el tacto, el ſentimiènto, los diſcurſos concertàdos que entre mi hazìa, me certificàron, que yo era allì entonces, el que sòy aquì aora. Ofreciòſeme luego à la viſta un real, y ſumptuòſo palacio, ò alcaçar, cuyos muros, y parèdes parecìan de tranſparènte, y claro criſtal fabricàdos; del qual, abriéndoſe dos grandes puertas, vì, que por ellas ſalìa, y hàzia mi ſe venìa un veneràble anciano veſtído con un capùz de bayèta moràda, que por el ſuèlo le arraſtràva. Ceñìale los ombros, y los pechos una beca colegial de raſo verde: Cubrìale la cabeça una gorra milanèſa negra; y la barba caniſſima le paſsàva de la cintùra: No traìa arma ninguna, ſino un roſario de cuentas en la mano, mayores que medianas nuezes, y los diezes como huèvos medianos de Aveſtrùz;

y

y el continente, el passo, la gravedad, y la anchissima presencia, cada cosa de por si, y todas juntas, me suspendieron, y admiraron. Llegòse à mi, y lo primero que hizo fuè, abraçarme estrechamente, y luego dezirme: Luengos tiempos hà, valeroso Cavallero Don Quixote de la Manchа, que los que estamos en estas soledades encerrados, y encantados esperamos verte, para que desnoticia al mundo de lo que encierra, y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: Hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible coraçon, y de tu animo estupendo. Ven conmigo, Señor clarissimo, que te quiero mostrar las maravillas, que este transparente alcaçar solapa, de quien yo soy Alcayde, y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montesinos de quien la cueva toma nombre. A penas me dixo que era Montesinos, quando le pregunte, si fuè verdad lo que en el mundo de acà arriba se contava, que èl avia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el coraçon de su grande amigo Durandarte, y llevadole à la Señora Belerma, como el se lo mandò al punto de su muerte? Respondiome, que en todo dezian verdad, sino en la daga; porque no fuè daga, ni pequeña, sino un punal bruñido, mas agudo que una Lezna.

DEVIA de ser, dixo à este punto Sancho, el tal punal de Ramon de Hozes el Sevillano. No sè, proseguio Don Quixote, pero no sera de esse punalero, porque Ramon de Hozes fuè ayer; y lo de Roncesvalles, donde acon-

aconteciò eſta deſgracia, hà muchos años; y eſta averiguacion no es de importancia; ni turba, ni altèra la verdàd, y conteſto de la hiſtòria. Aſſi es, reſpondiò el primo: proſìga vueſſa mercèd, Señor Don Quixote, que le eſcùcho con el mayor guſto del mundo. No con menor lo cuento yo, reſpondiò Don Quixote, y aſſi digo.

QUE el venerable Monteſinos me metiò en el criſtalino palacio, donde en una ſala baxa, freſquiſſima ſobre modo, y toda de alabaſtro, eſtàva un ſepùlcro de marmol con gran maeſtrìa fabricàdo, ſobre el qual vì à un Cavallèro tendido de largo à largo, no de bronze, ni de marmol, ni de Jaſpe hecho, como los ſuèle avèr en otros ſepùlcros, ſino de pura carne, y de puros huèſos. Tenìa la mano derecha (que à mi parecèr es algo peluda, y nervòſa: Señal de tenèr muchas fuerças ſu dueño) pueſta ſobre el lado del coraçòn; y antes que preguntàſſe nada à Monteſinos, vièndome ſuſpènſo miràndo al del ſepùlcro me dixo: Eſte es mi amigo Durandarte, flor, y eſpejo de los Cavallèros enamoràdos, y valientes de ſu tiempo: Tièneſe aquì encantàdo, como me tiene à mi, y à otros muchos, y muchas, Merlin, aquel frances encantador, que dizen, que fuè hijo del diablo; y lo que crèo es, que no fuè hijo del diablo, ſino que sùpo, como dizen, un punto mas que el diablo. El como, ò para que nos encantò, nadie lo ſabe; y ello dirà andàndo los tiempos, que no eſtàn muy lexos, ſegun imagino. Lo que à mi me admira es, que sè tan cierto, como

como aora es de dia, que Durandàrte acabò los de ſu vida en mis braços, y que deſpues de muerto, le ſaquè el coraçòn con mis propias manos; y en verdàd que devìa de pesàr dos libras, porque ſegun los naturales el que tiene mayor coraçòn, es dotàdo de mayor valentía, del que le tiene pequeño. Pues ſièndo eſto aſſi, y que realmènte murìò eſte Cavallèro, (dixe Yo) como aora ſe quèxa, y ſuſpìra de quando en quando, como ſi eſtuvièſſe vivo? Eſto dicho, el miſero Durandarte, dando una gran voz, dixo: O mi primo Monteſinos! lo poſtrèro que yo os roguè fuè, que quando yo fuère muerto, y mi anima arrancàda, que llevàrades mi coraçòn ádonde Belerma eſtàva, ſacàndomele del pecho yà con puñal, yà con daga. Oyèndo lo qual el veneràble Monteſinos, ſe pùſo de rodillas ante el laſtimàdo Cavallèro, y con lagrimas en los ojos le dixo: Yà Señor Durandarte, cariſſimo primo mio, yà hize lo que me mandàſtes, en el aziago dia de nueſtra pèrdida, yo os ſaquè el coraçòn lo mejor que pùde, ſin que os dexàſſe una mìnima parte en el pecho; yo le limpiè con un pañiçuelo de puntas; yo partì con èl de carrera para Francia, avièndoos prìmero pueſto en el ſeno de la tierra con tantas làgrimas, que fuèron baſtantes à lavàrme las manos, y limpiàrme con ellas la ſangre que tenìan de avèros andado en las entrañas: Y por mas ſeñas, primo de mi alma, en el primero lugar que topè ſalièndo de Ronzeſvalles, echè un poco de ſal en vueſtro coraçòn, porque no olièſſe mal,

y

y fuèſſe, ſino freſco, alomènos amojamàdo à la preſencia de la Señora Belerma, à la qual con vos, y conmigo, y con Guadiana vueſtro eſcudèro, y con la dueña Ruydera, y ſus ſiete hijas, y dos ſobrinas, y con otros muchos de vueſtros conocidos y amigos, nos tiene aquì encantàdos el ſabio Merlin hà muchos años; y aunque paſſan de quinientos, no ſe ha muerto ninguno de noſotros: Solamènte faltan Ruydera, y ſus hijas, y ſobrinas, las quales lloràndo (por compaſſion que deviò de tenèr Merlin dellas) las convirtiò en otras tantas lagunas, que aora en el mundo de los vivos, y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruydera: Las ſiete ſon de los Reyes de Eſpaña, y las dos ſobrinas de los Cavallèros de una orden ſantiſſima, que llaman de San Juan. Guadiana vueſtro eſcudèro, plañendo aſſi meſmo vueſtra deſgracia, fuè convertido en un rio llamàdo de ſu meſmo nombre; el qual, quando llegò à la ſuperficie de la tierra, y viò el ſol del otro Cielo, fuè tanto el peſar que ſintiò de vèr, que os dexàva, que ſe ſumergiò en las entrañas de la tierra; pero como no es poſſible dexàr de acudìr à ſu natural corriènte, de quàndo en quàndo ſale, y ſe muèſtra donde el ſol, y las gentes le vèan. Vànle adminiſtràndo de ſus aguas las referidas lagunas, con las quales, y con otras muchas que ſe llegan, entra pompòſo, y grande en Portugal: Pero con todo eſto por donde quièra que và, mueſtra ſu triſtèza, y melancolía, y no ſe precia de criàr en ſus aguas pezes regalados, y de eſtima, ſi-

no burdos, y deſſabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado. Y eſto que aora os digo, ô primo mio, os lo he dicho muchas vezes, y como no me reſpondèys, imagino, que no me dàys crèdito, ò no me oŷs; de lo que yo recibo tanta pena, qual Dios lo ſabe. Unas nuevas os quiero dàr aora, las quales, yà que no ſirvan de alivio à vueſtro dolor, no os le aumentaràn en ninguna manera. Sabèd que tenèys aquì en vueſtra preſencia (y abrìd los ojos, y verèyſlo) aquel gran Cavallèro, de quien tantas coſas tiene profetizàdas el Sabio Merlin; aquel Don Quixote de la Mancha, digo, que de nuèvo, y con mayores ventajas que en los paſſados ſiglos, hà reſucitàdo en los preſentes, la yà olvidada andante Cavallerìa, por cuyo medio, y favor podrìa ſer, que noſotròs fuèſſemos deſencantàdos; que las grandes hazañas para los grandes hombres eſtàn guardadas. Y quàndo aſſi no ſea, reſpondiò el laſtimàdo Durandarte con voz deſmayada, y baxa; quando aſſi no ſèa, ô primo, digo, paciencia, y barajar: Y bolvièndoſe de lado, tornò à ſu acoſtumbràdo ſilencio ſin hablàr mas palabra. Oyèronſe en eſto grandes alarìdos, y llantos acompañados de profundos gemìdos, y anguſtiàdos ſollòços: Bolvì la cabeça, y vì por las paredes de criſtal, que por otra ſala paſsàva una Proceſſion de dos hilèras de hermoſiſſimas donzellas, todas veſtìdas de luto con turbantes blancos ſobre las cabeças, al modo turquèſco: Al cabo, y fin de las hilèras venìa una Señora (que en la gravedàd lo parecìa) aſſi miſmo veſtida de negro

con

con tocas blancas tan tendidas, y largas, que beſavàn la tierra: Su turbante era mayor dos vezes, que el mayor de alguna de las otras: Era cexijunta, y la nariz algo chata; la boca grande, pero coloràdos los labios; los dientes, que tal vez los deſcubrìa, moſtravàn ſer ralos, y no bien pueſtos, aunque eran blancos como unas peladas almendras. Traìa en las manos un lienço delgado, y entre èl, à lo que pude divisàr, un coraçòn de carne momia, ſegun venìa ſeco, y amojamado. Dixome Monteſinos, como toda aquella gente de la proceſſion eran ſirvientes de Durandarte, y Belerma, que allì con ſus dos ſeñores eſtavàn encantàdos, y que la ultima que traìa el coraçòn entre el lienço y en las manos, era la Señora Belerma, la qual con ſus donzellas quatro dias en la ſemana hazìan aquella proceſſion, y cantàvan, ò por mejor dezir, lloràvan endechas ſobre el cuerpo, y ſobre el laſtimàdo coraçòn de ſu primo; y que ſi me avìa parecido algo fèa, ò no tan hermoſa como tenìa la fama, era la cauſa las malas noches, y peòres dias, que en aquel encantamiènto paſsàva, como lo podìa vèr en ſus grandes ojeras, y en ſu colòr quebradiza; y no toma otaſion ſu amarillèz, y ſus ojeras de eſtàr con el mal menſil ordinario en las mugeres (porque ha muchos meſes, y aun años, que no le tiene, ni aſſoma por ſus puertas) ſino del dolòr que ſiente ſu coraçòn por el que de continuo tiene en las manos, que le renuèva, y tràe à la memoria la deſgracia de ſu mal logràdo amànte; que ſi eſto no fuèra, apenas

la igualàra en hermoſura, donayre, y brio la gran Dulcinèa del Tobòſo, tan celebràda en todos eſtos contornos, y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dixe yo entonces, Señor Don Monteſinos, cuente vueſſa mercèd ſu hiſtòria como deve, que yà ſabe, que toda comparacion es odiòſa; y aſſi no ày para que comparàr à nadie con nadie. La ſin par Dulcinèa del Tobòſo es quièn es, y la Señora Doña Belerma es quièn es, y quièn hà ſido; y quèdeſe aqui. A lo que èl me reſpondiò: Señor Don Quixote perdòneme vueſſa mercèd, que yo confieſſo, que andùve mal, y no dixe bien en dezir, que apenas igualàra la Señora Dulcinèa à la Señora Belerma; pues me baſtàva à mi avèr entendido por no sè que barruntos, que vueſſa mercèd es ſu cavallèro, para que me mordièra la lengua antes de comparàrla, ſino con el miſmo Cielo. Con eſta ſatisfacion que me diò el gran Monteſinos, ſe quietò mi coraçòn del ſobreſalto que recibiò en oỳr que à mi Señora la comparàvan con Belerma. Y aun me maravillo yo, dixo Sancho, de como vueſſa mercèd no ſe ſubiò ſobre el vejòte, y le moliò à cozes todos los huèſſos, y le pelò las barbas ſin dexàrle pelo en ellas. No, Sancho amigo, reſpondiò Don Quixote, no me eſtàva à mi bien hazèr eſſo, porque eſtàmos todos obligados à tenèr reſpeto à los anciànos, aunque no sèan cavallèros, y principalmènte à los que lo ſon, y eſtàn encantàdos. Yo sè bien que no nos quedàmos à devèr nada en otras muchas

chas demandas, y reſpueſtas que entre los dos paſsàmos.

A eſta ſazòn dixo el primo: Yo no sè, Señor Don Quixote, como vueſſa mercèd en tan poco eſpacio de tiempo, como hà que eſtà allà baxo, aya viſto tantas coſas, y hablàdo, y reſpondìdo tanto? Quanto hà que baxè? preguntò Don Quixote. Poco mas de una hora, reſpondiò Sancho. Eſſo no puede sèr, replico Don Quixote, porque allà me anocheciò, y amaneciò, y tornò à anochecèr, y amanecèr tres vezes, de modo que à mi cuenta tres dias he eſtàdo en aquellas partes remotas, y eſcondidas à la viſta nueſtra. Verdàd deve de dezir mi Señor, dixo Sancho; que como todas las coſas que le han ſucedido, ſon por encantamièntо, quiçà lo que à noſotros nos parèce una hora, deve de parecèr allà tres dias con ſus noches. Aſſi ſerà, reſpondiò Don Quixote. Y ha comido vueſſa mercèd en todo eſſe tiempo, Señor mio? preguntò el primo. No me hè deſayunàdo de bocado, reſpondiò Don Quixote, ni aun hè tenido hambre, ni por penſamièntо. Y los encantàdos comen? dixo el primo. No comen, reſpondiò Don Quixote, ni tièнen eſcremèntos mayores, aunque es opinion, que les crecen las uñas, las barbas, y los cabellos. Y duèrmen por ventùra los encantados, Señor? preguntò Sancho. No por cierto, reſpondiò Don Quixote, alomènos en eſtos tres dias, que yo hè eſtado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco. Aquì en-

càxa bien el refran, dixo Sancho, de; *Dime con quièn andas, y dezirte he quièn eres.* Andaſe vueſſa mercèd con encantàdos ayùnos, y vigilàntes, miràd ſi es mucho, que ni coma, ni duèrma mientras con ellos anduvière? Pero perdòneme vueſſa mercèd, Señor mio, ſi le digo, que de todo quanto aquì hà dicho, llèveme Dios (que iva à dezir el Diablo) ſi yo crèo coſa alguna. Como no? dixo el primo: Pues àvia de mentìr el Señor Don Quixote? Cierto aunque quiſièra, no ha tenido lugàr para componèr, è imaginàr tanto millon de mentiras. Yo no crèo, que mi Señor miente, reſpondiò Sancho. Sino, que creès? le preguntò Don Quixote. Crèo, reſpondiò Sancho, que aquel Merlin, ô aquellos encantadòres, que encantàron à toda la chùſma, que vueſſa mercèd dize que hà viſto, y comunicàdo allà baxo, le encaxàron en el magin, ô en la memoria toda eſſa màquina que nos hà contàdo, y todo aquello que por contàr le quèda. Todo eſſo pudièra sèr, Sancho, replicò Don Quixote; pero no es aſſi, porque lo que hè contàdo, lo vì por mis propios ojos, y lo toquè con mis miſmas manos: Pero que diràs quando te diga yo aora, como entre otras infinitas coſas, y maravillas que me moſtrò Monteſinos (las quales de eſpacio, y à ſus tiempos te las irè contando en el diſcurſo de nueſtro viage, por no sèr todas deſte lugar) me moſtrò tres labradoras, que por aquellos ameniſſimos campos ivan ſaltàndo, y brincàndo como cabras; y apenas las hùve viſto, quando conocì sèr la una la ſin par Dul-

cinèa

cinèa del Tobòſo, y las otras dos aquellas miſmas labradòras, que venìan con ella, que hablàmos à la ſalìda del Tobòſo. Preguntè à Monteſinos, ſi las conocia? Reſpondiòme que no, pero que èl imaginàva, que devìan de sèr algunas Señoras principales encantàdas, que pocos dias avìa, que en aquellos prados avìan parecìdo; y que no me maravillàſſe deſto, porque allì eſtàvan otras muchas Señoras de los paſsàdos, y preſentes Siglos encantàdas en diferentes, y eſtrañas figùras, entre las quales conocìa èl à la Reyna Ginèbra, y ſu dueña Quintañona eſcanciàndo el vino à Lançarote, quando de Bretaña vino.

QUANDO Sancho Pança oyò dezir eſto à ſu amo, pensò perder el Juyzio, ò morìrſe de riſa; que como èl ſabìa la verdàd del fingìdo encanto de Dulcinèa, de quièn èl avìa ſido el encantadòr, y el levantadòr de tal Teſtimonio, acabò de conocèr indubitablemènte, que ſu Señor eſtàva fuera de Juyzio, y loco de todo punto; y aſſi le dixo: En mala coyuntùra, y en peòr ſazòn, y en aziago dia baxò vueſſa mercèd, caro Patron mio, al otro mùndo; y en mal punto ſe encontrò con el Señor Monteſinos, que tal nos le hà buelto. Bien ſe eſtàva vueſſa mercèd acà arriba con ſu entero Juyzio, tal qual Dios ſe le avìa dado, hablando ſentencias, y dando conſejos à cada paſſo; y no aora contando los mayores diſparates, que pueden imaginarſe. Como te conozco, Sancho, reſpondiò Don Quixote, no hago caſo de tus palabras. Ni yo tampoco de las de vueſſa mercèd, re-

plicò Sancho, si quièra me hièra, si quièra me mate por las que le hè dicho, ô por las que le piènso dezir, si en las suyas no se corrige, y enmiènda. Pero dìgame vuessa mercèd aora que estàmos en paz: Como, ô en que conociò à la Señora nuestra ama: Y si la hablò, que dixo, y que le respondiò? Conocìla, respondiò Don Quixote, en que tràe los mesmos vestidos que traìa, quando tu me la mostràste: Hablèla, pero no me respondiò palabra, antes me bolviò las espaldas, y se fuè huyèndo con tanta prièssa, que no la alcançàra una xara: Quise seguìrla, y lo hizièra, sino me aconsejàra Montesinos, que no me cansàsse en ello, porque serìa en balde; y mas porque se llegàva la hora donde me convenìa bolvèr à salir de la sima. Dìxome assi mismo, que andàndo el tiempo se me darìa avìso, como avìan de ser desencantàdos èl, y Belerma y Durandarte, con todos los que allì estàvan; pero lo que mas pena me diò de lo que allì vì, y notè fuè, que estàndome dizièndo Montesinos estas razones, se llegò à mi por un lado, sin que yo la vièsse venìr, una de las dos compañeras de la sin ventùra Dulcinèa; y llenos los ojos de lagrimas, con turbàda, y baxa voz me dixo: Mi Señora Dulcinèa del Tobòso besa à vuessa mercèd, las manos, y suplica à vuessa mercèd, se la haga de hazèrle sabèr como està; y que por estàr en una gran necessidàd, assi mismo suplica à vuessa mercèd quan encarecidamènte puede, sèa, servìdo de prestàrle sobre este faldellín, que aquì traygo de cotonia nuevo, media do-

zena

zena de reales, ô los que vueſſa mercèd tuvière, que ella dà ſu palabra de bolvèrſelos con mucha brevedad. Suſpendióme, y admiróme el tal recado, y bolviéndome al Señor Monteſinos, le preguntè: Es poſſible, Señor Monteſinos, que los encantàdos principales padecen neceſſidàd? A lo que èl me reſpondiò: Crèame vueſſa mercèd, Señor Don Quixote de la Mancha, que eſta, que llaman neceſſidad, adonde quièra ſe ùſa, y por todo ſe eſtiènde, y à todos alcànça, y aun haſta à los encantàdos no perdòna: y pues la Señora Dulcinèa del Tobòſo embìa à pedir eſſos ſeys reales, y la prenda es buena ſegun parèce, no ay ſino dàrſelos, que ſin duda deve de eſtàr pueſta en algun grande aprièto. Prenda no la tomarè yo, le reſpondì; ni menos le darè lo que pide, porque no tengo ſino ſolos quatro reales, los quales le dì, que fuèron los que tu, Sancho, me diſte el otro dia, para dàr limoſna à los pobres que topàſſe por los caminos, y le dixe: Dezid, amiga mia, à vueſtra Señora, que à mi me peſa en el alma de ſus trabajos, y que quiſièra sèr un Fucàr para remediàrlos; y que le hago ſabèr, que yo nò puèdo, ni devo tenèr ſalùd, careciéndo de ſu agradable viſta, y diſcreta converſacion; y que le ſuplico quan encarecidamènte puèdo, sèa ſervida ſu mercèd de dexarſe vèr, y tratàr deſte ſu cautivo ſervidor, y aſſendereàdo Cavallèro. Dirèyſle tambien, que quando menos ſe lo pienſe, oyrà dezir, como yo hè hecho un Juramènto, y voto (à modo de aquel que hizo el Marquès de Mantua de vengàr à ſu Sobrino Baldovinos

quando le hallò para eſpiràr en mitad de la montaña) que fuè, de no comèr pan à manteles, con las otras Zarandajas, que alli añadiò, haſta vengàrle: Y aſſi le harè yo de no ſoſſegàr, y de andàr las ſiete partidas del mundo con mas puntualidàd, que las andùvo el Infante Don Pedro de Portugal, haſta deſencantàrla. Todo eſſo y mas deve vueſſa mercèd à mi Señora, me reſpondiò la donzella; y tomàndo los quatro reales, en lugar de hazèrme una reverencia, hizo una cabriòla, que ſe levantò dos varas de medir en el ayre. O Santo Dios, dixo à eſte tiempo, dàndo una gran voz, Sancho! Es poſſible que tal ày en el mundo, y que tengan en èl tanta fuerça los encantadòres, y encantamièntos, que ayan trocàdo el buen Juyzio de mi Señor en una tan diſparatàda locùra? O Señor, Señor! por quièn Dios es, que vueſſa mercèd mire por ſi, y buelva por ſu honra, y no dè credito à eſſas vaciedàdes, que le tienen menguàdo, y deſcabalàdo el ſentido. Como me quières bien, Sancho, hablas deſſa manera, dixo Don Quixote; y como no eſtàs experimentàdo en las coſas del mundo, todas las coſas que tienen algo de dificultàd, te parècen impoſſibles; pero andarà el tiempo, como otra vez hè dicho, y yo te contarè algunas de las que allà abaxo hè viſto, que te haràn creèr las que aquì hè contàdo, cuya verdàd ni admite replica, ni diſpùta.

CA-

CAPITULO XXIV.

Donde se cuentan mil Zarandajas tan impertinèntes como necesàrias al verdadèro entendimiènto desta grande història.

DIZE el que tradùxo esta grande història del original de la que escrivìo su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegàndo al capitulo de la aventùra de la cuèva de Montesinos, en el margen dèl, estàvan escritas de mano del mesmo Hamete estàs mesmas razònes.

No me puèdo dàr à entendèr, ni me puèdo persuadìr, que al valeròso Don Quixote le pasàsse puntualmènte todo lo que en el antecedente Capitulo queda escrìto: La razòn es, que todas las aventùras hasta aquì sucedidas hàn sido contingibles, y verisimiles; pero esta, desta cuèva no le hallo entràda alguna para tenèrla por verdadèra, por ir tan fuera de los terminos razonàbles. Pues pensàr yo, que Don Quixote mintièsse, sièndo el mas verdàdero hidalgo, y el mas noble Cavallèro de sus tiempos, no es possible; que no dixèra èl una mentira, si le assaeteàran. Por otra parte considèro, que èl la contò, y la dixo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricàr en tan breve espacio tan gran màquina de disparàtes; y si esta aventùra parèce apòcrifa, yo no tengo la culpa; y assi sin afirmàrla

màrla por falſa, ô verdadèra, la eſcrivo. Tu, letor, pues eres prudente, juzga lo que te parecière; que yo no devo, ni puedo mas, pueſto que ſe tiene por cierto, que al tiempo de ſu fin, y muèrte dizen, que ſe retratò della, y dixo, que èl la avìa inventàdo por parecèrle, que convenía, y quadràva bien con las aventùras que avìa leydo en ſus hiſtòrias; y luego proſigue dizièndo.

ESPANTÒSE el primo aſſi del atrevimièntо de Sancho Pança, como de la paciència de ſu amo; y juzgò, que del contènto que tenìa de avèr viſto à ſu Señora Dulcinèa del Tobòſo, (aunque encantàda,) le nacìa aquella condicion blanda, que entonces moſtràva; porque ſi aſſi no fuèra, palabras y razones le dixo Sancho, que merecìan molèrle à palos; porque realmènte le pareciò que avìa andado atrevidillo con ſu Señor, à quièn le dixo: Yo, Señor Don Quixote de la Mancha, dòy por bien empleadiſſima la jornàda que con vueſſa mercèd hè hecho, porque en ella he grangeàdo quatro coſas. La primera, avèr conocìdo à vueſſa mercèd, que lo tengo à gran felicidàd. La ſegunda, avèr ſabìdo lo que ſe encièrra en eſta cuèva de Monteſinos, con las mutaciones de guadiana, y de las lagunas de Ruydèra, que me ſerviràn para el Ovidio Eſpañol, que traygo entre manos La Tercera, entendèr la antiguedàd de los naypes, que por lo menos yà ſe usàvan en tiempo del Emperador Carlo Magno, ſegun puede colegìrſe de las palabras que vueſſa mercèd dize, que dixo Durandarte, quàndo al cabo de aquel

grande

grande eſpacio que eſtùvo hablando con èl Monteſinos, deſpertò dizièndo: Paciencia, y barajàr. Y eſta razòn, y modo de hablàr no la pùdo aprendèr encantàdo, ſino quando no lo eſtàva en Francia, y en tiempo del referìdo Emperador Carlo Magno: Y eſta averiguacion me viene pintiparàda para el otro libro que vòy componièndo, que es ſuplemènto de Virgilio Polidoro en la invencion de las antiguedàdes; y crèo que en el ſuyo no ſe acordò de ponèr la de los naypes, como la pondrè yo aora, que ſerà de mucha importancia, y mas alegàndo Autor tan grave, y tan verdadèro, como es el Señor Durandarte. La quarta es, avèr ſabido con certidumbre el nacimiènto del rio guadiana, haſta aora ignoràdo de las gentes. Vueſſa mercèd tiene razòn, dixo Don Quixote; pero querria yo ſaber, yà que Dios le haga mercèd de que ſe le dè licencia para imprimir eſſos ſus libros (que lo dudo,) à quièn pienſa dirigìrlos? Señores, y Grandes ày en Eſpaña à quièn pueden dirigirſe, dixo el primo. No muchos, reſpondiò Don Quixote, y no porque no lo merezcan, ſino que no quièren admitìrlos por no obligàrſe à la ſatisfacion, que parece ſe deve al trabajo, y corteſia de ſus Autores. Un Principe conozco yo, que puede ſuplir la falta de los demàs con tantas ventajas, que ſi me atrevière à dezìrlas, quiçà deſpertàra la envidia en mas de quatro generòſos pechos: Pero quèdeſe eſto aquì para otro tiempo mas còmodo, y vàmos à buſcàr adonde recogèrnos eſta noche. No lexos de aquì, reſpondiò

diò el primo, eſtà una hermita, donde haze ſu habitacion un hermitaño, que dizen hà ſido Soldado, y eſtà en opinion de sèr un buen Chriſtiano, y muy diſcreto, y caritatìvo además. Junto con la hermita tiene una pequeña caſa, que èl hà labràdo à ſu coſta; pero con todo, aunque chica, es capàz de recibir huèſpedes. Tiene por ventùra gallinas el tal hermitaño? preguntò Sancho. Pocos hermitaños eſtàn ſin ellas, reſpondiò Don Quixote, porque no ſon los que aora ſe ùſan, como aquellos de los deſièrtos de Egypto, que ſe veſtìan de hojas de Palma, y comian rayzes de la tierra; y no ſe entienda, que por dezir bien de aquellos, no lo digo de aqueſtos; ſino que quièro dezir, que al rigor, y eſtrechèza de entonces, no llegan las penitencias de los de agora; pero no por eſto dexan de sèr todos buenos, alomènos yo por buenos los juzgo; y quàndo todo corra turbio, menos mal haze el hypocrita que ſe finge bueno, que el publico pecador.

ESTÀNDO en eſto vièron, que hàzia donde ellos eſtàvan, venía un hombre à piè, caminàndo aprièſſa, y dando varazos à un macho, que venìa cargàdo de lanças, y de alabardas, quàndo llegò à ellos, los ſaludò, y paſsò de largo. Don Quixote le dixo: Buen hombre detenèos; que parèce que vays con mas diligencia, de la que eſſe macho hà menestèr. No me puèdo detenèr, Señor, reſpondiò el hombre, porque las armas que veys, que aquì llevo, han de ſervìr mañana; y aſſi me es forçoſo el no detenèrme, y à Dios; pero

pero ſi quiſièredes ſabèr para que las llevo, en la venta que eſtà mas arriba de la hermita pienſo alojàr eſta noche, y ſi es que hazèys eſte miſmo camino, allì me hallarèys, donde os contarè maravillas, y à Dios otra vez; y de tal manèra aguijò el Macho, que no tùvo lugàr Don Quixote de preguntàrle, que maravillas eran las que pensàva dezìrles? Y como èl era algo curiòſo, y ſiempre le fatigàvan deſsèos de ſabèr Coſas nuèvas, ordenò, que al momento ſe partièſſen, y fuèſſen à paſsàr la noche en la venta ſin tocàr en la hermita, donde quiſièra el primo que ſe quedàran. Hìzoſe aſſi, ſubièron à Cavallo, y ſiguièron todos tres el derècho camino de la venta, à la qual llegàron un poco antes de anochecèr. El primo dixo à Don Quixote, que llegàſſen à la hermita à bebèr un trago; y apenas oyò eſto Sancho Pança, quando encaminò el Ruzio à la hermita, y lo meſmo hizièron Don Quixote, y el primo; pero la mala ſuerte de Sancho parèce que ordenò, que el hermitaño no eſtuvièſſe en caſa, que aſſi ſe lo dixo una ſotahermitaño, que en la hermita hallàron. Pidièronle de lo caro: Reſpondiò, que ſu Señor no lo tenìa, pero que ſi querìan agua baràta, que ſe la darìa de muy buena gana. Si yo la tuvièra de agua, reſpondiò Sancho, poços ày en el camino donde la huvièra ſatisfecho. A bodas de Camacho, y abundancia de la caſa de Don Diego, y quantas vezes os tengo de echàr menos!

CON eſto dexàron la hermita, y picàron hàzia

hàzia la venta, y à poco trecho topàron un mancebito, que delante dellos iva caminàndo no con mucha prièſſa, y aſſi le alcançàron. Llevava la eſpada ſobre el ombro, y en ella pueſto un bulto, ô emboltorio, al parecèr, de ſus veſtidos, que al parecèr devìan de ſer los calçones, ô greguèſcos, y herreruèlo, y alguna camiſa, porque traìa pueſta una ropilla de terciopelo con algunas viſlumbres de raſo, y la camiſa de fuera: Las medias eran de ſeda, y los zapatos quadrados à uſo de corte: La edàd llegarìa à diez y ocho, ô diez y nueve años, alegre de roſtro, y al parecèr agil de ſu perſona. Iva cantàndo ſeguidillas, para entretenèr el trabajo del camino. Quando llegàron à èl acabàva de cantàr una, que el primo tomò de memoria, que dizen, que dezìa;

A la guerra me lleva mi neceſſidàd,
Si tuviera dineros, no fuera en verdàd.

El primero que le hablò fuè Don Quixote, dizièndole: Muy à la ligera camina vueſſa mercèd Señor galàn; y adonde bueno, ſepamos, ſi es que guſta dezirlo? A lo que el moço reſpondiò: El caminàr tan à la ligera lo cauſa el calor, y la pobreza; y el adonde vòy, es à la guerra. Como la pobreza? preguntò Don Quixote, que por el calor bien puede ſer. Señor, replicò el mancebo, yo llevo en eſte emboltorio unos greguèſcos de terciopelo compañeros deſta ropilla; ſi los gaſto en el camino, no me podrè honràr con ellos en

en la ciudad, y nó tengo con que comprár otros; y assi por esto, como por oreàrme, vòy desta manera hasta alcançàr unas compañias de infantería, que no estàn doze leguas de aquì, donde assentarè mi plaça, y no faltaràn bagages en que caminàr de allì adelànte hasta el embarcadèro, que dizen, ha de ser en Cartagena; y mas quièro tenèr por amo y por señor al Rey, y servìrle en la guerra, que no à un pelòn en la corte. Y lleva vuessa mercèd alguna ventaja por ventùra? preguntò el primo. Si yo huvièra servido à algun grande de España, ô à algun principal personage, respondiò el moço, à buen seguro, que yo la llevàra; que esso tiene el servir à los buenos, que del tinèlo suèlen salir à ser Alferezes ô Capitanes, ô con algun buen entretenimièntо, pero yo, desventuràdo, servì siempre à catariberas, y à gente advenediza de racion, y quitacion, tan mìsera, y atenuàda, que en pagàr el almidonàr de un cuello, se consume la mitad della; y serìa tenido à mìlagro, que un page aventurèro alcançàsse alguna, siquièra, razonable aventùra. Y dìgame por su vida, amigo, preguntò Don Quixote: Es possible, que en los años que sirviò, no ha podido alcançàr alguna librèa? Dos me han dado, respondiò el page; pero assi como al que se sale de alguna religion antes de profesàr, le quitan el habito, y le buelven sus vestidos; assi me bolvìan à mì los mios mis amos, que, acabados los negocios à que venìan à la corte, se bolvìan à sus casas, y recogìan las librèas, que por solo ostentacion

avìan dado. Notable eſpilorcherìa, como dize el Italiano, dixo Don Quixote; pero con todo eſſo tenga à felice aventùra el avèr ſalido de la corte con tan buena intencion como lleva, porque no ay otra coſa en la tierra mas honràda, ni de mas provecho, que ſervir à Dios primeramènte, y luego à ſu Rey, y Señor natural, eſpecialmènte en el exercicio de las armas, por las quales ſe alcànçan, ſino mas riquezas, alomenos mas honra, que por las letras, como yo tengo dicho muchas vezes, que pueſto que hàn fundado mas mayorazgos las letras que las armas, toda via llevan un no ſe que, los de las armas à los de las letras, con un ſi sè que de eſplendòr que ſe halla en ellos, que los aventaja à todos. Y eſto que aora le quièro dezir, llèvelo en la memoria, que le ſerà de mucho provecho, y alivio en ſus trabajos; y es, que aparte la imaginacion de los ſuceſſos advèrſos que le podràn venir, que el pèor de todos es la muerte, y como eſta ſea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntàronle à Julio Ceſar, aquel valeroſo Emperador Romano: Qual era la mejor muerte? Y èl reſpondiò, que la impensàda, la de repente, y no previſtà; y aunque reſpondiò como gentil, y ageno del conocimièntо del verdadèro Dios, con todo eſſo dixo bien, para ahorràrſe del ſentimièntо humano: que pueſto caſo que os maten en la primera faccion, y refrièga, ô yà de un tiro de artillería, ô volàdo de una mina; que importa? todo es morìr, y acabòſe la obra: Y ſegun Terencio, mas bien parèce el ſoldado muer-

muerto en la batalla, que vivo, y salvo en la huyda: Y tanto alcança de fama el buen soldado, quanto tiene de obediencia à sus capitanes, y à los que mandàrle pueden. Y advertìd, hijo, que al soldado mejor le està olèr à pòlvora, que à algalia; y que si la vejèz os coge en este honrôso exercicio, aunque sea lleno de heridas, y estropeàdo, ò cojo, alomènos no os podrà cogèr sin honra, y tal, que no os la podrà menoscabàr la pobreza; quanto mas qué yà se và dando orden, como se entretèngan, y remèdien los soldados viejos, y estropeàdos; porque no es bien que se haga con ellos lo que suèlen hazèr los que ahorran, y dàn libertad à sus negros, quando yà son viejos, y no pueden servir, que echàndolos de casa con titulo de libres, los hazen esclavos de la hambre, de quièn no piensan ahorràrse sino con la muerte. Y por aora no os quièro dezir mas, sino que subàys à las ancas deste mi Cavallo hasta la venta, y alli cenarèys conmigo, y por la mañana seguirèys el camino, que os le dè Dios tan bueno, como vuestros desèos merècen. El page no aceptò el combite de las ancas, aunque, si, el de cenàr con èl en la venta; y à esta sazòn, dizen, que dixo Sancho entre sì: Vàlate Dios por Señor; y es possible, que hombre, que sabe dezir tales, tantas, y tan buenas cosas como aquì hà dicho, diga que ha visto los disparates impossibles, que cuenta de la cuèva de Montesinos? Aora bien, ello dirà; y en esto llegàron à la vènta à tiempo que anochecìa, y no sin gusto de Sancho, por vèr que

ſu Señor la juzgò por verdadèra venta, y no por caſtillo, como ſolìa. No huvièron bien entràdo, quàndo Don Quixote preguntò al ventèro por el hombre de las lanças, y alabardas, el qual le reſpondiò, que en la cavallerìza eſtàva acomodàndo el macho. Lo miſmo hìzièron de ſus jumèntos el primo y Sancho, dando à Rozinante el mejor peſebre, y el mejor lugar de la Cavallerìza.

CAPITULO XXV.

Donde ſe apunta la aventùra del Rebùsno, y la graciòſa del Titerèro con las memòrables adivinanças del mono Adivino.

NO ſe le cozìa el pan à Don Quixote, como ſuèle dezìrſe haſta oỳr, y ſabèr las maravillas prometìdas del hombre conductor de las armas; y aſſi fuèle à buſcàr donde el ventèro le avìa dicho que eſtàva, y hallòle, y dìxole, que en todo caſo le dixèſſe luego lo que le avìa de dezìr deſpues, acerca de lo que le àvìa preguntàdo en el camìno. El hombre le reſpondiò: Mas de eſpàcio, y no en piè ſe ha de tomàr el cuento de mis maravillas. Dèxeme vueſſa mercèd, Señor bueno, acabàr de dàr recàdo à mi beſtia, que yo le dirè coſas que le admìren. No quede por eſſo reſpondiò

pondiò Don Quixote, que yo os ayudarè à todo, y aſſi lo hizo, aechàndole la cevàda, y limpiàndo el peſebre: humildàd, que obligò al hombre à contàrle con buena voluntàd lo que le pedìa; y ſentàndoſe en un poyo, y Don Quixote junto à èl, tenièndo por ſenado y auditorio al primo, al page, à Sancho Pança, y al ventèro, començò à dezìr deſtà manera:

SABRÀN vueſſas mercèdes, que en un lugar que eſtà quatro leguas, y media deſta venta, ſucediò, que à un regidor dèl, por ìndùſtria, y engaño de una muchacha criada ſuya (y eſto es largo de contàr) le faltò un Aſno; y aunque el tal regidor hizo las diligèncias poſſibles para hallàrle, no fuè poſſible. Quinze dias ſerìan paſsàdos (ſegun es publica voz y fama) que el aſno faltàva, quàndo eſtàndo en la plaça el regidor perdidòſo, otro regidor del miſmo pueblo le dixo: Dàdme albricias, compadre, que vueſtro Jumènto hà parecìdo. Yo os las mando, y buenas, compadre, reſpondiò el otro; pero ſepàmos donde hà parecìdo? En el monte, reſpondiò el hallador, le vì eſta mañana ſin albarda, y ſin aparèjo alguno, y tan flaco, que era una compaſiòn miràlle. Quiſele antecojèr delante de mi, y traèroſle; pero eſtà yà tan montaràz, y tan uraño que quando lleguè à èl, ſe fuè huyèndo, y ſe entrò en lo mas eſcondìdo del monte. Si querèys que bolvàmos los dos à buſcàrle, dexàdme ponèr èſta borrica en mi caſa, que luego buelvo. Mucho plazèr me harèys, dixo el del Jumènto, y yo procurarè

pagàroſſo en la meſma moneda. Con eſtas circunſtancias todas, y de la meſma manera, que yo lo vòy contàndo, lo cuentan todos aquellos, que eſtàn enteràdos en la verdad del caſo. En reſolucion los dos regidores à piè, y mano à mano ſe fuèron al monte, y llegàron al lugar, y Sitio donde pensàron hallàr el aſno; pero no le hallàron, ni pareciò por todos aquellos contornos, aunque mas le buſcàron. Vièndo, pues, que no parecia, dixo el regidor que le avia viſto, al otro: Miràd, compadre, una traça me hà venido al penſamièntо, con la qual ſin duda alguna podrèmos deſcubrir eſte animal, aunque eſtè metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es, que yo sè rebuznàr maravilloſamènte, y ſi vos ſabèys algun tanto, dàd el hecho por concluydo. Algun tanto dezís compadre? dixo el otro; por Dios que no dè la ventaja à nadie, ni aun à los meſmos aſnos. Aora lo verèmos reſpondiò el regidor ſegundo; porque tengo determinàdo, que os vàys vos por una parte del monte, y yo por otra, de modo que le rodeèmos, y andèmos todo, y de trecho en trecho rebuznarèys vos, y rebuznarè yo, y no podrà sèr menos, ſino que el aſno nos oya, y nos reſpònda, ſi es que eſtà en el monte. A lo que reſpondiò el dueño del jumènto: Digo, compadre, que la traça es buena, excelente, y digna de vueſtro gran ingenio: Y dividièndoſe los dos ſegun el acuèrdo, ſucediò, que caſi à un miſmo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebùzno del otro, acudièron à buſcàrſe, pensàn-

sàndo que yà el jumènto avìa parecìdo; y en vièndose, dixo el perdidòso: Es posible, compadre, que no fuè mi asno el que rebuznò? No fuè sino yo, respondiò el otro. Aora digo, dixo el dueño, que de vos à un asno, compadre, no ày alguna diferencia en quanto toca al rebuznàr, porque en mi vida hè visto, ni oydo cosa mas propia. Essas alabanças y encarècimièntos, respondiò el de la traça, mejor os atañen y tocan à vos, que à mi, compadre; que por el Dios que me criò, que podèys dàr dos rebùznos de ventaja al mayor y mas perìto rebuznadòr del mundo; porque el sonido que tenèys es alto, lo sostenido de la voz à su tiempo, y compàs, los dexos muchos, y apresurados; y en resolucion yo me dòy por vencìdo, y os rindo la palma, y dòy la vandèra desta rara habilidàd. Aora digo, respondiò el dueño, que me tendrè, y estimarè en mas de aquì adelànte, y pensarè, que sè algunacosa, pues tengo alguna gracia; que puesto que pensàra que rebuznàva bien, nunca entendì, que llegàva al estremo que dezìs. Tambien dirè yo aora, respondiò el segundo, que ày raras habilidàdes perdìdas en el mundo, y que son mal empleàdas en aquellos que no saben aprovechàrse dellas. Las nuestras, respondiò el dueño, sino es en casos semejantes como el que tràemos entre manos, no nos pueden servìr en otros, y aun en este, plega à Dios que nos sèan de provècho. Esto dicho se tornàron à dividìr, y à bolvèr à sus rebùznos, y à cada passo se engañàvan, y bolvìan à juntàrse, hasta que se dièron por contrasèña,

que para entendèr que eran ellos, y no el aſno, rebuznàſſen dos vezes, una tras otra. Con eſto doblàndo à cada paſſo los rebùznos, rodeàron todo el monte, ſin que el perdido Jumènto reſpondièſſe, ni aun por ſeñas: Mas como avìa de reſpondèr el pobre y mal logràdo, ſi le hallàron en lo mas eſcondìdo del boſque comìdo de lobos? Y en vièndole, dixo ſu dueño: Yà me maravillàva yo de que èl no reſpondìa, pues à no eſtàr muerto, èl rebuznàra ſi nos oyèra, ô no fuèra aſna; pero à truèco de avèros oydo rebuznàr con tanta gracia, compadre, dòy por bien empleàdo el trabajo que hè tenìdo en buſcàrle, aunque le hè hallàdo muerto. En buena mano eſtà, compadre, reſpondiò el otro, pues ſi bien canta el abàd, no le và en çaga el monacillo. Con eſto, deſconſolàdos, y roncos, ſe bolvièron à ſu aldèa, adonde contàron à ſus amigos, vezinos, y conocidos, quanto les avia acontecìdo en la buſca del aſno, exageràndo el uno la gracia del otro en el rebuznàr: Todo lo qual ſe sùpo, y ſe eſtendiò por los lugares circunvezinos; y el diablo, que no duèrme, como es amigo de ſembràr, y derramàr renzillas, y diſcordia por dò quièra, levantàndo caramillos en el viento, y grandes quimèras de no nada, ordenò, è hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo à alguno de nueſtra aldèa, rebuznàſſen como dandoles en roſtro con el rebùzno de nueſtros regidores. Dièron en ello los muchachos, que fuè dàr en manos, y en bocas de todos los demonios del infierno, y fuè cundiendo el re-

bùzno

bùzno de uno en otro pueblo de manera, que ſon conocidos los naturales del pueblo del rebùzno, como ſon conocidos, y diferenciàdos los negros de los blancos; y hà llegàdo à tanto la deſgracia deſta burla, que muchas vezes con mano armàda, y formàdo eſquadròn hàn ſalido contra los burladores los burlados à darſe batalla, ſin podèrlo remediàr Rey, ni Roque, ni temòr, ni verguènça. Yo crèo, que mañana, ò eſſotro dia hàn de ſalìr en campaña los de mi pueblo, que ſon los del rebùzno contra otro lugar, que eſtà à dos leguas del nueſtro, que es uno de los que mas nos perſìguen, y por ſalìr bien apercebidos, llevo compràdas eſtas lanças, y alabàrdas que avèys viſto. Y eſtas ſon las maravìllas, que dixe, que os avìa de contàr, y ſino os lo hàn parecìdo, no sè otras; y con eſto diò fin à ſu platica el buen hombre.

En eſto entrò por la puerta de la venta un hombre todo veſtido de camùça, medias, greguèſcos, y jubòn, y con voz levantàda dixo: Señor hueſped, ày poſada? que viene aquì el mono adivino, y el retàblo de la libertàd de Meliſendra. Cuerpo de tal, dixo el ventèro, que aquì eſtà el Señor Maeſſe Pedro? buena noche ſe nos aparèja. Olvidàvaſeme de dezir, como el tal Maeſſe Pedro traìa cubièrto el ojo izquièrdo, y caſi medio carrillo con un parche de tafetan verde (Señal, que todo aquel lado devìa de eſtàr enfèrmo;) y el ventèro proſiguìo, dizièndo: Sèa bien venido vueſſa mercèd, Señor Maeſſe Pedro. Adonde eſtà el Mono, y el retàblo, que no los vèo? Yà

llegan cerca, reſpondiò el todo camuça, ſino que yo me hè adelantàdo à ſabèr ſi ày poſada. Al miſmo Duque de Alva ſe la quitàra por darſela al Señor Maeſſe Pedro, reſpondiò el ventèro: Llegue el Mono, y el retàblo, que gente ày eſta noche en la venta, que pagarà el vèrle, y las habilidàdes del Mono. Sèa en buen-hora, reſpondiò el del parche, que yo moderarè el precio, y con ſolo la coſta me darè por bien pagàdo; y yo buelvo à hazèr que camine la carrèta donde viene el Mono, y el retàblo, y luego ſe bolviò à ſalìr de la venta. Preguntò luego Don Quixote al ventèro, que Maeſſe Pedro era aquel, y que retàblo, y que Mono traìa? A lo que reſpondiò el ventèro: Eſte es un famòſo titerèro, que hà muchos dias que anda por eſta Mancha de Aragon, enſeñàndo un retàblo de Meliſendra, robàda por el famòſo Gayferos, que es una de las mejores, y mas bien repreſentàdas hiſtòrias, que de muchos años à eſta parte en eſte Reyno ſe hàn viſto. Tràe aſſi miſmo conſigo un Mono de la mas rara habilidàd que ſe viò entre Monos, ni ſe imaginò entre hombres; porque ſi le pregùntan algo, eſtàatento à lo que le preguntan, y luego ſalta ſobre los ombros de ſu amo, y llegàndoſe al oydo, le dize la reſpueſta de lo que le pregùntan, y Maeſſe Pedro la declara luego, y de las coſas paſsàdas dize mucho mas que de las que eſtàn por venir; y aunque no todas vezes acierta en todas, en las mas no yerra, de modo que nos haze creèr, que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta, ſi

es

ta que el Mono responde (quièro dezir) ſi reſponde el amo por èl, deſpues de avèrle hablàdo al oydo; y aſſi ſe crèe, que el tal Maeſſe Pedro eſtà ziquiſſimo, y es hombre galante, (como dizen en Italia,) y bon compaño, y dàſe la mejor vida del mundo. Habla mas que ſeys, y bebe mas que doze, todo à coſta de ſu lengua, y de ſu Mono, y de ſu retàblo. En eſto bolviò Maeſſe Pedro, y en una carrèta venìa el retàblo, y el Mono grande, y ſin cola, con las poſadèras de fièltro, pero no de mala cara; y apenas le viò Don Quixote, quando le preguntò: Dìgame vueſſa mercèd, Señor adivino, que Pexe pillamo? Que hà de sèr de noſotros? y vèa aquì mis dos reales, y mandò à Sancho que ſe los dièſſe à Maeſſe Pedro: El qual reſpondìo por el Mono, y dixo: Señor eſte animal no reſponde, ni da noticia de las coſas que eſtàn por venir: De las paſſàdas ſabe algo, y de las preſentes algun tanto. Voto arrus, dixo Sancho, no dè yo un ardite porque me digan lo que por mi ha paſsàdo; porque quièn lo puede ſabèr mejor que yo meſmo; y pagàr yo porque me digan lo que sè, ſerìa una gran necedàd: Pero pues ſabe las coſas preſentes, è aquì mis dos reales, y dìgame el Señor Moniſſimo, que haze aora mi Muger Tereſa Pança? Y en que ſe entretiène? No quiſo tomàr Maeſſe Pedro el dinero, dizièndo: No quièro recibir adelantàdos los premios, ſin que ayan precedido los ſervicios; y dando con la mano derecha dos golpes ſobre el ombro izquièrdo, en un brinco ſe le pùſo el Mono en èl, y llegàndo

la

la boca al oydo, dava diente con diente muy apriéſſa; y aviéndo hecho eſte ademàn por eſpacio de un credo, de otro brinco ſe pùſo en el ſuèlo, y al punto con grandiſſima priéſſa ſe fuè Maeſſe Pedro à ponèr de rodillas ante Don Quixote, y abraçàndole las piernas, dixo: Eſtas piernas abraço, bien aſſi como ſi abraçàra las dos colunas de Hercules, O reſucitadòr inſigne de la yà pueſta en olvido andante Cavalleria, no jamàs, como ſe deve, alabàdo Cavallèro Don Quixote de la Mancha, animo de los deſmayàdos, arrimo de los que vàn à caèr, braço de los caydos, baculo, y conſuèlo de todos los deſdichàdos! Quedò paſmado Don Quixote, abſorto Sancho, ſuſpenſo el primo, atonito el page, abobàdo el del rebùzno, confuſo el ventèro, y finalmènte eſpantàdos todos los que oyèron las razones del titerèro, el qual proſiguiò diziéndo: Y tu, ô buen Sancho Pança, el mejor Eſcudèro, y del mejor Cavallèro del mundo, alègrate, que tu buena muger Tereſa eſtà buena; y eſta es la hora en que ella eſtà raſtrillàndo una libra de lino, y por mas ſeñas, tiene à ſu lado izquièrdo un jarro desbocàdo, que cabe un buen porque de vino, con que ſe entretiène en ſu trabajo. Eſſo crèo yo muy bien, reſpondiò Sancho, porque es ella una bienaventurà-da, y à no ſer zeloſa, no la trocàra yo por la Giganta Andandona, que ſegun mi Señor, fuè una muger muy cabal, y muy de pro; y es mi Tereſa de aquellas que no ſe dexan mal paſsàr, aunque sèa à coſta de ſus heredèros. Aora digo, dixo à eſta ſazòn Don Quixote,

que

que el que lèe mucho, y anda mucho, veè mucho, y ſabe mucho. Digo eſto, porque que perſuaſion fuèra baſtante para perſuadìrme, que ày Monos en el mundo que adivìnen, como lo he viſto aora por mis propios ojos? Porque yo ſoy el meſmo Don Quixote de la Mancha, que eſte buen animal hà dicho, pueſto que ſe hà eſtendìdo algun tanto en mis alabanças: Pero como quièra que yo me ſea, dòy gracias al Cielo, que me dotò de un animo blando, y compaſſivo, inclinàdo ſiempre à hazer bien à todos, y mal à ninguno. Si yo tuvièra dineros, dixo el page, preguntàra al Señor Moño, que me hà de ſucedèr en la peregrinacion que llevo? A lo que reſpondiò. Maeſſe Pedro (que ya ſe avìa levantàdo de los piès de Don Quixote:) Ya he dicho, que eſta beſtezuèla no reſponde à lo por venìr; que ſi reſpondièra, no importàra no avèr dineros, que por ſervìcio del Señor Don Quixote, que eſtà preſente, dexàra yo todos los intereſſes del mundo. Y agora porque ſe lo devo, y por dàrle guſto, quiero armàr mi retàblo, y dàr plazèr à quantos eſtàn en la venta ſin paga alguna. Oyèndo lo qual el ventèro, alegre ſobre manera, ſeñalò el lugar donde ſe podìa ponèr el retàblo, que en un punto fuè hecho. Don Quixote no eſtàva muy contento con las adivinànças del Mono, por perecèrle no sèr à propoſito, que un Mono adivinàſſe, ni las de por venìr, ni las paſsàdas cosas; y aſſi en tanto que Maeſſe Pedro acomodàva el retàblo, ſe retirò Don Quixote con Sancho à

un

un rincòn de la Cavallerìza, donde fin sèr oydos de nadie, le dixo.

MIRA Sancho, yo hè conſideràdo bien la eſtraña habilidàd deſte Mono, y hallo por mi cuenta, que ſin duda eſte Maeſſe Pedro ſu amo deve de tenèr hecho pacto tacito, ô eſpreſſo con el demonio. Si el pàtio es eſpeſſo, y del demonio, dixo Sancho, ſin duda deve de sèr muy sùzio pàtio. Pero de que provècho le es al tal Maeſſe Pedro tenèr eſſos pàtios? No me entiendes, Sancho, no quièro dezìr, ſino que deve de tenèr hecho algun concièrto con el demonio, de que infunda eſſa habilidàd en el Mono, con que gane de comèr, y deſpues que eſtè rico, le darà ſu alma, que es lo que eſte univerſal enemigo pretende: Y hazeme creèr eſto el vèr, que el Mono no reſponde ſino à las coſas paſsàdas, ô preſentes, y la ſabiduria del diablo no ſe puede eſtendèr à mas; que las por venir no las ſabe ſino es por conjetùras, y no todas vezes; que a ſòlo Dios eſtà reſervàdo conocèr los tiempos, y los momentos, y para el no ày paſſàdo, ni por venir, que todo es preſente: Y ſiendo eſto aſſi, como lo es, eſtà claro, que eſte Mono hàbla con el eſtilo del Diablo, y eſtòy maravillàdo, como no le han acusàdo al Santo oficio, y examinàdole, y ſacàdole de quajo en virtùd de quièn adivina; porque cierto eſtà, que eſte Mono no es Aſtròlogo, ni ſu amo, ni èl, alçan, ni ſaben alçàr eſtas figuras que llaman judiciarias, que tanto aora ſe ùſan en Eſpaña; que no ày mugercilla, ni page, ni zapatèro de viejo, que

que no presuma de alçàr una figura, como si fuèra una sota de Naypes del sùelo, echàndo à perdèr con sus mentiras, ê ignorancias la verdàd maravillòsa de la ciencia. De una Señora sè yo, que preguntò à uno destos figurèros, que si una perrilla de falda pequeña que tenìa, se empreñarìa, y parirìa? Y quantos? Y de que colòr serìan los perros que parièsse? A lo que el Señor judiciario (despues de avèr alçàdo la figura) respondiò: Que la Perrica se empreñarìa, y parirìa tres perricos, el uno verde, el otro encarnàdo, y el otro de mezcla, con tal condicion que la tal perra se cubrièsse entre las onze, y doze del dia, ô de la noche, y que fuèsse en lunes, ô en sabado. Y lo que sucedió fuè, que de allì à dos dias se muriò la perra de ahita, y el Señor levantadòr quedò acreditàdo en el lugar por acertadissimo judiciario, como lo quèdan todos, ô los mas levantadòres. Con todo esso querrìa, dixo Sancho, que vuessa mercèd dixèsse à Maesse Pedro, perguntàsse à su Mono, si es verdàd lo que à vuessa mercèd le passò en la cuèva de Montesinos? Que yo para mi tengo (con perdon de vuessa mercèd) que todo fuè embeleco, y mentira; ô por lo menos cosas soñadas. Todo podrìa sèr, respondiò Don Quixote, pero yo harè lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedàr un no sè que de escrupulo.

ESTA'NDO en esto, llegò Maesse Pedro à buscàr à Don Quixote, y dezirle, que yà estàva en orden el retàblo: Que su mercèd vinièsse à vèrle, porque lo merecìa. Don Qui-

Quixote le comunicò ſu penſamiènto, y le rogò, preguntàſſe luego à ſu Mono, le dixèſſe, ſi ciertas coſas que avìan paſsàdo en la cuèva de Monteſinos, avìan ſido ſoñadas, ô verdadèras, porque à el le parecìa, que tenìan de todo? A lo que Maeſſe Pedro ſin reſpondèr palabra bolviò à traèr el Mono, y pueſto delante de Don Quixote y de Sancho, dixo: miràd, Señor Mono, que eſte Cavallèro quière ſabèr, ſi ciertas coſas que le paſsàron en una cuèva llamàda de Monteſinos, fuèron falſas, ô verdadèras? Y haziéndole la acoſtumbràda ſeñal, el Mono ſe le ſubiò en el ombro izquièrdo, y hablàndole, al parecèr en el oydo, dixo luego Maeſſe Pedro: El Mono dìze, que parte de las coſas que vueſſa mercèd viò, ô paſsò en la dicha cuèva ſon falſas, y parte veriſſimiles, y que eſto es lo que ſabe, y no otra coſa en quanto à eſta pregunta: Y que ſi vueſſa mercèd quiſière ſabèr mas, que el viernes venidèro reſponderà à todo lo que ſe le preguntàre; que por aora ſe le hà acabàdo la virtùd, que no le vendrà haſta el viernes, como dicho tiene. No lo dezìa yo, dixo Sancho, que no ſe me podìa aſſentar, que todo lo que vueſſa mercèd, Señor mio, hà dicho de los acontecimièntos de la cuèva era verdàd, ni aun la mitàd? Los ſuceſſos lo diràn Sancho, reſpondiò Don Quixote, que el tiempo, deſcubridòr de todas las coſas, no ſe dexa ninguna que no la ſaque à la luz del ſol, aunque eſtè eſcondida en los ſenos de la tierra: Y por aora baſte eſto, y vàmonos à vèr el retàblo del buen maeſſe Pedro, que pa-

la

ra mi tengo, que deve de tenèr alguna novedàd. Como alguna? reſpondiò maeſſe Pedro; ſeſenta mil encièrra en ſi eſte mi retàblo. Dìgole à vueſſa mercèd, mì Señor Don Quixote, que es una de las coſas mas de vèr, que oy tiene el mundo, y *operibus credite & non verbis*; y manos à la labor, que ſe haze tarde, y tenèmos mucho que hazèr, y que dezìr, y que moſtràr. Obedecièronle Don Quixote y Sancho, y vinièron donde yà eſtàva el retàblo pueſto y deſcubièrto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hazìan viſtòſo, y reſplandeciènte. En llegàndo ſe metiò maeſſe Pedro dentro dèl; que era el que avìa de manejàr las figuras del artificio, y fuera, ſe pùſo un muchàcho criado de maeſſe Pedro, para ſervìr de intèrprete y declaradòr de los miſterios del tal retablo. Tenìa una varilla en la mànо, con que ſeñalava las figuras que ſalìan. Pueſtos, pues, todos quàntos avìa en la venta, y algunos en piè, frontero del retàblo, y acomodados Don Quixote, Sancho, el page, y primo en los mejores lugares, el Truxamàn començò à dezir lo que oyrà, y verà el que le oyère, ô vière el capitulo ſiguiènte.

CAPITULO XXVI.

Donde ſe proſigue la graciosa aventùra del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas.

CALLARON todos Tirios, y Troyanos (quièro dezir) pendièntes eſtàvan todos los que el retàblo miràvan de la boca del declaradòr de ſus maravillas, quando ſe oyèron ſonàr en el retàblo cantidàd de atabàles, y trompetas, y diſparàtſe mucha artillerìa, cuyo rumòr paſsò en tiempo breve, y luego alçò la voz el muchàcho, y dixo: Eſta verdadèra hiſtòria, que aquì à vueſſas mercèdes ſe repreſenta, es ſacada al piè de la letra de las Corònicas Francèſas, y de los Romances Eſpañoles, que andan en bòca de las gentes, y de los muchàchos por eſſas calles. Trata de la libertàd que diò el Señor Don Gayferos à ſu Eſpoſa Meliſendra, que eſtàva cautiva en Eſpaña en podèr de Mòros en la ciudad de Sanſueña. (que aſſi ſe llamàva entonces la que oy ſe llama Zaragoza.) Y vèan vueſſas mercèdes allì, como eſta jugando à las tablas Don Gayferos, ſegun aquello que ſe canta: *Jugàndo eſtà à las Tablas Don Gayferos, que yà de Meliſendra eſtà olvidàdo.* Y aquel perſonàge, que allì aſsòma con corona en la cabeça, y cetro en las manos, es el Emperador Carlo Magno, padre putativo de

la

là tal Melisendra, el qual mohìno de vèr el ocio, y descùydo de su yerno, le sale à resñir; y advièrtan con la vehemencia, y ahìnco que le riñe, que no parèce sino que le quiere dàr con el ceptro media dozena de coscorrones; y aun ày autores que dizen, que se los diò, y muy bien dados; y despues de avèrle dicho muchas cosas acerca del peligro que corrìa su honra en no procuràr la libertàd de su Espòsa, dizen que le dixo: *Harto os he dicho, miràdlo.* Miren vuessas mercèdes tambien, como el Emperador buelve las espaldàs, y dexa despechàdo à Don Gayferos, el qual, ya vèn como impaciente de la còlera, arroja lexos de si el tablèro, y las tablas, y pide aprièssa las armas, y à Don Roldan su primo pide prestada su espada Durindana; y como Don Roldan no se la quiere prestàr; ofrecièndole su compañía en la dificil empressa que le pone; pero el valeròso enojàdo no la quière acceptàr, antes dize, que èl solo es bastante para sacàr à su Espòsa, si bien estuvièsse metida en el mas hondo centro de la tierra. Con esto se entra à armàr para ponèrse luègo en camino. Buelvan vuessas mercèdes los ojos à aquella Torre que allì parèce, que se presupone que es una de las torres del Alcaçàr de Zaragoça, que aora llaman la Aljaferia; y aquella Dama, que en aquel balcon parèce vestida à lo Moro, ésla sin par Melisendra, que desde allì muchas vezes se ponìa à miràr el camino de Francia, y puesta la imaginacion en Paris, y en su Espòso, se consolava en su cautiverio. Miren

tambien un nuevo caſo que aora ſucede, quiçà no viſto jamàs: No vèn aquel Moro que çallandico, y paſito à paſſo, pueſto el dedo en la boca ſe llega por las eſpaldas de Meliſendra? Pues miren como la dà un beſo en mitàd de los labios, y la prièſſa que ella ſe dà à eſcupìr, y à limpiàrſelos con la blanca manga de ſu camiſa; y como ſe lamenta, y ſe arranca de pesàr ſus hermòſos cabèllos, como ſi ellos tuvièran la culpa del maleficio. Miren tambien, como aquel grave Moro, que eſtà en aquellos corredores, es el Rey Marſilio de Sanſueña, el qual, por avèr viſto la inſolencia del Moro (pueſto que era un pariente, y gran privàdo ſuyo) le mandò luego prendèr, y que le dèn dozientos açotes, llevàndole por las calles acoſtumbradas de la ciudad con chilladores delante, y envaramiènto detràs; y veys aquì donde ſalèn à executàr la ſentencia, *Aun bien apenas no aviendo ſido pueſta en execucion la culpa*; porque entre Moros no ay traſlado à la parte, ni à prueva, y eſtèſe como entre noſotros. Niño, niño, dixo con voz alta à eſta ſazòn Don Quixote: Seguìd vueſtra hiſtòria linea recta, y no os metàys en las curvas, ò tranſverſàles, que para ſacàr una verdàd en limpio, meneſtèr ſon muchas pruevas, y repruevas. Tambien dixo maeſſe Pedro deſde dentro: muchàcho, no te metas en dibuxos, ſino haz lo que eſſe Señor te manda, que ſerà lo mas acertàdo. Sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que ſe ſuèlen quebràr de ſutìles. Yo lo harè aſſi, reſpondiò el muchàcho, y proſiguiò diziènd o:

Eſta

Eſta figura que aquì parèce à cavallo cubierta con una capa gaſcona, es la meſma de Don Gayferos, à quièn ſu eſpoſa (yà vengada del atrevimièntо del enamoràdo Moro) con mejor, y mas ſoſſegado ſemblante eſta pueſta à los miradòres de la torre, y habla con ſu eſpoſo, creyèndo que es algun paſſagèro; con quièn paſsò todas aquellas razones, y coloquios de aquel romance que dize: *Cavallèro, ſi à Frantia ydes, por Gayferos preguntàd.* Las quales no digo yo aora, porque de la prolixidàd ſe ſuèle engendràr el faſtidio: Baſta vèr como Don Gayferos ſe deſcùbre, y que por los ademànes alegres que Meliſendra haze, ſe nos dà à entendèr, que ella le hà conocìdo, y mas aora que vèemos, ſe deſcuèlga del balcon para ponèrſe en las ancas del cavallo de ſu buen eſpòſo: Mas ày ſin ventùra, que ſe le hà aſſido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y eſtà pendiente en el ayre, ſin podèr llegàr al ſuèlo! Pero vèys como el piadòſo cielo ſocorre en las mayores neceſſidà les, pues llega Don Gayferos, y ſin miràr, ſi ſe raſgarà ô no el rico Faldellin, aſſie della, y mal de ſu grado la haze bavàr al ſuèlo, y luego de un brinco la pone ſobre las ancas de ſu Cavallo ahorcajadas como hombre, y la manda que ſe tenga fuertemènte, y le eche los braços por las eſpaldas de modo, que los cruze en el pecho, porque no ſe cayga, à cauſa que no eſtàva la Señora Meliſendra acoſtumbràda à ſemejantes cavallerìas. Vèys tambien como los reinchos del Cavallo dàn ſeñales, que và contento con la valiente, y hermoſa carga que lle-

va en ſu Señor, y en ſu Señora. Vèys como buelven las eſpaldas, y ſalen de la ciudad, y alègres, y regozijàdos toman de Paris la via. Vàys en paz, ô pàr ſin pàr de verdadèros amantes! Lleguèys à ſalvamènto à vueſtra deſsèada Patria ſin que la fortuna ponga eſtorvo en vueſtro felice viage! Los ojos de vueſtros amigos, y parientes os vèan gozàr en paz tranquila los dias (que los de Neſtor ſean) que os quedan de la vida! Aquì alçò otra vez la voz maeſſe Pedro, y dixo: Llanèza, muchàcho, no te encùmbres, que toda afectacion es mala. No reſpondiò nada el interprete, antes proſiguiò diziènd o: No faltàron algunos ociòſos ojos, que lo ſuèlen vèr todo, que no vièſſen la baxada, y la ſubida de Meliſendra, de quièn dièron noticia al Rey Marſilio, el qual mandò luego tocàr al arma: Y miren con que prièſſa; que yà la ciudàd ſe hùnde con el ſon de las campanas, que en todas las torres de las Mezquitas ſuènan. Eſſo no, dixo Don Quixote, en eſto de las campanas anda muy impropio maeſſe Pedro, porque entre Moros no ſe ùſan campanas, ſino Atabàles, y un genero de Dulzàynas, que parècen nueſtras Chirimìas; y eſto de ſonàr campanas en Sanſueña, ſin duda que es un gran diſparàte. Lo qual oỳdo por maeſſe Pedro, ceſsò el tocàr, y dixo: No mire vueſſa mercèd en niñerías, Señor Don Quixote, ni quièra llevàr las coſas tan por el cabo, que no ſe le halle. No ſe repreſèntan por aỳ caſi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedàdes, y diſparàtes; y con todo eſſo corren feliciſſimamènte ſu carrera,

rera, y ſe eſcùchan, no ſolo con aplauſo, ſino con admiracion y todo? Proſigue, muchàcho, y dexa dezìr; que como yo llene mi talego, ſi quière represènte mas impropiedàdes que tiene atomos el Sol. Aſſi es la verdàd, replicò Don Quixote, y el muchàcho dixo: Miren quanta, y quan luzida Cavalleria ſale de la Ciudàd en ſeguimiènto de los dos Catolicos amantes; quantas trompetas que ſuènan; quantas Dulzàynas que tocan, y quantos atabàles, y tambores, que retumban. Tèmome que los han de alcançàr, y los hàn de bolvèr atàdos à la cola deſu miſmo Cavallo, que ſeria un horrèndo eſpectàculo. Vièndo, y oyèndo, pues, tanta Moriſma, y tanto eſtruèndo Don Quixote, pareciòle sèr bien dàr ayùda à los que huyan, y levantàndoſe en piè, en voz alta dixo: No conſentirè yo, que en mis dias, y en mi preſencia ſe le haga ſupercherìa à tan famoſo Cavallèro, y à tan atrevìdo enamoràdo como Don Gayferos. Detenèos, mal nacìda canalla, no le ſigàys, no perſigàys, ſino conmigo ſoys en batalla: Y dizièndo, y hazièndo, deſenvaynò la eſpada, y de un brinco ſe pùſo junto al retàblo, y con aceleràda, y nunca viſta fùria començò à llovèr cuchillàdas ſobre la titerèra Moriſma, derribàndo à unos, deſcabeçàndo à otros, eſtropeàndo à eſte, deſtroçàndo à aquel, y entre otros muchos tirò un altibajo tal, que ſi maeſſe Pedro no ſe abajàra, ſe encogièra, y agazapàra, le cercenàra la cabeça con mas facilidàd que ſi fuèra hecha de maſſa de maçapàn. Dava vozes maeſſe Pedro, dizièndo: Detèngaſe vueſſa mercèd, Señor Don

Quixote, y advièrta, que eſtos, que derriba, deſtroza, y mata, no ſon verdaderos Moros, ſino unas figurillas de paſta. Mire, pecadòr de mi, que me deſtrùye, y echa à perdèr toda mi hazièndа. Mas no por eſto dexàva de menudeàr Don Quixote cuchillàdas, mandòbles, tajos, y revèſes, como llovìdos. Finalmènte en menos de dos credos diò con todo el retàblo en el ſuèlo, hechas pedaços, y deſmenuzadas todas ſus farcias y figuras. El Rey Marſilio mal herìdo, y el Emperador Carlo Magno partìda la corona, y la cabeça en dos partes. Alborotòſe el Senàdo de los oyèntes, huyòſe el Mono por los tejados de la venta, temiò el primo, acobardòſe el page, y haſta el meſmo Sancho Pança tùvo pavor grandiſſimo; porque, como èl jurò deſpues de paſſada la borràſca, jamàs avìa viſto à ſu Señor con tan deſatinàda còlera.

HECHO, pues, el general deſtròço del retàblo, ſoſſegòſe un poco Don Quixote, y dixo: Quiſièra yo tenèr aquì delante en eſte punto todos aquellos que no creèn, ni quièren creèr de quanto provècho ſean en el mundo los Cavallèros andantes: Miren, ſi no me hallàra yo aquì preſente, que fuèra del buen Don Gayferos, y de la hermoſa Meliſendra: A buen ſegùro, que eſta fuèra yà la hora que los huvièran alcançàdo eſtos canes, y les huvièran hecho algun deſaguiſado. En reſolucion viva la andante Cavalleria ſobre quantas coſas oy viven en la tierra. Viva en hora buena, dixo à eſta ſazòn con voz enfermiza maeſſe Pedro, y muera yo, pues ſòy tan deſdichà-

D. Quixote toma los Titeres por Moros, y cree socorrer dos Amantes fugitivos, para combatirlos.
Tom. III. pag. 344.

F. Selma sculp.

chàdo, que puedo dezír con el Rey Don Rodrigo: Ayèr fuỳ Señor de Eſpaña: y oy no tengo una almèna, que pueda dezìr que es mia. No hà media hora, ni aun un mediano momènto, que me vì Señor de Reyes, y de Emperadores, llenas mis Cavallerìzas, y mis Cofres, y ſacos, de infinitos Cavallos, y de innumerables galas; y agora me vèo deſolàdo, y abatìdo, pobre, y mendigo, y ſobre todo ſin mi Mono, que à Fè que primero que le buelva à mi poder, me hàn de ſudàr los dientes; y todo por la furia mal conſideràda deſte Señor Cavallèro; de quièn ſe dize, que ampàra pupìlos, y enderèça tuertos, y haze otras obras caritativas; y en mi ſolo hà venìdo à faltàr ſu intencion generòſa, que sèan benditos, y alabàdos los Cielos, allà donde tièn en mas levantàdos ſus aſièntos. En fin el Cavallèro de la triſte figura avìa de sèr aquel, que avìa de desfiguràr las mias.

ENTERNECIÒSE Sancho Pança con las razònes de maeſſe Pedro, y dìxole: No llores maeſſe Pedro, ni te lamèntes, que me quièbras el coràçon; porque te hago ſabèr, que es mi Señor Don Quixote tan catòlico, y eſcrupulòſo Chriſtiano, que ſi el càe en la cuenta de que te hà hecho algun agravio, te lo ſabrà, y te lo querrà pagàr, y ſatisfazèr con muchas ventajas. Con que me pagàſſe el Señor Don Quixote alguna parte de las hechùras que me hà deſhecho, quedarìa contento, y ſu mercèd aſſegurarìa ſu conciencia, porque no ſe puede ſalvàr quièn tièn e lo ageno contra la voluntàd de ſu dueño, y no lo reſtituỳe. Aſſi

es dixo Don Quixote; pero haſta aora yo no sè que tenga nada vueſtro, maeſſe Pedro. Como no? reſpondiò maeſſe Pedro: Y eſtas reliquias, que eſtàn por eſte duro, y eſtèril ſuèlo, quien las eſparciò, y aniquilò, ſino la fuerça invencible deſſe poderòſo braço? Y cuyos eran ſus cuerpos ſino mios? Y con quièn me ſuſtentàva yo ſino con ellos? Aora acabo de creèr, dixo à eſte punto Don Quixote, lo que otras muchas vezes he creỳdo, que eſtos Encantadores, que me perſiguen, no hazen ſino ponèrme las figuras como ellas ſon delante de los ojos, y luego me las mudan, y truècan en las que ellos quièren. Real, y verdaderamènte os digo, Señores que me oỳs, que à mi me pareciò todo lo que aquì hà paſsàdo, que paſsàva al piè de la letra: Que Meliſendra era Meliſendra; Don Gayferos, Don Gayferos; Marſilio, Marſilio; y Carlo Magno, Carlo Magno. Por eſſo ſe me alterò la còlera, y por cumplir con mi profeſion de Cavallèro andante quiſe dàr ayuda, y favòr à los que huỳan; y con eſte buen propoſito hize lo que avèys viſto. Si me hà ſalìdo al revès, no es culpa mia, ſino de los malos que me persìguen; y con todo eſto, deſte mi yerro, aunque no hà procedìdo de malìcia, quièro yo miſmo condenàrme en coſtas. Vèa maeſſe Pedro lo que quière por las figuras deſhèchas, que yo me ofrèzco à pagàrſelo luego en buena y corriente monèda caſtellana. Inclinòſele maeſſe Pedro, dizièndole: No eſperàva yo menos de la inaudita Chriſtiandàd del valeròſo Don Quixote de la Mancha,

cha, verdadero ſocorredòr, y ampàro de todos los neceſſitàdos, y menesteròſos vagamundos; y aquì el Señor ventèro, y el gran Sancho ſeràn medianèros, y apreciadòres entre vueſſa mercèd, y mi, de lo que valen, ô podìan valèr las yà deſhèchas figùras. El ventèro y Sancho dixèron que aſſi lo harìan, y luego maeſſe Pedro alçò del ſuèlo con la cabeça menos al Rey Marſilio de Zaragoça, y dixo: Yà ſe vè quan impoſſible es bolvèr à eſte Rey à ſu Sèr primero, y aſſi me parèce (ſalvo mejor Juyzio) que ſe me dè por ſu muerte, fin, y acabamièto quatro reales y medio. Adelante dixo Don Quixote. Pues por eſta avertùra de arriba à baxo, proſiguiò maeſſe Pedro (tomàndo en las manos al partìdo Emperador Carlo Magno) no ſerìa mucho que pidièra yo cinco reales, y un quartillo. No es poco dixo Sancho. Ni mucho replicò el ventèro: Mèdieſſe la partida, y ſeñàlenſele cinco reales. Dènſele todos cinco, y quartillo, dixo Don Quixote, que no eſtà en un quartillo mas à menos la monta deſta notable deſgracia; y acabe preſto maeſſe Pedro, que ſe haze hora de cenàr, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por eſta figura, dixo maeſſe Pedro, que eſtà ſin narizes, y un ojo menos (que es de la hermoſa Meliſendra) quièro, y me tengo en lo juſto, dos reales, y doze maravedis. Aun ay ſerìa el Diablo, dixo Don Quixote, ſi yà no eſtuvièſſe Meliſendra con ſu eſpòſo, por lo menos en la raya de Francia; porque el Cavallo en que ivan, à mi me pareciò, que antes bolàva que corrìa, y aſſi no ay para que ven-

vendèrme à mi el gato por lièbre, preſentàndome aquì à Meliſendra deſnarigàda, eſtàndo la otra, ſi viène à mano, aora holgàndoſe en Francia con ſu eſpòſo à pierna tendida. Ayùde Dios con lo ſuyo à cada uno, Señor maeſſe Pedro, y caminèmos todos con piè llano, y con intencion ſana; y proſìga. Maeſſe Pedro que viò, que Don Quixote yzquierdeàva, y que bolvìa à ſu primèr tema, no quìſo que ſe le eſcapàſſe, y aſſi le dixo: Eſta no deve de ſer Meliſendra, ſino alguna de las donzellas que la ſervìan; y aſſi con ſeſenta maravedis, que me dèn por ella, quedarè contento, y bien pagàdo. Deſta manera fuè ponièndo precios à otras muchas deſtroçadas figuras, que deſpues los moderàron los dos Juezes arbitros con ſatisfaccion de las partes, que llegàron à quarenta reales, y tres quartillos; y ademàs deſto que luego los deſembolsò Sancho, Pidiò maeſſe Pedro dos reales por el trabajo de tomàr el Mono. Dàſelos Sancho, dixo Don Quixote, no para tomàr el Mono, ſino la Mona; y doziéntos dièra yo aora en albricias à quièn me dixèra con certidumbre, que la Señora Doña Meliſendra, y el Señor Don Gayferos eſtàvan yà en Francia, y entre los ſuyos. Ninguno nos lo podrà dezir mejor que mi Mono, dixo maeſſe Pedro; pero no avrà Diablo que aora le tome; aunque imagino que el cariño, y la hambre le hàn de forçàr à que me bùſque eſta noche, y amanecerà Dios, y verèmonos.

EN reſolucion la borraſca del retàblo ſe acabò, y todos cenaron en paz, y en buena com-

compañía à coſta de Don Quixote, que era liberal en todo eſtrèmo. Antes que amanecièſſe ſe fuè el que llevàva las lanças, y las alabardas; y yà deſpues de amanecìdo ſe vinièron à deſpedìr de Don Quixote el prìmo, y el page, el uno para bolvèrſe à ſu tierra, y el otro à proſeguìr ſu camìno, para ayuda del qual le diò Don Quixote una dozena de reales. Maeſſe Pedro no quìſo entràr en mas dimes, ni dirètes con Don Quixote, à quièn èl conocìa muy bien; y aſſi madrugò antes que el ſol, y cogièndo las reliquias de ſu retàblo, y à ſu Mono, ſe fuè tambien à buſcàr ſus aventùras. El ventèro que no conocìa à Don Quixote, tan admiràdo le tenìan ſus locuras, como ſu liberalidad. Finalmènte Sancho le pagò muy bien por orden de ſu Señor; y deſpidièndoſe dèl, caſi à las ocho del dia dexàron la venta, y ſe puſièron en camino, donde los dexarèmos ir, que aſſi conviène, para dàr lugar à contàr otras perteneciètes à la declaracion deſta famoſa hiſtòria.

CA-

CAPITULO XXVII.

Donde ſe dà cuenta, quiènes eran maeſſe Pedro, y ſu Mono, con el mal ſaceſſo que Don Quixote tùvo en la aventùra del rebùzno, que no la acabò, como èl quiſiéra, y como lo tenìa penſàdo.

ENTRA Cide Hamete, coroniſta deſta grande hiſtòria, con eſtas palabras en eſte capitulo: Juro como Catolico Chriſtiano, (a lo que ſu traductor dize;) que el juràn Cide Hamete como Catolico Chriſtiano, ſiendo èl Moro, como ſin duda lo era, no quiſo dezir otra coſa, ſino, que aſſi como el Catolico Chriſtiano, quando jura, jura, ò deve juràr verdàd, y dezìrla en lo que dixère; aſſi èl la dezìa, como ſi juràra como Chriſtiano Catolico en lo que queria eſcrivìr de Don Quixote, eſpecialmènte en dezìr quièn era maeſſe Pedro, y quièn el Mòno adivino, que traìa admiràdos todos aquellos pueblos con ſus adivinànças. Dize, pues, que bien ſe acordarà el que huvière leydo la primera parte deſta hiſtòria, de aquel Ginès de Paſſamonte, à quièn entre otros Galeòtes diò libertàd Don Quixote en Sierra Morena: beneficio, que deſpues le fuè mal agradecìdo, y peòr pagàdo aquella gente maligna, y mal acoſtmbràda. Eſte Ginès de Paſſamonte, à quièn Don Qui-

Quixote llamàva Ginès Pasillo de Parapilla, fuè el que hurtò à Sancho Pança el Ruzio, que por no avèrse puesto el como, ni el quando en la primera parte por culpa de los Impressòres, hà dado en que entender à muchos, que atribuyan à poca memoria del Autor la falta de emprenta. Pero en resolucion Ginès le hurtò, estàndo sobre èl durmièndo Sancho Pança, usando de la traça, y modo, que usò Brunelo, quando estàndo Sacripante sobre albraca, le sacò el Cavallo de entre las piernas; y despues le cobrò Sancho, como se hà contado. Este Ginès, pues (temeròso de no sèr hallàdo de la Justicia, que le buscàva para castigàrle de sus infinitas vellaquerías, y delitos, que fuèron tantos, y tales, que èl mismo compùso un gran volumen contàndolos) determinò passàrse al Reyno de Aragòn, y cubrìrse el ojo yzquièrdo acomodàndose al oficio de Titerèro; que esto, y el jugàr de manos, lo sabìa hazèr por estremo. Sucediò, pues, que de unos Christianos yà libres, que venìan de Berbería, comprò aquel Mono, à quien enseñò, que en haziéndole cierta señal, se le subiesse en el ombro, y le murmuràsse, ò lo pareciesse, al oydo. Hecho esto, antes que entràsse en el lugar donde entràva con su retàblo, y Mono, se informàva en el lugar mas cercano, ò de quièn èl mejor podìa, que cosas particulares huviessen sucedido en el tal lugar, y à que personas; y llevàndolas bien en la memoria, lo primerò que hazìa era, mostràr su retàblo, el qual unas vezes era de una hìstòria, y otras de otra; pe-

ro

ro todas alegres, regozijàdas, y conocìdas. Acabada la mueſtra, proponìa las habilidàdes de ſu Mono, diziènDo al pueblo, que adivinava todo lo paſsàdo, y lo preſente; pero que en lo de por venir, no ſe dava maña. Por la reſpueſta de cada pregunta pedìa dos reales, y de algunas hazìa baràto, ſegun tomàva el pulſo à los preguntàntes; y como tal vez llegàva à las caſas de quièn èl ſabìa los ſuceſſos de los que en ellas moràvan, aunque no le preguntàſſen nada por no pagàrle, El hazìa la ſeñal al Mono, y luego dezìa, que le avia dicho tal, y tal coſa, que venìa de molde con lo ſucedido. Con eſto cobrava credito infalible, y andàvanſe todos tràs èl. Otras vezes, como era tan diſcrèto, reſpondìa de manera, que las reſpueſtas venìan bien con las preguntas, y como nadie le apuràva, ni apretàva à que dixèſſe como adivinàva ſu Mono, à todos hazìa monas, y llenàva ſus eſqueros. Aſſi como entrò en la venta conociò à Don Quixote, y à Sancho, por cuyo conocimièNto le fuè facil ponèr en admiracion à Don Quixote, y à Sancho Pança, y à todos los que en ella eſtàvan; pero huvièrale de coſtàr caro, ſi Don Quixote baxàra un poco mas la mano, quàndo cortò la cabeça al Rey Marſilio, y deſtruyò toda ſu cavallería, como queda dicho en el antecedente capitulo. Eſto es lo que ày que dezir de maeſſe Pedro, y de ſu Mono.

Y bolvièndo à Don Quixote de la Mancha digo, que deſpues de avèr ſalido de la venta, de terminò de vèr primero las riberas del Rio Ebro, y todos aquellos contornos

antes

antes de entràr en la ciudad de Zaragoça, pues le dàva tiempo para todo, el mucho que faltàva desde allì à las Justas. Con esta intencion siguiò su camino, por el qual andùvo dos dias sin acontecèrle cosa digna de ponèrse en escritùra; hasta que al tercero, al subir de una loma oyò un gran rumòr de atambores, de trompetas, y arcabuzes. Al principio pensò, que algun tercio de soldados pasàva por aquella parte, y por vèrlos picò à Rozinante, y subiò la loma arriba, y quando estùvo en la cumbre, viò al piè della, à su parecèr, mas de dozientos hombres armàdos de diferentes suertes de armas, como si dixèssemos, lançones, ballestas, partesanas, alabardas, y picas, y algunos arcabùzes, y muchas rodèlas. Baxò el recuesto, y acercòse al esquadròn, tanto que distintamènte viò las vanderas, juzgò de las colores, y notò las empressas que en ellas tralan, especialmènte una que en un estandarte ò giron de raso blanco venìa, en el qual estàva pintado muy al vivo un asno, como un pequeño sardesco, la cabeça levantàda, la boca abièrta, y la lengua de fuera en acto, y postura, como si estuvièra rebuznàndo; y al rededòr dèl estàvan escritos de letras grandes estos dos versos.

No rebuznàron en balde
El uno, y el otro Alcalde.

Por esta insignia sacò Don Quixote, que aquella gente devìa de sèr del pueblo del rebùzno, y assi se lo dixo à Sancho, declaràndole lo que

en el eſtandarte venìa eſcrito. Dìxole tambien, que el que les avìa dado noticìa de aquel caſo, ſe avìa erràdo en dezìr, que dos Regidores avìan ſido los que rebuznàron, porque ſegun los verſos del eſtandarte no avìan ſido ſino Alcaldes. A lo que reſpondiò Sancho Pança: Señor en eſſo no ày que reparàr, que bien puede sèr que los Regidores, que entonces rebuznàron, vinièſſen con el tiempo à sèr Alcaldes de ſu pueblo, y aſſi ſe puèden llamàr con entrambos titulos; quanto mas que no haze al caſo à la verdàd de la hiſtòria sèr los rebùznadores Alcaldes, ò Regidores, como ellos una por nua ayan rebùznàdo; porque tan à pique eſtà de rebuznàr un Alcalde como un Regidor. Finalmènte conocièron, y ſupièron, como el pueblo corrìdo ſalìa à peleàr con otro que le corrìa mas de lo juſto, y de lo que ſe devìa à la buena vezindàd. Fuèſſe llegando à ellos Don Quixote no con poca peſadumbre de Sancho, que nunca fuè amigo de hallàrſe en ſemejantes Jornadas. Los del eſquadròn le recogièron en medio, creyèndo que era alguno de los de ſu parcialidàd. Don Quixote alçàndo la visèra, con gentil brio y continènte llegò haſta el eſtandàrte del aſno, y allì ſe le puſièron al rededor todos los mas principàles del exercito por vèrle, admirados con la admiracion acoſtumbràda en que caìan todos aquellos que la vez primera le miràvan. Don Quixote que los viò tan atentos à miràrle, ſin que ninguno le hablàſſe, ni le preguntàſſe nada, quiſo aprovechàrſe de aquel ſilencio, y rompièndo el ſùyo, alçò la voz y dixo.

BUENOS Señores, quan encarecidamènte puedo, os ſuplìco, que no interrumpàys un razonamièntо, que quièro hazèros, haſta que veàys que os diſguſta, y enfada; que ſi eſto ſucède, con la mas mìnima ſeñal que me hagàys, pondrè un ſello en mi boca, y echarè una mordaza à mi lengua. Todos le dixèron, que dixèſſe lo que quiſièſſe, que de buena gana le eſcucharìan. Don Quixote con eſta licencia proſiguiò, dizièndo.

Yo, Señores mios, ſoy Cavallèro andante, cuyo exercicio es el de las armas, y cuya profeſion la de favorecèr à los neceſſitàdos de favòr, y acudir à los meneſteròſos. Dias hà que hè ſabido vueſtra deſgracia, y la cauſa que os mueve à tomàr las armas à cada paſſo para vengàros de vueſtros enemigos; y avièndo diſcurrìdo una y muchas vezes en mi entendimièmto ſobre vueſtro negocio, hallo ſegun las leyes del Duèlo que eſtàys engañados en tenèros por afrentàdos, porque ningun particular puede afrentàr à un pueblo entero, fino es retàndole de traydor por junto, porque no ſabe en particular quien cometiò la tràycion porque le reta. Exemplo deſto tenèmos en Don Diego Ordoñez de Lara que retò à todo el pueblo Zamorano, porque ignoràva, que ſolo Vellido Dolfos avìa cometido la tràycion de matàr à ſu Rey; y aſſi retò à todos, y à todos toeàva la vengança, y la reſpueſta: Aunque bien es verdàd que el Señor Don Diego andùvo algo demaſiàdo, y aun paſsò muy adelànte de los lìmites del reto, porque no tenìa para que retàr à los muertos, à las aguas, ni

à los panes, ni à los que eſtàvan por nacèr, ni à las otras menudencias, que allì ſe declàran: Pero vàya, pues quando la còlera ſale de madre, no tiene la lengua padre, ayo, ni freno que la corrija. Siendo, pues, eſto aſſi, que uno ſolo no puede afrentàr à Reyno, Provincia, Ciudad, Republica, ni Pueblo entèro; queda en limpio, que no ày para que ſalis à la vengànça del reto de la tal afrenta, pues no lo es; porque bueno ſerìa, que ſe matàſſen à cada paſſo los del pueblo de la Reloxa con quien ſe lo llama: Ni los Cazolèros, verengenèros, Vallènatos, Xabonèros, ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ày en boca de los muchachos, y de gente de poco mas à menos; bueno ſerìa por cierto, que todos eſtos inſignes pueblos ſe corrièſſen, y vengàſſen, y anduvièſſen de continuo hechas las eſpadas ſacabuches à qualquier pendencia por pequeña que fuèſſe. No, no, ni Dios lo permita, ô quièra. Los Varones prudentes, las Republicas bien concertàdas por quatro coſas han de tomàr las armas, y deſenvaynàr las eſpadas, y ponèr à rieſgo ſus perſonas, vidas, y hazièndas. La primera, por defendèr la fè Catolica. La ſegunda por defendèr ſu vida, que es de Ley natural, y divina. La tercera en defenſa de ſu Honra, de ſu familia, y haziènda. La quarta en ſervicio de ſu Rey en la guerra juſta: Y ſi le quiſièremos añadir la quinta (que ſe puede contàr por ſegunda) es en defenſa de ſu patria. A eſtas cinco cauſas, como capitales ſe pueden agregàr algunas otras, que ſean juſtas, y razon-

zonables, y que obliguen à tomàr las armas: Pero tomarlas por niñerías, y por cosas, que antes son de risa, y passatièmpo, que de afrènta; parèce, que quien las toma, carèce de todo razonable discurso. Quanto mas, que el tomàr vengança injusta (que justa no puede avèr alguna que lo sèa) và derechamènte contra la Santa Ley que profesàmos, en la qual se nos manda, que hagàmos bien à nuestros enemigos, y que amèmos à los que nos aborrècen: mandamiento, que aunque parèce algo dificultòso de cumplir, no lo es, sino para aquellos, que tienen menos de Dios que del mundo, y mas de carne que de espíritu; porque Jesu Christo, Dios, y hombre verdadèro, que nunca mintiò, ni pùdo, ni puede mentir, sièndo Legislador nuestro, dixo: *Que su Yugo era suave, y su Carga liviana*: Y assi no nos avia de mandàr cosa que fuesse imposible el cumplirla. Assi que, mis Señores, vuessas mercèdes estàn obligàdos por Leyes divinas, y humanas à sossegàrse.

EL diablo me lleve, dixo à esta Sazòn Sancho entre sí, si este mi amo no es tòlogo, y sino lo es, que lo parèce como un huèvo à otro. Tomò un poco de aliento Don Quixote, y viènd que todavia le prestàvan silencio, quiso passàr adelànte en su platica, como passàra, sino se pusièra en medio la agudèza de Sancho, el qual viènd que su amo se detenia, tomò la mano por èl, dizièndo: Mi Señor Don Quixote de la Mancha (que un tiempo se llamò el Cavallèro de la trìste figura, y aora se llama el Cavallèro de los

Leònes) es un hidalgo muy atentàdo, que ſabe Latin, y Romance como un Bachilèr, y en todo quanto trata, y aconſeja, procède como muy buen ſoldado, y tiene todas las Leyes, y ordenànças de lo que llaman *El Duèlo*, en la uña; y aſſi no ày mas que hazèr ſino dexàrſe llevàr por lo que èl dixère, y ſobre mi ſi lo errâren: Quanto mas, que ello ſe eſtà dicho, que es necedàd corrèrſe por ſolo oỳr un rebùzno, que yo me acuèrdo, quando muchacho, que rebùznava cada, y quando que ſe me antojàva, ſin que nadie me fuèſſe à la mano; y con tanta gracia, y propiedàd, que en rebuznàndo yo, rebuznàvan todos los aſnos del pueblo, y no por eſſo dexàva de ſer hijo de mis padres, que eran honradiſſimos; y aunque por eſta habilidàd era invidiàdo de mas de quatro de los eſtirados de mi pueblo, no ſe me dava dos ardites. Y porque ſe vèa que digo verdàd, eſpèren, y eſcùchen, que eſta ciencia es como la del nadàr, que una vez aprendida, nunca ſe olvida: Y luego puеſta la mano en las narizes, començò à rebuznàr tan rezianmènte, que todos los cercanos valles retumbàron. Pero uno de los que eſtàvan junto à èl, creyèndo que hazìa burla dellos, alçò un varapàlo, que en la mano tenìa, y diòle tal golpe con èl, que ſin ſer poderòſo à otra coſa, diò con SanchoAnça en el ſuèlo. Don Quixote, que viò tan mal paràdo à Sancho, arremetiò al que le avìa dado, con la lança ſobre mano, pero fuèron tantos los que ſe puſièron en medio, que no fuè poſſible vengàrle; antes vièndo

que

que llovìa ſobre èl un nublado de piedras, y que le amenazàvan mil encaràdas balleſtas, y no menos cantidàd de arcabùzes, bolviò las riendas à Rozinante, y à todo lo que ſu galope pùdo ſe ſaliò de entre ellos, encomendàndoſe de todo coraçòn à Dios, que de aquel peligro le libràſſe, temièndo à cada paſſo, no le entràſſe alguna bala por las eſpaldas, y le ſalièſſe al pecho; y à cada punto recogia el aliènto, por vèr ſi le faltàva: Pero los del eſquadròn ſe contentàron con vèrle huỳr, ſin tirarle. A Sancho le puſièron ſobre ſu jumènto, apenas buelto en ſi, y le dexàron ir tras ſu amo, no porque èl tuvièſſe ſentido para regìrle, pero el Ruzio ſiguiò las huellas de Rozinante, ſin el qual no ſe hallàva un punto. Alongàdo, pues, Don Quixote buen trecho, bolviò la cabeça, y viò que Sancho venìa, y atendiòle, vièndo que ninguno le ſeguìa. Los del eſquadròn ſe eſtuvièron allì haſta la noche, y por no avèr ſalido à la batalla ſus contrarios, ſe bolvièron à ſu pueblo regozijàdos, y alegres; y ſi ellos ſupièran la coſtumbre antigua de los griegos, levantàran en aquel lugar, y ſitio un Troſeo.

CAPITULO XXVIII.

De coſas que dize Benengeli, que las ſabrà quien le leyère, ſi las lèe con atencion.

QUANDO el valiente huye, la ſupercheria eſtà deſcubièrta, y es de varones prudentes guardàrſe para mejor ocaſion. Eſta verdàd ſe verificò en Don Quixote, el qual, dando lugar à la furia del pueblo, y à las malas intenciones de aquel indignàdo eſquadròn, puſo piès en polvoròſa; y ſin acordàrſe de Sancho, ni del peligro en que le dexàva, ſe apartò tanto quanto le pareciò, que baſtàva para eſtàr ſeguro. Seguìale Sancho atraveſsàdo en ſu Jumènto, como queda referido. Llegò en fin, yà buelto en ſu acuèrdo, y al llegàr, ſe dexò caèr del Ruzio à los piès de Rozinànte, todo anſioſo, todo molido, y todo apaleàdo. Apeòſe Don Quixote para catàrle las feridas, pero como le hallàſſe ſano de los pies à la cabeça, con aſſaz còlera le dixo: Tan en hora mala ſupiſtes vos rebuznàr, Sancho; y donde hallaſtes vos ſer bueno el nombràr la ſoga en caſa del ahorcàdo? A muſica de rebùznos, que contrapunto ſe avìa de llevàr ſino de varapalos? Y dàd gracias à Dios, Sancho, que yà que os ſantiguàron con un palo, no os hizièron el *per ſignum crucis* con un alfange. No eſtòy para reſpondèr, reſpondiò San-

Sancho, porque me parèce, que hablo por las eſpaldas. Subámos, y apartèmonos de aquì, que yo pondrè ſilencio en mis rebùznos, pero no en dexàr de dezir, que los Cavallèros andantes hùyen, y dexan à ſus buenos eſcudèros molidos como alheña, ô como cibèra, en podèr de ſus enemigos. No hùye el que ſe retira, reſpondiò Don Quixote, porque has de ſabèr, Sancho, que la valentia que no ſe funda ſobre la baſa de la prudencia, ſe llama temeridàd, y las hazañas del temerario mas ſe atribùyen à la buena fortuna, que à ſu animo. Y aſſi yo confièſſo, que me hè retirà-do, pero no huỳdo; y en eſto hè imitàdo à muchos valientes, que ſe hàn guardàdo para tiempos mejores; y deſto eſtàn las hiſtòrias llenas, las quales, por no ſerte à ti de provècho, ni à mi de guſto, no te las refièro aora.

En eſto yà eſtàva à Cavallo Sancho, ayudàdo de Don Quixote, el qual aſſimiſmo ſubiò en Rozinante, y poco à poco ſe fuèron à emboſcàr en una Alamèda, que haſta un quarto de legua de alli ſe parecia: de quàndo, en quàndo dava Sancho unos ayes profundiſſimos, y unos gemidos doloròſos. Y preguntàndole Don Quixote la cauſa de tan amàrgo ſentimièntо, reſpondiò, que deſde la punta del eſpinazo haſta la nuca del celèbro le dolìa de manera, que le ſacàva de ſentìdo. La cauſa deſſe Dolòr deve de ſer ſin duda dixo Don Quixote, que como era el Palo con que te dièron lárgo, y ten lido, te cogiò todas las eſpaldas, donde entran todas eſſas partes, que

te duèlen, y ſi mas te cogièra, mas te dolièra. Por Dios, dixo Sancho, que vueſſa mercèd me hà ſacàdo de una gran duda, y que me la hà declaràdo por lindos terminos. Cuerpo de mi, tan encubièrta eſtàva la cauſa de mi dolòr, que ha ſido meneſtèr dezirme, que me duèle todo aquello que alcançò el palo? Si me dolièran los tovillos, aun pudièra sèr que ſe anduvièra adivinàndo el porque me dolian? Pero dolèrme lo que me molièron, no es mucho adivinàr. A la fè, Señor nueſtro amo, el mal ageno de pelo cuelga, y cada dia vòy deſcubrièndo tierra de lo poço que puedo eſperàr de la compañía, que con vueſſa mercèd tengo; porque ſi eſta vez me hà dexàdo apaleàr, otra y otras ciento bolverèmos à los manteamièntos de marras, y à otras muchacherias, que ſi aora me han ſalido à las eſpaldas, deſpues me ſaldràn à losojos. Harto mejor haria yo (ſino que ſoy un bàrbaro, y no harè nada que bueno ſèa en toda mi vida) harto mejor haria yo (buelvo à dezir) en bolvèrme à mi caſa, y à mi muger, y à mis hijos, y ſuſtentàrla, y criarlos con lo que Dios fuère ſervido de dàrme, y no andàrme tras vueſſa mercèd por caminos ſin camino, y por ſendas, y carrèras, que no las tienen, bebiendo mal, y comiendo peor. Pues tomàdme el dormir: contàd, hermano eſcudèro, ſiete piès de tierra, y ſi quiſièredes mas, tomàd otros tantos, que en vueſtra mano eſtà eſcudillár, y tendèos à todo vueſtro buen talante (que quemàdo vèa yo, y hecho polvos al primero que diò puntada en la andante Caval-

le-

lerìa, ô alomenos al primero que quiſo ſer eſcudèro de tales tontos, como devièron ſer todos los Cavallèros andantes paſſados:) De los preſentes no digo nada, que por ſer vueſſa mercèd uno dellos, les tengo reſpeto, y porque sè, que ſabe vueſſa mercèd un punto mas que el diablo en quanto habla, y en quanto piènſa. Harìa yo una buena apueſta con vos, Sancho, dixo Don Quixote; que aora que vèys hablàndo, ſin que nadie os vàya à la mano, que no os duèle nada en todo vueſtro cuerpo? Hablàd, hijo mio, todo aquello que os vinière al penſamièntо, y à la boca, que à trueco de que à vos no os duèla nada, tendrè yo por guſto el enfado que me dàn vueſtras impertinèncias; y ſi tanto deſſeàys el bolvèros à vueſtra caſa con vueſtra muger y hijos, no permita Dios, que yo os lo impida. Dineros tenèys mios, miràd quanto hà que eſta tercera vez ſalimos de nueſtro pueblo, y miràd lo que podèys, y devèys ganàr cada mes, y pagàos de vueſtra mano. Quando yo ſervìa, reſpondiò Sancho, à Tomè Carraſco, el Padre del Bachillèr Sanſon Carraſco, que vueſſa mercèd bien conoce, dos ducados ganàva cada mes, amen de la comida. Con vueſſa mercèd no sè lo que puedo ganàr, pueſto que sè, que tiene mas trabajo el eſcudèro del Cavallèro andante, que el que ſirve à un labradòr; que en reſolucion los que ſervìmos à labradòres, por mucho que trabajèmos de dia (por mal que ſuceda) à la noche cenàmos olla, y dormìmos en càma, en la

qual

qual no hè dormìdo deſpues que hà que ſirvo à vueſſa mercèd, ſino ha ſido el tiempo breve que eſtuvìmos en caſa de Don Diego de Miranda, y la gira que tùve con la eſpùma que ſaquè de las ollas de Camacho, y lo que comì, y bebì, y dormì en caſa de Baſilio. Todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al Cielo abièrto, ſugeto, à lo que dizen, inclemèncias del Cielo, ſuſtentàndome con rajas de queſo, y mendrùgos de pan, y bebièndo aguas, yà de arroyos, yà de fuentes de las que encontràmos por eſſos andurriàles donde andàmos. Confieſſo, dixo Don Quixote, que todo lo que dizes, Sancho, es verdàd: Quanto te parèce que os devo dàr mas de lo que os dava Tomè Carraſco? A mi parecèr, dixo Sancho, con dos reales mas que vueſſa mercèd añadièſſe cada mes, me tendrìa por bien pagado: Eſto es quanto al ſalario de mi trabajo, pero en quanto à ſatisfazèrme à la palabra, y promeſſa, que vueſſa mercèd me tiene hecha de dàrme el govièrno de una Inſula, ſería juſto, que ſe me añadiéſſe otros sèys reales, que por todos ſerìan treynta. Eſtà muy bien, replicò Don Quixote, y conforme al ſalario, que vos os avèys ſeñalado, vèynte y cinco dias hà que ſalimos de nueſtro pueblo: Contàd, Sancho, rata por cantidàd, y miràd lo que os devo, y pagàos; como os tengo dicho, de vueſtra mano. O cuerpo de mi, dixo Sancho, que và vueſſa mercèd muy erràdo en eſta cuenta! porque en lo de la promeſſa de la Inſula ſe hà de contàr deſde el dia que vueſſa mercèd me la prometiò haſta

la

la preſente hora en que eſtàmos. Pues que tanto hà, Sancho, que os la prometì, dixo Don Quixote? Si yo mal no me acuèrdo, reſpondiò Sancho, deve de avèr mas de veynte años, tres dias mas, amenos. Diòſe Don Quixote una gran palmada en la frente, y començò à rèyr muy de gana, y dixo: Pues no andùve yo en Sierra Morena, ni en todo el diſcurſo de nuèſtras ſalidas, ſino dos meſes apenas, y dizes, Sancho, que hà veynte años que te prometì la Inſula? Aora digo, que quières que ſe conſùma en tu ſalario el dinero que tienes mio; y ſi eſto es aſſi, y tu guſtas dello, deſde aquì te lo dòy, y buen provècho te haga, que à truèco de vèrme ſin tan mal eſcudèro, holgarème de quedàrme pobre, y ſin blanca. Pero dime, prevaricadòr de las ordenanças eſcuderìles de la andante Cavalleria: Donde has viſto tu, ô lèydò, que ningun eſcudèro de Cavallèro andante ſe aya pueſto con ſu Señor en quanto mas tanto me avèys de dàr cada mes porque os ſirva? Entrate, entrate, malandrin, follòn, y veſtiglo (que todo lo parèces) entrate, digo, por el *Mare magnum* de ſus hiſtòrias, y ſi hallàres, que algun eſcudèro aya dicho, ni penàdo lo que aquì has dicho, quièro que me le claves en la frente, y por añadidùra me hagas quatro mamonas ſelladas en mi roſtro. Buelve las riendas, ô el cabèſtro al Ruzio, y buèlvete à tu caſa, por que un ſolo paſſo deſde aquì no has de paſsàr mas adelànte conmigo. O pan mal conocido! O promèſſas mal colocadas? O hombre que tiene mas de be-

beſtia, que de perſona! Aora quando yo penſàva ponèrte en eſtàdo, y tal, que à pesàr de tu muger, te llamàran Señoría, te deſpides? Aora te vàs? quando yo venìa con intencion firme, y valedèra de hazèrte Señor de la mejor Inſula del mundo? En fin, como tu has dicho otras vezes, *no es la Miel*, &c. Aſno eres, y aſno has de sèr, y en aſno has de parèr, quando ſe te acabe el curſo de la vida; que para mi tengo, que antes llegarà ella à ſu ultimo termino, que tu càygas, y dès en la cuenta de que eres beſtia. Miràva Sancho à Don Quixote de hito en hito, en tanto que los tales vitupèrios le dezìa; y compungiòſe de manera, que le vinièron las lagrimas à los ojos; y con voz dolorida, y enferma le dixo: Señor mio, yo confieſſo, que para sèr del todo aſno, no me falta mas de la cola: Si vueſſa mercèd quière ponèrmela, yo la darè por bien puesta, y le ſervirè como Jumènto todos los dias que me quedan de mi vida. Vueſſa mercèd me perdone, y ſe duèla de mi mocedàd, y advièrta, que sè poco, y que ſi hablo mucho, mas procede de enfermedàd, que de malicia: Mas, *quien yerra, y ſe enmièndа, à Dios ſe encomièndа*. Maravillàrame yo, Sancho, ſino mezclàras algun refrancìco en tu coloquio. Aora bien, yo te perdono, con que te enmièndes, y con que no te mueſtres de aquì adelànte tan amigo de tu interès, ſino que procùres enſanchàr el coraçòn, y te alientes, y animes à eſperàr el cumplemièntо de mis promèſſas, que aunque ſe tarda, no ſe impoſibilìta. Sancho reſpondiò, que ſi harìa, aunque

facàſſe

ſacàſſe fuerças de flaqueza. Con eſto ſe metièron en la Alamèda, y Don Quixote ſe acomodò al piè de un olmo, y Sancho al de una haya (que eſtos tales arboles, y otros ſus ſemejantes, ſiempre tienen piès, y no manos.) Sancho paſsò la noche penoſamènte, porque el varapalo ſe hazìa mas ſentìr con el ſereno. Don Quixote la paſsò en ſus continuas memòrias; pero con todo eſſo dièron los ojos al ſueño; y al ſalir del Alva ſiguièron ſu camino, buſcàndo las riberas del famoſo Ebro, donde les ſucediò lo que ſe contarà en el capitulo venidèro.

CAPITULO XXIX.

De la famoſa aventùra del barco encantàdo.

POR ſus paſſos contàdos y por contàr, dos dias deſpues que ſalièron de la alamèda, llegàron Don Quixote, y Sancho al Rio Ebro, y el vèrle fuè de gran guſto à Don Quixote, porque contemplò, y mirò en èl la amenidàd de ſus riberas, la claridàd de ſus aguas, el foſſiègo de ſu cùrſo, y la abundància de ſus liquidos criſtales, cuya alegre viſta, renovò en ſu memorìa mil amoròſos penſamièntos: eſpecialmènte fuè, y vino en lo que avìa viſto en la cuèva de Montesìnos; que pueſto que el mono de maeſſe Pedro le avìa di-

dicho, que parte de aquellas coſas eran verdàd, y parte mentira; èl ſe atenìa mas à las verdadèras, que à las mentiròſas, bien al revès de Sancho, que todas las tenía por la meſma mentìra. Yèndo, pues, deſta manera, ſe le ofreciò à la viſta un pequeño barco ſin remos, ni otras Jarcias algunas, que eſtàva atàdo en la orilla à un tronco de un arbol, que en la ribera eſtàva. Mirò Don Quixote à todas partes, y no viò perſona alguna; y luego ſin mas ni mas ſe apeò de Rozinante, y mandò à Sancho, que lo meſmo hizièſſe del Ruzio, y que à entrambas beſtias las atàſſe muy bien juntas al tronco de un alamo, ò ſauce, que allì eſtàva. Preguntòle Sancho la cauſa de aquel sùbito apeamièntо, y de aquel ligamièntо? Reſpondiò Don Quixote: Has de ſabèr, Sancho, que eſte barco que aquì eſtà, derechamènte, y ſin podèr sèr otra coſa en contràrio, me eſtà llamàndo, y combidàndo à que entre en èl, y vàya en èl à dàr ſocorro à algun Cavallèro, ò à otra neceſſitàda, y principal perſona, que deve de eſtàr pueſta en alguna grande cuyta, porque eſte es eſtilo de los libros de las hiſtòrias cavallerèſcas, y de los encantadòres, que en ellas ſe entremèten y platìcan, quando algun Cavallèro eſtà pueſto en algun trabajo, que no puede sèr libràdo dèl, ſino por la mano de otro Cavellèro: Y pueſto que eſtèn diſtantes el uno del otro dos, ò tres mil leguas, y aun mas, ò le arrebàtan en una nube, ò le depàran un barco donde entre, y en menos de un abrìr, y cerràr de oſos, le llevan ò por los ayres, ò por la mar, donde quièren,

y

y adonde es meneſtèr ſu ayùda. Aſſi que, Sancho, eſte barco eſtà pueſto aquì para el meſmo efecto; y eſto es tan verdàd, como es aora de dia, y antes que eſte ſe paſſe, àta juntos al Ruzio, y à Rozinante, y à la mano de Dios que nos guìe, que no dexarè de embarcàrme, ſi me lo pidièſſen Fràyles deſcalços. Pues aſſi es, reſpondiò Sancho, y vueſſa mercèd quière dàr à càda paſſo en eſtos, que no sè ſi los llame diſparàtes, no ay ſino obedecèr, y baxàr la cabeça, atendièndo al Refran: *Haz lo que tu amo te manda, y ſièntate con èl à la meſa.* Pero con todo eſto, por lo que toca al deſcàrgo de mi conciencia, quièro advertìr à vueſſa mercèd, que à mi me parèce, que eſte tal barco no es de los encantàdos, ſino de algunos peſcadòres deſte Rio, porque en èl ſe peſcan las mejores ſabògas del mundo.

Esto dezìa mientras atàva las beſtias Sancho, dexàndolas à la protecion, y ampàro de los encantadòres con harto dolor de ſu anima. Don Quixote le dixo, que no tuvièſſe pena del deſampàro de aquellos animales, que el que los llevarìa à ellos por tan longinquos caminos, y regiones, tendrìa cuenta de ſuſtentàrlos. No entièndo eſto de Logicuos, dixo Sancho, ni he oỳdo tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longinquos, reſpondiò Don Quixote, quière dezir, apartàdos; y no es maravilla, que no lo entièndas, que no eſtàs tu obligàdo à ſabèr Latin, como algunos que preſumen, que lo ſaben, y lo ignòran. Yà eſtàn atàdos, replicò Sancho: Que hèmos de hazèr aora? Que? reſpondiò Don Quixo-

te, ſantiguàrnos, y levàr ferro, quièro dezir, embarcàrnos, y cortàr la amarra con que eſte barco eſtà atàdo; y dando un Salto en èl, ſiguièndole Sancho, cortò el cordel, y el barco ſe fuè apartàndo poco à poco de la rìbèra, y quando Sancho ſe viò obra de dos varas dentro del Rio, començò à temblàr, temièndo ſu perdicion; pero ninguna coſa le diò mas pena, que el oyr roznàr al Rùzio, y el vèr que Rozinante pugnàva por deſatàrſe: Y dixole à ſu Señor: El Ruzio rebùzna condolido de nueſtra auſencia, y Rozinante procùra ponèrſe en libertàd, para orrojàrſe tras noſotros. O cariſſimos amigos! quedàos en paz, y la locura que nos apàrta de voſotros, convertìda en deſengaño, nos buelva à vueſtra preſencia; y en eſto començò à lloràr tan amargamènte, que Don Quixote mohino, y colèrico, le dixo: De que temes, covarde criatùra? De que lloras, coraçòn de mantequillas? Quièn te perſìgue, ò quièn te acòſa, animo de ratòn caſèro? O que te falta, meneſteròſo, en la mitàd de las entrañas de la abundancia? Por dicha vàs caminàndo à piè, y deſcalço por las montañas Rifeas? ſino ſentàdo en una tabla como un Archiduque por el ſeſgo curſo deſte agradable Rio, de donde en breve eſpacio ſaldrèmos al mar dilatado? Pero yà avèmos de avèr ſalido, y caminàdo por lo menos ſetecientas, ò ochocientas leguas; y ſi yo tuvièra aquì un Aſtrolàbio con que tomàr la altura del polo, yo te dixèra las que hèmos caminàdo; aunque, ò yo sè poco, ò yà hèmos paſsàdo, ò paſ-

ſarèmos

avrèmos preſto por la Linea Equinocial, que divide, y corta los dos contrapueſtos Polos en igual diſtancia. Y quando lleguèmos à eſſa Leña, que vueſſa mercèd dize, preguntò Sancho, quanto avrèmos caminado? Mucho, reſpondiò Don Quixote, porque de trecientos, y ſeſenta grados, que contiene el Globo del agua, y de la tierra, ſegun el còmputo de Ptolomeo, que fuè el mayor Coſmògrafo que ſe ſabe; la mitad avrèmos caminado, llegàndo à la Linea, que hè dicho. Por Dios, dixo Sancho, que vueſſa mercèd me tràe por teſtigo de lo que dizè à una gentil perſona, Pùto, y Gafo, con la añadidùra de Meon, ò Meo, ò no sè como. Riòſe Don Quixote de la interpretacion que Sancho avìa dado al nombre, y al còmputo, y cuenta del Coſmògrafo Ptolomeo, y dixole: Sabràs, Sancho? que los Eſpañoles, y los que ſe embarcan en Cadiz para ir à las Indias Orientales, una de las ſeñales que tienen para entendèr, que hàn paſsàdo la Linea Equinocial, que te hè dicho, es, que à todos los que vàn en el Navio ſe les mueren los piojos, ſin que les quede ninguno, ni en todo el Vaxèl le hallaràn, ſi le peſan à oro; y aſſi puedes, Sancho paſſeàr una mano por un muſlo, y ſi topàres coſa viva, ſaldrèmos deſta duda, y ſino, paſsàdo avèmos. Yo no crèo nada deſſo, reſpondiò Sancho, pero con todo harè lo que vueſſa mercèd me manda, aunque no sè, para que àya neceſſidad de hazèr eſſas experiencias, pues yo vèo con mis miſmos ojos, que no nos avèmos apartàdo de la ribera cinco varas, ni hè-

mos decantàdo de donde eſtàn las alemañàs dos varas; porque allì eſtàn Rozinante, y el Ruzio en el propio lugar, que los dexàmos; y tomàda la mira, como yo la tomo aora, voto à tal, que no nos movèmos, ni andàmos al pàſſo de una Hormiga. Haz, Sancho la averiguàcion que te hè dicho, y no te cures de otra; que tu no ſabes, que coſa sèan Coluros, Lineas, Paralelos, Zodiacos, Cliticas, Polos, Solſticios, Equinocios, Planètas, Signos, Puntos, Medidas; de que ſe compone la Eſfera Celeſte, y Terreſtre; que ſi todas eſtas coſas ſupièras, ô parte dellas, vièras claramènte, que de Paralelos hèmos cortado? Que de Signos viſto? Y que de imàgines hèmos dexado atràs, y vàmos dexàndo aora. Y tòrnote à dezir, que te tièntes, y peſques, que yo para mi tengo, que eſtàs mas limpio que un pliègo de papel liſo, y blanco. Tentòſe Sancho, y llegàndo con la manò bonitamènte, y con tiento hàzia la corba izquièrda, alçò la cabeça, y mirò à ſu amo, y dixo: O la experiencia es falſa, ô no hèmos llegàdo adonde vueſſa mercèd dize ni con muchas leguas. Pues que, preguntò Don Quixote, has topado algo? Y aun algos reſpondiò Sancho, y ſacudièndoſe los dèdos, ſe lavò toda la mano en el Rio, por el qual ſoſſegadamènte ſe deſlizàva el barco por mitàd de la corrièntе, ſin que le movièſſe alguna inteligencia ſecrèta, ni algun encantadòr eſcondido, ſino el miſmo curſo del agua, blando entonces, y ſuave.

En eſto deſcubrièron unas grandes hazeñas, que en la mitàd del Rio eſtàvan, y apenas las hù-

hùvo viſto Don Quixòte, quando con voz alta dixo à Sancho: Vèes, allì, ô amigo, ſe deſcubre la ciudad, caſtillo, ô fortaleza, donde deve de eſtàr algun Cavallèro oprimìdo, ô alguna Reyna, Infanta, ô Princeſſa mal parada, para cuyo ſocorro ſoy aquì traydo. Que diablos de ciudad, fortalèza, ô caſtillo, dize vueſſa mercèd, Señor? dixo Sancho. No echa de vèr, que aquellas ſon hazeñas, que eſtàn en el Rio, donde ſe muèle el trigo? Calla, Sancho, dixo Don Quixote, que aunque parècen hazeñas, no lo ſon; y yà te hè dicho, que todas las coſas traſtruècan, y mudan de ſu ſer natural los encàntos: No quièro dezir que las mudan de uno en otro ſer realmènte, ſino que lo parèce, como lo moſtrò la experiencia en la transformacion de Dulcinèa, unico refugio de mis eſperanças.

En eſto el barco entràdo en la mitàd de la Corrièmte del Rio, començò à caminàr no tan lentamènte como haſta allì Los Molineros de las hazeñas, que vièron venìr aquel barco por el Rio, y que ſe iva à embocàr por el raudàl de las ruedas, ſalièron con preſteza muchos dellos con varas largas à detenèrle, y como ſalìan enharinados, y cubiertos los roſtros, y los veſtìdos del polvo de la harina, repreſentàvan una mala viſta, y davan vozes grandes, dizièndo: Demonios de Hombres donde vàys? Venìs deſeſperàdos, que quereys ahogàros, y hazèros pedaços en eſtas ruedas? No te dixe yo, Sancho, dixo à eſta ſazòn Don Quixote, que avìamos llegàdo donde hè de moſtràr, à dò llega el valor de mi braço?

Mira que de malandrines, y follònes me salen al encuentro? Mira quantos Vestiglos se me opònen? Mira quantas fèas catadùras nos hazen Cocos? Pues aora lo verèys, vellacos; y puesto en piè en el barco, con grandes vozes començò à amenaçàr à los molineros, diziendoles: Canalla malvàda, y peor aconsejàda, dexàd en su libertàd, y libre alvedrìo à la persona que en essa vuestra fortaleza, ô prision tenèys oprimìda, alta, ô baxa de qualquièra suerte ô calidàd que sèa; que yo soy Don Quixote de la Mancha, llamàdo el Cavallèro de los Leònes por otro nombre, à quièn està reservàdo por orden de los altos Cielos el dàr fin felice à esta aventùra: Y diziendo esto, echò mano à su espàda, y començò à esgrimírla en el ayre contra los molinèros, los quales oyèndo, y no entendièndo aquellas sandèzes, se pusièron con sus varas à detenèr el barco, que yà iva entràndo en el raudàl, y canàl de las ruèdas. Pùsose Sancho de rodillas, pidièndo devotamènte al Cielo, le libràsse de tan manifiesto peligro, como lo hizo por la industria, y presteza de los molinèros, que oponièndose con sus palos al barco, le detuvièron, pero no de manera, que dexàssen de trastornàr el barco, y dàr con Don Quixote, y con Sancho al travès en el agua; pero vìnole bien à Don Quixote, que sabìa nadàr como un ganso, aunque el peso de las armas le llevò al fondo dos vezes, y sino fuèra por los molinèros, que se arrojàron al agua, y los sacàron como en peso à entrambos, allì avìa sido Troya para los dos.

PUES-

Puestos, pues, en tierra mas mojàdos, que muertos de sed, Sancho, puesto de rodillas, las manos jùntas, y los ojos clavàdos en el Cielo, pidiò à Dios con una larga, y devota plegària le libràsse de allì adelànte de los atrevìdos desèos, y acometimièntos de su señor. Llegàron en esto los pescadòres dueños del barco, à quièn avian hecho pedaços las ruidas de las hazeñas, y vièndole roto, acometièron à desnudàr à Sancho, y à pedìr à Don Quixote se lo pagàsse, el qual con gran sossiego (como si no huvièra pasàdo nada por èl) dixo à los molinèros, y pescadòres, que èl pagaria èl barco de bonissima gana con condicion, que le diessen libre, y sin cautèla à la persona, ô personas, que en aquel su castillo estàvan oprimìdas. Que personas, ô que Castillo dizes, respondiò uno de los molinèros, hombre sin Juyzio? Quièreste llevàr por ventùra las que vienen à molèr trigo à estas hazeñas? Basta, dixo entre si Don Quixote: Aquì serà predicàr en desièrto querèr reduzìr à esta canalla à que por ruegos haga virtud alguna: Y en esta aventùra se deven de avèr encontràdo dos valientes encantadòres, y el uno estòrva lo que el otro intenta; el uno me deparò el barco, y el otro diò conmigo al través: Dios lo remèdie, que todo este mundo es màquinas, y traças contrarias unas de otras. Yo no puedo mas, y alçàndo la voz, prosiguiò, dizièndo, y miràndo à las hazeñas: Amigos qualesquièra que soàys, que en essa prision quedàys encerràdos, perdonàdme, que por mi desgracia, y por la vuestra

yo no os puedo ſacàr de vueſtra cuyta: Para otro Cavallèro deve de eſtàr guardàda, y reſervàda eſta aventùra. En dizièndo eſto, ſe concertò con los peſcadores, y pagò por el barco cinquenta reales, què los diò Sancho de muy mala gana, dizièndo: A dos barcàdas como eſta darèmos con todo el caudàl al fondo. Los peſcadòres, y molinèros eſtàvan admiràdos, miràndo aquellas dos figuras tan fuèra del uſo, al parecèr, de los otros hombres, y no acabàvan de entendèr, à dò ſe encaminàvan las razones, y preguntas que Don Quixote les dezìa, y hazìa; y tenièndolos por locos, les dexàron, y ſe recogièron à ſus hazeñas, y los peſcadòres à ſus ranchos. Bolvièron à ſus beſtias, y à sèr beſtias Don Quixote, y Sancho: Y eſte fin tùvo la aventùra del encantàdo barco.

CAPITULO XXX.

De lo que le avìno à Don Quixote con una bella caçadòra.

ASsa`s melancòlicos, y de mal talante llegàron à ſus animales Cavallèro, y eſcudèro; eſpecialmènte Sancho, à quièn llegàva al alma llegàr al caudàl del dinero, parecièndole que todo lo que dèl ſe quitàva, era quitàrſelo à èl de las niñas de ſus ojos. Finalmènte ſin hablàrſe palabra, ſe puſièron à ca-

cavallo, y ſe apartàron del famoſo Rio, Don Quixote ſepultàdo en los penſamièntos de ſus amores, y Sancho en los de ſu acrecentamièntо, que por entonces le parecìa, que eſtàvà bien lexos de tenèrle; porque, maguer era tonto, bien ſe le alcançàva, que las acciones de ſu amo, todas, ô las mas eran diſparàtes; y buſcàva ocaſion de que ſin entràr en cuentas, ni en deſpedimièntos con ſu Señor, un dia ſe deſgarràſſe, y ſe fuèſſe à ſu caſa: Pero la fortuna ordenò las coſas muy al revès de lo que el temìa.

SUCEDIÒ, pues, que otro dia al ponèr del Sol, y al ſalir de una ſelva, tendiò Don Quixote la viſta por un verde pràdo, y en lo ultimo dèl viò gente, y llegàndoſe cerca, conociò que eran caçadòres de altanerìa. Llegòſe mas, y entre ellos viò una gallarda Señora ſobre un palafren, ô hacanèa blanquiſſima, adornàda de guarniciones verdes, y con un ſillòn de plata. Venìa la ſeñora aſſimiſmo veſtìda de verde, tan bizarra, y ricamènte, que la miſma bizarrìa venìa transformàda en ella. En la mano izquierda traìa un Azòr: Señal que diò à entendèr à Don Quixote, sèr aquella alguna gran ſeñora, que devìa ſerlo de todos aquellos caçadores, como era la verdàd; y aſſi dixo à Sancho: Corre, hijo Sancho, y dì à aquella ſeñora del palafren, y del Azòr, que yo el Cavallèro de los Leònes beſo las manos à ſu gran fermosùra, y que ſi ſu grandeza mè dà licencia, ſe las irè à besàr, y à ſervìrla en quanto mis fuerças pudièren, y ſu alteza me mandàre: Y mira, Sancho, como hablas,

y tèn cuenta de no encaxàr algun Refràn de los tuyos en tu embaxada. Hallàdo ès le avèra el encaxadòr, respondiò Sancho: A mi con esso; Si, que no es esta la vez prìmera, que he llevàdo embaxàdas à altas, y crecidas señoras en esta vida. Sì no fuè la que llevàste à la señora Dulcinèa, replicò Don Quixote, yo no sè, que ayas llevàdo otra, alomènos de mi parte. Assi es verdàd, respondiò Sancho; pero *al buen pagador, no le duèlen prendas; y en casa llena presto se guisa la cena* (quiero dezir) que à mi no ay que dezirme, ni advertìrme de nada, que para todo tengo, y de todo se me alcança un poco. Yo lo crèo, Sancho, dixo Don Quixote, vè en buena hora, y Dios te guíe.

PARTIÒ Sancho de carrèra, sacàndo, de su passo al Ruzio, y llegò donde la bella caçadòra estàva, y apeàndose, puesto ante ella de hinojos, le dixo: Hermosa Señora, aquel Cavallèro que allì se parèce, llamàdo *el Cavallèro de los Leònes*, es mi amo, y yo soy un escudèro suyo, à quien llaman en su casa Sancho Pança: Este tal Cavallèro de los Leònes, que no hà mucho, que se llamàva *el de la triste figura*, embìa por mi à dezir à vuestra grandèza, sea servida de dàrle licencia, para que con su proposito, y beneplacito, y consentimiènto èl venga à ponèr en obra su desseo, que no es otro, segun èl dize, y yo pienso, que de servír à vuestra encumbràda altanerìa, y fermosùra; que en dàrsela vuestra señoria, harà cosa que redunde en su pro, y èl recibirà señaladissima mercèd, y contento.

POR cierto, buen escudèro, respondiò la Seño-

D. Quixote haze por Sancho pedir licencia a la Duquessa para poderla ver.

Tom. III. pag. 378.

P. Tanje fculp.

Señora, vos avèys dado la embaxada vuestra con todas aquellas circunstancias, que las tales embaxadas piden. Levantàos del suèlo, que escudèro de tan gran Cavallèro, como es *el de la triste Figura* (de quien yà tenèmos sacà mucha noticia) no es justo que estè de hinojos. Levantàos, amigo, y dezid à vuestro Señor, que venga mucho en horabuena à servirse de mi, y del Duque mi marido en una casa de plazèr que aquì tenèmos. Levantòse Sancho, admiràdo assi de la hermosùra de la buena señora, como de su mucha criança y cortesìa, y mas de lo que le avìa dicho, que tenìa noticia de su Señor *el Cavallèro de la triste Figura*; y que si no le avìa llamado *el de los Leònes*, devìa de sèr por auèrsele puesto tan nuevamènte. Preguntòle la duquesìa (cuyo Titulo aun no se sabe:) Dezidme hermàno escudèro, *Este* vuestro Señor no es uno de quien anda impressa una història, que se llama *Del Ingeniòso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, que tiene por Señora de su alma à una tal Dulcinèa del Tobòso? El mismo es, Señora, respondiò Sancho, y aquel escudèro suyo, que anda, ô deve de andàr en la tal història, à quien llaman Sancho Pança, soy yo, sino es que me trocàron en la cuna (quièro dezir) que me trocàron en la estampa. De todo esso me huèlgo yo mucho, dixo la Duquesìa. Id, hermano Pança, y dezid à vuestro Señor, que èl sea el bien llegàdo, y el bien venido à mis estàdos, y que ninguna cosa me pudièra venir, que mas contento me dièra. Sancho con esta tan agradàble respuesta, con grandissimo

gusto

guſto bolviò à ſu amo, à quièn contò todo lo que la gran Señora le avìa dicho, levantàndo con ſus ruſticos terminos à los Cielos ſu mucha fermosùra, ſu gran donayre, y corteſia. Don Quixote ſe gallardèo en la ſilla, pùſoſe bien en los eſtrìvos, acomodòſe la viſèra, arremetiò à Rozinante, y con gentil denuèdo fuè à besàr las manos à la Duqueſſa, la qual hazièndo llamàr al Duque ſu Marido, le contò, en tanto que Don Quixote llegàva, toda la embaxada ſuya; y los dos por avèr leydo la primera parte deſta hiſtòria, y avèr entendido por ella el diſparatàdo humòr de Don Quixote, con grandiſſimo guſto, y con deſsèo de conocèrle le atendiàn, con preſupuèſto de ſeguirle el humòr, y conceder con èl en quanto les dixèſſe, tratàndole como à Cavallèro andante los dias que con ellos ſe detuvièſſe, con todas las ceremonias acoſtumbràdas en los libros de Cavallerìas, que ellos avìan leydo, y aun les eran muy aficionàdos.

En eſto llegò Don Quixote, alçàda la viſèra, y dando mueſtras de apeàrſe, acudiò Sancho à tenèrle el eſtrivo; pero fuè tan deſgraciàdo, que al apeàrſe del Ruzio, ſe le aſſiò un piè en una ſoga del albarda, de tal modo, que no fuè poſſible deſenredàrle, antes quedò colgado dèl con la boca, y los pechos en el ſuèlo. Don Quixote, que no tenìa en coſtumbre apeàrſe ſin que le tuvièſſen el eſtrivo, penſàndo que yà Sancho avìa llegàdo à tenèrſele, deſcargò de golpe el cuèrpo, y llevòſe tras ſi la ſilla de Rozinante (que devìa de eſtàr mal cinchàdo) y la ſilla, y èl vinièron al ſuèlo,

no

no sin vèrguença suya, y de muchas maldiciones, que entre dientes echò al desdichàdo de Sancho, que aun todavìa tenìa el piè en la corma. El Duque mandò à sus caçadòres, que acudièssen al Cavallèro, y al escudèro, los quales levantàron à Don Quixote mal trecho de la cayda; y renqueàndo, y como pùdo, fuè à hincàr las rodillas ante los dos Señores; pero el Duque no lo consintiò en ninguna manera, antes apeàndose de su Cavallo, fuè à abraçàr à Don Quixote, dizièndole: A mi me pesa, Señor Cavallèro de la triste Figura, que la primera que vuessa mercèd hà hecho en mi tierra, aya sido tan mala como se hà visto; pero descùydos de escudèros suèlen sèr causa de otros peores sucessos. El que yo hè tenido en vèros, valeròso Principe, respondiò Don Quixote, es imposible sèr malo, aunque mi cayda no paràra hasta el profundo de los Abỳsmos, pues de allì me levantàra, y me sacàra la gloria de avèros visto. Mi escudèro, que Dios maldiga, mejor desàta la lengua para dezir malicias, que ata, y cincha una silla para que estè firme; pero como quiera que yo me halle, caỳdo, ò levantàdo, à piè, ò à cavallo, siempre estarè al servicio vuestro, y al de mi Señora la Duquessa, digna consorte vuestra, y digna Señora de la hermosura, y universal Princessa de la cortesia. Pasìto, mi Señor Don Quixote de la Mancha, dixo el Duque, que adonde està mi Señora Doña Dulcinèa del Tobòso, no es razòn que se alaben otras fermosùras.

YA estàva à esta sazòn libre Sancho Pança del

del laço, y hallándose allí cerca, antes que su amo respondiésse, dixo: No se puede negàr, sino afirmàr; que es muy hermòsa mi Señora Dulcinèa del Tobòso; pero donde menos se piensa, se levanta la liebre; que yo hè oydo dezir, que esto que llaman naturaleza es como un Alcallèr, que hazevasos de barro, y el que haze un vaso hermòso, tambien puede hazèr dos, y ciento. Dìgolo, porque mi Señora la Duquessa, à fe, que no và en çaga à mi ama la Señora Dulcinèa del Tobòso. Bolviòse Don Quixote à la Duquessa, y dixo: Vuestra grandeza imagine, que no tùvo Cavallèro andante en el mundo escudèro mas hablador, ni mas graciòso del que yo tengo; y èl me sacarà verdadèro, si algunos dias quisiè-se vuestra gran celsitùd servìrse de mi. A lo que respondiò la Duquessa: De que Sancho èl bueno sea graciòso, lo estimo yo en mucho; porque es Señal que es discrèto; que las gracias, y los donayres, Señor Don Quixote, como vuessa mercèd bien sabe, no assièntan sobre ingenios torpes; y pues el buen Sancho es graciòso, y donayròso, desde aquì le confirmo por discrèto. Y hablador, añadiò Don Quixote. Tanto que mejor; dixo el Duque, porque muchas gracias no se pueden dezìr con pocas palabras; y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran Cavallèro de la trisste Figura. De los Leònes, hà de dezìr vuestra Alteza, dixo Sancho, que yà no ay trisste Figura. El segùro sèa, el de los Leònes, prosiguiò el Duque: Digo que venga el Cavallèro de los Leònes à un Castillo mio,

que

que està aquì cerca, donde ſe le harà el acogimiènto, que à tan alta perſona ſe deve juſtamènte, y el que yo, y la Duqueſſa ſolèmos hazèr à todos los Cavallèros andantes, que à èl llegan. Yà en eſto Sancho avìa adereçàdo, y cinchàdo bien la ſilla à Rozinante, y ſubièndo en èl Don Quixote, y el Duque en un hermòſo Cavallo, puſièron à la Duqueſſa en medio, y encaminàron al caſtillo. Mandò la Duqueſſa à Sancho, que fuèſſe junto à ella, porque guſtàva infinito de oyr ſus diſcreciònes. No ſe hizo de rogàr Sancho, y entretexiòſe entre los tres, y hizo quarto en la converſacion con gran guſto de la Duqueſſa, y del Duque, que tuvièron à gran ventùra acogèr en ſu caſtillo tal Cavallèro andante, y tal eſcudèro andado.

CAPITULO XXXI.

Que trata de muchas, y grandes coſas.

SUMA era la alegria que llevàva conſigo Sancho, vièndoſe à ſu parecèr en privança con la Duqueſſa; porque ſe le figuràva, que avìa de hallàr en ſu caſtillo lo que en la caſa de Don Diego, y en la de Baſilio, ſiempre aficionàdo à la buena vida; y aſſi tomàva la ocaſion por la melena en eſto del regalàrſe cada, y quando que ſe le ofrecia. Cuenta, pues, la hiſtòria, que, antes que à la Caſa de pla-

plazèr, ô caſtillo llegàſſen, ſe adelantò el Duque, y diò orden à todos ſus criados del modo que avìan de tratàr à Don Quixote, el qual como llegò con la Duqueſſa, à las puertas del caſtillo, al inſtante ſalièron dèl dos lacàyos, ô Palafrenèros, veſtìdos haſta en piès de unas ropas, que llaman de levantàr, de finiſſimo raſo carmesì, y cogièndo à Don Quixote en braços, ſin sèr oydo, ni viſto, le dixeron: Vàya la vueſtra Grandeza à apeàr à mi Señora la Duqueſſa. Don Quixote lo hizo, y hùvo grandes comedimientos entre los dos ſobre el caſo; pero en efecto venciò la porfia de la Duqueſſa, y no quiſo deſcendèr, ô baxàr del palafren ſino en los braços del Duque, dizièndo, que no ſe hallàva digna de dàr à tan gran cavallèro tan inutil carga. En fin ſaliò el Duque à apeàrla, y al entràr en un gran patio, llegàron dos hermoſas donzellas, y echàron ſobre los ombros à Don Quixote un gran mantòn de finiſſima eſcarlata, y en un inſtante ſe coronàron todos los corredòres del patio de criàdos, y criàdas de aquellos Señores, dizièndo à grandes vozes: Bien ſea venido la flor, y la nata de los Cavallèros andantes, y todos, ô los mas derramàvan pomos de aguas oloròſas ſobre Don Quixote, y ſobre los Duques, de todo lo qual ſe admirà va Don Quixote; y aquel fuè el primer dia, que de todo en todo conociò, y creyò sèr Cavallèro andante verdadèro, y no fantàſtico, vièndoſe tratàr del meſmo modo, que èl avìa leydo, ſe tratàvan los tales Cavallèros, en los paſsàdos Siglos.

SAN-

SANCHO, desamparàndo al Ruzió, se cosió con la Duquesa, y se entrò en el castillo; y remordièndole la conciencia de que dexàva al Jumènto solo, se llegò à una reverenda dueña, que con otras à recibìr à la Duquesa avìa salido, y con voz baxa le dixo: Señora Gonzalez, ô como es su gracia de vuessa mercèd. Doña Rodriguez de Grijalva me llamo, respondiò la dueña: Que es lo que mandays, hermano? A lo que respondiò Sancho: Querrìa que vuessa mercèd me la hiziè sse de salir à la puerta del castillo, donde hallarà un asno Ruzio mio, y vuessa mercèd sea servìda de mandàrle ponèr, ô ponèrle en la cavallerìza, porque el pobrezito es un poco medròso, y no se hallarà à estàr solo en ninguna de las manèras. Si tan discreto es el amo como el moço, respondiò la dueña, medràdas estàmos. Andàd, hermano, mucho de en hora mala para vos, y para quien acà os trùxo, y tenèd cuenta con vuestro Jumènto, que las dueñas desta casa, no estàmos acostumbràdas à semejantes haziendas. Pues en verdàd, respondiò Sancho, que he oydo yo dezir à mi Señor, que es Zahori de las històrias, contàndo aquella de Lanzarote, quando de Bretaña vino, que *Damas curàvan del, y dueñas del su Rozino*; y que en el particular de mi asno, no le trocàra yo con el Rozin del Señor Lanzarote. Hermano, si soys Juglar, replicò la dueña, guardàd vuestras gracias para donde lo parèzcan, y se os paguen, que de mi no podrèys llevàr sino una higa. Aun bien, respondiò Sancho, que serà bien madura, pues no perderà vuessa

mercèd la Quìnola de ſus años por punto menos. Hijo de Puta, dixo la dueña, toda yà encendida en còlera; ſi ſoy vieja, ô no, à Dios darè la cuenta, que no à vos, vellaco, harto de ajos: Y eſto dixo en voz tan alta, que lo oyò la Duqueſſa; y bolvièndo, y vièndo à la dueña tan alborotàda, y tan encarnizàdos los ojos, le preguntò, con quien las avìa? Aquì las hè, reſpondiò la dueña, con eſte buen hombre, que me ha pedido encarecidamènte, que vàya à ponèr en la Cavalleriza à un aſno ſuyo, que eſtà à la puerta del caſtillo, trayèndome por exemplo, que aſſi lo hizièron, no sè donde, que unas damas curàron à un tal Lanzarote, y unas dueñas à ſu Rozino; y ſobre todò por buen termino me ha llamàdo vieja. Eſſo tuvièra yo por afrenta, reſpondiò la Duqueſſa, mas que quantas pudièran dezìrme; y hablando con Sancho, le dixo: advertìd, Sanchò amigo, que doña Rodriguez es muy moça, y que aquellas tocas mas las trae por autoridàd, y por la ufança, que por los años. Malos sean los que me quedan por vivir, reſpondiò Sancho, ſi lo dixe por tanto: Solo lo dixe, porque es tan grande el cariño que tengo à mi jumènto, que me pareciò, que no podìa encomendarle à perſona mas caritativa, que à la Señora Doña Rodriguez. Don Quixote, que todo lo oyò, le dixo: Platicas ſon eſtas, Sancho, para eſte lugar? Señor, reſpondiò Sancho, cada uno hà de hablàr de ſu menèſter donde quièra que eſtuvière. Aquì ſe me acordò del Ruzio, y aquì hablè dèl, y ſi en la cavalleri-

za

za se me acordàra, allì hablàra. A lo que dixo el Duque: Sancho està muy en lo cierto, y no ay que culpàrle en nada. Al Ruzio se le dará recàdo à pedìr de boca, y descuyde Sancho, que se le tratarà como à su misma persona.

CON estos razonamièntos gustòsos à todos, fino à Don Quixote, llegàron à lo alto, y entràron à Don Quixote en una sala adornàda de telas riquìsimas de oro, y de brocado. Seys donzellas le desarmàron, y sirvièron de pages, todas induftriàdas, y advertidas del Duque, y de la Duquessa de lo que avìan de hazèr, y de como avìan de tratàr à Don Quixote, para que imaginàsse, y viès̀se, que le tratàvan como à Cavallèro andante. Quedò Don Quixote, dèspues de desarmàdo, en sus estrechos greguèscos, y en su jubòn de camùza, seco, alto, tendido, con las quixadas, que por de dentro se besàva la una con la otra: Figura, que à no tenèr cuenta las donzellas que le sirvìan con disimulàr la risa (que fuè una de las precìsas ordenes, que sus Señores les avìan dado) rebentàran riendo. Pidièronle, que se dexàsse desnudàr para una camisa; pero èl nunca lo consintiò, diziendo, que la honestidàd parecìa tan bien en los Cavallèros andantes, como la valentìa. Con todo dixo, que dièssen la camisa à Sancho, y encerràndose con èl en una quadra, donde estàva un rico lecho, se desnudò, y vistiò la camisa; y viendose solo con Sancho, le dixo: Dime, Truhàn moderno, y majadèro antiguo, parècete bien deshonràr, y afrentàr à

una dueña tan venerànda, y tan digna de reſpeto, como aquella? Tiempos eran aquellos para acordàrte del Ruzio? O, Señores ſon eſtos para dexàr mal paſsàr à las beſtias, tratàndo tan elegantemènte à ſus dueños? Por quièn Dios es, Sancho, que te repòrtes, y que no deſcùbras la hilaza de manera, que càygan en la cuenta de que eres de villana, y groſsèra tela texìdo. Mira, pecador de ti, que en tanto mas es tenido el Señor, quanto tiene mas honràdos, y bien nacìdos criados, y que una de las ventajas mayores, que llevan los principes à los demas hombres es, que ſe ſirven de criados tan buenos como ellos. No advièrtes, anguſtiado de ti, y mal aventuràdo de mi, que ſi vèn que tu eres un groſsèro villano, ò un mentecato graciòſo, penſaràn que yo ſoy algun echa-cuervos, ò algun Cavallèro de mohatra. No, no, Sancho amigo, hùye, hùye deſtos inconvenièntes; que quièn tropieça en hablador, y en graciòſo, al primer puntapie càe, y dà en Truhàn deſgraciàdo. Enfrena la lengua; conſidèra, y rumìa las palabras antes que te ſalgan de la boca, y advièrte, que hèmos llegàdo à parte donde con el favòr de Dios, y el valòr de mi braço hèmos de ſalìr mejoràdos en tercio y quinto en fama, y en hazièndа. Sancho le prometiò con muchas veras de cosèrſe la boca, ò mordèrſe la lengua antes de hablàr palàbra que no fuèſſe muy à propoſito, y bien conſideràda, como èl ſe lo mandàva, y que deſcuydàſſe à cerca de lo tal, que nunca por èl ſe deſcubrirìa quièn ellos eran.

VIS-

VISTIÒSE Don Quixote; pùſoſe ſu Tahalì con ſu eſpàda; echòſe el mantòn de eſcarlata à cueſtas; pùſoſe una montera de raſo verde, que las donzellas le dièron; y con eſte adòrno ſaliò à la gran ſala, adonde halliò à las donzellas pueſtas en ala, tantas à una parte como à otra, y todas con aderèço de dàrle agua-manos, la qual le dièron con muchas reverencias, y ceremònias. Luego llegàron doze pages con el maeſtreſàla para llevàrle à comèr, que yà los Señores le aguardàvan. Cogièronle en medio, y lleno de pompa y mageſtàd le llevàron à otra ſala, donde eſtàva pueſta una rica meſa con ſolos quatro ſervicios. La Duqueſſa y el Duque ſalièron à la puerta de la ſala à recibìrle, y con ellos un grave Eccleſiaſtico deſtos que govièrnan las caſas de los Principes; deſtos que como no nàcen Principes, no aciertan à enſeñàr como lo hàn de ſer los que lo ſon; deſtos que quièren, que la grandeza de los grandes ſe mida con la eſtrechèza de ſus animos; deſtos que querièndo moſtràr à los que ellos govièrnan à ser limitàdos, les hazen sèr miſeràbles: Deſtos tales, digo, que devìa de sèr el grave Religiòſo, que con los Duques ſaliò à recibìr à Don Quixote. Hizièronſe mil cortèſes comedimièntos, y finalmènte cogiendo à Don Quixote en medio, ſe fuèron à ſentàr à la meſa. Combidò el Duque à Don Quixote con la cabecèra de la meſa, y aunque èl la rehuſò, las importunaciònes del Duque fuèron tantas, que la hùvo de tomàr. El eccleſiaſtico ſe ſentò frontèro, y el Duque, y la

Duquèſſa à los dos lados. A todo eſtàva preſente Sancho, embobàdo, y atònito de vèr la honra que à ſu Señor aquellos Principes le hazian; y viendo las muchas ceremònias, y ruègos que paſsàron entre el Duque, y Don Quixote para hazèrle ſentàr à la cabecèra de là meſa, dixo: Si ſus mercèdes me dàn licencia les contarè un cuento que paſsò en mi pueblo acerca deſto de los aſſiéntos. Apenas hùvo dicho eſto Sancho, quando Don Quixote temblò, crèyendo ſin duda alguna, que avia de dezir alguna necedàd. Miròle Sancho, y entendiòle, y dixo: No tema vueſſa mercèd, Señor mio, que yo me deſmànde, ni que diga coſa que no venga muy à pelo; que no ſe me han olvidàdo los conſejos que poco ha vueſſa mercèd me diò ſobre el hablàr mucho, ò poco, bien, ò mal. Yo no me acuèrdo de nada, Sancho, reſpondiò Don Quixote: Dì lo que quiſiéres, como lo digas preſto. Pues lo que quièro dezir, dixo Sancho, es tan verdàd, que mi Señor Don Quixote, que eſtà preſente, no me dexarà mentìr. Por mi, replicò Don Quixote, miente tù, Sancho, quanto quiſiéres, que yo no te irè à la mano: Pero mira lo que vàs à dezir. Tan miràdo, y remiràdo lo tengo, que à buen ſalvo eſtà el que repica, como ſe verà por la obra. Bien ſerà, dixo Don Quixote, que vueſtras Grandezas manden echàr de aquì à eſte tonto, que dirà mil patochàdas. Por vida del Duque, dixo la Duqueſſa, que no ſe hà de apartàr de mi Sancho un punto: Quièrole yo mucho, porque sè que es muy diſcre-

diſcreto. Diſcretos dias, dixo Sancho, viva vueſtra ſantidàd por el buen credito que de mi tiene, aunque en mi no lo aya: Y el cuento que quiero dezìr es eſte.

COMBIDÒ un hidalgo de mi pueblo, muy rico, y principal, porque venìa de los Alamos de Medina del Campo, que casò con Doña Mencía de Quiñones, que fuè hija de Don Alonſo de Marañon, Cavallèro del Habito de Santiago, que ſe ahogò en la Herradùra, por quien hùvo aquella pendencia años hà en nueſtro lugar, que à lo que entièndo, mi Señor Don Quixote ſe hallò en ella, de donde ſaliò herido Tomaſillo el Trabieſo, el hijo de Balvaſtro el herrèro. No es verdàd todo eſto? Señor nueſtro Amo. Digalo por ſu vida, porque eſtos Señores no me tengan por algun hablador mentiròſo.

HASTA aora, dixo el Eccleſiaſtico, mas os tengo por habladòr, que por mentiròſo; pero de aquì adelànte no sè por lo que os tendrè. Tu dàs tantos teſtigos, Sancho, y tantas ſeñas, que no puèdo dexàr de dezìr, dixo Don Quixote, que deves de dezir verdàd. Paſſa adelànte, y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabàr en dos dias. No ha de acortàr tal, dixo la Duqueſſa, por hazèrme à mi plazèr; antes lé hà de contàr de la manera que le ſabe, aunque no lo acàbe en ſeys dias; que ſi tantos fuèſſen, ſerìan para mi los mejores que huvièſſe llevàdo en mi vida.

DIGO, pues, Señores mios, proſiguiò Sancho, que eſte tal hidalgo, que yo conòzco

como à mis manos (porque no ày de mi caſa à la ſuya un tiro de balleſta) combidò à un labradòr pobre pero honràdo. Adelante, hermano, dixo à eſta ſazòn el Religiòſo, que camìno llevàys de no paràr con vueſtro cuento haſta el otro mundo. A menos de la mitàd pararè, ſi Dios fuère ſervìdo, reſpondiò Sancho; y aſſi digo, que llegàndo el tal labradòr à caſa del dicho hidalgo combidadòr (que buen poſo àya ſu animà) que yà es muerto, y por mas ſeñas dizen, que hizo una muerte de un Angel, que yo no me hallè preſente, que avìa idò por aquel tiempo à ſegàr à Tembleque. Por vida vueſtra, *hijo*, que bolvàys preſto de Tembleque, dixo el Religiòſo, y que ſin enterràr al hidalgo (ſino querèys hazèr mas exequias) acabèys vueſtro cuento. Es, pues, el caſo, replicò Sancho, que eſtàndo los dos para ſentàrſe à la meſa, que parèce que aora los vèo mas que nunca: Gran guſto recibìan los Duques del diſguſto que moſtràva tomàr el buen Religiòſo de la dilacion, y pauſas con que Sancho contàva ſu cuento, y Don Quixote ſe eſtàva conſumièndo en còlera, y en ràbia. Digo aſſi, dixo Sancho, que eſtàndo, como hè dicho, los dos para ſentàrſe à la meſa, el labradòr porfiàva con el hidalgo, que tomàſſe la cabecera de la meſa, y el hìdalgo porfiava tambien que el labradòr la tomàſſe; porque en ſu caſa ſe avìa de hazèr lo que èl mandàſſe; pero el labradòr, que preſumìa de cortès, y bien criado, jamàs quiſo, haſta que el hidalgo mohìno, ponièndole ambas manos ſobre los om-

bros,

bros, le hizo sentàr por fuerça, diziéndole: Sentàos, maja-granças, que adonde quièra que yo me siente, serà vuestra cabecèra: Y este el cuento, y en verdàd, que crèo, que no hà sido aquì traydo fuera de propósito.

Pùsose Don Quixote de mil colòres, que sobre lo moreno le jaspeàvan, y se le parecìan. Los Duques dissimulàron la risa porque Don Quixote no acabàsse de corrèrse, aviéndo entendìdo la malicia de Sancho, y por mudàr de platica, y hazèr que Sancho no prosiguièsse con otros disparàtes, preguntò la Duquessa à Don Quixote, que que nuevas tenìa de la Señora Dulcinèa, y que si le avìa embiado àquellos dias algunos presentes de Gigantes, ô Malandrines, pues no podìa dexàr de avèr vencìdo muchos? A lo que Don Quixote respondiò: Señora mia, mis desgracias, aunque tuvièron principio, nunca tendràn fin. Gigantes hè vencìdo, y follones, y malandrìnes le hè embiàdo, pero adonde la avìan de hallàr, si està encantàda, y buelta en la mas fea labradòra, que imaginàrse puede? No sè, dixo Sancho Pança, à mi me parèce la mas hermosa criatura del mundo; alomènos en la ligerèza, ô en el brincàr, bien sè yo, que no darà ella la ventaja à un bolteadòr. A buena fè, Señora Duquessa, assi sàlta desde el suèlo sobre una borrica, como si fuèra un gato. Avèysla visto vos encantàda, Sancho? preguntò el Duque. Y como si la he visto, respondiò Sancho; pues quien Diablos sino yo fuè el primero, que cayò en el achaque

del encantorio? tan encantada eſtà como mi padre.

EL Eclesiaſtico, que oyò dezir de Gigantes, de follònes, y de encantos, cayò en la cuenta, de que aquel devìa de ſer Don Quixote de la Mancha, cuya hiſtòria leỳa el Duque de ordinàrio; y el ſe lo avìa reprehendido muchas vezes, dizièndole, que era diſparàte leèr tales diſparates; y enteràndoſe ſer verdàd lo que ſoſpechàva, con mucha còlera, hablando con el Duque, le dixo: vueſtra Excelencia, Señor mio, tiene que dàr cuenta à nueſtro Señor de lo que haze eſte buen hombre. Eſte Don Quixote, ô Don tonto, ô como ſe llama, imagino yo, que no deve de ſer tan mentecàto, como vueſtra excelencia quière que ſea, dàndole ocaſiònes à la mano para que lleve adelànte ſus ſandèzes, y vaziedàdes. Y bolvièndo la platica à Don Quixote, le dixo: Y à vos, alma de cantaro, quien os ha encaxàdo en el celebro, que ſoys Cavallèro andante, y que vencèys Gigantes, y prendèys malandrines? Andàd en hora buena, y en tal ſe os diga: bolvèos à vueſtra caſa, y criàd vueſtros hijos, ſi los tenèys, y curàd de vueſtra hazienda, y dexàd de andàr vagàndo por el mundo, papando viento, y dando que reỳr à quantos os conocen, y no conocen. En donde nora tal, avèys vos hallàdo, que hùvo, ni ày aora Cavallèros andantes? Donde ày Gigantes en Eſpaña, O malandrines en la Mancha, ni Dulcinèas encantàdas, ni toda la caterva de las ſimplicidàdes, que de vos ſe cuentan? Atento eſtùvo Don Qui-

Quixote à las razones de aquel venerable varòn, y viendo que yà callàva, ſin guardàr reſpeto à los Duques, con ſemblante ayrado, y alborotado roſtro, ſe puſo en piè, y dixo: Pero eſta reſpueſta capitulo por ſi merèce.

CAPITULO XXXII.

De la reſpueſta que diò Don Quixote à ſu reprehenſor, con otros graves, y graciosos ſuceſſos.

LEVANTÀDO, pues, en piè Don Quixote, temblando de los piès à la cabeça como azogàdo, con preſurôſa, y turbàda lengua dixo: El lugar donde eſtòy, y la preſencia ante quien me hallo, y el reſpeto que ſiempre tuve, y tengo al eſtàdo que vueſſa mercèd profeſſa, tienen, y atan las manos de mi juſto enojo, y aſſi por lo que hè dicho, como por ſaber, que ſaben todos, que las armas de los togàdos ſon las miſmas que las de la muger, que ſon la lengua; entrarè con la mia en igual batalla con vueſſa mercèd, de quien ſe devia eſperàr antes buenos conſejos, que infames vituperios. Las reprehenſiones ſantas, y bien intencionàdas otras circunſtancias requièren, y otros puntos piden: alomènos el avèrme reprehendido en publico, y tan aſperamènte hà paſſado todos los limites de la buena reprehenſion, pues las primeras mejor

aſsien-

aſsientan ſobre la blandùra, que ſobre la aſperèza; y no es bien, ſin tenèr conocimiènto del pecado que ſe reprehende, llamàr al pecador ſin mas ni mas mentecàto y tonto. Sino, dìgame vueſſa mercèd, por qual de las mentecaterìas, que en mi ha viſto, me condèna, y vitupèra, y me manda que me vaya à mi caſa à tenèr cuenta en el govierno della, y de mi muger, y de mis hijos, ſin ſaber ſi la tengo, ô los tengo? No ày mas ſino à troche moche entràrſe por las caſas agenas à governàr ſus dueños, avièndoſe criàdo algunos en la eſtrecheza de algun pupilage, ſin avèr *viſto* mas mundo, que el que puede contenèrſe en veynte, ô treynta leguas de diſtrito, metèrſe de rondòn à dàr leyes à la cavalleria, y à juzgàr de los Cavallèros andantes? Por ventùra es aſſunto vano, ô es tiempo mal gaſtado el que ſe gaſta en vagàr por el mundo, no buſcàndo los regalos dèl, ſino las aſperèzas por donde los buenos ſuben al aſſièato de la inmortalidàd? Si me tuvièran por tonto los cavallèros, los magnificos, los generòſos, los altamènte nacidos, tuvièralo por afrenta irreparàble; pero de que me tengan por ſandìo los eſtudiàntes, que nunca entràron, ni pisàron las ſendas de la cavalleria, no ſe me dà un ardite. Cavallèro ſoy, y Cavallèro he de morìr, ſi plaze al Altiſſimo. Unos vàn por el ancho campo de la ambicion ſobervia, Otros por el de la adulacion ſervìl, y baxa, otros por el de la hipocresìa engañoſa, y algunos por el de la verdadèra Religion: Pero yo, inclinàdo de mi eſtrella, vòy por la angoſta

ſenda

fenda de la Cavallería andante, por cuyo exercicio desprecio la hazienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, endereçado tuertos, castigado insolencias, vencido Gigantes, y atropellado Vestiglos: Yo soy enamorado, no mas de porque es forçoso, que los Cavalleros andantes lo sean; y siendolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platonicos continentes. Mis intenciones siempre las endereço à buenos fines, que son de hazer bien à todos, y mal à ninguno. Si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata, merece ser llamado bobo; dlganlo vuestras Grandezas, Duque y Duquesa Excelentes.

BIEN: por Dios, dixo Sancho; no diga mas vuessa merced, Señor y amo mio, en su abono, porque no ay mas que dezir, ni mas que pensar, ni mas que perseverar en el mundo, y mas, que negando este Señor, como ha negado, que no ha avido en el mundo, ni los ay Cavalleros andantes; que mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho? Por ventura, dixo el Eclesiastico, soys vos, hermano, aquel Sancho Pança, que dizen, à quien vuestro amo tiene prometida una Insula? Si soy, respondio Sancho, y soy quien la merece tan bien como otro qualquiera: Soy quien, *juntate à los buenos, y serás uno dellos*; y soy yo de aquellos de, *no con quien naces sino con quien paces*, y de los, *quien à buen Arbol se arrima, buena sombra le cobija*: Yo me he arrimado à buen Señor, y ha muchos meses que ando en su compañia, y ha de ser otro como el, Dios queriendo;

y

y viva èl, y viva yo, que ni à èl le faltaràn imperios que mandàr, ni à mi insulas que governàr. No por cierto, Sancho amigo, dixo à esta sazòn el Duque, que yo en nombre del Señor Don Quixote os mando el govièrno de una que tengo de *nueve* de no pequeña calidàd. Hìncate de rodillas, Sancho, dixo Don Quixote, y besa los piès à su Excelencia, por la mercèd que te hà hecho. Hizolo assi Sancho, lo qual visto por el Eclesiastico, se levantò de la mesa, mohìno ademas, diziendo: Por el habito que tengo, que estòy por dezìr, que es tan sandìo vuestra Excelencia, como estos pecadores: Miràd sino han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras? Quèdese vuestra Excelencia con ellos, que en tanto que estuvièren en casa, me estarè yo en la mia, y me escusarè de reprehendèr lo que no puèdo remediàr. Y sin dezir mas, ni comèr mas, se fuè, sin que fuèssen parte à detenèrle los ruegos de los Duques; aunque el Duque no le dixo mucho, impedido de la risa, que su impertinènte còlera le avìa causàdo. Acabò de reyr, y dixo à Don Quixote: Vuessa mercèd, Señor Cavallèro de los Leònes, hà respondìdo por si tan altamènte, que no le queda cosa por satisfazèr deste, que aunque parèce agravio, no lo es en ninguna manera, porque assi como no agràvian las mugeres, no agràvian los Eclesiasticos, como vuessa mercèd mejor sabe. Assi es, respondiò Don Quixote, y la causa es, que el que no puede sèr agraviàdo, no puede agraviàr à nadie. Las mugeres, los niños, y los Eclesiasticos, como

no

no pueden defenderſe aunque ſean ofendidos, no pueden ſer afrentados; porque entre el agravio, y la afrenta ay eſta diferencia, como mejor vueſtra Excelencia ſabe: La afrenta viene de parte de quien la puede hazer, y la haze, y la ſuſtenta: El agravio puede venir de qualquiera parte ſin que afrente. Sea exemplo: Eſtà uno en la calle deſcuydado; llegan diez con mano armada, y dandole de palos, pone mano à la eſpada, y haze ſu dever; pero la muchedumbre de los contrarios ſe le opone, y no le dexa ſalir con ſu intencion, que es de vengarſe: Eſte tal queda agraviado, pero no afrentado. Y lo miſmo confirmarà otro exemplo: Eſtà uno buelto de eſpaldas; llega otro, y dale de palos, y en dandoſelos, huye, y no eſpera, y el otro le ſigue, y no le alcança: Eſte que recibiò los palos, recibiò agravio, mas no afrenta, porque la afrenta ha de ſer ſuſtentada. Si el que le diò los palos, aunque ſe los diò à hurta-cordel, pueſtera mano à ſu eſpada, y ſe eſtuviera quedo, haziendo roſtro à ſu enemigo, quedara el apaleado agraviado, y afrentado juntamente; agraviado, porque le dieron à traycion; afrentado, porque el que le diò, ſuſtentò lo que avia hecho ſin bolver las eſpaldas, y à pie quedo: Y aſſi ſegun las leyes del maldito duelo, yo puedo eſtar agraviado, mas no afrentado. Porque los niños no ſienten, ni las mugeres, ni pueden huyr, ni tienen para que eſperar, y lo miſmo los conſtituydos en la ſacra Religion (porque eſtos tres generos de gente carecen de armas ofenſivas, y defenſivas)

vas) aſſi aunque naturalmènte eſtèn obligados à defendèrſe, no lo eſtàn para ofendèr à nadie. Y aunque poco hà dixe, que yo podìa eſtàr agraviàdo, aora digo, que no en ninguna manera, porque quièn no puede recibir afrenta, menos la puede dàr: Por las quales razones yo no devo ſentìr, ni ſiento las que aquel buen hombre me ha dicho: Solo quiſièra que eſperàra un poco mas, para dàrle à entendèr el error en que eſtà, en pensàr, y dezìr, que no hà avìdo, ni los ày Cavallèros andantes en el mundo; que ſi lo tal oyera amadis, ô uno de los infinitos de ſu linage, yo sè que no le fuèra bien à ſu mercèd. Eſſo juro yo bien, dixo Sancho: Cuchillada le huvièran dado, que le abrièran de arriba à baxo como à una granada, ô como à un melon muy maduro. Bonitos eran ellos para ſufrir ſemejantes coſquillas: Para mi ſantiguàda, que tengo por cierto, que ſi Reynaldos de Montalvan huvièra oydo eſtas razones al hombrecito, tapaboca le huvièra dàdo, que no hablàra mas en tres años: No ſino tomàraſe con ellos, y vièra como eſcapàva de ſus manos. Perecìa de riſa la Duqueſſa en oyèndo hablàr à Sancho, y en ſu opinion le tenìa por mas graciòſo, y por mas loco que à ſu amo; y muchos huvo en aquel tiempo que fuèron deſte miſmo parecèr.

FINALMENTE Don Quixote ſe ſoſſegò, y la comida ſe acabò, y en levantàndo los manteles, llegàron quatro donzellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil aſſi miſmo de plata, y la otra con dos

dos blanquiſſimas y riquiſſimas tohallas al ombro, y la quarta deſcubiertos los braços haſta la mitad, y en ſus blancas manos (que ſin duda eran blancas) una redonda pella de xabon Napolitano. Llegò la de la fuente, y con gentil donayre, y deſemboltùra encaxò la fuente debaxo de la barba de Don Quixote, el qual ſin hablàr palabra, admiràdo de ſemejante ceremonia, creyèndo que devìa de ſer uſança de aquella tierra, en lugar de las manos, lavàr las barbas; tendiò la ſuya todo quanto pudo, y al miſmo punto començò à llovèr el aguamanil, y la donzella del xabon le manoſeò las barbas con mucha prieſſa, levantàndo copos de nieve (que no eran menos blancas las xabonaduras) no ſolo por las barbas, mas por todo el roſtro, y por los ojos del obediente Cavallèro, tanto que ſe los hizièron cerràr por fuerça. El Duque y la Duqueſſa, que de nada deſto eran ſabidòres, eſtàvan eſperàndo, en que avìa de paràr tan extraordinàrio lavatòrio. La donzella barbèra, quando le tùvo con un palmo de xabonadùra, fingiò que se le avìa acabàdo el agua, y mandò à la del aguamanil fuèſſe por ella, que el Señor Don Quixote eſperarìa. Hizolo aſſi, y quedò Don Quixote con la mas eſtraña figura, y mas para hazer reyr que ſe pudièra imaginàr. Miràvanle todos los que preſentes eſtàvan, que eran muchos, y como le veyan con media vara de cuello, mas que medianamènte morèno, los ojos cerràdos, y las barbas llenas de xabon, fuè grande maravilla, y mucha diſcrecion podèr diſimulàr la riſa: Las donzellas de la bur-

la tenìan los ojos baxos ſin oſàr miràr à ſus Señores. A ellos les retozàva la còlera, y la riſa en el cuerpo, y no sabìan à que acudir, ô à caſtigàr el atrevimiènto de las muchachas, ô à dàrles premio por el guſto que recibìan de vèr à Don Quixote de aquella ſuerte. Finalmènte la donzella del aguamanil vino, y acabàron de lavàr à Don Quixote, y luego la que traìa las tohallas, le limpiò, y le enxugò muy repoſadamènte; y hazièndole todas quatro à la par una grande, y profunda inclinacion, y reverencia, ſe querian ir; pero el Duque, porque Don Quixote no cayèſſe en la burla, llamò à la donzella de la fuente, dizièndole: Venid y lavàdme à mi, y miràd, que no ſe os acabe el agua. La muchacha, agùda, y diligènte, llegò, y pùſo la fuente al Duque como à Don Quixote, y dàndoſe prièſſa, le lavàron, y xabonàron muy bien; y dexàndole enxùto, y limpio, hazièndo reverèncias, ſe fuèron. Deſpues ſe sùpo, que avìa juràdo el Duque, que ſi à èl no le lavàran como à Don Quixote, avìa de caſtigàr ſu deſemboltùra, lo qual avìan enmendàdo diſcretamènte con avèrle à èl xabonàdo. Eſtàva atento Sancho à las ceremònias de aquel lavatòrio, y dixo entre ſi: Vàlame Dios! ſi fuèra tambien uſança en eſta tierra lavàr las barbas à los eſcudèros como à los Cavallèros? Porque' en Dios y en mi anima, que lo hè bien meneſtèr; y aun ſi me las rapàſſen à navaja, lo tendrìa à mas beneficio. Que dezis entre vos, Sancho? preguntò la Duqueſſa. Digo, Señora, reſpondiò èl, que en las cortes

tes de los otros Principes, siempre he oydo dezir, que en levantàndo los manteles, dàn agua à las manos, pero no lexìa à las barbas, y que por esso es bueno vivir mucho, por vèr mucho; aunque tambien dizen, que el que larga vida vive, mucho mal hà de passàr, puesto que el passàr por un lavatòrio destos, antes es gusto, que trabajo. No tengàys pena, amigo Sancho, dixo la Duquessa, que yo harè que mis donzellas os laven, y aun os metan en colada, si fuère menester. Con las barbas me contento, respondiò Sancho, por aora alomènos, que andando el tiempo, Dios dixo lo que serà. Miràd maestresala, dixo la Duquessa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntàd al piè de la letra. El maestresala respondiò, que en todo sèria servido el Señor Sancho; y con esto se fuè à comèr, y llevò consigo à Sancho, quedàndose à la mesa los Duques, y Don Quixote, hablando en muchas, y diversas cosas, pero todas tocantes al exercicio de las armas, y de la andante Cavalleria.

LA Duquessa rogò à Don Quixote, que le delineàsse, y descrivièsse (pues parecìa tenèr felice memoria) la hermosura, y facciones de la Señora Dulcinèa del Tobòso, que segun lo que la fama pregonàva de su belleza, tenìa por entendido, que devìa de sèr la mas bella criatura del orbe, y aun de toda la Mancha. Suspirò Don Quixote, oyèndo lo que la Duquessa le mandàva, y dixo: Si yo pudièra sacàr mi coraçòn, y ponèrle ante los ojos de vuestra grandeza aquì sobre esta mesa, y en

un plato, quitàra el trabajo à mi lengua de dezir lo que apenas ſe puede pensàr, porque vueſtra Excelencia la vièra en èl toda retratàda Pero para que es ponèrme yo aora à delinèar, y deſcrivìr punto por punto, y parte por parte la hermosùra de la ſin par Dulcinèa, ſièndo carga digna de otros ombros mas que de los mios: Empreſa en quien ſe devìan ocupàr los pinceles de Parraſio, de Timantes, y de Apeles, y los buriles de Liſipo para pintàrla, y gravàrla, en tablas, en marmoles, y en bronzes; y la Retorica Ciceroniana, y Demoſtina para alabàrla. Que quiere dezir Demoſtina, Señor Don Quixote, preguntò la Duqueſſa, que es vocablo que no le he oydo en todos los dias de mi vida? Retorica Demuſtina, reſpondiò Don Quixote, es lo miſmo que dezir, Retorica de Demoſtenes, como Ciceroniana de Ciceron, que fuèron los dos mayores retoricos del mundo. Aſſi es, dixo el Duque, y avèys andado deſlumbràda en la tal pregunta; pero con todo eſſo, nos darìa gran guſto el Señor Don Quixote, ſi nos la pintàſſe, que à buen ſegùro, que aunque ſea en raſguño; y boſquexo, Ella ſalga tal, que la tengan envidia las mas hermoſas. Si hizièra por cierto, reſpondiò Don Quixote, ſino me la huvièra borràdo de la idèa la deſgracia que poco hà le ſucediò; que es tal, que mas eſtòy para lloràrla, que para deſcrivìrla. Porque avràn de ſaber vueſtras grandezas, que yèndo los dias paſsàdos à besàrle las manos; y à recibìr ſu bendicion, beneplacito, y licencia para eſta tercera ſalida, hallè otra de

la

la que buſcàva: Hallèla encantàda, y convertìda de Princeſa en labradòra, de hermòſa en fea, de Angel en diablo, de oloròſa en peſtifera, de bien-hablada en ruſtica, de reposàda en brincadòra, de luz en tinièblas, y finalmènte de Dulcinèa del Toboſo en una villana de ſayàgo. Vàlame Dios! dàndo una gran voz, dixo à eſte inſtante el Duque: Quièn hà ſido el que tanto mal hà hecho al mundo? Quièn ha quitàdo dèl la belleza que le alegràva, el donayre que le entretenìa, y la honeſtidàd que le acreditàva? Quien? reſpondiò Don Quixote, quièn puede sèr ſino algun maligno encantadòr de los muchos inviſibles que me perſiguen? Eſta raza maldita, nacida en el mundo para eſcurecèr, y aniquilàr las hazañas de los buenos, y para dàr luz, y levantàr los fechos de los malos. Perſeguido me han encantadòres, encantadòres me perſiguen, y encantadòres me perſeguiràn haſta dàr conmigo, y con mis altas Cavallerìas en el profundo abiſmo del olvido; y en aquella Parte me dañan, y hièren, donde vèen, que mas lo ſiento; porque quitàrle à un Cavallero andante ſu dama, es quitàrle los ojos con que mira, y el Sol con que ſe alumbra, y el ſuſtento con que ſe mantiene. Otras muchas vezes lo hè dicho, y aora lo buelvo à dezir, que el Cavallèro andante ſin dama, es como el arbol ſin ojas, el edificio ſin cimièn-to, y la ſombra ſin cuerpo de quièn ſe cauſa. No ày mas que dezir, dixo la Duqueſſa; pero ſi con todo eſſo hemos de dàr credito à la hiſtòria, que del Señor Don Quixote de po-

cos dias à eſta parte ha ſalido à la luz del mundo con general aplauſo de las gentes; della ſe colige, ſi mal no me acuèrdo, que nunca vueſſa mercèd ha viſto à la Señora Dulcinèa, y que eſta tal Señora no es en el mùndo, ſino que es dama fantàſtica, que vueſſa mercèd la engendrò, y pariò en ſu entendimièn-to, y la pintò con todas aquellas gracias, y perfeciones que quiſo. En eſſo ày mucho que dezir, reſpondiò Don Quixote: Dios ſabe ſi ày Dulcinèa, ô no, en el mundo, ô ſi es fantàſtica, ô no es fantàſtica, y eſtas no ſon de las coſas, cuya averiguacion ſe hà de llevàr haſta el cabo. Ni yo engendrè, ni parì à mi Señora; pueſto que la contemplo como conviene que ſea una dama, que tenga en ſi las partes, que puedan hazerla famòſa en todas las del mùndo, como ſon: hermoſa ſin tàcha, grave ſin ſobervia, amoròſa con honeſtidàd, agraciàda por cortès, cortès por bien-criada, y finalmènte alta por Linage, à cauſa que ſobre la buena ſangre reſplandèce, y campèa la hermosùra con mas grados de perfecion, que en las hermoſas humildemènte nacìdas. Aſſi es, dixo el Duque; pero hame de dàr licencia el Señor Don Quixote para que diga lo que me fuerça à dezir la hiſtòria que de ſus hazañas hè leydo, de donde ſe infière; que pueſto que ſe concèda, que ày Dulcinèa en el Tobòſo, ô fuera dèl, y que ſea hermòſa en el ſumo grado que vueſſa mercèd nos la pinta; en lo de la alteza del linage no corre parejas con las Orianas, con las alaſtrajareas, con las Madaſimas, ni con otras deſte Jaèz, de

quièn

quièn eſtàn llenas las hiſtòrias, que vueſſa mercèd bien ſabe. A eſſo puedo dezir, reſpondiò Don Quixote, que Dulcinèa es hija de ſus obras, y que las virtùdes adoban la ſangre, y que en mas ſe hà de eſtimàr, y tenèr un humilde virtuòſo, que un viciòſo levantado: Quanto mas que Dulcinèa tiene un giròn, que la puede llevàr à sèr Reyna de corona, y ceptro; que el merecimièntо de una muger hermòsa, y virtuòſa à hazèr mayores milàgros ſe eſtiènde; y aunque no formalmènte, virtualmènte tiene en ſi encerràdas mayores ventùras. Digo, Señor Don Quixote, dixo la Duqueſſa, que en todo quanto vueſſa mercèd dize, và con piè de plomo, y como ſuèle dezirſe, con la ſonda en la mano; y que yo deſde aquì adelànte creerè, y harè creèr à todos los de mi caſa, y aun al Duque mi Señor, ſi fuère meneſtèr, que àу Dulcinèa en el Tobòſo, y que vive oy dia, y es hermòſa, y principalmènte nacida, y merecedòra, que un tal Cavallèro, como es el Señor Don Quixote, la ſirva, que es lo mas que puedo, ni sè encarecèr. Pero no puèdo dexàr de formàr un eſcrùpulo, y tenèr algun no sè que de ojerìza contra Sancho Pança: El eſcrùpulo es, que dize la hiſtòria referìda, que el tal Sancho Pança hallò à la tal Señora Dulcinèa, quando de parte de vueſſa mercèd le llevò una epiſtola, ahechando un coſtal de trigo, y por mas Señas dize, que era rubiòn: Coſa que me haze dudàr en la altèza de ſu linàge. A lo que reſpondiò Don Quixote: Señora mìa, ſabrà la vueſtra grandèza, que todas, ô

las mas cosas, que à mi me sucèden, vàn fuera de los terminos ordinàrios de las que à los otros Cavallèros andantes acontècen, ô yà sèan encaminàdas por el querer inescrutàble de los hados, ô yà vengan encaminadas por la malicia de algun encantadòr envidiòso; y como es cosa yà averiguàda, que todos, ô los mas Cavallèros andantes, y famòsos, uno tenga gracia de no podèr sèr encantàdo; otro de sèr de tan impenetràbles carnes, que no pueda sèr herìdo, como lo fuè el famoso Roldan, uno de los doze pares de Francia, de quièn se cuènta, que no podìa sèr ferìdo sino por la planta del piè izquièrdo, y que esto avìa de sèr con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna; y assi quando Bernardo del Carpio le matò en Roncesvalles, vièndo que no le podìa herir con fierro, le levantò del suèlo entre los braços, y le ahogò, acordàndose entonces de la muerte que diò Hercules à Anteòn, aquel feròz Gigante, que dezìan, ser hijo de la tierra. Quièro inferìr de lo dicho, que podrìa sèr que yo tuvièsse alguna gracia destas; no del no podèr ser ferìdo, porque muchas vezes la experiencia me hà mostràdo, que sòy de carnes blandas, y no nada impenetràbles; ni la de no podèr sèr encantàdo; que yà me he visto metìdo en una xaula, donde todo el mundo no fuèra poderòso à encerràrme, sino fuèra à fuerças de encantamièntos: Pero pues de aquel me librè, quièro creèr, que no hà de avèr otro alguno, que me empèzca; y assi vièndo estos encantadòres, que con mi persona

ſona no pueden uſar de ſus malas mañas, vèn-ganſe en las coſas que mas quièro; y quièren quitàrme la vida, maltratàndo la de Dulcinèa, por quien yo vivo: Y aſſi crèo, que quando mi eſcudèro le llevò mi embaxada, ſe la convirtièron en villana, y ocupàda en tan baxo exercicio, como es el de ahechàr trigo: Pero yà tengo yo dicho, que aquel trigo, ni era rubiòn, ni trigo, ſino granos de perlas orientàles. Y para pruèva deſta verdàd quièro dezir à vueſtras magnitudes, como vinièndo poco hà por el Tobòſo, jamas pude hallàr los palacios de Dulcinèa; y que otro dia avièndola viſto Sancho mi eſcudèro en ſu meſma figura (que es la mas bella del orbe) à mi me pareciò una labradora toſca, y fea, y no nada bien razonàda, ſièndo la diſcrecion del mùndo: Y pues yo no eſtòy encantàdo, ni lo puedo eſtàr ſegun buen diſcùrſo, ella es la encantàda, la ofendìda, la mudàda, trocàda, y traſtrocàda, y en ella ſe han vengàdo de mi mis enemigos, y por ella vivirè yo en perpetuas lagrimas haſta vèrla en ſu priſtino eſtado. Todo eſto hè dicho, para que nadie repàre en lo que Sancho dixo del cernìdo, ni del ahecho de Dulcinèa; que pues à mi me la mudàron, no es maravìlla que à èl ſe la cambiàſſen. Dulcinèa es principal, y bien-nacìda; y de los hidalgos linages que ày en el Tobòſo, que ſon muchos, antiguos, y muy buenos; y à buen ſegùro, que no le cabe poca parte à la ſin par Dulcinèa, por quièn ſu lugar ſerà famòſo, y nombràdo en los venidèros ſiglos, como lo

hà fido Troya por Elena, y Eſpaña por la Caba, aunque con mejor título, y fama. Por otra parte quièro que entièndan vueſtras ſeñorías, que Sancho Pança es uno de los mas graciòſos Eſcudèros, que jamàs ſirviò à cavallèro andante: Tiene à vezes unas ſimplicidàdes tan agùdas, que el pensàr ſi es ſimple, ô agudo cauſa no pequeño contento: Tiene malicias que le condenan por vellaco, y Deſcùydos que le confirman por bobo: Duda de todo, y creèlo todo: Quando pienſo, que ſe và à deſpeñàr de tonto, ſale con unas diſcreciones que le levantan al Cielo. Finalmènte yo no le trocarìa con otro Eſcudèro aunque me dièſſen de añadidura una ciudad; y aſſi eſtòy en duda, ſi ſerà bien embiàrle al govièrno, de que vueſtra grandeza le hà hecho mercèd; aunque vèo en èl una cièrta aptitùd, para eſto de governàr, que atusàndole tantico el entendimiènto, ſe ſaldrìa con qualquiera govièrno, como el Rey con ſus alcabàlas; y mas que yà por muchas experiencias ſabèmos, que no es meneſtèr ni mucha habilidàd, ni muchas letras por ſer uno governadòr, pues ày por aỳ ciento, que apenas ſaben leèr, y govièrnan como unos girifaltes: El toque eſtà en que tengan buena intencion, y deſsèen acertàr en todo, que nunca les faltarà quien les aconſeje, y encamìne en lo que han de hazèr, como los governadores cavallèros, y no letrados, que ſentencian con aſſeſſor. Aconſejarìale yo, que ni tome cohecho, ni pièrda derecho, y otras coſillas que me quedan en el eſtòmago, que ſaldràn

à

à ſu tiempo para utilidàd de Sancho, y provècho de la inſula que governarè.

A eſte punto llegàvan en ſu coloquio el Duque, la Duqueſſa, y Don Quixote, quando oyèron muchas vozes, y gran rumòr de gente en el palacio, y à deshora entrò Sancho en la ſala todo aſſuſtàdo con un cernadèro por babadòr, y tras èl muchos moços, ô (por mejor dezir) picaros de cozina, y otra gente menùda; y uno venìa con un arteſoncillo de agua, que en la color, y poca limpièza, moſtràva sèr de fregàr: Seguiale, y perſeguìale el de la arteſa, y procuràva con toda ſolicitùd ponèrſela, y encaxàrſela debaxo de las barbas, y otro picaro moſtràva querèrſelas lavàr. Que es eſto, hermanos? preguntò la Duqueſſa. Que es eſto? Que querèys à eſſe buen hombre? Como, y no conſideràys, que eſtà electo governador? A lo que reſpondiò el picaro Barbèro: No quiere eſte Señor dexàrſe lavàr, como es uſança, y como ſe la lavò el Duque mi Señor, y el Señor ſu amo. Si quiero, replicò Sancho con mucha còlera; pero querrìa que fuèſſe con tohallas mas limpias, con lexìa mas clara, y con manos no tan sùzias; que no ày tantà diferencia de mi amo à mi; que à èl, le laven con agua de Angeles, y à mi con lexìa de diablos. Las uſanças de las tierras, y de los palacios de los Principes tanto ſon buenas, quanto no dàn peſadumbre; pero la coſtumbre del lavatòrio, que aquì ſe ùſa, peor es que diciplinantes. Yo eſtòy limpio de barbas, y no tengo neceſſidàd de ſemejantes refrigè-

rios;

rios; y al que ſe llegàre à lavàrme, ni à tocàrme un pelo de la cabeça (digo de mi barba, hablando con el devido acamiènto) le darè tal puñada, que le dexe el puño engaſtàdo en los caſcos; que eſtas tales ceremonias, y xabonadùras, mas parècen burlas, que agaſajos de huèſpedes. Perècida de riſa eſtàva la Duqueſſa, vièndo la còlera, y oyèndo las razones de Sancho; pero no diò mucho guſto à Don Quixote vèrle tan mal adeliñado con la jaſpeada Tohalla, y tan rodeàdo de tantos entretenidos de cozina: Y aſſi hazièndo una profunda reverencia à los Duques, como que les pedìa licencia para hablàr, con vos reposàda dixo à la canalla: Ola, Señores Cavallèros, vueſſas mercèdes dexen al mancebo, y buèlvanſe por donde viniè-ron, ô por otra parte, ſi ſe les antojàre, que mi eſcudèro es limpio tanto como otro, y eſſas arteſillas ſon para èl eſtrechos, y penantes bùcaros: Tomen mi conſejo, y dèxenle', porque ni èl, ni yo ſabèmos de achaque de burlas. Cogiòle la razòn de la boca Sancho, y proſiguiò dizièndo: No ſino llèguenſe à hazer burla del moſtrenco, que aſſi lo ſufrirè como aora es de noche. Tràygan aquì un peyne, ô lo que quiſièren, y almoàzenme eſtas barbas, y ſi ſacàren dellas coſa que ofenda à la limpieza, que me traſquilen à cruzes. A eſta ſazòn, ſin dexàr la riſa, dìxo la Duqueſſa: Sancho Pança tiene razòn en todo quanto hà dicho, y la tendrà en todo quanto dixère: èl es limpio, y como èl dize, no tiene neceſſidàd de lavàrſe; y ſi nueſtra uſan-

ça

ça no le contenta, ſu alma en ſu palma: Quanto mas, que voſotros miniſtros de la limpieza, avèys andado demaſiadamènte de remiſos, y deſcuydàdos, y no sè ſi diga, atrevìdos, en tratàr à tal perſonage, y à tales barbas, en lugar de fuentes, y aguamaniles de oro puro, y de alemanas Tohallas, con arteſillas, y dornajos de palo, y rodillas de aparadores: Pero en fin sòys malos, y mal nacìdos, y no podèys dexàr, como malandrines que sòys, de moſtràr la ojeriza que tenèys con los eſcudèros de los andantes Cavallèros. Creyèron los apicaràdos miniſtros, y aun el maeſtreſala que venìa con ellos, què la Duqueſſa hablàva de veras; y aſſi quitàron el cerradèro del pecho de Sancho, y todos confuſos, y caſi corrìdos ſe fuèron, y le dexàron: El qual vièndoſe fuera de aquel, à ſu parecèr, ſumo peligro, ſe fuè à hincàr de rodillas ante la Duqueſſa, y dìxo: De grandes Señoras grandes mercèdes ſe eſperan: Eſta que la vueſtra mercèd oy me hà fecho, no puede pagàrſe con menos, ſino es con deſsèar vèrme armàdo Cavallèro andante, para ocupàrme todos los dias de mi vida en ſervir tan alta Señora. Labradòr sòy, Sancho Pança me llamo, caſado sòy, hijos tengo, y de eſcudèro ſirvo: Si con alguna deſtas coſas puedo ſervir à vueſtra grandeza, menos tardarè yo en obedecèr, que vueſtra ſeñorìa en mandàr. Bien parèce, Sancho, reſpondiò la Duqueſſa, que avèys aprehendido à sèr cortès en la eſcuela de la miſma corteſia: Bien parèce (quièro dezir) que os avèys criàdo à los pe-

pechos del Señor Don Quixote, que deve de sèr la nata de los comedimientos, y la flor de las ceremonias, ô cirimonias, como vos dezis. Bien àya tal Señor, y tal criado, el uno por norte de la andante Cavallería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidàd. Levantàos, Sancho amigo, que yo satisfarè vuestras cortesías con hazèr, que el Duque mi Señor, lo mas presto que pudière, os cumpla la mercèd prometìda del govièrno. Con esto cesò la platica, y Don Quixote se fuè à reposàr la siesta, y la Duquesa pidiò à Sancho, que sino tenìa mucha gana de dormìr, vinièsse a pasàr la tarde con ella, y *con* sus donzellas en una muy fresca sala. Sanchò respondiò, que aunque era verdàd, que tenìa por costumbre dormìr quatro, ô cinco horas las siestas del veràno; que por servir à su bondàd èl procurarìa con todas sus fuerças no dormir aquel dia ninguna; y vendrìa obediènte à su mandado, y fuèsse. El Duque diò nuevas Ordenes como se tratàsse à Don Quixote como à Cavallèro andante sin salir un punto del estilo, como cuentan, que se tratàvan los antiguos Cavallèros.

FIN del Tomo Tercero.